

KAREN CLEVELAND

# LA GRAN MENTIRA

UNA MADRE. UN HIJO.  
UNA TERRIBLE SOSPECHA.

# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	
30	
31	
32	
33	
34	
35	
36	

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

## Sinopsis

Entras en la habitación de tu hijo. El caos habitual. Recoges restos de comida, ropa desperdigada, abres el armario para ponerlo todo en su sitio... y lo ves. Y entonces te das cuenta de una horrible verdad: tu propio hijo puede ser un peligro. Stephanie Maddox dirige el departamento de Asuntos Internos del FBI, donde supervisa que todos sus compañeros cumplan las reglas. Llegar hasta aquí le ha costado casi dos décadas de trabajo duro y sacrificios personales, como la relación con su hijo adolescente, Zachary, que espera con nervios su admisión a la universidad. Como madre soltera, Steph se perdió muchos eventos escolares, cumpleaños y vacaciones, pero la verdad es que movería cielo y la tierra por él, incluso lo protegería de un terrible secreto de su propio pasado. Nunca se pudo imaginar que Zachary guardaría sus propios secretos.

# LA GRAN MENTIRA

Karen Cleveland

Traducción de María José Díez Pérez

*Para B., J. y W.*

La pura y simple verdad es pocas veces pura y nunca simple.

OSCAR WILDE

## Prólogo

La mujer despierta sobresaltada, jadeante, con el corazón acelerado. En su cabeza resuenan disparos, unos disparos que ha revivido mientras dormía. Extiende el brazo y tantea el otro lado de la cama, lo encuentra vacío. Sólo una marca en las sábanas, ahora frías.

Se levanta y se pone una bata. Sale sin hacer ruido al oscuro pasillo, descalza por el suelo de madera. Echa un vistazo en la primera puerta abierta: un niño duerme profundamente, sus rasgos apenas visibles con la luz de la luna. Se acerca a la puerta de al lado: una niña pequeña dormida en una habitación con los colores del arcoíris, una lámpara nocturna arroja una luz tenue sobre su carita inocente. Avanza hacia la tercera puerta: dos niños, gemelos, dormidos en dos camitas iguales. Uno se chupa el pulgar; el otro está hecho un ovillo con un osito de peluche sobado.

Un sonido suave que procede de la planta baja hace que siga andando. La televisión, el volumen bajo. Ve la pantalla cuando va por la mitad de la escalera. Noticias, uno de esos canales de veinticuatro horas. Rusia. Interferencia en las elecciones. La clase de noticia que su marido no soporta, que siempre apaga.

Da unos pasos más y el resto de la habitación queda a la vista. El salón, atestado de juguetes de plástico y juegos de mesa; la repisa de la chimenea, llena de fotos de la familia. Y, en el centro de la habitación, una figura bañada en la luz azul titilante del televisor. Sentada en el borde del sofá, la vista clavada en la pantalla. La luz antinatural distorsiona sus rasgos. Por un momento parece un desconocido.

Es como si intuyese su presencia. Se vuelve hacia ella, y a su rostro asoma una sonrisa familiar, reconfortante. Le quita el volumen al aparato.

—¿Otra pesadilla, cariño? —Abre un brazo, una invitación para que se siente a su lado.

Ella no se mueve, se limita a asentir en respuesta a su pregunta.

Él se levanta, apunta hacia el televisor con el mando a distancia y la imagen se desvanece. Ambos se sumen en la oscuridad.

—Vamos a la cama.

Echa a andar hacia la escalera, hacia ella, pero los ojos de la mujer aún no se han adaptado a la oscuridad, y él no es más que una sombra enorme. Le apoya una mano con suavidad en la espalda.

Ella se zafa.

—Me quedaré aquí abajo.

Él vacila, se inclina para darle un beso en la mejilla y empieza a subir la escalera. Ella se queda mirando hasta que desaparece.

A solas en la oscuridad, se ciñe el cinturón de la bata. Echa un vistazo al salón, a la pantalla del televisor, ahora negra. Ve esa expresión en su cara. Casi una sonrisa,



forzada. Pero no puede ser, porque no se parecía en nada a la del hombre al que conoce, el hombre al que ama.

Intenta convencerse de que ha sido la luz. Ese desconcertante titilar azul de la televisión. No tienen secretos, ya no.

Aun así, un escalofrío le recorre el cuerpo. Se abraza.

¿Y si no es quien ella cree que es? ¿Hasta qué punto lo conoce?

Siempre me ha gustado salir a correr por la noche. Me gusta el silencio. Las calles tranquilas, las aceras desiertas. No es la hora más segura, desde luego, pero yendo como voy con ropa de deporte, no pueden robarme gran cosa. Y, si llegaran a atacarme, soy más fuerte de lo que parezco. Sé defensa personal, soy capaz de protegerme. Lo que más me preocupa es la violencia selectiva. Pero si alguien viene por mí, dará con la manera de hacerlo, con independencia de lo que pueda hacer yo para evitarlo.

El estanque reflectante queda a mi izquierda, oscuro y espejeante. Kilómetro diez de los dieciséis previstos, por ahora en siete minutos y medio menos de lo habitual. Esta noche llevo un buen ritmo, mejor que otras veces. Lo que me sirve de estímulo es la tormenta que se avecina. Hemos tenido una semana primaveral, con temperaturas inusitadamente altas para esta época del año, de esas que hacen que salgan brotes en árboles desnudos, tulipanes en la tierra. Pero el tiempo... aquí, en Washington, puede cambiar de un momento a otro, y la previsión meteorológica dice que el invierno aún no ha terminado. El viento ya está arreciando.

Paso por delante del Monumento Nacional a la Segunda Guerra Mundial, empiezo a subir la pendiente que lleva al Monumento a Washington. Aquí estoy en mi elemento. Los músculos en funcionamiento, estirándose, fortaleciéndose. Exigiéndome al máximo. Llevo una chaqueta ligera, unas mallas de *running* que me llegan por la mitad de la pantorrilla. En la cabeza, nada: el pelo recogido en una coleta alta, con el cuello despejado. Música de los ochenta en los cascos, pero a un volumen bajo. Lo bastante bajo para poder oír si se aproxima alguien, para ser del todo consciente de lo que sucede a mi alrededor.

Cuando llego arriba, veo fugazmente la Casa Blanca. A mi izquierda, iluminada con viveza. Verla todavía me emociona, incluso después de llevar años en la ciudad. Es un recuerdo permanente de que estoy cerca de la cúpula del poder. Y, donde hay poder, mi trabajo es necesario.

Dejo atrás el monumento, inicio el descenso ganando velocidad. La cúpula del Capitolio aparece delante, iluminada, recortándose contra el cielo nocturno.

Un recuerdo me asalta la mente, tan sólo un instante. Yo en ese despacho con las paredes revestidas de madera, hace tantos años. Él rodeando su mesa, viniendo hacia mí...

«Céntrate, Steph...»

Es el puñetero caso en el que estoy trabajando, que me está haciendo pensar en el pasado. Obligo a mis piernas a esforzarse más, a rendir más, a moverse más deprisa. Oigo el golpeteo de mis pies contra el pavimento, el ritmo en *staccato*.

El National Mall se extiende ante mí. Una recta, una oportunidad para poner a prueba mi velocidad.

Mis piernas acusan el esfuerzo. La rodilla me duele, pero sigo adelante. No me voy a rendir ahora.

La cúpula se cierne delante. Veo el rostro de ese hombre de nuevo. Noto su mano en el brazo, apretando con fuerza...

Más deprisa aún, casi es un esprint.

No puedo cambiar el pasado, no puedo hacer nada con ese hombre, no sin poner en peligro todo lo que es importante. Pero sí puedo hacer algo con el futuro. Puedo pararle los pies a otras personas.

Me miro la muñeca: algo más de un kilómetro y medio en cinco minutos y medio. Noto la sonrisa que me asoma a los labios.

Lo conseguí. Mañana cumpliré con mi obligación.

Las cuatro de la tarde y Hanson ya está en el bar. No lo tenía por bebedor por aquel entonces, en Quantico. Puede que haya cambiado. O quizá lo disimulara bien.

Se oye una campanita cuando abro la puerta, el eco de un tintineo metálico. El sitio es un antro, estrecho y oscuro, con letreros de neón en las paredes, un par de mesas de billar en las que hay gente jugando. Suena Journey: *Don't Stop Believin'*. Espero un instante a que mis ojos se adapten a la oscuridad. Hanson está casi al fondo, con una copa delante, prácticamente llena.

Voy hacia él, sintiendo que la gente me mira, haciendo caso omiso. Sé que en este sitio soy como un pez fuera del agua: traje de chaqueta y pantalón negro, zapatos de tacón, abrigo de lana hecho a medida. Hay muchos bares en Washington que atraen a clientela como yo; éste no es uno de ellos.

—Hola, Hanson.

Se vuelve. Tiene más michelines que la última vez que lo vi, menos pelo en la cabeza. En su cara se extiende una sonrisa.

—Maddox. Vaya.

Se levanta a medias, se inclina y nos damos un abrazo ortopédico. Ortopédico porque hace años que no nos vemos y porque no creo que nos hayamos abrazado nunca. Por aquel entonces, en la academia, probablemente me saludara con una palmadita en la espalda.

Se ruboriza, como si supiera que ha sido un gesto inapropiado. Como si cayera en la cuenta, demasiado tarde, de que ya no somos iguales. Ni compañeros, en realidad no. Antiguos amigos.

Miro hacia otro lado, me quito el abrigo y me siento junto a él, en un taburete. Una camarera se acerca nada más sentarme.

—¿Qué le pongo? —pregunta apoyando las manos en la barra, inclinándose hacia delante. Tiene un tatuaje en la cara interior de la muñeca, un corazón rodeado de alambre de púas. Después le miro la cara, de aspecto inocente.

—Agua, gracias.

La chica se aleja y me vuelvo hacia Hanson.

—Cuánto tiempo —comenta, ya recuperado.

—Mucho, sí.

—Me enteré de que estabas en la central, pero nuestros caminos no se han cruzado.

—Hasta ahora.

—La primera de la clase en jugar en las grandes ligas, ¿eh? —Levanta la copa y bebe un trago largo, sin dejar de contemplarme.

—Podría decirse que sí, supongo.

Algunos compañeros de clase son agentes especiales supervisores, como Hanson, pero yo soy la primera que ha llegado más lejos: directora de una sección en la central, aunque sea pequeña. La División de Investigaciones Internas.

La camarera me deja delante un vaso de agua, sin decir palabra, y se aleja.

—¿Qué tal estás? —pregunta Hanson.

Bebo un sorbo y dejo el vaso de nuevo en la barra, con cuidado. Me vuelvo hacia él. Ha envejecido en los últimos diez años, de eso no cabe duda, pero todavía veo al chico que se sentaba a mi lado en Delitos y Pruebas, que hacía de *sparring* conmigo en el gimnasio. Que me llevaba sopa de la cafetería cuando estaba en la cama con gripe. «Mierda.»

—¿Eres consciente de que te están investigando por supuesto acoso sexual?

La mirada amable se esfuma. Abre la boca sorprendido y la cierra deprisa. Su rostro se endurece. Como si acabasen de accionar un interruptor de la luz.

—¿Por eso estás aquí?

—La chica es tu *subordinada*, Hanson.

—Es una puta mentira.

—Es la verdad, y tú y yo lo sabemos.

Mira hacia otro lado y aprieta la mandíbula. Se hace una larga pausa. Tras la barra oigo el tintineo del cristal.

—Es mi palabra contra la suya —aduce.

Noto que me enciendo.

—¿Ah, sí?

—No me puedes despedir por esa mierda.

—¿Mejor por fraude en el registro del control horario?

Su boca se crispa, mínimamente. Veo que está haciendo un esfuerzo para seguir impasible.

—Ordené a un agente que te controlara la semana pasada. Sé con exactitud cuántas horas trabajaste. Y cuántas te *pagan* por trabajar.

Ahora los ojos le arden, pero veo la preocupación que hay detrás de ese fuego.

—También sé que vas armado. —Señalo con la cabeza el bulto que se le marca en la cadera—. Sé que has venido aquí en el coche oficial y que ésta es la segunda copa de bourbon que tomas.

—¿Se puede saber a qué coño viene esto, Maddox?

No digo nada.

—Éramos amigos.

—Por eso estoy aquí.

Permanece a la espera. Respira agitadamente, las aletas de la nariz inflándose un tanto cada vez que coge aire.

Me inclino hacia él.

—Te diré lo que vas a hacer: me entregarás la placa, el arma y las llaves del coche. Y mañana a primera hora irás a la central y presentarás la dimisión.

Suelta un bufido rebotante de desdén.

—¿Y si no lo hago?

Miro hacia la puerta y la señalo con la cabeza.

—¿Ves a esos dos tíos de ahí? —McIntosh y Flint se encuentran a ambos lados de ella, observándonos—. Trabajan para mí, y están listos para montar una escena. Aquí y ahora. Alcoholímetro, grilletes, la parafernalia entera.

—Mientes.

—¿Nos apostamos algo?

Echa un vistazo a la puerta y después a su copa, que ahora casi está vacía. Sus dedos se aferran a ella. En la mano izquierda no tiene nada, pero veo una marca allí donde suele estar la alianza.

—Tu carrera ha terminado, Hanson. Te estoy dando la oportunidad de marcharte sin hacer ruido. Asume las consecuencias del acoso, y esto —señalo el bourbon— quedará entre nosotros. Al igual que el fraude.

—Tengo familia —alega—. Mujer, hijos. Una hipoteca. No puedes joderme así.

Ahora suena Bon Jovi: *Living on a Prayer*. Adecuado: rezar para que todo salga bien.

—Depende de ti cómo hacerlo.

Me lanza una mirada asesina y acto seguido se quita la placa y la deja entre ambos, golpeando la barra con fuerza.

El cerezo que crece delante de mi casa de piedra rojiza está empezando a florecer, docenas de protuberancias de color rosa cerradas como pequeños puños. Dentro de unas semanas estará en plena floración, y la ciudad bullirá de capullos rosados. También recibirá hordas de turistas, que abarrotarán las aceras, por lo común tranquilas, que rodean la Cuenca Tidal. Y después, antes de que me dé cuenta, las flores se marchitarán, el colorido desaparecerá y las aceras volverán a estar desiertas.

Mis zapatos de tacón golpean el ladrillo cuando subo la escalera que lleva hasta la puerta de casa. Lenta, pesadamente, sintiéndome exhausta.

Introduzco la llave en la primera cerradura y luego en la segunda. Entro, cierro y echo la llave, me detengo un instante en la entrada. El panel de la alarma, en la pared, tiene la luz verde. «Desactivada.» La casa está en silencio. Aguzo el oído para ver si percibo algo, cualquier cosa, pero no oigo nada. «Más vale que me vaya acostumbrando», me digo.

—¡Zachary! —exclamo al pie de la escalera—. Ya estoy en casa.

Es Zach para sus amigos, ya lleva varios años siéndolo, pero para mí siempre será Zachary. Dije que no lo haría, que no sería como mi madre, la única persona que sigue llamándome Stephanie. Pero, cuando lo miro, no veo a un adolescente. Veo a mi niño. «Crecen muy deprisa», me advirtió todo el mundo, y al principio no me lo creí. Ahora sé que nunca he oído una verdad mayor.

Espero otro instante, escuchando, pero reina el silencio. Cuelgo el abrigo, dejo las llaves y el bolso del trabajo en la mesa que hay en la entrada y voy a la cocina, donde pulso el interruptor al entrar. La luz inunda la estancia desde el techo, sobre la isla, y rebota en el granito oscuro, en el acero inoxidable. Es una cocina profesional, la cambiamos poco antes de que Zachary fuese al instituto. Es perfecta para preparar cenas en familia. Rara vez la utilizamos.

Dejo una bolsa de papel marrón en la isla. Comida tailandesa para llevar, su preferida. Le he mandado un mensaje para decirle que la traería a casa. De lo contrario él habría cenado antes de que yo llegara, como hace ahora la mayoría de las noches. «Tenía hambre, mamá —diría—. No podía esperar.» Y yo habría tenido tan sólo unos pocos, valiosos minutos para hablar con él, desde la puerta de su habitación.

Es soborno. Y lo sé. Soy una agente del FBI que soborna a su hijo con comida tailandesa. Pero es un tiempo que paso con él. Un tiempo valioso, de lo más valioso.

Me acerco a la nevera y la abro. No hay gran cosa, hay sobre todo bebidas. Botellas de agua, dispuestas en pulcras hileras. Debajo, botellines de color ámbar, todos de cerveza IPA. Cojo una, la que tiene más lúpulo de todas. Cierro la puerta, quito la chapa a la cerveza, bebo un trago largo. Siento que parte de la tensión empieza a desvanecerse. Hanson se lo buscó. Era un caso claro, no había ninguna duda. Obligación cumplida.

Oigo que se abre la puerta de la habitación de Zachary, sus pasos en el pasillo de arriba, el golpeteo en la escalera. Cuando era más pequeño, bajaba como un bólido, como si no tuviera tiempo de ir con cuidado, como si tuviera prisa, siempre con prisa. Se tranquilizó cuando creció, pero sigue bajando metiendo ruido. Puede que ahora se deba al tamaño, al hecho de que es más alto que yo. O quizá sólo me esté acordando de cómo sonaba cuando era pequeño.

Sea como sea, echaré de menos ese sonido. Salva los últimos escalones de un salto, apoyando una mano en la barandilla. Con unos vaqueros y una camiseta sucia, descalzo. En la cara tiene una barba incipiente, tan sólo una sombra, que no le pega, como si fuese un niño que fingiera ser un hombre. Tengo que seguir recordándome que es un hombre, o casi, vamos.

—Hola, cariño. ¿Qué tal tu día? —Mi alegría suena falsa, como si estuviera forzándola. De hecho, lo estoy haciendo.

Él capta el tono, lo reconoce. Me mira con cierto recelo, dándose cuenta de que la comida que le he traído es un pretexto para establecer un vínculo afectivo a la fuerza.

—Bien.

Ojalá pudiera retirar esas palabras, probar de nuevo. En vez de eso, centro mi atención en quitarme la chaqueta del traje. La doblo por la mitad con sumo cuidado, la dejo en el respaldo de uno de los taburetes, me aliso la pechera de la blusa, me recoloco la funda de la pistola en la cadera.

Cuando Zachary era pequeño, lo primero que hacía yo cuando llegaba a casa era guardar bajo llave la pistola, antes incluso de darle un abrazo y un beso. Metía la Glock en la caja fuerte de mi vestidor, porque no quería que me viese con ella, nunca quise que las armas formasen parte de nuestra vida. Después me quitaba la ropa que llevaba en presencia de delincuentes, como si de algún modo eso pudiese mantenerlos lejos.

Pero ahora él es mayor. Sabe que voy armada y no podría importarle menos. Las armas nunca le han interesado lo más mínimo. Y los delincuentes pueden dar con la manera de entrar, por mucho que uno se defienda de ellos; ¿acaso no aprendí la lección por las malas?

Saco platos del armario y los dejo junto a la comida.

—¿Todo bien en el instituto? —pregunto procurando que mi tono sea neutro, coloquial.

Él se acerca a la isla y mete la mano en la bolsa de papel. Saca un recipiente de plástico transparente y después otro. *Pad thai* y curry Panang. Lo de siempre.

—Sí.

Respuestas monosilábicas. Viene a ser todo lo que le saco de un tiempo a esta parte. Todo lo que le saco desde hace ya algún tiempo. Y, las pocas veces que hablamos, él siempre se muestra hosco.

Las cosas mejorarán. No paro de decírmelo. Ésta no es más que una etapa difícil; la adolescencia siempre lo es, ¿no? Antes estábamos unidos, y algún día volveremos a estarlo. Probablemente las cosas serían más fáciles si fuese madre de una niña, o padre de un niño. Quizá así sería más él mismo conmigo, se mostraría menos reservado, se sentiría menos incómodo.

He observado a Zachary cuando está con sus amigos, todos esos chavales a los que no conozco, aunque no era así en su día, cuando eran pequeños. En el

aparcamiento del instituto, en fotos en redes sociales. Mi hijo es distinto con ellos. Expresivo, feliz. Y comprometido: es el presidente del club de informática, miembro del consejo estudiantil, integrante de varias sociedades de honor. Después de clase trabaja con ahínco para una *startup* de tecnología, se encarga de la programación, destaca en ello. Pero, a juzgar por cómo actúa cuando está conmigo, nadie lo diría.

Se sirve arroz en el plato, tres cucharadas, de cualquier manera. Me mira. El pelo le roza los ojos por delante: tiene que ir a la peluquería, pero no le diré nada, ahora no.

—¿Y tú? ¿Todo bien en el trabajo?

—Sí. Ya sabes, lo de siempre.

Yo también intento ser dinámica y breve. Él no quiere saber detalles de mi jornada, y yo tampoco tengo ganas de entrar en ellos. Quiero hablar de él, saber cosas de él. Me sirvo unos *noodles* en mi plato mientras, a mi lado, él baña su arroz en curry. Después, sin decir palabra, nos cambiamos el recipiente. Lo tenemos perfectamente controlado; años de práctica.

—¿Has sabido algo hoy? —inquiero.

Se encuentra en fase de espera, tras haber enviado todas las solicitudes a las distintas universidades. Yo también estoy a la espera. Aguardando para ver lo lejos que se acabará yendo. Temiendo el día en que se haga realidad y yo pase a ser una mujer de treinta y siete años con el síndrome del nido vacío.

—No. —Deja el recipiente de *pad thai* en la isla y la rodea para ir al comedor con su plato en la mano y dos tenedores.

Saco dos botellitas de agua de la nevera y me uno a él.

—Estará al caer. —Me siento enfrente de él, dejo el móvil del trabajo delante y nos ponemos a comer, en silencio.

La mesa es demasiado grande para nosotros dos solos, y en ella casi nunca hay nada. Es una mesa bonita, de caoba maciza, con ocho sillas a su alrededor. Sigue como nueva, aunque la tenemos desde hace años. No tengo ni la más remota idea de por qué compré una mesa tan grande. Durante un breve instante echo de menos la otra, el roble lleno de arañazos. Veo los trabajos de manualidades y los deberes que solían atestarla, el suelo lleno de camiones de plástico y balones de fútbol, las sillas siempre ladeadas.

Antes no podía soportar el caos permanente en el que vivíamos cuando él era pequeño. El incesante desorden, el ruido, el desastre. «Algún día lo echarás de menos», me advirtió mi madre, y yo revolví los ojos. Bueno, pues mi madre tenía razón: lo echo de menos. Porque entonces era una casa vivida. Tengo la casa que siempre pensé que quería, la casa perfecta, digna de aparecer en una revista, y la cambiaría por ese jaleo sin dudarlo.

Come demasiado deprisa, engulle. Debería decir algo, que se siente recto, recordarle que tenga modales. Es mi obligación, como madre suya que soy, y además a este ritmo habrá acabado en cuestión de minutos, se irá a su habitación y no lo veré más esta noche. Sin embargo, este tiempo que tenemos juntos parece frágil. No quiero hacerlo añicos riéndolo.

Como un poco de curry e intento pensar en alguna otra pregunta que hacerle, en qué decir para mantener viva la conversación, o lo que pasa por conversación de un tiempo a esta parte.



—¿Qué universidad crees que te contestará la primera? —pregunto.

—Maryland —farfulla con la boca llena, sin levantar la cabeza para mirarme.

La Universidad de Maryland. Me encantaría que fuese a ésa, que se quedara cerca de Washington, cerca de casa. Pero los dos sabemos que envió la solicitud sólo para complacerme. Berkeley es su primera opción. Berkeley. En la otra punta del país. Quiere irse lejos de aquí, empezar de cero en alguna parte. Y lo entiendo; es sólo que no soporto la idea de que quizá se quede allí, de que no vuelva.

Cuando termine el instituto quiere estudiar Derecho. Ser abogado defensor. Estar en el lado equivocado de la ley, en mi opinión, pero tengo tiempo para hablar con él y hacer que entre en razón. Sea como sea, me alegra ver que sigue mis pasos, al menos en parte.

Se hace el silencio, ambos masticando nuestra comida sin hacer ruido. Tengo que probar con otra cosa, sacar otro tema de conversación, uno que requiera algo más que una respuesta monosilábica.

—¿Cómo va el club de informática? —Nunca he entendido ese club. Una actividad tan solitaria... ¿Por qué convertirla en algo social?

—El club de *programación*. —Parece exasperado, pero yo juraría que el foco de interés de ese grupo no para de cambiar. En primero se ocupaba de la robótica, pero después pasó a ser de escritura de código. Zachary incluso mencionó en una ocasión el hacking. Es decir, el hacking *ético*, que a saber qué será. «No existe tal cosa: hackear no está bien», recuerdo que le dije. «Las cosas no son blancas ni negras», repuso, la mirada encendida.

—Bueno, pues de programación. ¿Cómo va el club de programación?

—Lo dejé.

—¿Cómo dices? —Lo pregunto porque debo de haber oído mal.

—Lo dejé.

Sigo con el tenedor suspendido en el aire.

—¿Hoy? —inquiero, ya que no sé qué otra cosa decir. No lo entiendo.

—Hace unos meses.

¿Hace unos meses? ¿Cómo es que no lo sabía?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No me lo preguntaste.

¿Cómo se supone que lo iba a saber para preguntar? Me lo quedo mirando, pero él no me mira. Tiene la vista clavada en su comida, come otro bocado de malas maneras. Noto que el engranaje de mi cerebro da vueltas, gira como un loco, pero no avanza.

—Pero si te encantaba ese club...

A su boca asoma una sonrisa irónica, casi petulante.

—Soy buen actor.

Me invade una sensación extraña, el vertiginoso presentimiento de que no conozco a la persona que tengo delante, aunque me importe más de lo que me ha importado nadie nunca, de lo que me importará. Lo veo tomar otro bocado de comida.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros, y noto que empiezo a enfadarme. Esto merece algo más que ese gesto.

—¿Por qué, Zachary?

Me mira.

—Sólo lo hice para ponerlo en las solicitudes de las universidades. Cuando las envié... —Encoge de nuevo los hombros.

Me doy cuenta de que aún tengo el tenedor suspendido sobre mi plato. Lo dejo en él despacio. Casi tengo miedo de pronunciar las siguientes palabras.

—¿Y el resto? ¿El consejo estudiantil?

Se encoge de hombros otra vez y evita mirarme, pero la respuesta es evidente.

—Zachary —le digo. No lo he educado para que haga esto. Desde luego que no—. No puedes dejar las cosas así, sin más. Tienes una obligación. Una responsabilidad.

—No es para tanto, mamá.

—Sí es para tanto. —Ahora su plato casi está vacío, y su postura, el modo en que está sentado para salir disparado de la silla, me dice que está listo para escapar a su habitación. No piensa repetir. La cena casi ha concluido—. ¿Y si las universidades efectúan alguna comprobación? —pregunto sin sulfurarme.

—No mentí. Hacía todas esas cosas cuando solicité la admisión.

—Zachary, esto es serio.

Me sostiene la mirada, casi desafiante, y no dice nada.

—Podrían rechazarte por esto —aseguro.

—Casi he terminado el instituto.

—Estás poniendo en peligro todo aquello por lo que has trabajado tanto.

El silencio entre nosotros se vuelve ensordecedor. Finalmente desvía la vista, y un instante antes creo ver un atisbo de vergüenza. En mi cabeza vuelve a ser un alumno de preescolar, y lo veo en la cocina subido a una banqueta, con la leche derramada alrededor de un vaso de plástico volcado en la encimera. Veo esos ojos redondos, tristes, el mentón tembloroso. Oigo su vocecita: «Lo siento, mami».

—Hablaemos con los orientadores, les pediremos que te admitan de nuevo —digo con firmeza.

La misma reacción que cuando era pequeño, cuando ponía algo perdido, rompía algún juguete o se olvidaba de hacer los deberes y se sentía abrumado por el error. «No pasa nada, Zachary. Yo me ocupo.»

—¿Lo harán? —Me observa de nuevo. Ya no veo la vergüenza. ¿Alguna vez ha estado ahí? ¿O acaso yo esperaba que estuviese? Lo que veo es frustración, como si no quisiera mi ayuda pero supiese que no le queda más remedio.

—Haremos lo que podamos.

—Me voy a estudiar. —Retira la silla de la mesa.

—Vale —musito, pero para cuando la respuesta sale de mi boca, él ya se ha marchado del comedor.

Oigo que se abre el grifo en la cocina, el ruido del plato al meterlo en el lavavajillas. Momentos después, sus pasos en la escalera. La puerta de su cuarto al cerrarse.

Luego reina el silencio, de nuevo.

Una hora después, la cocina está limpia y el lavavajillas emite un suave zumbido. Me he quitado el traje de chaqueta y pantalón y me he puesto ropa de deporte. Bajo y voy al salón. Es una habitación de colores claros: sofá y canapé blancos, gruesa alfombra blanca sobre el suelo de madera noble, mesa de centro y mesitas auxiliares de cristal; en un rincón, una cinta de correr. En la mesa de centro hay un ajedrez antiguo, que era de mi abuelo. Con una partida empezada. Le toca mover a Zachary o, mejor dicho, le tocaba. El tablero lleva así ya dos semanas.

Solíamos jugar bastante. Era algo nuestro. Pero las partidas cada vez son menos y más espaciadas. He perdido la última media docena, y él ha perdido interés. Me dijo que prefería jugar en línea. Empezó a hablar de códigos y de las ventajas del juego informatizado, me perdí con tanto tecnicismo.

Ésta tengo que ganarla como sea.

Me subo a la cinta, la enciendo, los parámetros habituales. Trote lento al principio. Me quedo mirando el tablero de ajedrez, como llevo haciendo semanas. Decido que él moverá la torre. Aunque la vaya a perder. Su alfil está en una posición mejor. Es lo que yo haría, al menos.

Cojo el mando a distancia y enciendo el televisor, fijado a la pared, sobre la chimenea. Están dando las noticias; una sobre Rusia. Siempre hay algo de Rusia desde el tremendo revuelo que se armó hace un par de años con las células de agentes encubiertos. Ésta gira en torno a una posible interferencia en las elecciones. Al parecer, es el tema *du jour*.

La imagen cambia y pasa a una comparecencia ante el Senado. Halliday dirigiendo las preguntas, Jackson testificando. No puedo verlo, ahora no. Aumento la velocidad en la cinta, cambio de canal. Hay un programa de cocina. Cambio de nuevo; dan uno de esos programas de citas. Decido apagar la tele, vuelvo a incrementar la velocidad. El único sonido que se oye en la habitación es el runrún del motor, el golpeteo de mis pies.

Me viene a la memoria la conversación que hemos tenido durante la cena. Zachary debería saber distinguir el bien del mal; yo le he enseñado a hacerlo. Una vaga sensación de temor se instala en mí. Si no lo ha aprendido ya, ¿no será demasiado tarde? Yo no puedo hacer más. Está a punto de irse.

Aumento la velocidad de nuevo, me obligo a correr más, más deprisa. Sé que no lo estoy llevando bien, el hecho de que Zachary se vaya. Los hijos van a la universidad constantemente, los padres sufren el síndrome del nido vacío. No debería ser tan difícil. Puede que fuese distinto si tuviera un compañero, alguien que hiciese que el nido pareciera menos vacío. O si tuviera a alguien en quien poder confiar, familia o amigos íntimos. Pero mi madre es la única familia que tengo, y no puedo contarle esto, no

quiero que sepa lo que me está costando. Veo la desaprobación escrita en su rostro: «Sabía que no podrías con esto, Stephanie».

Y nunca he mantenido una relación estrecha con las mujeres de las que debería ser amiga, mujeres de mi quinta en el Buró. Las que tienen hijos lidian la batalla de una maternidad joven, unos días que yo dejé atrás hace tiempo. El resto, por lo visto, saborea las mieles de la vida en pareja, ese club exclusivo cuyas puertas están cerradas a los solteros. Si a esto le añadimos el hecho de que investigo a los que investigan, el resultado es que los otros agentes tienden a guardar las distancias.

Hace años habría confiado en Marta. Amiga desde hacía tiempo, analista en la CIA, una de las pocas personas de las que me fiaba... y la única con la que estuve a punto de compartir mi mayor secreto. Pero esos días terminaron. Eso fue lo que conseguí por empeñarme en hacer lo que debía. Perdí a mi mejor amiga. «Basta, Steph.» Me obligo a dejar de pensar en eso.

Me he planteado acudir a un profesional. Sentarme en la consulta de una psiquiatra, en un sofá, con una caja de pañuelos de papel al lado, y vomitarlo todo mientras ella asiente, garabatea notas en un bloc. Me dice que no pasa nada por sentirme así, me ofrece formas de lidiar con ello. Pero he oído lo que se comenta en el trabajo, agentes que buscaron ayuda y de pronto vieron cómo su carrera se estancaba. O, peor aún, implosionaba. Buscar ayuda equivaldría a sacrificar mi carrera. Y Dios me libre de tomar alguna vez antidepresivos. ¿Qué impresión daría en el estrado cuando admitiese que me hallaba bajo los efectos de una droga, aunque fuese legal?

De todas formas, no importa. Sé exactamente lo que diría una psiquiatra. A veces juego a eso: me imagino en el sofá, frente a ella, que me habla, me da consejos, dice cosas como: «No es como si fueras a perderlo para siempre», «Vuestra relación mejorará» y «Tienes mucha vida por delante».

Me centro en el golpeteo de mis pies. El ritmo es reconfortante, predecible. De un tiempo a esta parte, correr es mi vía de escape, la mejor forma de impedir que mi cabeza vaya a sitios a los que no quiero que vaya. Hoy da la impresión de que no está funcionando. «Zachary está a punto de irse.»

Pulso el botón de parada y oigo un pitido a modo de respuesta. El motor se ralentiza, mis pies aflojan al unísono. Paso a un trote lento, después a un caminar rápido. Me bajo antes de que se detenga por completo, me limpio el sudor de la frente con una toalla de manos. Me recorre una sensación familiar, una corriente de agitación y nerviosismo, una preocupación que me dice que nada va bien.

Ese rostro, en las noticias. La sonrisa petulante de Zachary, la que hizo que me pareciera un desconocido. Sacudo la cabeza frustrada, pero la imagen permanece en mi memoria.

Voy a la cocina y abro el armario que hay debajo del fregadero. Veo el contenedor de plástico donde están los productos de limpieza, perfectamente organizados. Echo mano del bote de las toallitas desinfectantes; saco una toallita húmeda y me pongo a limpiar las encimeras. Están limpias, sí, pero un repaso no les irá mal.

Después les toca el turno a los electrodomésticos, por dentro y por fuera. Luego a los suelos. Barrer y después pasar el paño húmedo. Eso es lo que hago cuando la vida parece que escapa a mi control, intentar que la casa esté perfecta. La psiquiatra vería un filón en esto último.

A continuación voy al salón, con el plumero en la mano. En la puerta veo el tablero de ajedrez y me detengo. Si hay algo que necesita que le limpien el polvo en esta habitación es eso.

Podría pedirle que bajara, que terminara la partida. Y tal vez lo hiciese. Pero no quiero que me diga que no. Y no quiero que piense que lo estoy presionando. Es mejor dejar que él venga a mí, que me lo diga cuando esté listo.

Pero no viene. Ya han pasado dos semanas. ¿Acaso no es hora de que vaya yo a verlo a él? Y ¿qué más da si me dice que no?

Por lo menos, lo habré intentado.

Dejo el plumero en la mesa de centro y subo antes de que cambie de idea.

Tiene la puerta de la habitación abierta, pero, al otro lado del pasillo, la del cuarto de baño está cerrada. Oigo que abre el grifo de la ducha y siento que me desinflo. Se da unas duchas eternas. Hace años era una lucha constante, hasta que acabé tirando la toalla y dejé de aporrear la puerta.

Adiós al ajedrez. Aunque probablemente fuese mala idea.

Me doy media vuelta para bajar y veo su habitación por la puerta abierta. El cesto de la ropa sucia a rebosar, en el suelo un montón de ropa. La cama sin hacer. Un vaso de McDonald's en la estantería, sin posavasos, probablemente esté dejando un cerco.

La culpa la tiene el vaso. Entro en la habitación, percibo el tufillo inconfundible de un chaval adolescente. Me acerco a la estantería, cojo el vaso y limpio con la otra mano el cerco de humedad. Por lo menos no ha dejado mancha. Algo más llama mi atención: una bolsa de comida mexicana de Chipotle, arrugada en el suelo, cerca de la cama. La cojo también y me la meto debajo del brazo.

Echo un último vistazo. Todavía se oye la ducha, y a saber qué más restos de comida rápida habrá con tanto revoltijo. Me agacho para echar una ojeada debajo de la cama. No parece haber basura. Aparto algunas prendas de ropa del suelo, sólo para ver si hay algo debajo. Nada, gracias a Dios.

Acto seguido, me acerco al armario, que en realidad es un vestidor. Hay una hilera de ropa colgada, camisas de *sport* y de vestir y un traje. Baldas a un lado, con montones de prendas más o menos desordenadas. En las de arriba está lo que más se pone: vaqueros, un puñado de camisetas lisas, sudaderas, todo doblado de cualquier manera. Las inferiores están más organizadas: pantalones cortos de verano y bañadores en una, ropa que se le ha quedado pequeña debajo.

El estante inferior me llama la atención. Hay montones de camisetas viejas, de fútbol, de la Liga Menor y de baloncesto. En una ocasión las añadió a un montón de ropa que yo iba a donar; cuando las vi, las llevé al armario. Ni siquiera estoy segura de por qué lo hice. Quizá no quisiera admitir que esos días habían terminado, que no había marcha atrás, que ya no se podía sacar tiempo para asistir a los partidos que me había perdido.

Encima de uno de los montones hay algo. Una bolsa de papel marrón, como las de comida rápida, o quizá más pequeña, de las que utilizaba yo para meterle el almuerzo el año que decidió que no quería llevar tartera. Está hacia el fondo, casi contra la pared, prácticamente no se ve.

Me agacho para verla bien. La bolsa está doblada y arrugada, dentro hay algo.

La cojo sin pensar. Pesa: no es basura.

Y, nada más tocarla, ver la forma, sé lo que es.

Noto en mi interior una sensación espantosa, como si supiera lo que va a pasar y no pudiese impedirlo. Como si mi mundo estuviese intacto pero a punto de hacerse añicos.

Desdoble la bolsa. Los dedos me tiemblan.

La abro.

Veó lo que hay dentro.

Un arma.

Es una Glock 26. Como la mía, pero más pequeña. Subcompacta, más fácil de ocultar. Zachary tiene un arma en el vestidor.

Me asalta un recuerdo, que hace años que no tenía. Estábamos en el parque, Zachary y yo, cuando él iba a preescolar. Me senté en un banco a leer un informe, sin perderlo de vista. Zachary llevaba unos pantalones de pana y una camiseta de un azul vivo. Estaba esperando para subir al tobogán grande, en espiral, el que más le gustaba, y una niña pequeña con trencitas se le coló. Un segundo después, él la quitó de en medio de un empujón, con fuerza; la niña se cayó al suelo y rompió a llorar. Yo salí disparada del banco, lo cogí por el brazo y lo llevé aparte. «¡No hagas eso nunca!», grité, la voz rebosante de miedo y desesperación. Volví la cabeza y la niña seguía en el suelo, sollozando como si se le fuera a romper el corazón; su madre estaba con ella, consolándola, quitándole tierra de las rodillas. Me agaché con Zachary, furiosa con él y al mismo tiempo asustada. «¿Cómo te atreves a hacerle daño a alguien?» Entonces se demudó, los ojos se le llenaron de lágrimas, el labio inferior le temblaba. «Lo siento, mami.»

Otro recuerdo ocupa el lugar de ése. Entro corriendo en el despacho del director cuando Zachary iba a sexto, lo veo sentado allí, con cara inexpresiva, golpeando la silla con los tacones. A su lado, otro niño, otra madre. El niño tenía la nariz ensangrentada y un ojo hinchado, cerrado. La madre me miraba furibunda. «¿Qué ha pasado?», pregunté sin aliento, mi atención fija en mi hijo. Él se encogió de hombros, sin mostrar emoción alguna en el rostro, ninguna. A la cabeza me vino su padre: «¿Y si es como su padre?».

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

¿Por qué demonios tiene Zachary una pistola en el armario? No hay ni un solo buen motivo para que mi hijo, de diecisiete años, tenga un arma escondida en el vestidor.

¿Lo estarán acosando en el instituto? ¿Sentirá la necesidad de protegerse?

Miro de nuevo el arma, con más atención esta vez. Veo el indicador de bala en la recámara, ese cuadradito abultado que sobresale algo de la corredera: la pistola está cargada. Las manos me tiemblan.

Últimamente ha estado distante, cierto. Casi como si fuese un desconocido. Pero ¿esto? ¿Esto?

«¿Y si ya no lo conozco?»

Temblorosa, respiro hondo una, dos veces, intentando ordenar los pensamientos que dan vueltas en mi cabeza.

«Tengo que entregarlo.»

Tengo que llamar a la policía local, decirles que he encontrado una pistola en el armario de mi hijo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

«Mi hijo irá a la cárcel.»

El grifo de la ducha se cierra. La repentina ausencia de sonido hace que me quede inmóvil.

Doblo la parte de arriba de la bolsa. Salgo de su habitación lo más deprisa y silenciosamente posible, enfilo el pasillo. Me meto en mi dormitorio, cierro sin hacer ruido al entrar. Entro en el vestidor, cierro esa puerta también.

Abro la caja fuerte, meto la bolsa dentro, cierro la caja y me siento en la alfombra.

Zachary tiene un arma.

«Un arma cargada.»

Poco a poco, la sorpresa y la incredulidad empiezan a dar paso a la rabia.

Me quedo mirando el teclado numérico de la caja fuerte hasta que la vista se me nubla. Después, de golpe y porrazo, me levanto. Salgo de la habitación, voy a la suya sin pensar. Llamo a la puerta cerrada, con más fuerza de la necesaria, el puño más apretado de lo necesario.

«¿Cómo te atreves a hacer esto?»

—Sí —dice, la voz amortiguada a través de la puerta. Es la misma sílaba que oigo siempre desde el pasillo, la entonación que significa que puedo pasar.

Abro la puerta. Está sentado con las piernas cruzadas a lo indio en la cama, un libro de texto abierto delante. Pantalones de franela azul y una camiseta azul, descalzo, el cabello húmedo.

—Zachary, tengo que hablar contigo.

Me observa, la expresión serena. Espera a que diga algo más.

—¿Qué, mamá? —pregunta al cabo.

—¿Tú qué crees? —Percibo el sarcasmo que destila mi voz. Estoy tan preocupada y asustada que no puedo pensar.

Otra pausa. Me mira con atención. Con recelo, casi.

«Tiene los ojos de su padre.»

La idea es como un bofetón. Lo es cada vez que se me pasa por la cabeza, desde que era un bebé. Porque es *mío*. Yo lo críe.

Lo veo de nuevo de pequeño, su rostro iluminándose cuando me veía entrar en la guardería. Corriendo hacia mí, echándome los bracitos al cuello con fuerza, dándome besos y llenándome de babas. Lo veo coger un ramo pegajoso de dientes de león para mí de la hierba que crece en el jardín trasero. Dándome su tarjeta del día de la madre, una cartulina arrugada con corazones pintados.

Ése es mi Zachary. Ese niño.

Él no tendría un arma.

«Pero hay una pistola en su armario.»

—Me ocultas algo, Zachary. —La investigadora que hay en mí pronuncia las palabras, aun cuando la madre dude de ellas. ¿Y si no es así? ¿Y si hay otra explicación?

«¿Y si el arma no es suya?»

Sus ojos no se apartan de los míos. Empieza a secarse el cabello con una toalla.

—Y sé lo que es. —De nuevo es la investigadora la que habla. La madre espera verlo confuso, que lo desmienta.

Porque, naturalmente, el arma no es suya. No puede serlo.

Palidece. Desvía la mirada.



«No.»

Cuando me mira de nuevo, tiene el sentimiento de culpa escrito en la cara.

«Mierda.»

La investigadora que hay en mí se siente satisfecha, justificada. La madre, destrozada.

Clavo la vista en mi hijo.

«Zachary, ¿qué has hecho?»

Me estremezco cuando ese sentimiento de culpa que veo en sus ojos se convierte en una expresión desafiante.

—No sé de qué me hablas, mamá.

«No me mientas.»

—Sí que lo sabes.

Silencio. Me sostiene la mirada, no dice nada. Parece indiferente. Su cara es como la de su padre.

Apoyo una mano en el marco de la puerta, para estabilizarme.

—Dime por qué la necesitas.

Frunce el ceño.

—¿El qué?

—El arma.

Parpadea.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¿Por qué necesitas una pistola, Zachary?

—No sé de qué me hablas.

—Mentira. —Aun así, la duda me asalta. Ahora parece perplejo, de verdad. Pero a la memoria me viene su sonrisa petulante en la cena: «Soy buen actor»—. ¿Tienes miedo de alguien? —inquiero.

—¡No! —Frunce más el entrecejo. Desvía la vista, sus ojos recorren la habitación. Con impotencia, casi, como si buscara una respuesta, una forma de reaccionar. Como si estuviese confundido de veras.

Y sus ojos no llegan al vestidor. ¿Acaso no lo harían, si supiera que la pistola está ahí? ¿No sería un acto reflejo? ¿Un instinto natural?

«Soy buen actor.»

—Sólo dime por qué —insisto.

—¿Por qué no me crees? —Deja caer la toalla, cierra el libro de texto, con dureza. Me lanza una mirada más dura aún.

La pregunta duele. La expresión de traición que veo en su rostro duele. Soy su madre; pues claro que debería creerlo.

Pero me oculta algo. Veo el sentimiento de culpa en su cara.

—Zachary, dime la verdad.

Niega con la cabeza.

—La verdad es que no sé de qué me hablas. —Su cara y su voz parecen sinceras.

Pero él mismo ha dicho que es buen actor. Ha tenido tiempo de recuperarse de la acusación inicial, de prepararse para las siguientes preguntas. He interrogado a mentirosos compulsivos; sé lo convincentes que pueden parecer.

La realidad es que había una pistola en el vestidor de Zachary. Y, si es suya, si

tiene intención de hacer daño a alguien, tendré que acudir a la policía. Tendré que pararle los pies.

«Pero ¿y si no es suya?»

¿Y si es cierto, si de verdad no sabe que el arma estaba ahí?

¿Y si la dejó alguien? Ya no sé quiénes son sus amigos. Ni siquiera sé quién ha estado en casa.

¿Y si es eso lo que oculta? ¿Que se está relacionando con malas compañías? ¿Que las ha traído a casa?

—¿Mamá? —dice.

Nos miramos. Ojalá supiera lo que se le está pasando por la cabeza ahora mismo. «Ojalá lo conociese mejor.»

—¿Por qué crees que quiero un arma?

*Quiero* un arma. No *tengo* un arma. No se me escapa el verbo que ha elegido. Es la clase de error que tiende a hacer que la gente meta la pata, que ayuda a distinguir al culpable del inocente. Me han entrenado para saber ver esos errores.

—No saldrás de casa hasta que me digas por qué tienes un arma, Zachary.

—¡No tengo un arma! —exclama riendo con incredulidad, como si me hubiera vuelto loca. Sus ojos no se apartan de los míos, y sus pupilas no cambian.

«Lo creo.»

Mi instinto, mi formación me dicen que está siendo sincero, que no sabe que había una pistola en su vestidor.

Me oculta algo. Y me ha mentido al respecto. Pero ¿el arma? Parece confundido de verdad.

Huellas. Llevaré la Glock al despacho, aplicaré polvo revelador. Averiguaré quién...

Me quedo helada cuando alguien llama a la puerta de la calle tres veces. Siempre me tenso cuando alguien viene a mi casa. Quizá se deba a mi profesión. O a mi pasado. Los enemigos existen, eso es algo que sé perfectamente. Y no hay ningún lugar que sea seguro de verdad.

Una imagen se me pasa por la cabeza durante un instante. Me encuentro en ese despacho con las paredes revestidas de madera y esas manos están en mis brazos, los dedos hundiéndose en mi carne.

Y después, igual de deprisa, otro recuerdo ocupa el lugar de ése. Voy en el coche, a toda velocidad por el monótono tramo de carretera, los ojos en el espejo retrovisor, las manos agarrando con fuerza el volante. Oigo la vocecita de Zachary en el asiento trasero: «¿Estamos a salvo, mami?».

Vuelven a llamar tres veces, está vez más fuerte, con más insistencia. No espero a nadie, y creo que Zachary tampoco. Se encoge de hombros malhumorado.

—Quédate aquí. Todavía no hemos terminado.

Salgo de su habitación y voy a la caja fuerte de mi dormitorio. La abro, saco mi Glock y me aseguro de que está cargada. Bajo con ella al costado. Paranoia, es posible. Desde luego, esta noche estoy más nerviosa que de costumbre.

Me asalta una tercera imagen. La mano, que descansa en los riñones de la mujer, alejándola como si fuese de su propiedad, todo bañado en destellos azules y rojos.

Echo un vistazo por la mirilla y compruebo que es una cara que reconozco. «Scott.» Lanzo un suspiro, el miedo abandonando mi cuerpo, sustituido por una tensión distinta.

Scott es un agente con el que salí, al que creí que quería, cuando Zachary iba a primaria. La cosa duró un par de años, la relación más larga que he tenido, la única que me gustaría que no hubiese terminado. Cuando rompimos, un año después, se casó con una profesora, y ahora tiene tres hijos preciosos. Y es un agente la mar de bueno.

Pulso el botón amarillo del panel, abro la puerta.

—Scott —digo.

Su pelo, en su día de un negro azabache, ahora tiene canas, lo cual me entristece. Le sonrío.

Él no me devuelve la sonrisa.

Tiene esa mirada incómoda que reconozco, la que yo misma he dirigido todas esas veces en las que me presentaba en la puerta de alguien con malas noticias. A punto de empezar una conversación que la gente no quería mantener, una conversación que le cambiaría la vida. Pienso en Zachary, una oleada de pánico arrollándome. Mi hijo está arriba, a salvo. Pero el arma. El *arma*.

—Steph —responde Scott, saludándome con la cabeza. Cambia el peso del cuerpo de un pie a otro, veo la incomodidad reflejada en sus ojos. Sea lo que sea esto, sé que no me gustará oírlo.

—¿Qué pasa? —pregunto. Y mi cerebro se pone en marcha para ubicar su puesto actual. Oficina Exterior de Washington. Terrorismo nacional.

—Steph..., es Zachary.

«Es Zachary.»

Proceso las palabras, intentando dotarlas de sentido.

«El arma. Scott sabe lo del arma.»

Mira hacia el interior y yo me adelanto para ocupar el espacio que queda entre la puerta y su cuerpo, reduciendo su ángulo de visión de mi casa. Es algo instintivo, a decir verdad. Scott me mira de nuevo, y esta vez veo algo más que incomodidad. Veo que me está juzgando.

Conozco esa mirada. Sé lo que se siente al dirigirla. Antes de que pasara a Asuntos Internos, cuando trabajaba en Delitos. Cuando me plantaba delante del progenitor de alguien y me recordaba a mí misma que, fueran cuales fuesen mis defectos, con independencia de lo que hubiese hecho mal en la vida, por lo menos no había criado a un delincuente.

Ahora veo esa mirada en la cara de Scott: «Al menos mis hijos son buenas personas. Al menos los he educado mejor».

Mis manos se aferran al borde de la puerta. Aguzo el oído para ver si percibo algo detrás de mí, pero no oigo nada. Zachary sigue en su habitación. «Por favor, no salgas.»

—¿Qué pasa con Zachary? —le pregunto a Scott.

Sus ojos vuelven de nuevo al pequeño espacio que se abre a mi lado, que permite ver mi casa.

—¿Está aquí?

Soy perfectamente consciente de que podría bajar por la escalera de un momento a otro.

—Sí.

—Steph..., ¿puedo pasar para que podamos hablar?

¿Cómo le voy a decir que no? ¿Por qué iba a decirle que no, si Zachary no ha hecho nada malo?

Abro la puerta más, aunque el movimiento me parece peligroso. El aire frío me hace estremecer. Scott entra. Ve mi arma al costado, la mira con parsimonia y después me mira a la cara.

Le sostengo la mirada. Conoce mi pasado; al menos, en parte. No hace falta que le dé explicaciones, y él no me las va a pedir.

Vacila y pasa por delante de mí, al salón, como si conociera la casa. Claro que conoce la casa.

Cuando lo hace, huelo su colonia. No es la que solía utilizar cuando estábamos juntos. Probablemente la haya elegido su mujer.

Lo sigo al salón. Dejo la pistola en una mesita auxiliar, me siento en el sofá.

—¿Qué tal estás, Steph? —Se sienta frente a mí sin quitarse el abrigo.

—Bien.

Debería ofrecerle algo de beber. Una IPA: siempre fue su preferida también. Ojalá no llevara puesta la ropa de deporte. Ojalá se me ocurriera algo que decir. «Ojalá pudiera dejar de pensar en el arma que he encontrado en el vestidor de mi hijo.»

—¿De qué quieres hablar? —Procuró que mi voz suene tranquila. Procuró evitar mirar la mesita, mi Glock. Tiene que ser por el arma. Si no, ¿por qué estaría aquí?

—Oye, quiero que esto sea informal, Steph. Y privado, por ahora. Por eso he venido solo.

—¿Qué quieres? —La pregunta me sale más combativa de lo que pretendía, y veo que su rostro se endurece mínimamente, y también conozco esa expresión. Hay algo que le dice que esas personas no van a cooperar. Que ocultan algo—. Scott —añado—, estamos hablando de Zachary. —Sin embargo, mi voz deja traslucir mi miedo. Creo a mi hijo, pero había una pistola en su armario. Y ahora tengo al FBI en mi casa—. Lo conoces —continúo. Recuerdo a Zachary subido a sus hombros para ver mejor el desfile del Cuatro de Julio, los dos entrando en el estadio de béisbol Camden Yards con sendas camisetas de los Orioles. Pensaba que Zachary era uno de los motivos por el que nuestra relación duraría—. ¿Para qué has venido? —pregunto.

Quiero oír la respuesta, *necesito* oírla, pero estoy aterrorizada. No puedo mentirle a Scott. No le mentaré a Scott. Pero, al mismo tiempo, no puedo quitarme de la cabeza la mirada de Zachary. Esa confusión genuina cuando le he preguntado por el arma. La risotada de no dar crédito en respuesta a mi acusación. Mi hijo no sabía que esa pistola estaba allí.

—Mira, Steph, somos amigos... —Scott se aclara la garganta, y yo lo único que quiero es que lo suelte. Aprieto los dientes para no decir nada—. Zachary es un buen chico. —Las palabras suenan vacías, como si él supiese que es lo que necesito oír. Como si no las creyera en modo alguno—. Pero ha cometido un error, Steph. Un error muy grave.

«Un error.» Claro. Todos los críos cometen errores. Dios sabe que yo los cometí.

Scott trabaja en terrorismo nacional. *Terrorismo* nacional.

—¿Qué clase de error? —inquiero. Él desvía los ojos, repara en el tablero de ajedrez. Lo escudriña—. Tienes que decirme qué está pasando. —Ahora mi voz tiene un deje desagradable, y me da lo mismo.

Me mira de nuevo, con serenidad, y estoy segura de que está sopesando las consecuencias de lo que sabe. Le sostengo la mirada, y es como si la neblina que me nubla la mente empezara a levantarse. Ha venido solo. No tiene una orden de registro. Si se está saltando el protocolo por mí, esto no puede ser tan grave como me estoy temiendo.

—¿Qué sabes del Movimiento de Solidaridad por la Libertad?

El Movimiento de Solidaridad por la Libertad. No era eso lo que esperaba oír, de ninguna manera. Y, por su forma de observarme, tengo la inquietante sensación de que es a mí a quien está interrogando. «Mejor a mí que a Zachary.»

—No mucho. —Repito la respuesta mentalmente y me pregunto si ha sido la adecuada. ¿No debería serlo, si es la verdad? Decido explicarme—: Lo que sabe todo el mundo en el Buró, creo.

He oído hablar del grupo, claro. Una rama más extremista incluso de los

Ciudadanos Soberanos, esas personas que se hallan distribuidas por todo el país y creen no estar sujetas a nuestras leyes. El Movimiento de Solidaridad por la Libertad ya lleva varios años en el radar del FBI, desde que una fuente confidencial informó de que planeaba fijar como objetivos a funcionarios del gobierno: la clase de complot que, de demostrarse su verdad, haría que la red subiera de nivel, que pasara de grupo anarquista a grupo terrorista. Una diferencia de vital importancia en este oficio, porque los anarquistas gozan de protección; la libertad de expresión y demás. Pero los terroristas no. Sin embargo, todavía no se ha corroborado la existencia de ese complot y, por tanto, éste sigue siendo algo de carácter confidencial; el MSL todavía es relativamente desconocido fuera del Buró.

—De manera que sabes que es un grupo extremista.

—Sí. —Y ahora sé adónde quiere llegar. Pero Zachary no forma parte de él. Es imposible.

Me dirige una mirada penetrante.

—Y, si nuestra inteligencia no se equivoca, se trata de un grupo que planea perpetrar ataques.

Permanezco impasible, pues sé que mi forma de actuar es tan importante como lo que diga.

—¿Qué tiene esto que ver con Zachary? —Nada más pronunciar las palabras me entran ganas de retirarlas.

—Zach está involucrado, Steph.

—Eso es imposible. —Y es imposible. Pero mi cerebro trabaja frenéticamente. Porque sé que Scott no estaría aquí si no tuviese alguna prueba—. Zachary es un estudiante de sobresalientes. No está «involucrado» en un grupo extremista. Es el presidente del club de informática, por el amor de Dios.

Oigo lo que acabo de decir y casi me estremezco. No es el presidente de ese club. Ya no. Escudriño el rostro de Scott en busca de alguna señal que me diga que sabe la verdad. ¿Ha estado en el instituto de Zachary? La idea hace que el corazón se me acelere. No soy capaz de interpretar la expresión de su cara, no estoy segura.

Claro que tampoco es que sea importante. Que Zachary dejara sus actividades complementarias fue una mala decisión, pero ello no quiere decir que sea un anarquista, un terrorista. Esto es un error.

Noto un palpitar sordo en los oídos, la sangre corriendo por mis venas. Se ha mezclado con malas compañías. Debe de ser eso. Malas compañías, malos amigos, y eso explicaría lo de la pistola en su armario. Uno de esos anarquistas la puso ahí.

—Dime qué tienes —le pido.

—Sabes que no puedo hacer eso.

La escena en el coche vuelve. El rúrrun del motor mientras íbamos por esa carretera. Mis ojos en el espejo retrovisor, controlando la carretera, asegurándome de que nadie nos seguía. La vocecita del asiento trasero: «¿Estamos a salvo, mami?».

—Es mi hijo. Si tuviera algo que ver con ese grupo, lo sabría.

Scott me dirige de nuevo esa mirada crítica, la que tenía cuando he abierto la puerta. «Por lo menos mis hijos son buenas personas.»

—Es un adolescente, Steph. ¿Hasta qué punto lo conoces?

Yo también me he planteado esa pregunta, una y otra vez, más a menudo con cada

año que pasa. Pero una cosa es que yo me la haga y otra muy distinta que alguien siempre la duda sobre el vínculo que me une a mi hijo. Me pongo a la defensiva en el acto.

—Te equivocas de chico, Scott.

—Steph...

—Te equivocas —espeto.

En su rostro hay ahora comprensión, ni rastro de sorpresa. Claro que cómo la va a haber. Yo he estado en su piel. He formulado preguntas similares a madres sobre sus hijos, y la respuesta siempre era la misma: «No ha sido él. No está involucrado. Mi hijo es una buena persona. Se equivoca usted».

—Lo siento —se disculpa Scott, y sacudo la cabeza porque no necesito sus disculpas. Necesito que me crea.

—No se enredaría en algo así.

—Mira, Steph, sé cómo investigas tus casos —replica, como si cambiase de enfoque, una táctica nueva para ganarme.

«Tú no sabes nada de cómo investigo —pienso—, ni de a quién he investigado.»

—Si algo no te cuadra, no cejas en tu empeño, aunque no tengas bastante para hacer acusaciones —afirma.

A continuación se instala un silencio incómodo. Espera mi respuesta. Pero me limito a mirarlo, y poco a poco su expresión empieza a endurecerse.

—Eres su madre —me recuerda—, pero también una agente federal.

La furia que siento me golpea como si se tratase de una ola.

—No lo estoy encubriendo, Scott. Lo juro por Dios, no tiene nada que ver con esto. Estoy segura de que no es un chico violento.

Sin embargo, nada más decirlo, vuelvo a ver a ese niño al que Zachary dio una paliza en sexto. La mirada de mi hijo en el despacho del director, impasible. Ese aire a su padre que a veces veo en sus ojos, esa crueldad que me deja conmocionada.

Scott hace un breve gesto de asentimiento. Indica que se da por enterado, que no irá a hablar con Zachary por ahora. Que yo no lo permitiré.

—Hablaemos de esto en otro momento.

No digo nada, y él interpreta mi silencio como la señal de que ha de levantarse. Va hacia la puerta principal y yo lo sigo. Abre e intento no estremecerme con la ráfaga de aire glacial que entra.

—Sé que ves lo mejor en él, Steph —observa—. Pero, por favor, ten cuidado.



El despacho, además de sin ventanas, casi no tiene color. Paredes hueso, moqueta gris apagado, pantalla de ordenador negra. Incluso la única fotografía enmarcada — cuatro niños sonrientes en una playa azotada por el viento— es en blanco y negro. Un dibujo hecho con pinturas, clavado en el tablero de corcho, aporta la única nota de color: seis figuras risueñas, con palitos por brazos y piernas, delante de una casa de tipo cubo.

La mujer se sienta en una silla giratoria, la vista clavada en la pantalla, en un cursor que parpadea. El texto aparecerá de un momento a otro. Han hackeado este canal de mensajes, que es altamente confidencial. Tan confidencial, de hecho, que rara vez se utiliza. Sólo en casos excepcionales.

Se ha utilizado hoy. Y acaban de conseguir descriptarlo. Ella será la primera en leer los mensajes en la central. Una de las pocas que cuentan con autorización para hacerlo.

Un programa informático está traduciendo los mensajes a un texto que ella pueda leer. Oye el sonido del procesador, un zumbido grave. Tiene el pulso acelerado. Aparecen las primeras palabras en la pantalla, una a una.

«Operación en marcha. El poder será nuestro, un poder con el que hasta ahora sólo hemos soñado.»

Un escalofrío le recorre el cuerpo. Ve el cursor parpadeante, ahora en otra línea.

«¿El obstáculo?»

El cursor salta a la línea siguiente. Ella contiene el aliento, a la espera de la respuesta.

«Pronto será neutralizado. Su hijo es nuestro.»

Las palabras desaparecen. La pantalla vuelve a ser negra. Fin del mensaje, la conversación ha terminado.

La mujer lanza un suspiro, se queda mirando la pantalla negra. Después sus ojos pasan al dibujo hecho con pinturas. La asalta una aterradora sensación de *déjà vu*. Y un miedo pavoroso por esa mujer, ese «obstáculo».

¿Quién es? ¿Qué le están haciendo?

«Y ¿qué le están haciendo a su hijo?»

Cierro la puerta y conecto la alarma cuando se marcha Scott. Voy a la cocina y me apoyo abatida en la encimera, respirando entrecortadamente.

Scott cree que Zachary forma parte de un violento grupo anarquista. Un grupo que tiene pensado lanzar ataques.

Y yo vuelvo a tener diecinueve años. Estoy en ese despacho, sentada delante de mi ordenador, trabajando, intentando pulir un informe, lograr que brille. El Senado en pleno se había declarado en receso, era tarde, y en la oficina ya no quedaba nadie. Se había ido todo el mundo menos el senador.

Casi había terminado la última página cuando se abrió la puerta de su despacho. Allí estaba Halliday, con la camisa remangada hasta los codos, la corbata floja. Era joven para ser senador, parecía más joven aún. Soltero, aunque la prensa amarilla siempre lo estaba relacionando con una actriz u otra.

—¿Todavía estás aquí, Steph? —preguntó exhibiendo su famosa sonrisa de megavatios. «Que derretía», como decía una de las otras becarias. Y, en efecto, se había derretido. En mi primera semana allí me enteré de que por lo menos tres de las demás becarias habían solicitado trabajar en esa oficina por el atractivo de Halliday, su encanto, su cercanía a la fama. Yo había solicitado esas prácticas porque sus ideas políticas coincidían con las mías y porque ese hombre iba a llegar lejos.

Yo apenas vi la sonrisa: estaba centrada en sus palabras. «Steph.» Se sabía mi nombre. Para un becario eso era todo un cumplido. Y quería decir que yo lo estaba haciendo bien, que matarme a trabajar estaba arrojando resultados. Ya me habían dado más responsabilidades que a todos los demás becarios juntos, pero quería más. Y quería que mi trabajo fuese impecable.

—Casi he terminado, senador.

Él esperó un instante, escudriñándome, y a continuación preguntó:

—¿De dónde eres, Steph?

—De San Luis.

—La puerta hacia el Oeste. —Ahí estaba la sonrisa de nuevo, los dientes de un blanco cegador, perfectamente rectos.

—En efecto.

—Y es tu... ¿primer año en la facultad? ¿Segundo?

—Segundo.

—Y ¿qué piensas hacer cuando termines? —Se apoyó en el marco de la puerta, las manos haciendo tintinear la calderilla que llevaba en los bolsillos.

—Ir a la escuela de Derecho.

—Vaya..., otro futuro abogado. Eso es lo que el mundo necesita. —Me guiñó un ojo.

—Yo diría que esa opinión no gozaba de mucha popularidad en la Escuela de Derecho de Yale —apunté con una sonrisa.

Él echó la cabeza atrás, se rio.

—Sin duda. Supe disimular bien mis convicciones.

Estaba manteniendo una conversación con el senador Halliday. Una buena conversación. Él seguía apoyado en el marco de la puerta, observándome con una sonrisa en la cara. Reuní el valor necesario para continuar.

—Con respecto a la escuela de Derecho..., estoy empezando a estudiar las opciones y me preguntaba si...

—¿Si te escribiría una carta de recomendación?

—Si podría darme algún consejo sobre el proceso de solicitud. —Me eché a reír—. Pero si se ofrece... —Lo dije alegremente, pero por dentro estaba conteniendo la respiración. Ese tipo era una nueva promesa en el partido. En el país, nada menos. Si el senador Halliday me escribía una carta de recomendación, me daba en la nariz que podría entrar en la escuela de Derecho que quisiera.

—Dame diez minutos para que termine con el papeleo —me lanzó de nuevo la famosa sonrisa— y ven a mi despacho a hablar del tema.

Bajo la vista y me doy cuenta de que mis manos son puños, las uñas clavándose en mis palmas. Las abro, veo las marcas, una hilera de pequeñas medialunas. La piel está abierta en dos puntos, la sangre asoma a la superficie. No lo había notado.

Me centro en lo que tengo a mi alrededor. Mi cocina. Mi casa. Eso sucedió en el pasado, en un pasado lejano.

Respiro, cojo aire y lo expulso. Vuelve a arrollarme la conversación que acabo de mantener con Scott.

«Zachary.»

Subo la escalera y me detengo frente a la puerta de su habitación, aguzo el oído. Dentro suena música, si es que puede llamarse así. Un bajo grave, pesado; una letra furiosa, cantada a gritos. Improperios sobre la policía. «No puedo confiar en los hombres. La Justicia llega a través de nuestras manos.» No me hace ninguna gracia que escuche esa basura.

Levanto el puño para llamar y lo pienso. Cuando entré antes, lo hice obedeciendo a un impulso. No tenía munición para pillarlo mintiendo, si era eso lo que estaba haciendo. O para demostrar que me estaba diciendo la verdad. Esta vez será mejor que me arme de paciencia. Será mejor que me informe y después interrogué a mi hijo.

Dejo caer el brazo y voy a mi dormitorio. Me cambio de ropa deprisa, preparo el bolso del trabajo. Abajo, cojo la Glock y me la enfundo. Le dejo una nota a Zachary en el bloc de la cocina: «Voy al despacho. Vuelvo pronto». Aunque no es muy probable que lo haga, si baja en mi busca, la verá. Ése es todo el contacto que quiero tener ahora mismo con él. Acto seguido, salgo por la puerta principal y cierro con llave.

El porche delantero está bien iluminado, incluso en la oscuridad. Luces de seguridad, las instalé el día que nos mudamos a la casa Zachary y yo. El barrio es seguro, pero mi trabajo no.

Me meto en el coche del trabajo —un sedán sin distintivos— y me dirijo hacia el este, despacio. Vivimos en una calle tranquila, festoneada de árboles, cerca de Dupont Circle, con casas de piedra rojiza a ambos lados, todas ellas cuidadas con gusto. Antes me sacaba de quicio que la gente fuese a toda pastilla por nuestra calle. Aunque en ella

ya no hay niños pequeños, yo sigo conduciendo muy por debajo del límite de velocidad. Somos animales de costumbres, supongo.

Al final de la calle, giro a la izquierda y piso el acelerador. Del asiento del copiloto sale un sonido: mi móvil, que vibra. Meto la mano en el bolso, lo saco y miro la pantalla: «Mamá».

Espero a que salte el buzón de voz y dejo el móvil en el asiento. Ahora mismo no puedo. Sé que mi madre percibiría el nerviosismo en mi voz. No quiero tener que enfrentarme a sus preguntas.

Primero debo entender lo que está pasando.

Zachary ha cometido un error, de eso no hay duda. Se ha mezclado con malas compañías. Eso es lo que me estaba ocultando.

El arma no es suya. Me lo ha dicho, y yo lo creo.

Mis manos aprietan el volante.

La central del FBI es una estructura gigantesca similar a un cubo, con hileras de ventanas espaciadas de manera uniforme y bien encajadas en la estructura de hormigón, casi como si fuesen celdas de prisión en miniatura.

El aparcamiento está prácticamente desierto. Hay un puñado de coches aquí y allá, filas de huecos vacíos, columnas que arrojan sombras alargadas, una luz titilante situada al fondo de la extensión de hormigón.

Aparco cerca de la entrada, accedo al edificio corriendo, con el bolso al hombro. Me pesa, más de lo que debería. Soy plenamente consciente de lo que hay dentro.

Entro en el vestíbulo. En la pared se ve el sello del Buró, flanqueado por banderas americanas. Y dos fotografías enmarcadas de hombres trajeados, instantáneas ante las que paso cada mañana, cada tarde. El director J. J. Lee, de ojos verdes, serio; el subdirector Omar Jackson, con una luminosa sonrisa blanca.

Subo en ascensor hasta la planta cuarta, enfilo el pasillo hasta los espacios seguros. Mis agentes trabajan en una sección cerrada de la planta, cuyo acceso es restringido. Nuestros archivos están llenos de información sobre otros empleados del FBI; lo cierto es que es la única manera de que podamos trabajar.

Franqueo dos pesadas puertas acorazadas tras identificarme debidamente ambas veces y cruzo a buen paso un mar a oscuras de cubículos desiertos para llegar a mi despacho. Abro la puerta, entro y enciendo las luces.

Es un despacho grande, con una mesa en el centro y estanterías de suelo a techo en una pared, repletas de textos jurídicos. En otra, una hilera de archivadores cerrados con llave que hace las veces de mesa para mi cafetera. Un televisor fijado a la pared opuesta. Una amplia ventana frente a mí da a los cubículos donde trabajan mis agentes.

Cuando el ordenador se inicia, hago doble clic en el sistema de archivos de casos online. Buscar información sobre familiares está prohibido, es un delito grave. Pero conozco el sistema. Conozco los resquicios. Sé que hay agentes que les han sacado partido, que encontraron lo que querían encontrar y técnicamente no quebrantaron ninguna norma. No pudimos demostrar que habían hecho algo mal, que habían visto algo que no debían.

«Movimiento de Solidaridad por la Libertad», tecleo en la barra de búsqueda. Se

trata de utilizar un camino más largo, y no hay nada que me prohíba buscar información sobre ese grupo.

Tras hacer clic un par de veces en la parte superior, accedo al sistema de identificación y realizo una búsqueda de entidades. Hago clic en «Personas», y la pantalla me ofrece una larga lista de nombres, todos los mencionados en un caso relacionado con el MSL. La ordeno alfabéticamente y voy bajando hasta la «M». «Zachary Maddox.» Ahí está. Historial 3-7659.

Vuelvo con el cursor al navegador y realizo una búsqueda de entidades distinta, esta vez por asuntos. Bajo hasta el 3-7659. Leo el listado de palabras que aparece, etiquetas para el historial. «Email. Internet. Radicalización. Reclutamiento.»

—Bien —musito.

Intento ordenar mis ideas. No hay ninguna investigación abierta sobre el propio Zachary. Es uno de una larga lista de nombres que surgieron en otro caso. Eso podría ser peor, sin duda. Pero algo llevó a Scott hasta la puerta de mi casa. ¿Qué tiene que pueda utilizar contra mi hijo?

Releo las etiquetas del historial. Dios, ojalá pudiera leer el archivo, ver lo que hay en él. Mis ojos se detienen en la barra de búsqueda. Sería fácil hacerlo.

Pero no puedo. Desvío la mirada y releo las etiquetas. «Email. Internet. Radicalización. Reclutamiento.» Encaja con lo que yo pensaba, ¿no? Zachary se ha enredado con malas compañías.

Alguien dejó esa arma en su habitación.

Y tengo que averiguar quién fue.

Abro el cajón inferior de mi mesa y saco un kit de pruebas forenses, que yo misma guardé ahí, y unos guantes. Me los pongo y, tras meter la mano en mi bolso de trabajo, saco el arma, que sigue en la bolsa de papel. Abro la bolsa con cuidado, saco la Glock y la dejo en la mesa, delante de mí. Comienzo a cubrir de polvos la empuñadura.

Mientras lo hago, el cerebro me va a mil. Si las huellas de Zachary están en esta pistola, si me ha mentido, se acabó. Le diré a la policía local lo que he encontrado y dejaré que sigan ellos a partir de ahí. No hay ningún buen motivo para que mi hijo pueda tener un arma. Ni uno solo.

Paso la brocha a la corredera y empiezo a aplicar los polvos.

Sin embargo, algo me dice que no encontraré sus huellas. Que Zachary no mentía, que esta arma no es suya.

Termino de esparcir los polvos, al menos por fuera. Cojo con cuidado la pistola con una mano enguantada, le doy la vuelta a un lado y a otro y examino la superficie.

No hay ni una sola huella. Alguien la ha limpiado.

Sintiendo un nudo en el estómago ahora, bajo el arma y saco el cargador. Está completo, y hay una bala extra en la recámara. Una en la recámara: así es como cargaría yo un arma, como lo haría cualquier defensor de la ley. Los tipos de la calle, los que duermen con el arma debajo de la almohada, no lo hacen.

Compruebo si hay huellas en el cargador, en las balas, en las once. Los sitios donde siempre encontramos las huellas ocultas, esas que pocos se molestan en borrar. Pero los delincuentes habituales lo saben. Los profesionales lo saben.

Levanto el arma y la sostengo a contraluz, para asegurarme.

Nada. Ni una sola huella.

Me recorre un escalofrío. Quiquiera que haya dejado esa pistola en mi casa sabe exactamente cómo borrar su rastro.

Cuando quiero llegar a casa, es tarde. Me quedo parada a la entrada y aguzo el oído, como de costumbre. Todo lo que oigo es el suave runrún de la lavadora, en el sótano. Voy directa al salón, echo un vistazo al tablero de ajedrez por pura costumbre: no hay ningún movimiento. Después mis ojos reparan en la mesita auxiliar: en ella está la tableta de Zachary, con su indestructible funda negra. Me detengo un instante, mirando a ver si percibo algo arriba, pero no oigo nada.

Cojo la tableta, la pantalla cobra vida. Introduzco su contraseña: 147896, mi dedo dibujando un círculo en sentido contrario a las agujas del reloj en la pantalla. Le he visto hacerlo de soslayo, más por la fuerza de la costumbre que por otra cosa, por el instinto de investigadora. Nunca he utilizado su contraseña. Nunca había tenido necesidad de hacerlo.

Sin embargo, la cuestión es que Scott —el FBI— tiene alguna prueba de que Zachary está relacionado con ese grupo extremista; de lo contrario, no habría acudido a verme. Si vuelve, será con una orden de registro y peinará la casa de arriba abajo. Yo tengo que hacer lo mismo.

Si hay algo que encontrar, tengo que encontrarlo primero.

Con un oído puesto en la escalera, echo un vistazo a las aplicaciones. Redes sociales, páginas de noticias, juegos. Abro su correo electrónico y voy a los mensajes enviados. Abro los recientes y los leo, sintiéndome culpable. Pero es necesario, y de todas formas los mensajes son inofensivos. Pocos y espaciados. Si se comunica con alguien por internet, lo hace a través de las redes sociales.

Entro en Facebook. Miro los mensajes de entrada y de salida, las publicaciones, la actividad de sus amigos. Un lenguaje espantoso, algunos comentarios inapropiados, de los de morirse uno de vergüenza. Resulta que mi callado y reservado hijo es alguien completamente distinto cuando tiene delante una pantalla.

A continuación, entro en Instagram. Algunas fotografías de él en el instituto, con amigos que no reconozco. En un partido de hockey de los Capitals con el brazo alrededor de una chica de pelo oscuro muy guapa, ¿saldrá con ella? La chica también está en la siguiente instantánea, plantándole un beso en la mejilla. «Mi chica, Lila, y yo», pone en la leyenda. «Lila.» ¿Será una novia? Nunca he oído hablar de ella.

Otra foto, en un bar con tres adolescentes a los que no reconozco. Zachary sonrío, en la mano un botellín ambarino cuya mayor parte queda fuera de la imagen.

Tiene diecisiete años, por Dios. La sensación de angustia vuelve a mi estómago. Me temo que no he estado prestando suficiente atención.

Abro el buscador de internet, el historial de búsquedas. «Tetudas», ha tecleado. Noto que el color me sube a las mejillas mientras veo las otras cosas que ha buscado, las páginas subidas de tono que ha visitado. Pero es un adolescente, así que eso es

normal, ¿no? Vuelvo a dejar la tableta en la mesita, alineando los bordes, tal y como la he encontrado.

Las etiquetas del historial me dan vueltas en la cabeza. «Email. Internet. Radicalización. Reclutamiento.»

No hay nada sospechoso en la tableta. Una parte de mí se siente aliviada, pero otra se siente cada vez más nerviosa. Porque Scott debe de tener algo. ¿Y el móvil de Zachary? ¿Su ordenador portátil? ¿Su mochila? Todas esas cosas están arriba. En su habitación, con él.

Tengo que echar un vistazo.

«¿Qué crees que encontrarás?», me desafía la voz de la psiquiatra en mi cabeza. La veo sentada en su silla, observándome con una sonrisita de suficiencia. Y no sé qué contestarle.

Las palabras de Scott resuenan en mi cabeza. «Por favor, ten cuidado.»

«¿Hasta qué punto lo conoces?»

En aquella oficina del Senado, hace todos esos años, esperé diez minutos, exactamente. Pasé el tiempo reproduciendo la conversación que había mantenido con Halliday. Tratando de dar con preguntas que pudiera formularle, unas preguntas que me hicieran parecer inquisitiva, perspicaz. Intentando averiguar cómo destacar mejor el trabajo que había estado haciendo, las responsabilidades que me habían dado, para que me escribiese una carta de recomendación llena de alabanzas. Después cerré el ordenador y llamé a su puerta, que estaba abierta.

—Pasa —me invitó. Entré. El senador estaba detrás de su mesa. Me ofreció de nuevo su sonrisa—. ¿Por qué no cierras la puerta?

Vacilé, pero la cerré de todas formas. Puede que no fuese consciente de que en la oficina no había nadie, es probable que sólo quisiera asegurarse de que nuestra conversación era privada. La costumbre, posiblemente.

Me senté en la silla que había frente a la suya.

—¿Ha terminado con el papeleo?

—Pues sí, acabé. —Se retrepó en su asiento, entrelazó las manos detrás de la cabeza—. Así que la escuela de Derecho.

—La escuela de Derecho, sí. —Había un vaso en la mesa, medio lleno de un líquido oscuro. ¿Bourbon? ¿Brandy?

—Y te gustaría que te diera algún consejo.

—Se lo agradecería. Escuelas en las que, en su opinión, merezca la pena estudiar...

—Bueno, lo cierto es que eso depende del tipo de Derecho que quieras practicar. ¿Lo has decidido ya?

—Aún no.

Penal, familia, empresa: quería averiguar qué era lo bueno de cada una de esas ramas. Todavía tenía abiertas todas esas puertas. Lo que me gustaba era la ley en sí. Las normas que todo el mundo tenía que seguir. Las consecuencias de infringirlas. La ley era blanca y negra. Era justa.

—Tienes mucho tiempo, Steph —repuso con una sonrisa, encogiéndose de hombros. Luego preguntó—: Pero, dime, ¿qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Pues... leer, supongo. —Era una pregunta que odiaba, que nunca me había



gustado. No tenía muchos pasatiempos que pudiera mencionar. Y tampoco creía que tuviera mucho tiempo libre, la verdad. Siempre había cosas de la facultad que hacer.

—Tienes, ¿cuántos años? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve?

—Diecinueve.

—Seguro que te gustará salir. Ir de fiesta, ¿no? —Apuró el vaso. Se volvió en la silla giratoria hacia el armario que tenía detrás y sacó una botella y otro vaso—. ¿Quieres?

«¿Quieres?» Acababa de decirle que tenía diecinueve años.

—No, gracias.

Se encogió de hombros y se rellenó el vaso.

—En cuanto al proceso de solicitud... —Intenté que la conversación volviera a encarrilarse. Su recomendación me abriría muchas puertas.

—Esto es muy impersonal —observó—. Como si fuésemos profesor y alumna. No es necesario que sea así.

En mi cerebro empezaron a sonar alarmas, pero él era senador, por Dios. Mi jefe.

Se levantó.

—Sentémonos allí. —Señaló el sofá que había detrás de nosotros.

Titubeé, pero él ya había rodeado la mesa y estaba a mi lado.

Me puse en pie confusa. Y su forma de mirarme... hizo que las alarmas sonaran aún con más fuerza.

—Creo que debería irme —dije con el corazón a mil por hora.

—Vamos, Steph. —Otra vez la sonrisa.

—Me marchó.

—¿Después de todo esto? —La sonrisa se le congeló en la cara.

«¿De todo qué?»

—¿Qué hay de la carta?

Me daba lo mismo la carta. En ese momento. Yo sólo quería salir de aquel despacho.

—Tengo que irme. —Di media vuelta y eché a andar hacia la puerta.

Pero entonces una mano me agarró del brazo y me detuvo. Una mano que me apretaba, que tiraba de mí, me alejaba de la puerta, me acercaba a él.

Y supe que mi instinto de marcharme no me había fallado.

—¿Por qué no te quedas? —La sonrisa había vuelto. Su voz era amable, burlona.

—Me marchó. —Sacudí el brazo, tratando de zafarme de su mano, que sin embargo no aflojó lo más mínimo. A decir verdad, me apretó más aún. La sonrisa se esfumó. En mi pecho anidó una sensación de pánico.

—No tan deprisa. —Subió la otra mano y me cogió el brazo. Dos manos ahora, las dos cogiéndome por la parte superior de los brazos, con fuerza. Olía la acidez del alcohol. Me pegó a él y sus labios se unieron a los míos.

—¡Pare! —exclamé, intentando apartarme. Aquello no estaba pasando. No podía estar pasando.

Me apretó aún más, sus dedos clavándoseme en la piel.

—¡Pare! —repetí, pero supe que no lo haría. Después me di con las piernas contra el sofá, perdí el equilibrio, me caí—. ¡No! —probé, pero con ello sólo aumenté su agresividad. Una mano me tapó la boca y la nariz, asfixiándome. No podía respirar.

La otra me subió por debajo de la falda. Traté de defenderme, traté de escapar,

pero él era más fuerte. Me inmovilizaba con su cuerpo, con su peso. No podía ir a ninguna parte. No podía defenderme.

Estaba atrapada, y no podía hacer nada.

Justo después de medianoche, subo la escalera por fin. Me detengo frente a la puerta de Zachary y aguzo el oído. No se oye nada. Abro despacio. La luna se cuele por las lamas de las persianas, arrojando franjas de luz en la habitación. Lo veo en su cama, dormido, hecho un ocho bajo el edredón azul marino, el mismo con el que lo arropaba yo cuando era lo bastante pequeño para pedir un beso de buenas noches.

Su respiración es profunda. Siempre ha sido de los que duermen como un tronco. Entro en la habitación. Las mismas paredes azules claras que tiene desde que nos mudamos, el mismo viejo colgante de los Orioles en la pared. En la cómoda, de roble, hay un puñado de bolas de béisbol firmadas en expositores de plástico, un par de antiguos trofeos encima de la estantería, de cuando jugaba al béisbol, antes de que fuera al instituto. Recorro con la mirada los libros de los estantes. No ficción, en su mayor parte. Béisbol, ciencia, programación. No veo nada radical ahí. ¿Debería haber prestado más atención a lo que lee?

¿Por qué iba a hacerlo? Es un buen chico. Mi buen niño.

«No debería hacer esto», le digo mentalmente a la psiquiatra desde el sofá.

«¿No deberías hacer esto? —replica—. ¿O te asusta lo que puedas encontrar?»

Su mochila está contra la pared. Descorro la cremallera sin hacer ruido, saco el portátil. Lo abro y la pantalla irradia una inquietante luz azul en la oscuridad. Reviso sus documentos. Nada parece malo.

Acto seguido, abro el navegador de internet y miro de prisa las búsquedas que ha realizado, las páginas que ha visitado. Universidades, calendarios de inscripción. Blogs de programación, de diseño de páginas web. El canal de televisión ESPN, estadísticas de béisbol. Una búsqueda en Google de ideas para invitar a alguien al baile de fin de curso y un nombre: Lila Winter. Lila, como en las fotografías de Instagram. Tiene pensado invitarla al baile de fin de curso, ¿no? Y otra búsqueda: «Investigadores privados Washington». ¿Por qué mi hijo está buscando investigadores...?

Zachary gime y se pone de lado. Me quedo de piedra, con el corazón a mil. Cierro el portátil y me pongo tan rígida que el cuerpo me duele. Si de verdad estuviese haciendo algo ilegal, lo ocultaría, ¿no? Lo encriptaría o algo por el estilo. Zachary sabe hacer esas cosas. Si se estuviese comunicando con un grupo extremista, con alguien con quien no debiera hacerlo, lo ocultaría, ¿no?

Es probable. Pero no sé cómo acceder a esa clase de cosas, aparte de llevando un dispositivo al laboratorio del Buró para servirme de él, y difícilmente puedo hacer eso. Zachary es el as de la informática en casa. Es a él a quien acudo cuando tengo alguna pregunta, el que siempre ha arreglado los dispositivos de casa. Siempre se le han dado bien esa clase de cosas.

Reviso el resto de la mochila: cuadernos. Un libro de texto. Un cargador de móvil. Meto más la mano y oigo el crujido de una bolsa. Patatas fritas. Muevo la mano y cojo algo que está al fondo. Un videojuego. *Punishment Hunt*, el que ha salido últimamente en las noticias. Asesinatos muy gráficos, al parecer: disparos, explosiones, envenenamientos. Siempre he prohibido esos juegos violentos, desde que Zachary fue

lo bastante mayor para interesarse por ellos. Me invade el desasosiego. Pero no es más que un juego. Y es popular. De masas.

Tiene el teléfono enchufado, cargando. Haciendo el menor ruido posible, lo desenchufo y me alejo un poco. Introduzco su contraseña, 123698, un círculo en el sentido de las agujas del reloj esta vez, como le he visto hacer, y empiezo a revisar mensajes. Una larga cadena con Lila, temas triviales en su mayor parte. Un grupo lleno de improperios con cuatro chicos cuyos nombres no ha mencionado nunca. Casi toda la ira parece ir dirigida a sus profesores, por lo que veo. Quejas de trabajos que les mandan hacer. Mucha fanfarronería. Chismorreos sobre una chica de la clase de Cálculo, de esos que hacen que me alegre de haber dejado atrás hace tiempo el instituto.

Sigo bajando por distintos hilos, sigo leyendo hasta que me detengo.

«John Doe», es el nombre del contacto. Noto que el vello de la nuca se me empieza a erizar.

Un número local. Mensajes crípticos, en su mayor parte. Cosas como ¿El miércoles a las 16.30? y Allí estaré. Nada de paja. Las conversaciones, sean las que sean, esos dos las mantienen en persona.

Subo hasta el comienzo del chat. Hace dos meses, más o menos. Éste es mi número, es la primera frase. De Zachary a John Doe. Y la respuesta: Encantado de haberte conocido hoy.

Sigo bajando. Da la impresión de que desde entonces se han visto una o dos veces a la semana.

Ahora tengo el vello de la nuca completamente tieso. Zachary me oculta algo, y apostaría a que tiene que ver con John Doe.

Llego al final del chat. Enviado hoy, por John Doe: ¿Mañana a las 15.30?, pone.

A lo que Zachary contesta: Allí estaré.

—Y yo —farfullo.

La alarma de Zachary suena a las seis, un leve pitido persistente. Yo no he podido dormir, y llevo horas esperando ese sonido. Once minutos después, oigo que baja la escalera. Me ve cuando casi tiene una mano en la puerta de la nevera y se queda parado.

—Hola —saluda de mala gana.

—Buenos días —contesto.

Veo que saca un envase de zumo de naranja, se sirve un vaso grande. Engulle el zumo, con la puerta de la nevera abierta, sus ojos topándose con los míos por encima del vaso. Parecen enfadados. Cuando se bebe el zumo, deja el vaso en la encimera.

—Zachary —empiezo.

No me hace ni caso. Cierra con fuerza la nevera, va a la despensa. Veo que coge un puñado de barritas proteicas del estante y se las mete en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Zachary —repito.

Sale de la despensa.

—¿Qué?

—Háblame del Movimiento de Solidaridad por la Libertad.

—¿El qué?

Y me quedo anonadada al ver el resentimiento que reflejan sus ojos.

Sin embargo, no he visto el más mínimo indicio de que sepa de qué le hablo. Estoy segura. Sería capaz de distinguirlo. No ha oído nunca ese nombre. Pruebo con otra pregunta:

—Zachary, ¿tienes algo que ver con un grupo anarquista?

Abre los ojos un poco más, no mucho, y enarca las cejas.

—¡¿Qué?!

No digo nada, aunque se me pasan un millón de preguntas por la cabeza. Tengo que ver la reacción al completo. Cómo se recupera, qué dice a continuación, todo.

Sacude un poco la cabeza, como si intentase librarse de algo desagradable, como si estuviera sumamente confundido.

—Joder, mamá. ¿Lo dices en serio?

Asiento.

La mandíbula baja, la boca se le abre un tanto.

—Primero crees que quiero un arma, y ahora ¿esto? Me estás puteando, porque si no... —Tensa la mandíbula, un gesto de obstinación.

Reprimo el impulso de corregir el lenguaje que utiliza.

—Si has cometido un error, deja que te ayude a arreglarlo.

Me lanza una mirada furibunda, no da crédito.

—O si te has juntado con quien no debías...

—Pues no. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Y, antes de que yo pueda contestar, toma una decisión: sale como una exhalación de la cocina.

Lo oigo en el pasillo, cogiendo la mochila. Oigo que la puerta se abre y se cierra con un golpe.

Me planteo seguirlo, pero en lugar de hacer eso me quedo mirando la taza que tengo en la mano. Lo que me queda del café no hay quien se lo beba, se ha quedado frío hace un buen rato. Hay un remolino blanco desvaído en la parte superior, la crema separándose.

Me asalta la confusión. Porque sé cuándo alguien está mintiendo. Mi trabajo consiste en saberlo. Me han entrenado para saber ver el engaño.

Y estoy convencida de que Zachary no mentía.

El teléfono está en la encimera, al alcance de la mano de la mujer, cuando vibra. Ha entrado un mensaje.

Está untando rebanadas de pan con mermelada de uva, delante tiene cuatro tarteras de vivos colores abiertas. Los niños están sentados a la mesa para desayunar, peleándose, y su marido mediando, hablando con ellos en un tono tranquilo, moderado. Es su móvil, pero no lo ha oído.

Una semana antes ella no habría hecho ni caso. No habría violado su intimidad. Pero ese día no puede evitar inclinarse y echar un vistazo a la pantalla.

De un contacto llamado «O».

Ha llegado el momento. A jugar.

—¿Cariño?

Ella levanta la cabeza de golpe, el corazón acelerado. Su marido la está observando.

Coge el teléfono y se lo pasa. Él se lo mete en el bolsillo trasero del pantalón sin mirarlo. Ella se ruboriza.

—¿Algo interesante? —Lo dice con una sonrisilla.

La han pillado, infraganti.

—«O» dice que ha llegado el momento.

—Los Wizards juegan esta noche. Es un partido importante. —Lo dice sin vacilar lo más mínimo.

—Es verdad.

Ella coge otra rebanada de pan y hunde el cuchillo en la mermelada. Empieza a untar el pan e intenta recordar una sola vez en los doce años que llevan casados que él haya mencionado el baloncesto o los Wizards.

Cuando llego, en la oficina no hay nadie; soy la primera en entrar, como de costumbre. Voy directa a mi despacho, enciendo las luces, me siento delante del ordenador, lo enciendo.

Miro el correo, contesto los mensajes urgentes, destaco otros para volver a ellos más tarde. Compruebo la cola de informes, miro por encima los nuevos, efectúo unas anotaciones para mis agentes. Y, mientras hago todas esas cosas, mi cerebro no para, intenta entender la situación, pugna por comprenderla.

Contemplo el mar de cubículos a oscuras y me centro de nuevo en el ordenador. Hago doble clic en el icono del sistema de archivos virtual. Muevo el cursor al cuadro de búsqueda y tecleo el número del archivo: 3-7659. Dudo, el cursor suspendido sobre el botón de buscar.

No puedo hacer esto, ¿no?

Dejo el ratón y me vuelvo hacia la mesa que tengo detrás, enciendo la cafetera, como atontada. Luego giro hacia mi mesa, me quedo observando la pantalla del ordenador. 3-7659.

«¿Puedo?»

Dejo el número del archivo en la barra de búsqueda y abro otra pantalla; me pongo a navegar por la enciclopedia interna del Buró y busco «Movimiento de Solidaridad por la Libertad». Me muestra un artículo, largo. Más de lo que encontraría en internet; éste incluye información de historiales del FBI.

Empiezo a leer por encima. El MSL, una misteriosa red de anarquistas radicales, fue creada hace cinco años. Sus miembros se hallan dispersos por todo el país, se relacionan a través de foros en internet, algunos en la internet oscura. Estructura de liderazgo poco clara; quienes dirigen el grupo se han servido del encriptado para permanecer en el anonimato en la red. Una única fuente confidencial informó de que los líderes aspiran a lanzar ataques contra objetivos gubernamentales, pero no hay pruebas que respalden dicha afirmación, y hay muy pocos detalles. Con lo que hay basta para asegurarse de que el Buró efectúa un seguimiento del grupo, y basta para lograr que los tribunales permitan que los agentes tengan acceso a determinadas cuentas de correo electrónico y al historial de llamadas telefónicas, pero no basta para acusar a nadie.

Voy al informe sobre el complot que elaboró el servicio de inteligencia. Es breve, apenas hay texto, apenas detalles. Y, si hubiese alguno, se incluiría. No cabe la menor duda de que a la fuente la acribillaron a preguntas. Todo cuanto sabe se encuentra en ese informe. Y no hay gran cosa.

El Buró no tiene nada que apunte a que exista un complot concreto, que haya pasado de la fase de aspiración. Nada que indique que se han seleccionado objetivos. La fuente que informó de la amenaza es nueva; su credibilidad, cuestionable. Los

analistas evalúan que la amenaza que supone el MSL es baja. Noto que empiezo a liberar parte de la tensión.

Nada más ponerme con un artículo sobre el reclutamiento, la luz inunda la oficina. Levanto la vista asustada y veo que Wayne ha llegado y va hacia su mesa. Entró a trabajar en la sección mucho antes de que yo me pusiera al frente, relegado a Asuntos Internos cuando ya no pudo pasar las pruebas físicas de la agencia. Me mira por la ventana, me saluda con la mano. Yo le hago el mismo gesto, esbozo una media sonrisa forzada y vuelvo a centrarme en el artículo.

La mayoría de los miembros del MSL busca al grupo en internet y por su cuenta. Inician el contacto tras dar con la dirección de correo electrónico de reclutamiento — que cambia cada semana— en foros extremistas. Si los reclutadores del MSL deciden responder, lo cual sucede más o menos la mitad de las veces, dirigen al posible recluta a un foro encriptado para continuar hablando. Llegados a ese punto, el FBI ya no tiene acceso a las comunicaciones.

Y el reclutamiento está aumentando. Releo los números que me aparecen en la pantalla. Hace un año el Buró calculaba que el MSL tenía unos doscientos miembros. Hace seis meses, trescientos. Ahora, más de quinientos.

«Email. Internet. Radicalización. Reclutamiento.»

Miro la segunda ventana que tengo abierta en la pantalla. 3-7659.

Tampoco sería para tanto, ¿no? No es como si estuviese obstaculizando una investigación o intentando ver algo para lo que no tuviese autorización o algo por el estilo. Esto es sólo ver un archivo. Tratar de determinar qué pruebas incriminatorias tienen contra mi hijo.

Muevo el cursor al botón de búsqueda.

En el peor de los casos, sería un parte de falta disciplinaria. Asumiré las consecuencias. Vale la pena si puedo averiguar lo que está pasando, por qué esa pistola estaba en la habitación de Zachary.

Hago clic, conteniendo la respiración.

«Acceso denegado.»

Las palabras, rojas y en negrita, son todo lo que mi cerebro es capaz de asimilar. Ya he visto esa pantalla antes, cuando me acercaba demasiado a un caso altamente confidencial, vinculado con la CIA, con adversarios extranjeros. Sin embargo, esto es terrorismo nacional; seguro que Scott ha entrado y ha eliminado mi acceso manualmente. Seguro que sabía que intentaría echar un vistazo.

«Mierda.»

Levanto la vista y veo que ha llegado Parker, el más joven de mi equipo, los ojos vivaces y entusiastas. Y también García, la única persona que conozco que tiene cincuenta años y aún lleva un pendiente en la nariz y muestra una actitud en concordancia. Están sentados delante de sus respectivos ordenadores, accediendo al sistema, bromeando sobre el partido de baloncesto de anoche. Ellos tres casi siempre son los primeros en llegar. Dentro de unos cinco minutos, en cuanto García haya comprobado su correo electrónico, ella y Wayne se irán a traer café para todos. Parker se quedará solo hasta que vuelvan.

Cierro la ventana de búsqueda. Me quedo mirando la pantalla. «Acceso denegado.»



Salí disparada del despacho de Halliday en cuanto pude, temblando aterrorizada, las lágrimas corriéndome por la cara. Él estaba tranquilo cuando me fui; demasiado tranquilo. «Si dices una sola palabra de esto, niñata...», fue todo cuanto dijo. Su tono era de advertencia; su mirada, de amenaza. Luego dio un paso más hacia mí y me puso una mano en los riñones. El gesto hizo que me invadiera una oleada de miedo. Me estremecí, convencida de que volvería a hacerme daño.

Pero se limitó a inclinarse y a acercar la boca a mi oído: «Nadie te creería», musitó, y su voz hizo que la sangre se me helara en las venas.

Fui dando traspiés por los pasillos del edificio de oficinas del Senado, necesitaba salir de allí cuanto antes, alejarme de él todo lo posible. Mis pasos resonaban en los altos techos; sus burlas, en mi cerebro. ¿Tenía razón? Estábamos hablando del senador Halliday. En su vida no faltaban mujeres. Bellas, poderosas. La verdad parecería una locura.

«Nadie te creería.» Notaba su mano en mi espalda, la confusión y el terror que me recorrieron cuando me tocó.

Esa noche, el agente de servicio era Ronnie, un rostro conocido, un tipo amable. Durante mi primera semana en el trabajo, lo sorprendí viendo el concurso de preguntas y respuestas «Jeopardy!» en el televisor portátil que tenía en la garita. «Me encanta ese programa», le dije. «Eres demasiado joven, hija. Es un concurso para vejestorios», repuso con una sonrisa, y a partir de ese momento no paró de tomarme el pelo con ello. Esa noche estaba en la salida, en su silla plegable de siempre, junto al detector de metales. Sonrió al ver que me acercaba.

—Necesito dar un parte —espeté cuando me detuve delante de él, enjugándome las mejillas con el dorso de las manos, consiguiendo a duras penas contener las lágrimas —. Me han... —Titubeé, la palabra se me quedó atascada en el cerebro, no pudo llegar a la boca. No podía parar de temblar. «Nadie te creería.»

—¿Te encuentras bien? —Sus bondadosos ojos reflejaron preocupación en el acto.

—Me acaban... —Entonces oí pasos. Pasos de hombre. Me volví y vi a Halliday, que se aproximaba.

No aflojó el paso, ni siquiera titubeó al acercarse. Exhibió su característica sonrisa.

—Buenas noches, Ronnie. Buenas noches, Steph. —Lo dijo como si tal cosa, con la mayor tranquilidad del mundo.

«Como si no hubiera pasado nada.» Pasmada, vi que abría la puerta y desaparecía. Ni siquiera volvió la vista atrás.

—¿Tesoro?

Reprimí un sollozo y me volví hacia Ronnie, que me observaba rebotante de preocupación.

Tenía que hacer aquello. Tenía que contar la verdad, por desagradable que fuese.

—Me han violado.

Ronnie parpadeó, no era eso lo que esperaba oír, en modo alguno. Miró el pasillo que quedaba a mi espalda, instintivamente, como si buscara al depredador. Después fue a echar mano de su radio.

«Cuéntaselo, Steph.»

—Ha sido... el senador Halliday.

La mano que iba a coger la radio se detuvo en el aire. Ronnie volvió la cabeza hacia

la puerta, la misma que acababa de empujar Halliday. Cuando me miró de nuevo, algo había cambiado en sus ojos. La preocupación había dado paso al recelo.

—Halliday.

Era una afirmación, no una pregunta.

—Sí.

Ahora en su mirada había algo más. Crítica, sin duda. Tal vez un atisbo de compasión.

—El senador Halliday.

Su mano volvió al regazo, la voz llena de escepticismo.

—Sí. —Pugnaba por no llorar; sabía que, si empezaba de nuevo, no podría parar. Tenía que hacer aquello, decir la verdad. Ya me haría un ovillo y lloraría a gusto después.

Me miró de arriba abajo un instante. En algún punto del pasillo se oyó un portazo.

—No sé lo que ha pasado ahí. Tal vez la... situación... se le fuera de las manos. Pero, yo de ti, hija, no haría una acusación así.

No me creía.

—Ronnie, me...

Levantó una mano para pararme.

—Déjalo estar.

Se me volvieron a saltar las lágrimas. Creí que podía confiar en él. Creí que me ayudaría.

Pero Halliday tenía razón.

«Nadie me creerá.»

Al cabo, veo a García retrepase en su silla, decirle algo a Wayne, que asiente. Ambos se levantan, García se estira, riendo, y van hacia la puerta. Se queda Parker, solo.

Ésta es mi oportunidad. Me acerco a él y se retira con la silla al verme.

—Buenos días, jefa —saluda.

Parker tiene más o menos mi edad, pero la mayoría de mis agentes me sacan por lo menos diez años. Así es Asuntos Internos: una de esas secciones soporíferas, en las que cuesta acabar la jornada. Pero el caso de Parker es anómalo, siempre se muestra dispuesto a echar una mano. Y eso me hace sentir más culpable incluso por lo que estoy a punto de hacer.

—Buenos días, Parker. —Vacilo, pero acto seguido lo digo—: Esta mañana el ordenador me está dando problemas. ¿Le importaría imprimirme un archivo?

Veo un mínimo atisbo de incertidumbre, que pasa deprisa. En Quantico nos enseñaron a no hacer eso: «No se puede dar nunca por sentado que otra persona tiene acceso autorizado». Pero soy su jefa. ¿Cómo no voy a tener acceso a todo lo que tiene él, y más? Y nuestros sistemas informáticos tienen fama de ser frustrantes, así que no es lo que se dice raro que yo esté teniendo problemas.

—Claro, jefa.

Le leo el número del historial y contengo la respiración mientras lo busca. Siempre cabe la posibilidad de que hayan denegado el acceso a todo mi equipo. De ser así, Parker recelará.

Veo que el archivo se abre en su pantalla y exhalo un leve suspiro. Sube hasta el

botón de imprimir y hace doble clic.

—Ya está —comenta alegremente.

—Gracias. —Procuro parecer contenida, mostrar desinterés. A continuación, me dirijo hacia la batería de impresoras que hay al fondo de la habitación.

Oigo el zumbido de la máquina y procuro no pensar en lo que acabo de hacer. Pero me aseguraré de que Parker no se mete en ningún lío. Asumiré toda la responsabilidad y aceptaré cualquier medida disciplinaria que consideren adecuada. Ahora mismo lo que importa es averiguar la verdad.

La impresora enmudece. Cojo los papeles que hay en la bandeja y vuelvo a mi despacho. Cierro la puerta y empiezo a leer.

El lenguaje es técnico, y denso. Tardo unos minutos en entender la jerga. A la tercera página empiezo a hacerme una idea.

La dirección IP de nuestra casa se ha utilizado para mandar un mensaje al correo electrónico de reclutamiento del MSL. Hace quince días, un miércoles.

Desde una dirección de email que no he visto en mi vida, una que incluye el nombre completo de mi hijo: «ZacharyMaddox345».

Paso a la página siguiente con el corazón desbocado. Hay una captura de pantalla del mensaje en sí, que dice:

Me gustaría unirme a vosotros. Tengo acceso a objetivos.

ZACHARY

«Tengo acceso a objetivos.»

Releo esa frase. Me quedo mirándola hasta que la vista se me nubla, como si fuera a cobrar sentido de alguna manera. Pero no tiene sentido. Ninguno. Soy incapaz de imaginar a mi hijo escribiendo ese mensaje. Como tampoco soy capaz de verlo empuñando un arma.

«Ése no es Zachary.»

Con el estómago encogido, hago un esfuerzo para centrarme, para ponerme en modo investigador, distanciarme. Sigo revisando el archivo. El email no recibió respuesta. No hay nada más.

Vale. Tengo que pensar en esto de manera racional. El correo electrónico, por sí solo, no basta para acusar a nadie de ningún delito. Es libertad de expresión. Es una solicitud para unirse a un grupo político, uno que no tiene historial de violencia. Y una frase que se podría interpretar de distintas formas, al menos un buen abogado defensor podría. «Acceso», «objetivos»: lo cierto es que esas palabras podrían querer decir cualquier cosa. No es una amenaza explícita.

No es como si Zachary amenazara con emplear la violencia.

Mis ojos vuelven a la frase: «Tengo acceso a objetivos». Sin duda basta para justificar que se abra una investigación. No me extraña que Scott fuera a casa.

Mi cerebro regresa a la noche anterior. Cuando encontré la pistola en el vestidor de Zach.

Tres golpes rápidos a la puerta de mi despacho me sobresaltan. Le doy la vuelta al papel instintivamente, oculto lo que estoy leyendo.

—Adelante —invito.

La puerta se abre lo justo para que vea que es Parker.

—Siento molestarla, jefa. —Tiene las mejillas rojas.

—No pasa nada, Parker. ¿Qué es? —pregunto, aunque ya sé qué es. Quién es. Scott. Debió de incluir una alerta en el archivo. ¿No debería haberlo previsto? Es lo que habría hecho yo.

—Hay un agente al teléfono. Scott Clark, Oficina Exterior de Washington. Quiere saber por qué he accedido a ese archivo, el que le he imprimido a usted.

—¿Qué le ha dicho?

—He puesto la llamada en espera.

—Pásemela. Hablaré con él.

Él se queda donde está, retorciéndose las manos.

—No pasa nada, Parker. —Le dedico una sonrisa forzada, que confío que lo tranquilice—. No se meterá en ningún lío, se lo prometo.

Se aleja, y nada más cerrar la puerta, vuelvo el papel y continúo leyendo, con más prisa ahora. La dirección IP remite a nuestra casa; a ese respecto no hay ninguna

sorpresa. Esa mañana hubo actividad: Zachary y yo consultamos nuestros respectivos correos electrónicos, nuestras redes sociales, páginas web de noticias. Después, nada hasta las 16.34, cuando se creó la nueva cuenta de email. A las 16.36 se envió el mensaje. «Tengo acceso a objetivos.» Nada más hasta las 17.21, cuando Zachary revisó su cuenta de correo habitual, sus redes sociales.

Me suena el teléfono, un pitido estridente. Lo paso por alto y sigo leyendo, más deprisa.

La cuenta de correo electrónico, la nueva. Había un mensaje enviado. Ninguno recibido. Sólo se accedió una vez al sistema.

¿Por qué enviaría Zachary un mensaje así y después no entraría a ver si le habían contestado? ¿Por qué enviaría un mensaje así, punto?

El teléfono suena de nuevo. Al mirar por la ventana veo que Parker me mira, con los ojos muy abiertos, sin duda preguntándose por qué no lo he cogido. Extiendo el brazo y me llevo el aparato a la oreja.

—Maddox.

—Soy Scott. ¿Te importaría explicarme por qué has pedido a un subordinado que accediera a un archivo al que tenías el acceso denegado? ¿O prefieres esperar y explicárselo a la comisión disciplinaria?

Su furia me pilla desprevenida.

—Me gustaría explicártelo a ti —replico, aunque no tengo ni la más remota idea de lo que podría decir. No hay forma de entender lo que está pasando—. Estaré ahí dentro de una hora.

—Que sean veinte minutos. —Cuelga.

A mi madre no le hizo ninguna gracia que no le contase quién me había dejado embarazada. «Da lo mismo —le aseguré—. Ese hombre no formará parte de la vida del niño.» En un principio, tuve miedo de que tampoco me creyera. Después, de que me creyera. Ya me miraba con cara de decepción. ¿Cómo me miraría si supiera la verdad? ¿Como si de algún modo fuese culpa mía? ¿Como si estuviese tan herida como yo misma me sentía? No quería averiguarlo. Era mejor no decir nada, aunque ello hiciese que entre nosotras se levantara un muro.

Fantaseé, repetidas veces, con acudir a la policía, probar de nuevo. Pero no podía quitarme de la cabeza la reacción de Ronnie. Halliday tenía razón, ¿o tal vez no? Sería mi palabra contra la suya sobre lo que había sucedido en su despacho. Él era senador; yo, una becaria. Cuanto más tiempo pasaba, menos probable era que alguien me creyese. De manera que no se lo dije a nadie.

Sin embargo, una noche, cuando Zachary sólo tenía unas semanas, la verdad se me escapó, o al menos parte de ella. Estaba sentada delante del televisor, con él en brazos, viendo las noticias. Era Halliday, pronunciando un discurso exaltado sobre un tema en el que yo no era capaz de concentrarme. Su voz me llevó de vuelta a aquella noche, esa que con tantas fuerzas intentaba borrar de mi cabeza. No obstante, el terror seguía pareciendo reciente; me recorrió una familiar sensación de náusea. Volvía a estar en aquel despacho, reviviendo la espantosa noche.

—Fue él, ¿no? —preguntó mi madre con suavidad, como si me leyera el pensamiento.

Se me saltaron las lágrimas. Mi madre lo sabía. Por fin podía decir yo algo, compartir esa carga con alguien, compartir la verdad.

Asentí.

—Y la relación... ¿seguro que ha terminado?

«¿La relación?»

Mierda, no lo sabía. Claro que no lo sabía. Pensaba que era una relación, una aventura inapropiada. Asentí de nuevo.

—¿Sabe que existe Zachary? ¿Sabe que es el padre?

«Padre.» Me puse mala al oír esa palabra.

—No —contesté. Miré a Zachary, esa personita a la que de pronto quería más que a nada, a la que quise más que a nada en cuanto la vi.

Me había planteado abortar cuando supe que estaba embarazada. Había concertado una cita en la clínica y todo. Pero una parte de mí se preguntaba si no me arrepentiría el resto de mi vida. Y, si Halliday me obligaba a lamentarme de algo durante toda mi vida, ¿no sería casi como un segundo asalto? ¿Como si ganase de nuevo?

Tener el niño, a mi modo de ver, fue mi pequeña manera de enfrentarme a él. De demostrarle que no podía volver a hacerme daño.

Zachary se revolvió en mis brazos, abrió la boquita y bostezó. Vi que sus labios formaban una sonrisa adormilada y tuve la abrumadora certeza de que yo haría lo que fuese por ese niño. Mi niño.

Había oído cosas en las noticias de hombres como Halliday que conseguían hacerse con derechos parentales. Yo no permitiría que semejante monstruo formase parte de la vida de mi hijo.

Y tampoco podía permitir que Zachary supiera nunca la verdad. ¿Qué pensaría de sí mismo y del ADN que corría por sus venas? ¿Acaso no haría que se cuestionara mi amor por él? No podía hacer eso. No lo haría.

Me levanté, remetí bien la mantita de Zachary y apagué el televisor. Halliday desapareció.

—Y no quiero que lo sepa nunca. No quiero que nadie lo sepa.

Pensé, cuando decidí tener el niño, que así hacía frente a Halliday. Que le estaba devolviendo el golpe, que había ganado.

Hasta ese momento no me pregunté si no le habría dado otra victoria. Porque, aunque alguien me creyera, aunque yo decidiese que tenía la obligación de decir la verdad sobre lo que había hecho ese hombre, no podía. No podía permitir que supiera que Zachary existía.

En ese instante, mientras sostenía a mi hijo en brazos, supe que guardaría silencio para siempre.

La Oficina Exterior de Washington del FBI se halla en el interior de su propia manzana, un edificio sombrío, lúgubre, que en una ocasión Zachary comparó acertadamente con un Lego gigante. Está situada a un kilómetro y medio de la central, una distancia que se recorrería antes a pie que conduciendo por las congestionadas calles de Washington, si no sintiésemos la necesidad de tener los coches listos para echar mano de ellos en todo momento.

Consigo entrar en el edificio en menos de los veinte minutos que me han asignado, me dirijo hacia el ala de contraterrorismo y, una vez allí, al cubículo de Scott. Está al fondo, junto a las ventanas, en un rincón. Está sentado en su silla, delante de su ordenador. Cuando me ve, se levanta.

—A la sala de juntas —dice con sequedad.

Pasa por delante de mí y lo sigo hasta una habitación sin ventanas que está al final del pasillo. Cierra la puerta cuando entramos y se sienta a la cabecera de la mesa. Yo lo hago en diagonal a él.

—Muy bien. —No hay ni rastro de cordialidad en su rostro—. Explícate.

Hace un calor sofocante. Me quito la americana y la dejo en el asiento de al lado. Scott me observa, sin pestañear. Busco qué decir, qué puedo decir, pero no se me ocurre nada.

—Sabes lo grave que ha sido la infracción que has cometido, acceder a ese archivo —empieza él.

—No tenía elección.

—¿Por qué?

Respiro acompasadamente.

—Vas a mi casa, me lanzas semejante acusación y te niegas a contarme nada. Tengo que saber qué está pasando.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes.

Se retrepa en la silla, mirándome con frialdad.

—«Acceso a objetivos.» ¿A qué crees tú que puede referirse con eso?

—Podría hacer referencia a muchas cosas. —Le sostengo la mirada.

—¡Joder, esto no es un juego! Esto es serio, Steph.

—Eso ya lo sé.

—Dijo acceso a «objetivos».

—Leí el correo —replico, el tono más combativo de lo que pretendía.

Frunce el ceño.

—¿Tienes algún motivo para creer que Zachary podría estar planeando un ataque?

Veo el arma en la bolsa de papel, escondida en el vestidor. Veo el correo electrónico, en el historial: «Tengo acceso a objetivos». Veo a Zachary empujando a aquella niña en los columpios, mirando fríamente al compañero de clase al que acababa de dejar la cara hecha polvo.

Luego lo veo de pequeño, con esa sonrisa exultante en el rostro. Abrazándome con todas sus fuerzas cuando apenas me llegaba a la cintura. Musitando un «te quiero» adormilado cuando lo arrojaba por la noche. Veo su cara de confusión cuando le mencioné el grupo terrorista. Que negó, sin dar crédito a sus oídos, tener un arma cuando lo acusé de ello.

—No —le contesto a Scott. No lo creo. No me lo puedo creer.

—Si tienes alguna razón para sospecharlo...

—Es un buen chaval.

—Estamos hablando de un grupo antigubernamental, Steph. Un puñado de personas frustradas que odian al gobierno. Que odian trabajos como los que tenemos nosotros. —¿Está jugando conmigo, ablandándose, para que cometa un error? Es lo que haría yo—. ¿No crees que Zachary podría tener alguna razón para estar resentido?

Zachary tenía cinco años cuando recibí la tan ansiada oferta de empleo del FBI. La carta llegó por correo, y la abrí fuera, junto al buzón. Vi el membrete en relieve, el «Estimada Stephanie», el «Enhorabuena», y sonreí de oreja a oreja. Llevaba años esperando ese día, y por fin había llegado.

Cuando seguí leyendo, cuando reparé en la fecha que figuraba en la carta, mi sonrisa se desvaneció. Quantico significaría pasar meses en una residencia, donde no se permitían las familias; eso lo sabía. Con lo que no contaba era con la fecha en que empezaría.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —insistí minutos después, colgada del teléfono—. ¿No podría empezar más adelante?

—Es esto o nada —repuso la voz en el otro extremo.

Esa tarde llevé a Zachary a casa de mi madre. El niño salió disparado al jardín trasero y yo me quedé en la cocina con ella. Sentada en un taburete, la veía trocear hortalizas en la isla mientras vigilaba por la ventana a Zachary, que cogió un palo y lo blandió en el aire como si fuese una espada.

—Me han ofrecido un empleo —empecé.

Mi madre alzó la vista, una sonrisa iluminándole el rostro.

—Cuánto me alegro, Stephanie.

—Voy a ser agente del FBI.

La sonrisa se esfumó. El cuchillo que tenía en la mano se detuvo.

—¿Agente del FBI? ¿En serio?

—Sí. —No le había dicho que era mi objetivo. No se lo había dicho a nadie. ¿Cómo iba a hacerlo, sin contar la razón?

—Has ido a una escuela de Derecho. Podrías tener un trabajo estupendo. Estable.

—Eso es lo que quiero hacer.

Arrugó el entrecejo, confusa. Yo miré hacia otro lado, a Zachary, que corría por el césped. Mi madre no entendía mi decisión, yo era consciente de ello.

No sabía toda la verdad sobre Halliday; nadie la sabía. Y no sabía que cuando estaba en la escuela de Derecho, hacia la mitad de mis estudios, había tomado otra decisión: quería tener un trabajo con el que pudiera parales los pies a personas como él, a personas que abusaban del poder que tenían, que se aprovechaban de él y trataban injustamente a otros. Lucharía por las víctimas, y las creería.

Desde esa noche supe que era un error guardar silencio, permitir que Halliday ocupase una posición de poder, que se corriera el riesgo de exponer a otras a lo que me había hecho a mí. Y, de no ser por Zachary, me dije, habría hecho algo. Dar un paso adelante, decir por fin la verdad. Arriesgándome a que nadie me creyera, a que ese hombre menoscabara mi reputación, a ser pasto de la prensa amarilla.

Pero no podía hacerle eso a Zachary. No podía permitir que ese hombre entrara en



nuestra vida, que mi hijo supiera la desagradable verdad sobre su padre.

Mi madre dejó el cuchillo con cuidado en la tabla.

—Piensa en Zachary. ¿Y si te pasa algo?

Su pregunta me atravesó. Estaba pensando en Zachary. Siempre estaba pensando en Zachary. Pero eso era lo que tenía que hacer. Era el camino que había elegido, lo que el corazón me dictaba que estaba bien. Centré mi atención en un trozo errante de zanahoria que se había caído de la tabla.

—El período de formación empieza dentro de dos semanas. —Estrujé la zanahoria con los dedos—. No puedo llevarlo conmigo. ¿Podrías quedarte con él?

—¿Cuánto tiempo?

—Cuatro meses.

—Stephanie, ¡no lo dirás en serio!

—Sé que es mucho tiempo...

—El mes que viene empieza la guardería.

—Lo sé. —Cómo no lo iba a saber. Zachary y yo habíamos estado hablando sin parar de ello. Le había tenido que prometer que estaría en la parada del autobús la primera mañana, jurar que cuando él mirase por la ventanilla podría decirme adiós con la mano en cuanto encontrara su sitio. Yo estaría esperando cuando volviera el autobús, afirmé, e iríamos a comer helado, y él me contaría cómo le había ido el día—. He intentado cambiar la fecha, pero no puedo. Es esto o nada.

Mi madre frunció el ceño, a punto de decir algo. Después volvió a coger el cuchillo y se centró en las hortalizas.

—Me quedaré con él. Estaré a su lado. Y al tuyo. —Siguió cortando y me miró, una mirada llena de reproche—. Porque eso es lo que hacen las madres.

Sus palabras me hirieron. Veía a Zachary por la ventana: dejó el palo en la hierba y se subió a uno de los columpios, removiéndose hasta que se sentó bien del todo.

—Sólo serán cuatro meses.

—¿Sólo cuatro meses? —Sacudió la cabeza—. Y después será un trabajo lleno de noches largas. De ponerte en peligro. La verdad, Stephanie, te eduqué para que tomaras mejores decisiones que ésa.

Parpadeé con fuerza para no llorar.

—Ésa es la decisión adecuada.

—¿Para Zachary o para ti?

Estaba enfadada y dolida. ¿Qué podía decir? No podía permitirme discutir con ella, no en ese momento. No cuando necesitaba su ayuda. Sin decir más, salí al jardín.

Zachary agitaba las piernas, tratando de impulsarse en el columpio. Me dedicó una sonrisa radiante cuando me vio salir, y eso hizo que me arrollara un torrente de emociones.

—¡Mamá, mírame!

Le sonreí, una sonrisa que confiaba que no pareciese tan desconsolada como me sentía yo. ¿Tenía razón mi madre? ¿Era un tremendo error? ¿Cómo podía dejarlo ni más ni menos que cuatro meses?

Me senté en el columpio de al lado, me impulsé con los pies, me dejé llevar. Vi cómo se esforzaba él para balancearse, moviendo las piernas. Al cabo de unos instantes, relajó las piernas y se limitó a mecerse. Me lanzó una sonrisa satisfecha.

—Zachary, tengo que contarte una cosa —empecé—. Tú quieres ser bombero cuando seas mayor, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues yo llevo mucho mucho tiempo queriendo ser agente del FBI.

—¿Qué es *a gente*?

—Un agente es alguien que ayuda a las personas. Que hace que estén a salvo. Como un policía, más o menos. —Me miraba con atención, como si lo estuviese entendiendo todo—. Bueno, pues voy a poder hacer eso, Zachary. —Me sonrió de nuevo y fue como si me partiera el corazón—. Pero necesito ir al colegio para aprender a ser agente. Necesito quedarme algún tiempo en el colegio. —La sonrisa vaciló. Conseguí a duras penas decir las palabras siguientes—: Y, mientras, tú te quedarás aquí, con la abuela. —Abrió mucho los ojos. Su gesto adusto lo hacía parecer mayor de lo que era. Pero tenía que decir el resto. Tenía que contárselo todo—. Y, verás, cariño, mi colegio empieza justo antes que el tuyo. Así que será la abuela la que te diga adiós en el autobús el primer día, ¿vale? —Me resultó doloroso decirlo, tuve que reprimir unas ganas tremendas de llorar.

—Pero lo prometiste, mami. —Lo dijo en voz tan baja que casi no lo oí.

—Lo sé —musité yo—. Y lo siento mucho.

Miró hacia otro lado, vi que parpadeaba para no llorar. Después se puso a mover las piernas de nuevo, esta vez con furia, esforzándose más aún, impulsándose más en el aire de lo que lo había visto nunca. No me volvió a mirar.

Con el corazón partido, vi cómo se elevaba. Y juré que, si alguna vez le hacía otra promesa, no la rompería.

Sacudo la cabeza para deshacerme del recuerdo. Las palabras de Scott resuenan en mi cabeza: «¿No crees que Zachary podría tener alguna razón para estar resentido?».

—¿Acaso tus hijos no tienen ninguna razón para estar resentidos? —replico. No pienso dejar que Scott me culpe por esto. No pienso seguir jugando en la defensa. Voy a pasar al ataque.

—Steph...

Me inclino hacia delante.

—¿Haría eso que se unieran a un grupo terrorista?

—Dijo que tenía acceso a objetivos —insiste—. Lo siento, Steph. Sabes que debo abrir una investigación formal.

La amenaza hace que me recorra un escalofrío. Reprimo un temblor. Una investigación formal. Una causa penal contra mi hijo.

—Scott..., no puedes hacer eso.

—No tengo elección.

—Dame un poco de tiempo. Para que averigüe qué está pasando.

Me mira impávido, y el alma se me cae a los pies. Se avecina algo más, algo malo. Yo misma he hecho esto cuando evaluo a alguien: esperar a que llegue el momento adecuado para revelar un dato crítico, una prueba irrefutable.

—Todos esos días que no fue a clase —dice Scott sin alterarse—. ¿Qué hacía?

¿Que no ha ido a clase? ¿De qué está hablando? Intento poner cara inexpresiva, pero estoy segura de que no lo estoy consiguiendo.

Coge un bolígrafo, lo deja.

—Da la impresión de que no sabías eso, Steph.

No digo nada.

—Seis faltas en los últimos dos meses. Tantas, que le dieron un aviso.

¿Es eso cierto? ¿Se ha hecho Scott con una copia del expediente académico de Zachary? ¿Es eso lo que pone?

—¿Lo sabías? —insiste.

—No —admito, porque es la verdad, porque estoy segura de que Scott me lo ve en la cara.

—Interesante. Porque enviaron a tu casa una copia de la notificación por absentismo para que lo supieras, y tu firma está estampada en ella.

Zachary no fue a clase, falsificó mi firma. Ha mentido. No sé qué decir, qué pensar.

—No lo conoces tan bien como crees, ¿verdad, Steph?

El instituto de Zachary es como un campus universitario en miniatura, un lugar bonito con edificios de ladrillo y extensiones de césped a las que dan sombra árboles altos. Tras los incidentes anteriores —todas esas riñas y peleas—, pensé que empezar de cero le iría bien. Separarse de los niños con los que se relacionaba. Así que lo matriculé en un instituto privado, y siempre pensé que era la decisión adecuada: las discusiones y las peleas cesaron, y su interés en las clases aumentó. Sin embargo, ¿volvía a andar con malas compañías?

He encontrado un sitio frente a su coche —lleva mi viejo y abollado Ford Taurus— y estoy sentada en el mío, esperando. Tengo puesto el parasol en el salpicadero, doblado hacia atrás lo bastante en un lado para que pueda ver por el parabrisas sin que me vean. No hay sol del que protegerme: el cielo es gris y el viento aúlla en el amplio aparcamiento. Sopla un aire glacial, y el campus está tranquilo. Todos los chicos están en clase, al amparo del frío.

He ido allí directa desde la oficina de Scott. Sus palabras me han afectado, porque sé que son ciertas. No conozco a Zachary tan bien como pensaba. Si en los dos últimos días ha quedado algo claro, ha sido eso. No sé qué hace mi hijo con su tiempo. Ni con quién lo pasa.

Pero es posible que esté a punto de averiguarlo. Veo esos mensajes de texto con John Doe.

«¿Mañana a las 15.30?»

«Allí estaré.»

No puedo dejar de pensar en el arma, que ahora está en mi caja fuerte. En lo que me contestó Zachary cuando le saqué el tema. Confusión genuina. La misma cara que puso cuando le pregunté por el MSL, el grupo extremista.

Pero ¿y si resulta que es un buen actor? ¿Un grandísimo mentiroso?

Sigo pensando que la reacción natural habría sido ir a ver si el arma seguía en su sitio. Mirar hacia el vestidor, como poco. No es tan bueno, ¿no? Es un crío, por el amor de Dios. Un buen chico.

«¿O no?»

La cuestión es que oculta algo. Eso sí lo sé. Y el tal John Doe..., me da en la nariz que tiene algo que ver.

Me llevo los dedos a las sienes y me las masajeo para intentar disipar el dolor de cabeza que me está entrando. Veo la cara de Scott y oigo su voz aunque no quiera: «¿No crees que Zachary podría tener alguna razón para estar resentido?».

Chicago fue mi primer destino. Chicago. La ciudad natal de Halliday. Era como si el universo me estuviese gastando una broma cruel.

Me planteé rechazarlo. Dejar el Buró. Mi madre tenía razón; aún podría entrar a

trabajar en un bufete de abogados. Asentarme en San Luis. Alejarme del mundo del senador de una vez por todas.

Pero entonces ganaría él. Y yo me estaría rindiendo, dándome por vencida, una vez más. Permitiendo que ganara Halliday.

De modo que Zachary y yo hicimos las maletas y nos trasladamos. Mi madre no paraba de recordarme que era un error dejar la guardería en mitad de curso. Que Zachary sufriría. Pero era algo que yo tenía que hacer.

No teníamos familia en Chicago. Ninguna ayuda. Encontré una guardería, la que abría más horas de la zona. Y también a unas cuantas canguros a las que podía llamar. Una de ellas era una señora, Patty, que vivía unas calles más allá y me dejaba que le llevase a Zachary cuando me llamaban en plena noche. Cuando llegamos a la ciudad, pensé que no pasaría mucho. Poco a poco se convirtió en algo rutinario.

Me asignaron a crimen organizado, investigaba a la mafia de Chicago. Para mí era el trabajo perfecto: importante, en principio; significativo, en principio. Una oportunidad para sacar de las calles a tipos malos de verdad. Durante mi primera semana de trabajo fui consciente de que ésa era la segunda broma cruel del universo.

—Esta ciudad está en manos de la mafia —afirmó mi agente instructor, Nicholson—. Y no hay mucho que podamos hacer.

—Venga ya —objeté. Parecía lo contrario de todo lo que había aprendido en Quantico, de todo lo que creía que era cierto.

Sacudió la cabeza.

—Los puñeteros políticos corruptos. La mafia les paga. Y ese senador, Halliday, es el peor.

Fue como si el tiempo se detuviese. No me esperaba oír ese nombre, ni allí ni entonces.

—¿Halliday?

—¿Has visto la cantidad de dinero que recauda ese tío?

La ira empezó a correrme por las venas, como si fuera hielo.

—Entonces ¿por qué no hemos hecho nada al respecto?

—Saben blanquearlo.

—Vamos, Nicholson. Si sabes lo que está pasando...

—Como te he dicho, esta ciudad es suya.

—Pues haz algo al respecto.

Me dedicó una sonrisa torcida.

—Ahora es tuyo, Maddox. Haz tú algo al respecto.

No tenía por qué hacerlo, estaba claro. Podría haber esperado a que llegara el momento adecuado, como Nicholson, como el resto. Trabajar mis ocho horas, pasar inadvertida, esperar a que me asignaran otra cosa.

Pero no estaba dispuesta a dejar que Halliday ganara de nuevo, otra vez no.

Las ocho horas se convirtieron en trece. Más, cuando era preciso. Dios sabía la cantidad de trabajo acumulado que había. Trabajo para alguien dispuesto a hacerlo. Y yo lo estaba. Estaba decidida a hacerlo.

Después de meses en los que prácticamente trabajé veinticuatro horas los siete días de la semana, acabé con algunas pistas que llevaban hasta el hampa. No parecía

gran cosa, teniendo en cuenta el tiempo que le había dedicado, pero era más de lo que había conseguido la sección en años.

Investigué cada una de ellas a fondo, escuchando las comunicaciones, construyendo un caso sólido. Ocupé una pared de la oficina exterior, donde coloqué instantáneas de todos mis objetivos. Las uní con cinta de pintor, determinando las relaciones existentes entre ellos. La pared no tardó en estar llena.

Cuando ya llevaba un año en Chicago, tenía el caso de más envergadura de toda la sección, un caso que incluso se seguía de cerca en la central. Conspiración, corrupción y demás delitos.

En el Buró me consideraban una promesa, alguien que tenía por delante un futuro increíble. Y yo apenas veía ya a Zachary. Una hora al día, quizá dos. Quería pasar más tiempo con él a toda costa, pero todos los agentes de la sección estaban haciendo turnos de veinticuatro horas para echar una mano en ese caso. Mi caso. Así que difícilmente podía tomarme un respiro cuando todo el mundo estaba arrimando el hombro de esa manera.

Zachary se pasaba la mayoría de las tardes en la guardería, muchas noches en casa de Patty. A veces, si tenía que estar en el trabajo antes de que amaneciese, lo llevaba al coche en mitad de la noche, en pijama y dormido, y lo dejaba con Patty, en sus brazos, dormitando. Odiaba hacer eso, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Estuve a punto de dejarlo todo. En una ocasión me lo planteé. Me estaba acercando al líder de la rama de la mafia que estaba investigando: Torrino. Intentamos que su mano derecha se volviera en su contra, o eso pensamos que hacíamos. Me reuní con él, traté de convencerlo de que se cambiara de chaqueta. Le prometí inmunidad a cambio de testificar contra Torrino. Y creí que ese hombre lo haría. Después, en la sala de interrogatorios, cuando estaba a punto de darme la respuesta, se inclinó sobre la mesa hacia mí. Llevaba los puños de las mangas enrollados, y cuando se adelantó vi que asomaba un tatuaje en el antebrazo: dos cuchillos cruzados, formando una X.

«Déjalo estar», dijo lenta y cuidadosamente, con una mirada que hizo que me entrara miedo.

Me planteé dejarlo estar. Inventar alguna excusa, abandonar el caso. Parecía la opción más segura. Pero no podía permitir que esos delincuentes se salieran con la suya. Y no podía pasarle el caso a otro. Era mi responsabilidad. Tenía que sacarlos de las calles.

Tres meses después llegó el momento de actuar. Llegaron agentes de toda la región para ayudar. Teníamos quince cargos contra Torrino: intimidación, extorsión, blanqueo de dinero... Planes para detener a quince de sus cómplices. Órdenes de registro para un total de treinta y dos residencias y negocios. Todo estaba listo para que fuese uno de los casos más importantes de la historia reciente.

La noche previa a la operación me fui a casa para pasar un par de horas con Zachary. Comimos pasta y helado y estuvimos haciendo un puzle hasta que vi que se le caían los ojos. Se puso el pijama mientras yo le preparaba la bolsa y después nos subimos al coche, los dos en silencio.

Cuando llegamos a casa de Patty estaba dormido. Lo saqué de su silla y, aunque no estaba despierto del todo, me echó los brazos al cuello y me rodeó la cintura con las piernas. Pesaba: estaba creciendo deprisa. Lo llevé a cuestas hasta la puerta.

Puede que fuera el frío, o el movimiento, o algo, pero, sea lo que fuere, lo despertó.

—No quiero ir —gimoteó, la mejilla contra mi hombro. Era la primera vez que se oponía, que se quejaba.

—Lo sé, cariño.

Me abrazó más, como si no fuera a soltarme, como si fuese a tener que quitármelo a la fuerza.

—Por favor, mami.

—Cielo, este caso es muy muy importante —repuse, y nada más pronunciar esas palabras, supe que no debería haberlas dicho.

—¿Y yo? —preguntó en un susurro.

A las tres oigo un timbre. Me siento más recta en el coche. Instantes después empiezan a salir chavales de los edificios. Oculta tras el parasol, los observo mientras se dirigen al aparcamiento.

Al cabo, lo veo. Va con alguien, una chica delgada de cabello oscuro. Lila, creo. Zachary lleva puestos unos vaqueros, una sudadera gris y una cazadora *bomber* negra, una mochila colgada de un hombro, sonriendo, charlando. Los dos se paran junto a un Jeep blanco, se abrazan un momento. Ella se sube al asiento del conductor y él va directo a su coche, la cabeza un tanto gacha. Abre la puerta, se monta. Ni siquiera ha levantado la cabeza, no me ha visto.

Los pilotos traseros se encienden y el coche sale hacia delante. Yo también arranco, retirando con cuidado el parasol, y salgo, siguiéndolo a cierta distancia. Dejo el aparcamiento y me incorporo a la carretera, poniendo buen cuidado en que haya varios coches entre ambos.

«¿Mañana a las 15.30?»

«Allí estaré.»

Investigué el número y no obtuve ningún resultado. Es alguien que quiere permanecer en el anonimato. «John Doe.» Alguien cuya identidad Zachary quiere proteger.

Cuanto más avanzamos, más surrealista me parece todo. Estoy siguiendo a mi propio coche, vigilando al hijo que he criado, intentando averiguar más cosas de la persona a la que mejor debería conocer del mundo. En cierto modo, me parece inmoral.

Deja atrás el desvío a Washington, sigue en Maryland, adentrándose en las zonas residenciales de las afueras. Me mantengo a la debida distancia cuando el tráfico se vuelve menos denso.

El Ford entra en un vecindario, uno de calles sinuosas, largos caminos de entrada y casas que apenas resultan visibles desde la calle.

El estómago se me revuelve. Porque he estado en este sitio. He estado en este vecindario. Sé quién vive aquí. He pasado por delante, he estado con el coche aparcado fuera, vigilando la casa. No lo hice constar nunca, claro está. Pero no me pude resistir, no teniéndolo tan cerca. No cuando yo sabía que en la calle había un delincuente.

Zachary reduce la velocidad, tomando curva tras curva, y yo mantengo la distancia. Pasamos por delante de una señora que empuja una sillita de niño. Un anciano que

pasea un perro blanco gordo.

Ahora mismo nada parece real. Porque sé adónde se dirige mi hijo. Sé con quién se va a reunir.

Entra en un camino de acceso cuyo paso bloquea una verja de hierro forjado. Me quedo rezagada, aparco en un lateral de la calle, permanezco ahí, al amparo que me proporcionan unos árboles. Después alargo el brazo, cojo una bolsa del asiento trasero y la paso delante. Mi bolsa de vigilancia. Abro la cremallera, revuelvo en ella y saco unos prismáticos. Enfoco con ellos a Zachary.

Mi hijo baja la ventanilla, se inclina, dice algo al portero automático. Un instante después la verja comienza a abrirse y, cuando está abierta del todo, Zachary entra. La verja se cierra y el coche desaparece por el camino, lo pierdo de vista.

Desde donde me encuentro ni siquiera veo la casa. Temblando de rabia, dejo los prismáticos en el asiento de al lado de malas maneras.

Es la casa de Halliday.

Zachary se está reuniendo con Halliday.



Siento un extraño pitido en los oídos.

«Zachary sabe que Halliday es su padre.»

Debe de saberlo. No hay ninguna otra razón que explique por qué ha quedado con él.

«¿Sabe toda la verdad?»

Me recorre un escalofrío.

No. No es posible que la sepa. No creo que Halliday admitiera lo que hizo.

«Pero ¿qué diría?»

Y ¿cómo dio con él Zachary? Yo nunca he contado nada. Siempre ha sido un tema espinoso entre nosotros, un motivo de tensión constante. Que yo recuerde, él siempre ha preguntado quién era su padre. Cuantos más años tenía, mayor era la brecha que ello abría entre nosotros. «Merezco saberlo», insistía siempre.

Y yo siempre me negué a decírselo. Siempre me ceñía a alguna variante de «fue una relación que tuve en la facultad, que terminó de repente». Zachary no tenía nada que ganar sabiendo la verdad. La verdad únicamente le causaría daño, haría que se lo cuestionara todo. Y yo no tenía ninguna intención de hacerle eso.

Sólo hay una persona que sabe lo de Halliday, aunque no conozca toda la verdad.

Siento una ira sorda. Cojo el teléfono, encuentro su número en la lista de marcación rápida y me acerco el aparato al oído. La mano me tiembla.

—Hola, Stephanie. —Lo coge casi en el acto, la noto alegre. De fondo se oye la radio a un volumen bajo, una canción de los años sesenta.

—¿Por qué se lo dijiste a Zachary?

—¿Cómo?

—¿Por qué?

—¿Decirle, qué? No te entiendo, Stephanie.

—Déjate de rollos, mamá. Halliday. Se lo contaste. ¿Por qué?

—¿Halliday? Lo averiguó él solo, cariño.

¿Él solo?

—Es imposible.

—Utilizó una de esas pruebas de ADN. Esas con las que envías por correo la saliva, ¿sabes?

¿Cómo sabe eso mi madre? ¿Cómo es que lo sabe ella y yo no?

—No dio con el nombre de su padre, pero sí con otros miembros de la familia. A partir de ahí, dedujo el resto. Zachary es un chico listo...

—¿Él te contó todo eso?

—Sí. Creo que quería compartirlo con alguien...

—Y tú, ¿qué dijiste?

—Le dije que era verdad, cariño.

La sorpresa da paso al sentimiento de traición, lentamente al principio, luego se torna ira, una oleada aplastante, arrolladora.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —Noto que me tiembla la voz—. Y ¿por qué no me lo dijiste?

—Me pidió que no lo hiciera. Di por sentado que te lo contaría él. Eso fue hace siglos. ¿No te lo dijo?

Esas palabras son como una puñalada. Como si mi madre resaltara el hecho de lo distanciado que está mi hijo de mí.

—¿Cuánto hace? —La que habla es la investigadora. Necesito detalles.

—No lo sé. ¿Un año?

¿Hace un año? ¿Zachary conoce a Halliday desde hace un año? Sin embargo, eso no cuadra con los mensajes que he leído. Sólo lleva un par de meses viéndose con él. Nada de esto tiene sentido.

—No eras quién para decírselo. O para ocultármelo a mí.

—Stephanie, no pasa nada...

—¡Sí que pasa! No tienes ni idea de lo que has hecho.

—Quizá no debería...

—¿Quizá? —me burlo.

—Stephanie... —La voz le tiembla. Veo que un coche baja por el camino de acceso a la casa. Es el de Zachary. Lo observo con el corazón acelerado—. Mira, cariño, lo siento mucho. De verdad...

Pulso el botón rojo y pongo fin a la llamada, dejándola con la palabra en la boca. Tiro el móvil al asiento de al lado. No quiero oír sus disculpas. No es suficiente; nunca será suficiente.

La verja se abre y el morro del Taurus asoma a la calle. Veo a Zachary al volante, pero no mira hacia donde estoy, no me ve.

El móvil vibra en el asiento de al lado. Lo cojo y pulso el botón rojo, rechazo la llamada.

«Halliday sabe que Zachary existe.» Se está reuniendo con mi hijo. Está hablando con él. Ejerciendo influencia en él.

Miro la carretera. Espero un par de segundos más y arranco, siguiéndolo a una distancia prudencial.

Deja el vecindario y se incorpora a las vías principales. Sale a la carretera y se dirige a Washington. Yo sigo tras él, sin pensar, con la cabeza hecha un lío. Poco después se abre paso por el noroeste de la ciudad, hacia nuestra casa.

Aparca junto a la acera, delante de la casa, y yo tras él. Se baja del coche y me saluda con la mano.

Cierro de un portazo y enfilo el camino enladrillado que conduce hasta la puerta principal, el aliento cristalizando ante mí. Me da alcance. Veo de reojo que me mira, en la cara una expresión de preocupación.

Entramos en casa, nos quitamos el abrigo. Él cierra y echa la llave mientras yo introduzco el código para silenciar la alarma.

—Siéntate —ordeno mientras entro en el salón. Me sigue y se sienta en el canapé—. Dime qué está pasando —pido.

—¿Me has seguido? —Se queda blanco.

—Contesta, Zachary.

Me mira avergonzado, como si supiese que ha hecho algo mal. Sin embargo, su expresión no tarda en cambiar, se vuelve desafiante.

—Quería conocerlo.

Tengo que hacer un esfuerzo supremo para mantener la calma.

—No es alguien a quien valga la pena conocer.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees?

—¿Cómo reaccionó? ¿Cuándo ocurrió? —Avanzo con tiento. Es como si mi vida estuviera sembrada de minas terrestres.

—Se sorprendió.

—No sabía que existías.

—Exacto.

Silencio. Intento dar con la mejor manera de formular la siguiente pregunta:

—Pero ¿se acordaba de mí?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—¿Por qué quieres saberlo? —espeta.

Me encojo de hombros en un gesto de impotencia.

—Que tuvisteis una relación. Que terminó —responde, sin rodeos, mi hijo.

Me observa con atención, con demasiada atención. No me atrevo a apartar la mirada.

—Es cosa del pasado, Zachary.

Ojalá supiera lo que se le está pasando por la cabeza ahora mismo, nada me gustaría más. Ojalá supiera lo que está pensando.

Ojalá supiera lo que estoy pensando yo. Estoy hecha un lío.

Halliday sabe que Zachary existe.

Halliday vuelve a estar en nuestra vida.

Me quedo mirando el tablero de ajedrez. Y en mi cerebro nace el germen de una idea, en un rincón tan lejano que ni sé lo que es, lo que será de él. Pero lo noto ahí, como si fuese un cristal en un zapato, una molestia, algo que no debería estar donde está.

—Háblame de esas clases a las que has faltado.

Zachary parpadea, como si le sorprendiese el brusco cambio de tercio. ¿O quizá sólo lo sorprenda que yo sepa lo de esas faltas?

—Sólo fue Inglés. A última hora.

—¿Cuántas veces?

—Unas cuantas. Cinco o seis.

Ahora parece avergonzado. Está diciendo la verdad, o al menos eso creo. Pero también me está diciendo lo que ya sé, lo que sin duda consta en su expediente.

—¿Por qué?

—El viernes es «día de lectura». Se supone que tenemos que estar sentados leyendo lo que nos mandan. Es una pérdida de tiempo.

No ha vacilado al responder. Aun así, lo observo atentamente.

—Así que no fuiste.

Asiente.

—Y ¿qué hiciste?

—Ir al gimnasio. A hacer pesas. Luego me subía a la bici y leía mientras hacía ejercicio.

La explicación tiene sentido. Le pega. Es algo que también yo estaría tentada de hacer.

—¿No debería haberme avisado el instituto?

Parpadea.

—Te avisaron. Yo firmé el papel.

—Quieres decir que falsificaste mi firma.

No dice nada. Una reacción típica durante los interrogatorios: no querer mirarme, admitir la verdad. Pero por lo menos no miente.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Parecía más fácil así.

Sopeso lo que voy a contestar, procuro reprimir la rabia.

—Cometiste un error.

Por fin me mira.

—Ya.

—Y, en lugar de decir la verdad, de dejar que te ayudase, cometiste otro.

—Supongo.

El germen empieza a arraigar, horadándome el cerebro. Trato de no hacerle caso, trato de no darle espacio para que crezca. Porque sé que es la clase de idea que se impondrá a todo, que hará que sea imposible barajar cualquier otra posibilidad. Y ahora mismo necesito estar segura.

Consulta el reloj, pero no estoy lista para acabar con esta conversación, todavía no.

—Zachary, ¿has mandado alguna vez un correo electrónico solicitando unirme a un grupo anarquista?

—¿A un grupo anarquista? ¿Por qué vuelves a preguntarme eso? Joder, mamá, no insistas con lo del arma y los terroristas chiflados, por favor. ¿Es que te has vuelto loca?

—Si has cometido un error...

—¡No!

Clavo la vista en el tablero de ajedrez, toco la parte superior del alfil, pugnando por ordenar mis ideas. Zachary se ha estado viendo con Halliday. Eso era todo lo que me ocultaba. Por eso parecía tan culpable cuando me enfrenté a él la primera vez. Me entristece que mi hijo guardara un secreto así, que Halliday siga emponzoñando nuestra vida después de tantos años.

—Tengo que ir a trabajar —afirma Zachary.

Asiento, la vista aún en la pieza de ajedrez. Oigo que coge las llaves, la puerta principal se cierra.

Ese germen ahora es una desagradable mala hierba, que se impone, se abre paso inexorablemente por cada una de las grietas de mi cerebro.

La pistola no era de Zachary. Ese correo electrónico no era de Zachary. Mi hijo no está involucrado en esto.

Pero entonces ¿quién intenta hacer que lo parezca?



El hombre echa a andar en sentido contrario al Capitolio, las manos en los bolsillos del plumífero, la cabeza baja para protegerse del frío. Luce una gorra bien calada, gafas de espejo. Nadie lo mira dos veces.

Lleva un bolso tipo mensajero negro en bandolera. Sube a buen paso la pendiente que lleva al Monumento a Washington; el aliento se le escapa en pequeñas bocanadas blancas.

Arriba azota una ráfaga de viento glacial. Docenas de banderas se despliegan, estrellas y barras vivas contra el cielo gris. Las ve ondear, casi con furia, y va hacia la derecha, se sienta en el extremo de un banco bajo, de espaldas al monumento.

Otra persona está sentada en el otro extremo. Un hombre de más edad con un abrigo de lana largo, el cuello subido. En la cabeza luce un gorro de aviador forrado de pelo, las orejeras tapándole las orejas, los lados de la cara. No se vuelve hacia el recién llegado, no se mueve, se limita a mirar al frente.

El hombre más joven se quita el bolso, lo deja en el banco entre ellos. Allí hay otro bolso, negro, casi idéntico. Ambos están juntos, tocándose.

—Empieza a hacer más frío —comenta el más joven.

—Y que lo digas.

Una familia pasa por delante. La madre, el padre, dos niños pequeños que caminan torpemente enfundados en sendos plumíferos. Los hombres los observan hasta que están fuera del alcance del oído, pendiente abajo, camino del Memorial a los Veteranos.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pregunta el más joven.

—El necesario.

A lo lejos se oye un rugido grave, cuyo volumen aumenta deprisa. Un helicóptero pasa estruendosamente, volando bajo y a gran velocidad. Verde militar. Un *Marine One*, tal vez. El hombre de más edad lo contempla con una mirada de sereno desdén.

El sonido se desvanece. A lo lejos, un perro ladra.

—Hay un problema —observa el más joven, que sigue mirando al frente.

Al oír eso, el de más edad se vuelve, en sus ojos azules claros una mirada rebosante de reproche.

—Lo sé.

El silencio se instala entre ambos. Llega otra ráfaga de viento, lanzando un aullido, haciendo que las banderas ondeen. En el horizonte empiezan a formarse nubarrones. Poco a poco, el lugar se va quedando desierto.

El hombre mayor se pone de pie trabajosamente, coge un bolso, el que le queda más lejos. Mira el otro, aún en el banco.

—Lo que necesita está ahí.

El joven le pone la mano encima, lo atrae hacia sí. La mano le tiembla, un poco.

El mayor se vuelve y se aleja sin decir más. No mira atrás.

Me subo al coche y conduzco aturdida. Es como si me hubiesen quitado un peso de los hombros. Sin embargo, uno mayor ha ocupado su lugar. Mi hijo no ha cometido ningún error terrible. No está involucrado en ninguna actividad delictiva.

«Le están tendiendo una trampa.»

Dejo que las palabras resuenen en mi cabeza. Escucho cómo suenan. Demenciales. Paranoicas.

Pero sé lo que he visto. Zachary no ha oído hablar nunca del MSL. No fue él quien mandó ese correo electrónico, no tiene nada que ver con un grupo anarquista.

¿Qué otra explicación hay?

«Puede que estés viendo lo que quieres ver», sugiere la astuta voz en mi mente. La psiquiatra.

Sacudo la cabeza. No. Conozco a mi hijo.

Ella me dedica una sonrisa irónica, que me trae a la memoria a Zachary durante la conversación que mantuvimos cenando. «Puede que sea buen actor.»

Siento un escalofrío.

La obligo a salir de mi cabeza y la sustituye una visión de mí misma, cuando era una agente novata. En la puerta de las casas, contando a las madres los delitos que habían cometido sus hijos. Primero lo negaban, de manera rápida e insistente. Seguíamos hablando y yo empezaba a ver asomar la verdad a sus ojos.

Entonces se ponían a la defensiva.

Y la mayoría de las veces lo primero que salía era una afirmación muy concreta. Una contracusación, a decir verdad: «Es una trampa. Le han tendido una trampa».

«¿Quién le ha tendido una trampa? —preguntaba yo siempre—. Y ¿por qué?»

Dos preguntas que nunca podían responder, no de forma convincente.

«¿Quién está haciendo esto?», se burla la voz en mi cabeza. La psiquiatra ha vuelto. Agarro el volante con más fuerza aún, pero con eso no consigo que desaparezca su tono de mofa.

«Halliday.» Tiene que ser Halliday. Sabe que Zachary existe. Sabe que hay una prueba...

El bocinazo de un coche hace que vuelva a prestar atención a la carretera. Lo hago justo a tiempo de ver los faros delanteros, el capó de un vehículo que se aproxima deprisa, de frente. He invadido el carril contrario. Doy un volantazo a la derecha y vuelvo a mi carril justo a tiempo. El coche me pasa rozando a toda velocidad.

Me detengo en el arcén. Estoy temblando, aterrorizada.

Halliday sabe que hay una prueba de lo que hizo un montón de años atrás. Zachary es la prueba.

«Halliday me está advirtiéndome que guarde silencio.»



—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta una voz indistinta. De mujer.

Enseño mis credenciales a la cámara. Un aire glacial está entrando por la ventanilla bajada.

—Steph Maddox, FBI —digo fulminando con la mirada el circulito de cristal, imaginando que Halliday me está viendo.

Oigo el azote del viento contra mi coche. Los primeros granos de hielo golpean el parabrisas.

—Adelante —oigo a través de la estática. La verja se abre con un ronroneo y paso.

El camino de acceso es largo y sinuoso y está flanqueado de árboles. Piso a fondo el acelerador. Al llegar arriba, casi un miniparcamiento, con varios coches de lujo en fila, doy un frenazo. Atravieso el coche detrás, cerrándoles el paso. Me bajo, voy hacia la puerta. Llamo con fuerza, mi ira pasando del puño a la puerta.

Abre una señora: su mujer. Lo sé por las noticias, lo sé todo de él. Por haber estado a la puerta de su casa vigilando. Tiene veintitantos años menos que él. Hace cinco que están casados. Lleva ropa de deporte muy ajustada, el pelo rubio impecable, completamente maquillada. La sorpresa se refleja en sus ojos.

Antes de que diga nada, Halliday aparece detrás.

A lo largo de todos esos años, al oír su nombre en las noticias, al vislumbrar sus discursos..., cada una de esas veces volvía a aquella espantosa noche, obligada a revivirla en mi cabeza. Siempre pensé, sobre todo al principio, que si volvía a verlo en persona me sentiría aterrorizada. Pero ahora que está delante, bronceado, en forma y con una petulancia que resulta exasperante, no tengo miedo. Lo que estoy es enfadada.

Le pone una mano a su mujer en el hombro, le habla, sin dejar de observarme.

—Yo me encargo, cielo.

Ella se estremece con el gesto, mínimamente, de forma apenas perceptible. Pero tanto ella como yo sabemos que me he percatado. Me sostiene la mirada un instante más de lo necesario y se aleja, abrazándose el esbelto cuerpo.

—Pasa —me dice.

—Podemos arreglar esto aquí y ahora. —Hace un frío gélido en la puerta, pero en cierto modo ni lo noto—. ¿Qué demonios está haciendo con mi hijo?

Ni siquiera pestañea.

—Vino a verme.

—¿Qué quiere de nosotros?

Arruga la frente.

—Fue él quien vino a verme. Quien me buscó...

—Le está tendiendo una trampa.

—¿Se puede saber de qué diablos estás hablando?

Pero sé lo buen mentiroso que es.

—Sabe exactamente de qué estoy hablando.

Me mira fijamente y acto seguido sacude la cabeza confuso.

—Te juro por Dios que no lo sé.

Doy un paso adelante, lo señalo con un dedo. Me llega el olor de su *aftershave*, el mismo que llevaba aquella noche tanto tiempo atrás. Hace que me maree de rabia.

—Ahora ya sabe que Zachary existe. Y está asustado. Pero si cree que me puede

chantajear para que no diga nada, está muy equivocado.

No recula, ni lo más mínimo. De hecho, sonrío.

—Sabía que Zachary existía. Desde hace años.

Las palabras me dejan atónita. Lo veo delante de mi casa, mirando por las ventanas con unos prismáticos. Me siento violada una vez más.

—He seguido tu carrera, Steph.

Es la primera vez que pronuncia mi nombre. Me dan ganas de vomitar.

—Si quisiera chantajear, ¿por qué esperar hasta ahora?

«Lo sabía.» Ya sabía que Zachary existía.

Sin embargo, yo no había dicho nada. Quizá él pensó que yo no se lo iba a contar a nadie. Que yo no suponía una amenaza.

¿Cambió eso cuando Zachary llamó a su puerta?

—No estoy preocupado, Steph, porque nadie te creería.

—El ADN lo demostraría. Pruebas de paternidad.

—Mantuvimos una relación. Terminó. —Lo dice con serenidad, sin rastro de impostura. Su tono hace que sienta un escalofrío—. Eras una becaria, sí. —Se encoge de hombros—. Pero también adulta. Fue consentido. Yo estaba soltero. Y tú dejaste el trabajo y te fuiste de la ciudad. Sin decirme que estabas embarazada.

—¿Usted y yo sabemos lo que hizo!

—¿Le contaste eso a alguien, Steph? ¿O es que te viene ahora a la memoria, dieciocho años después? —Me lanza una mirada escéptica, la que sé que regalaría a las cámaras.

Ahora la sangre me hierva. Sería mi palabra contra la suya.

«Nadie te creerá.»

—Si te atreves a contar esa patraña, esa calumnia, cavarás tu propia tumba — advierte.

—No se saldrá con la suya.

Ladea la cabeza.

—¿Dices que alguien le está tendiendo una trampa a Zachary? ¿En serio? ¿Para qué?

Me limito a lanzarle una mirada asesina.

Él sonrío satisfecho.

—¿Estás segura de que el crío es tan bueno como tú crees? ¿Tan inocente?

—Váyase al infierno.

La sonrisa vuelve a asomar a sus labios.

—En cualquier caso, no soy yo, Steph. Te lo juro.

—Y una mierda —espeto. Pero empieza a asaltarme la duda.

—Tal vez sea alguien a quien hayas investigado. ¿Se te ha pasado por la cabeza?

Me acuerdo de ayer, cuando fui al bar a ver a Hanson. «Tengo familia. Mujer, hijos. Una hipoteca.»

¿Cuántas personas han perdido todo lo que les importaba por mi culpa?

—O puede que te fuera demasiado bien en Chicago. —Ni siquiera se molesta en bajar la voz—. Puede que cabrearas a quien no debías.

La operación se llevó a cabo antes de que amaneciera, cuando el vecindario estaba

tranquilo y en silencio. Ocupamos nuestras posiciones al amparo de la oscuridad, rodeamos la casa. Yo estaba allí, con el corazón martilleando y la respiración entrecortada, las manos apretando el arma con fuerza, esperando a que el puesto de mando nos diera vía libre.

Cuando recibimos la orden, agentes del SWAT golpearon la puerta principal con el ariete y la reventaron a la segunda arremetida. Entraron en tropel más agentes del SWAT, listos para despejar el lugar. Yo iba justo tras ellos. Era mi hombre, mi caso. Con los cargos que teníamos contra él, Torrino pasaría décadas entre rejas, eso seguro. Y yo quería ser la que le pusiera los grilletes, la que le viese la cara cuando eso pasase. Para entonces, era algo personal.

Cuando crucé la puerta, en el salón estaba ocurriendo algo, algo iba mal. Torrino y su mujer eran los únicos que estaban en la casa, llevábamos días vigilándola. Y aquello estaba pasando en plena noche; se suponía que debían de estar arriba, en el dormitorio.

Torrino se encontraba sentado en una silla, de cara a la chimenea, que no estaba encendida. Dos agentes lo apuntaban con sus armas. Su mujer estaba en el sofá, llorando, con un camisón de franela y zapatillas de andar por casa.

Me acerqué más. Él llevaba una camisa de vestir y pantalones de pinzas. Estaba inmóvil, observando plácidamente lo que estaba sucediendo a su alrededor. Observándome a mí. Daba la impresión de que nos estaba esperando.

Me acerqué a él a buen paso. Lo informé de que estaba detenido. Le leí sus derechos. Él no se movió, su expresión inescrutable.

—¿Lo ha entendido? —insistí, cuando terminé de leerle sus derechos.

Él ladeó la cabeza y me miró amugando los claros ojos.

—Maddox, ¿no? —dijo, y oír que pronunciaba mi nombre hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo—. Deberías haber prestado atención,...., agente Maddox. Deberías haberlo dejado estar. —A su boca afloró un atisbo de sonrisa, una sonrisa desagradable—. Pagarás por esto —prometió.

El trabajo siempre ha sido un sitio en el que tenía la sensación de emplear tácticas ofensivas. Siempre he sido la que avanzaba, yendo directa al objetivo, encerrando a los delincuentes. Ahora tengo la constante, inquietante sensación de jugar en la defensa. Peleando para no perder terreno, para proteger lo que es más importante para mí.

Entro en el garaje y aparco en mi sitio, echo a andar hacia el edificio. El bolso que llevo al hombro hoy pesa menos, no puedo evitar pensar en la Glock, la que llevé al trabajo ayer, la que está en la caja fuerte de mi despacho.

Atravieso el vestíbulo, veo las fotografías de la pared: el director Lee, el subdirector Jackson. Aflojo el ritmo, atraída por ellas. Mentalmente veo esa imagen, tan sólo un instante: la mano en la espalda de la mujer, bañada en destellos azules y rojos. Desvío la mirada y sigo andando.

Para cuando llego, la oficina empieza a quedarse vacía. Unos cuantos agentes me saludan mientras voy a mi despacho; les devuelvo el saludo. Es como si todo fuese normal, cuando no hay nada más lejos de la realidad.

Cuando me presenté en casa de Halliday, pensé que había encontrado la respuesta. Que el culpable era él. Ahora no sé qué pensar.

Mi cerebro me dice que es él. Demasiada coincidencia, si no. Zachary lo localizó. Tiene las de perder si la verdad sale a la luz: su carrera, su matrimonio, su reputación, todo.

Pero en el fondo no estoy segura. Zachary no sabe toda la verdad, y Halliday debe de haberse dado cuenta. Y si el arma que había escondida en la habitación de mi hijo tenía por objeto advertirnos que mantuviésemos la boca cerrada, ¿por qué no me ordena Halliday que tenga la boca cerrada? ¿Por qué molestarse en negarlo?

Además, si ya sabía que existía Zachary, ha tenido tiempo más que de sobra para hacer esto. Parece convencido de verdad de que nadie me creería, de que sus mentiras lo protegerían, de que su carrera resistiría el golpe que supondría que circularan chismorreos sobre una aventura imprudente con una becaria tonta.

«Y probablemente sea así.»

¿Y si es Torrino? ¿Y si es su forma de hacerme pagar por lo que le hice, como prometió? Está en la cárcel, pero aun así tiene contactos. No obstante, ¿por qué ahora, después de tantos años? «¿Por qué ahora?»

O podría tratarse de otra persona.

«Tal vez sea alguien a quien hayas investigado.»

Me siento a mi mesa y miro el archivador que hay debajo. Visualizo la carpeta del fondo, la que no está etiquetada...

«Puede que cabrearas a quien no debías.»

El móvil suena, devolviéndome al presente. Miro la pantalla: «Mamá».

Mi dedo se queda suspendido sobre el botón verde, pero acaba pulsando el rojo. Le

contó a Zachary lo de Halliday. Una disculpa no lo arreglará. Esta vez no.

El sonido cesa. Me quedo mirando el teléfono en la mano, en parte esperando que mi madre vuelva a llamar. Pero no lo hace.

«Céntrate, Steph.»

Cojo aire ruidosamente y vuelvo a pensar en Zachary, en la situación actual.

Tengo que hablar con Scott. Es preciso que sepa que Zachary no forma parte de esto.

Me quito a mi madre de la cabeza y lo llamo.

—Ha admitido que no fue a algunas clases —informo cuando coge el teléfono.

—Steph...

—De inmediato —lo corto—. Sin vacilar. Y no estaba haciendo nada malo. Estaba en el gimnasio.

Se me pasa por la cabeza la visita a Halliday, pero me libero de la imagen.

—Steph —repite Scott, y esta vez dejo que continúe—. Admitir eso no es equiparable a admitir lo que pone en ese email, y lo sabes. Eso no demuestra nada.

—¡Es que no tiene sentido! Nada tiene sentido. Mandar ese correo, no mirar a ver si le habían contestado...

—Entonces ¿qué es lo que quieres decirme? —exige.

La respuesta revolotea en mi cabeza, pero no llega a mis labios. Titubeo, porque sé la reacción que provocará. Pero ¿qué otra elección tengo?

—Le han tendido una trampa.

—Una trampa —repite. Afirma, no pregunta.

—Una trampa, sí. —Necesito que entienda que lo digo en serio. Que es la verdad.

—Así que lo que dices es que fue otra persona la que envió ese correo, ¿no?

—Sí.

—Alguien está intentando hacer que parezca que Zachary quiere unirse a un grupo terrorista.

—Sí.

—Alguien entró en tu casa, creó una cuenta de correo a nombre de Zachary y envió ese email, ¿es eso? —Ahora su voz destila escepticismo.

No una persona cualquiera, pienso, sino una poderosa, que tiene todos los motivos del mundo para querer silenciarme. Silenciarnos. Pero eso no puedo decirlo. Todavía no, no hasta que esté lista para contar toda la verdad, hacer que nuestra vida cambie para siempre.

Y no hasta que sepa a ciencia cierta que es él. Con independencia de lo que haya hecho en el pasado..., tengo que saber que ha hecho eso.

—Sí.

—¿Sabes lo disparatado que suena?

—Lo sé, sí.

—Steph, maldita sea, piensa en ello racionalmente. Ponte en mi lugar. Es que no tiene sentido. Si alguien quisiera haceros daño a Zachary o a ti, habría formas más fáciles de lograrlo.

—Ponte tú en mi lugar, Scott. ¿Y si alguien acusara a uno de tus hijos de algo parecido?

—Eso es completamente distinto.

—¿Por qué?

Por primera vez duda, y sé lo que está pensando: «Porque mis hijos son buenas personas. Mis hijos no harían algo así».

—Conozco a Zachary. Conoces a Zachary. No mandó ese correo.

Scott lanza un suspiro pesadamente.

—No puedes ser objetiva, Steph. Eres demasiado parcial.

Revivo la conversación que mantuve con Zachary. Su cara inexpresiva cuando le pregunté por el Movimiento de Solidaridad por la Libertad. No había oído hablar de él. Estoy segura. Esto no tiene que ver con la objetividad, tiene que ver con los hechos. Conozco a mi hijo.

Necesito que Scott sepa la verdad. Y necesito dejar de jugar en la defensa.

—Lo que tú dices es que Zachary vino a casa del instituto, creó una cuenta nueva de correo electrónico, envió un email en el que solicitaba unirse al MSL y no volvió a comprobar esa cuenta de correo. ¿Tiene eso sentido, Scott? Y, dime, ¿cómo sabía adónde enviar el correo? No hay nada que indique que visitara algún foro extremista.

—No desde esa dirección IP —señala Scott.

Es lo que habría dicho yo si la investigación fuera mía, pero no me disuadirá.

—Las direcciones de correo electrónico del MSL cambian cada semana. —Scott no dice nada. Tengo la sensación de que estoy ganando. Empieza a ser consciente de la verdad. Noto que me vuelve la confianza—. No tiene sentido, Scott. Admítelo. Zachary habría consultado la cuenta para ver si le contestaban.

—A menos que se percatara de que había cometido un error.

Sacudo la cabeza, aunque en el fondo sé que podría ser. Ese hecho cuadraría con alguien que enviara un mensaje impulsivo, cambiase de opinión y no se preocupara por saber si le habían respondido. Probablemente se arrepintiese de haber mandado ese email.

—Los chavales cometen errores, Steph. Todos.

—No con algo así. No Zachary. Lo conoces, Scott.

Él exhala un suspiro.

—Steph, lo que pasa es que te conozco a ti.

No era eso lo que me esperaba, en modo alguno.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Puede que te imagines al Zachary de cuando era pequeño. Puede que estés pensando en personas que te han hecho daño en el pasado, pensando que van a por ti ahora. Pero, Steph, esas personas han pasado página. Estoy seguro. Creo que tú eres la única que no lo ha hecho.

La acusación hace que pase de intranquila a enfadada, porque no tiene ni idea de lo que está hablando. No tiene ni idea de quién podría ir a por mí, de lo que podría perder.

Entrecierro los ojos y respiro con tranquilidad.

—Sólo te pido que me des algo más de tiempo —negocio—. Encontraré pruebas y te lo contaré todo.

—Encuétralas pronto. —Se produce una fría pausa—. Ya hablaré contigo más tarde, Steph —dice, y pone fin a la llamada.

Sin embargo, no se corta en el acto, casi es como si hubiese otra persona en línea. Como si alguien estuviera escuchando.

Después, la llamada se corta.

Camino por la casa, incapaz de calmarme. Había alguien en el otro extremo de la línea; alguien estaba escuchando. Subo la escalera a toda velocidad y me pongo la ropa de correr. Cojo un cortavientos y la riñonera, meto las llaves dentro. Quito la llave, abro la puerta y...

Veo a mi madre. Arrebujada en su pesada parka, la que tiene desde hace una eternidad.

—¿Qué haces aquí? —espeto. No soporto que se presente sin avisar, y lo sabe. Sin embargo, lleva años haciéndolo, desde que se trasladó a Virginia.

—No me cogías el teléfono.

—¿Qué quieres?

—¿Me vas a dejar pasar? ¿O quieres que todos tus vecinos se enteren de esto?

Le lanzo una mirada asesina, pero abro más la puerta de mala gana. Pasa por delante dejando una estela de perfume, se quita la parka y me la tiende.

—Stephanie, cariño, lo siento.

—¿Lo sientes? —No creo que haya estado nunca tan furiosa con ella. No tenía derecho a meterse en mi vida, a desvelar mis secretos.

—No era quién para decirlo.

—Pues no, no lo eras.

Sigue con la parka en la mano, pero no me dispongo a cogerla. No pienso darle permiso para que se quede. No pienso hacer que se sienta bienvenida.

Suspira, se pega la parka al pecho y la abraza.

—No quería traicionar su confianza. Necesita alguien a quien pueda acudir.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Las cosas entre Zachary y tú... El chico se está alejando, Stephanie.

—Ese chico es mi hijo, y ésta es mi vida.

—Por supuesto, pero no lo conoces como deberías. No estás en casa...

—¿Otra vez lo mismo? ¿Ahora? ¿En serio?

—El tiempo es oro, Stephanie. Y el tiempo pasa. Te...

—Basta, mamá.

—Es preciso que Zachary sea tu máxima prioridad, cariño. Un hijo...

—No hagas esto.

—Un hijo siempre debería ser la máxima prioridad de su madre.

La furia se propaga por mi cuerpo como un incendio descontrolado.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Zachary es mi vida...

—Tu trabajo es tu vida. Zachary ocupa el segundo lugar. Siempre ha sido así.

—Vete. Ahora.

—Cariño, sólo quiero ayudarte a arreglar las cosas. Antes de que sea demasiado tarde. Antes de que no tengas ninguna relación con tu hijo.



—Lo dices porque la que tú tienes con tu hija es excelente, ¿no?

—Yo siempre te he antepuesto a todo.

—En ese caso, supongo que ser una buena madre es algo más.

A sus ojos asoma una expresión de dolor, pero no tengo intención de callarme. Ahora mismo quiero hacerle daño, igual que ella me lo ha hecho a mí.

—¿Crees que tú y yo tenemos una relación estupenda? ¿Crees que te corresponde dar consejos?

—Antes estábamos unidas. Antes de...

—¿Ah, sí? —me mofo, aunque sé que es verdad. Aunque sé cómo termina la frase: «Antes de que te quedaras embarazada. Antes de que decidieras que tu carrera era más importante que mi nieto».

—Te conozco, Stephanie. Y en lo que respecta a Zachary y a ti...

—No me conoces —espeto.

—Claro que sí, cariño. Incluso cuando no has querido contarme algo, lo he sabido. Como tu relación con ese senador. No me lo contaste, pero lo sabía.

Su mirada condescendiente hace que sea incapaz de contener las desagradables palabras que se amontonan en mi boca.

—No fue una relación, mamá. Fue una violación.

Recula, como si le hubiese dado un golpe. Palidece.

—Y, si de verdad me conocieras, lo sabrías. Entenderías por qué mi carrera es tan importante para mí. —Paso por delante de ella para ir hacia la puerta, la abro y espero a que salga de mi casa.

—Cariño..., ¿por qué no me lo dijiste? —Las lágrimas le nublan los ojos.

Se me está formando un nudo en la garganta. Vuelvo a tener diecinueve años, y siento un terror irracional a que pueda pensar mal de mí si sabe la verdad, a hacerle daño, acabar con nuestra relación. Estaba segura, con la terquedad propia de la adolescencia, de que era más lista que nadie. De que podría salvar nuestra relación con secretos y mentiras.

Ahora mismo me abrazaría con fuerza si la dejase, pero no lo haré. Lo que hizo —revelarle esa verdad a Zachary— no estuvo bien. Las cosas que me ha dicho me han hecho demasiado daño. Le asesto una última puñalada, una que sé que le dolerá:

—Supongo que no estábamos tan unidas, mamá, ¿no crees?

Está helando de nuevo. Y es una noche oscura; la luna es un gajo frío en el cielo. A esta hora reina la calma; las calles están casi desiertas. Empiezo a trotar, me dirijo hacia el oeste. Cuando llego al final de la calle, giro a la izquierda y subo el ritmo.

Revivo la conversación que acabo de mantener con mi madre. «Fue una violación.» Las palabras que han estado en mi cabeza durante nada menos que dieciocho años, retenidas por un dique invisible, que se rompió en el momento en que vi a Zachary con Halliday.

Las palabras hirientes que nos hemos dicho. «Zachary ocupa el segundo lugar. Siempre ha sido así.»

«En ese caso, supongo que ser una buena madre es algo más.»

Corro más deprisa, intento parar el bucle infinito que se reproduce en mi cerebro. Me centro en la respiración, en las bocanadas blancas que forma mi aliento. En la

rodilla, que me duele con el frío.

Atravieso el corazón de Dupont Circle. O'Neill's está más adelante. Dentro hay una tenue, cálida luz anaranjada. Veo el bar al pasar, hileras de botellas apiladas, un camarero con una coctelera en la mano. Busco a Marta, aunque sé que no está ahí. He oído que ha dejado de ir. Aunque, en cierto modo, eso hace que las cosas sean más sencillas. Aunque yo no hubiese intentado hacer lo que debía, esos días habrían terminado.

Marta y yo nos conocimos en ese bar, hace siglos. Ambas asistíamos a una conferencia en el hotel de enfrente, auspiciada por el Departamento de Defensa y abierta a agencias de todo el gobierno federal. Dirigida a mujeres que trabajaban en entornos dominados por los hombres. Y en la que, inexplicablemente, todos los ponentes eran hombres.

Me escabullí cuando un capitán del ejército especialmente seco endilgaba un tostón sobre cómo vestir en el trabajo. Entré en O'Neill's. Me senté en un taburete, vi lo que había de picar en la carta y pedí un refresco de jengibre. Me habría gustado tomar algo más fuerte, pero estaba de servicio e iba armada.

Dos taburetes más allá había una mujer con un vaso bajo de algo transparente delante. Lucía el distintivo de la conferencia: «Marta M.». Bajo el nombre no figuraba ninguna agencia. Las únicas personas con las que me había topado ese día bajo cuyo nombre no había una agencia eran del FBI o de la CIA: las que intentaban ocultar dónde trabajaban.

Miró hacia mí y vio que la observaba. Reparó en mi distintivo e hizo una mueca.

—¿Tú también te has escapado?

—Si vuelvo a oír hablar a otro hombre de cómo es una mujer... —Le sonreí.

—Exacto. —Esbozó una sonrisa ancha. Acto seguido, se levantó, cogió su vaso y se sentó a mi lado—. Soy Marta.

—Steph.

Señaló mi distintivo con la cabeza.

—¿Agencia o Buró?

—Buró. ¿Tú?

—Agencia. —El camarero me puso un vaso alto de refresco delante. Le di las gracias y me volví hacia Marta—. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy a la espera de que me asignen algo. Era quedarme en la central y estar mano sobre mano u ocupar el tiempo con esta mierda.

—Es posible que te equivocaras de opción.

Echó atrás la cabeza y se rio.

—¿Y tú?

—Los jefes la recomendaron. —Podría haberlo dejado ahí, pero su franqueza me animó a seguir—. Y tengo un hijo de ocho años. Rara vez llego a casa a tiempo para ver sus partidos de la Liga Menor... Esas cosas siempre terminan pronto, ¿sabes?

—Gracias a Dios. No sé cuánto más podría aguantarlo la gente. —Bebió un sorbo de su vaso y frunció la boca como si fuese algo agrio.

—¿Qué tal te va a ti, trabajando en un mundo «dominado por los hombres»? —Lo dije entrecomillando las palabras con los dedos.

—La Agencia no está tan mal. Es peor sobre el terreno que en la central. Algunos

de esos jefes de equipo... —Se encogió de hombros.

El televisor captó mi atención: Halliday, en el Senado. Sentí la opresión en la garganta que sentía siempre. Me centré en el refresco, las gotas de condensación que se formaban en el vaso.

—¿Steph? —Marta me dirigía una mirada burlona. Era evidente que acababa de decir algo, pero yo no lo había oído.

—Perdona, ¿qué?

—¿Y tú? ¿Has tenido alguna experiencia negativa trabajando para un mal jefe?

Miré de nuevo el televisor. Halliday seguía allí. Señalé la pantalla.

—Trabajé para ese tipo. Hace nueve años.

Marta siguió mi mirada. Sin decir nada.

¿Por qué dije eso? Miré de nuevo mi vaso. Noté que me había puesto roja. No había estado tan a punto de contar la verdad sobre Halliday desde aquella noche con mi madre, cuando Zachary era pequeño. Y allí estaba, contándosela a una perfecta desconocida.

Miré a Marta, que seguía observando a Halliday en la pantalla. «¿Qué estaba pensando?» Al cabo, se volvió hacia mí. Me sonrió, y tuve la sensación, extraña a más no poder, de que de alguna manera veía la verdad, y de que no pensaba que fuese una locura.

—Siempre he pensado que ese tío es un cabrón.

Una risotada me devuelve al presente. Veo a tres chicas en la acera, prácticamente adolescentes, a juzgar por la pinta. Van cogidas del brazo y vienen hacia mí, hacia la puerta de O'Neill's. Una vez yo fui una de esas chicas. Parece que hace una eternidad de ello.

Cobro velocidad. Conozco la ruta. Unos veinte kilómetros, un recorrido de diez en Maryland y diez de vuelta. Ya llevo casi dos años haciéndola, desde que averigüé la identidad de esa mujer, dónde vivía.

La de la escena del crimen. La veo ahora. Alejándose de mí, yendo hacia la puerta. Esa mano en su espalda, bañada en la luz roja y azul...

La Catedral Nacional surge ante mí, sus imponentes agujas góticas iluminadas contra el oscuro cielo.

No hay coches; mis pies golpeando el pavimento es el único sonido que se oye. Dejo atrás a una señora que está bajo un paso elevado, arrebuja en numerosas prendas que huelen fatal, a su lado una vieja bolsa de deporte, detrás una improvisada tienda de campaña. Ni siquiera levanta la vista al verme pasar.

Subo por Wisconsin Avenue, me dirijo al norte por Maryland. A mi derecha hay una señal: BIENVENIDO A FRIENDSHIP HEIGHTS. La parte de Marta de la ciudad. Ahora más que nunca me vendría bien su compañía, pero me cargué la amistad que construimos. Todo por esa mujer, porque no lo dejé estar.

Corro más deprisa ahora. Me centro en el pavimento. En la carretera. E intento no pensar en nada. Sin embargo, las preguntas siguen abriéndose paso.

«¿Quién está haciendo esto?» ¿Quién está intentando manipular los hechos para hacer que mi hijo parezca un traidor? Halliday es la respuesta más obvia, la respuesta más lógica. Pero ¿y si es otra persona?

No se me ocurre nadie que pueda querer hacerle daño a Zachary. No veo a mi hijo

cabreando a alguien tanto como para que haga esto.

Pero eso significa que se trata de alguien que quiere hacerme daño a mí. Y esa idea me espeluzna. No sólo porque significaría que es culpa mía, que soy yo quien ha metido a mi hijo en esto, sino por la gente que podría estar detrás. Halliday. Torino. Alguien como Hanson, cualquiera de las otras personas a las que he investigado, con cuya carrera he acabado.

La imagen me asalta de nuevo. La mano en la espalda de la mujer, las luces parpadeantes. Y luego otra: mi archivador del despacho, esa carpeta del fondo, sin etiqueta.

Los pulmones me arden, llenarlos de un aire tan frío es como si respirase fuego. Ahora estoy en el vecindario, el que he visitado tantas veces a lo largo de los dos últimos años. Bajo por las familiares calles. Veo su casa más adelante. Pequeña, con forma de cubo, el porche delantero añadido que parece un tanto fuera de lugar.

Aflojo el ritmo al acercarme. La casa está oscura, desierta, como de costumbre. Los arbustos del jardín delantero están marrones, necesitan una poda. La hierba se ha congelado en las grietas de la acera.

Me paro delante. Me agacho, apoyo las manos en las rodillas, resollando. Luego levanto la vista, miro la casa, las ventanas sin cortinas, el interior negro como boca de lobo. La veo, la única vez que la vi. Traumatizada, asustada.

Intento imaginarla dentro de la casa. Feliz. Segura. Pero lo único que veo es negrura, nada.

En la casa de al lado se enciende una luz en el porche, y lo interpreto como una señal para seguir. Empiezo a andar.

Esté donde esté, espero que se encuentre a salvo. Espero que sea feliz.

Miro la casa por última vez y empiezo a trotar. Ojalá pudiera quitármela de la cabeza, pero no puedo.

«¿Qué fue de ella?»

La alarma de Zachary suena a las seis en punto. Cuatro minutos después se oye la ducha.

Llevo mi tercera taza de café al salón, apunto al televisor con el mando a distancia y veo las noticias, los presentadores demasiado animados para la hora que es. Se ríen de algo. Me quedo mirando la pantalla mientras oigo correr el agua arriba.

El tráfico. El parte meteorológico. Luego pasan a la política. Más audiencias del Comité de Relaciones Exteriores del Senado; Rusia, como de costumbre. «¿Cómo podemos decir que Moscú es un aliado cuando los rusos están haciendo todo lo posible para interferir en nuestras elecciones?», pregunta alguien que no sale en pantalla. Jackson está prestando declaración de nuevo; no escucho su respuesta. Desvió la mirada, me fijo en las piezas de ajedrez, me centro en ellas.

Minutos después oigo que Zachary baja ruidosamente la escalera. Con el pelo aún húmedo y la camiseta con gotitas de agua, como si se la hubiese puesto antes de tener la piel completamente seca. Me ve cuando ya tiene una mano en la puerta de la nevera y se queda quieto en el acto.

—Hola —saluda.

Me levanto y me enfrento a él.

—Tengo que hablar contigo. ¿Quién ha estado en casa recientemente?

—¿Eh?

—¿Cuáles de tus amigos?

—Ninguno. No desde que rompí con Kelly.

De eso hace meses.

—No me enfadaré, Zachary. No te meterás en ningún lío. Sólo necesito que me lo digas.

—Mamá, te lo juro. —La expresión de confusión en sus ojos aumenta. No parece en modo alguno que esté mintiendo.

Y lo cierto es que lo creo. Nunca ha sido de los que traen amigos a casa. Cuando era más pequeño, siempre prefería ir a casa de los otros niños. Y, desde que cumplió los trece y se hizo con su propio móvil, dejó de hacer incluso eso. Todos los críos dejaron de hacerlo. Se pasan el tiempo pegados al teléfono o salen por ahí. Ya no pasan el tiempo en casa de algún amigo. No es como cuando yo tenía su edad.

—¿Alguna otra chica?

—No.

—¿Qué hay de Lila? —Nada más pronunciar su nombre, me gustaría retirarlo.

—¿Lila?

—¿Ha estado aquí?

—¿Cómo sabes lo de Lila?

—¿Acaso importa?

—¿Has estado revolviendo en mis cosas? —Su mirada es furibunda. Tengo la sensación de que estoy viendo a un desconocido. No, a un desconocido no, a Halliday.

Podría decir que sí. Podría decir que vive en mi casa y tengo perfecto derecho a hacer eso. Pero la ira que veo en su cara me reconviene, y opto por decirle una verdad a medias.

—Subiste fotos a internet, Zachary. ¿Qué hay de Halliday? ¿Ha estado aquí?

—No.

—¿Nunca?

—¡Nunca!

—¿Otra persona?

—Sólo la abuela.

—No estoy hablando de la abuela. Alguien que dijese que había venido a arreglar algo, alguna persona así.

—No. —La ira desaparece y me siento aliviada. «¿Acaso tenía miedo de mi propio hijo?»

Me sostiene la mirada un rato largo y después abre la nevera, saca el cartón de zumo y va a la encimera a servirse un vaso. Espero a que haya terminado. De pronto me doy cuenta de lo alto que está, de lo mucho que se parece a su padre. El estómago se me revuelve.

—Zachary, ¿hay alguien que pueda querer hacerte daño?

—Mamá, por favor, ¿se puede saber qué pasa? ¿Qué está pasando?

—¿O vengarse de ti por algo?

—Ya te lo he dicho: no. ¿Por qué me haces esas preguntas? ¿Por qué no me dices lo que pasa?

Alguien entró en nuestra casa, envió ese correo electrónico. Dejó esa Glock. Halliday, tal vez. ¿O fue otra persona? Hay tantas preguntas. «¿Quién?, ¿qué?, ¿dónde?, ¿cuándo...?»

El cuándo lo sé, ¿no?

Cuando se envió ese email, al menos. ¿También cuando dejaron el arma?

Me viene a la memoria el informe, intento recordar la fecha. Miércoles, hace poco más de dos semanas. Entonces me acuerdo de otra cosa, que encaja con la anterior a la perfección. Dejo la taza de café, cojo mi móvil y voy a mis mensajes. Doy con los de Zachary y voy bajando hasta llegar a la conversación que buscaba. Ahí está. Compruebo la fecha: miércoles. Coincide.

Zachary (17.16): ¿Olvidaste conectar la alarma?

Yo (17.16): No, ¿por qué?

Zachary (17.19): Acabo de llegar a casa y estaba desconectada.

Recuerdo ese día, esos mensajes. Los vi en el trabajo, distraída por las acusaciones que pesaban sobre Hanson, intenté medio recordar únicamente si yo fui la última que había salido o fue Zachary, intenté pensar qué había pasado esa mañana que pudiera hacer que me olvidase de poner la alarma. Me invadió una ligera sensación de desasosiego que aparté de mi cabeza, porque no había ningún motivo para pensar que alguien estuviese tratando de entrar en nuestra casa, tratando de acercarse a nosotros. No ahora, en cualquier caso. Quizá en su día, pero ahora no. Nos iba bien, estábamos a salvo. Pensar otra cosa sería estar paranoica.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Zachary.

¿Y si, después de todo, no era ninguna paranoia? Alguien entró en nuestra casa, envió ese mensaje. No hizo saltar la alarma, la desactivó. Alguien con la destreza —o el poder— para hacerlo.

—¿Mamá? ¿Qué ocurre? ¡Me estás asustando!

Ve rostros, casi como en formación. Hombres de mi pasado, todos los cuales tenían —o tienen— algo que perder. Scott cree que han pasado página. Pero ¿y si uno de ellos no ha pasado página?

«¿Quién? —vuelvo a oír a la psiquiatra, que se burla de nuevo en mi cabeza—. Y ¿por qué?»

—Mamá, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa?

«¿Cómo voy a contestar a eso?»

—Sólo es algo del trabajo.

—Quizá podría ayudar, si me lo contaras...

—Son cosas del trabajo, Zachary. No quiero que te veas involucrado.

—Porque eso no ha pasado nunca, ¿no, mamá? —replica con amargura.

Una semana después de la operación de Chicago, mi jefe me llamó a su despacho. Di por sentado que se trataría de otra distinción. Más elogios por la operación. Ya había habido muchos, nada menos que hasta del mismísimo director, y seguían llegando. Sin

embargo, cuando entré en su despacho, su cara me dijo que era otra cosa. Algo muy distinto.

—Siéntate, Steph —me invitó, y tomé asiento en una de las sillas que había frente a él. Permanecí a la espera de lo que, en cierto modo, ya sabía que serían malas noticias.

Entrelazó las manos y las apoyó con cuidado en la mesa, delante. Cogió aire ruidosamente, suspiró y dijo:

—Hay luz verde sobre ti.

«Luz verde.» Habían puesto precio a mi cabeza. La mafia. Torrino. Me quería muerta.

No dije nada, porque no sabía qué decir.

—De ti depende cómo quieres que llevemos esto.

Sabía lo que quería decir. Podía mantenerme en mis trece, no hacer caso de la amenaza, estar más alerta y confiar en que no pasaría nada. O podía marcharme. Pedir el traslado, salir de la ciudad. Que me instalaran en una mesa en algún lugar donde sería invisible, estaría fuera de su alcance.

Sabía cuál era la respuesta acertada. La que él quería oír.

—Me quedo —afirmé. Era fuerte; podía luchar.

Él sonrió.

—¡Bravo! —Después se puso más serio—. Apostaré a un par de agentes en tu casa por la noche, al menos durante la próxima semana más o menos. Les diremos que sigan a tu hijo al colegio, si quieres.

«Tu hijo.» Me vino a la cabeza Zachary. Su cara al subir al autobús esa mañana, tan pequeño, tan resuelto y vulnerable. Abrazado con fuerza a su dinosaurio de plástico, el que llevaba para enseñárselo a sus compañeros y hablar de él en clase.

—De acuerdo —contesté en voz baja. Parte de mi espíritu combativo se había desvanecido de pronto, y el lugar que había dejado lo había ocupado la incertidumbre.

—Y te recomendaría que te asegurases de poner en orden tus asuntos. Por si las moscas. Sé que eres madre soltera...

La incertidumbre aumentaba, empujando la rebeldía que quedaba. ¿Qué sería de Zachary si me pasaba algo? ¿Y si venían a por mí cuando estuviese con él? ¿Y si se veía atrapado en el tiroteo? ¿O si era él el que encontraba mi cuerpo?

—De acuerdo —repetí, la voz más baja.

Ladeó la cabeza, escudriñándome. Me dio la sensación de que me leía el pensamiento, como si supiera cuáles eran los miedos que se me estaban pasando por la cabeza.

—Ya he hablado con la central. Podemos darte un puesto en Washington. Asuntos Internos.

«Asuntos Internos.» Estaría fuera de Chicago, lejos de Torrino y de sus hombres. Haciendo lo que básicamente sería un trabajo de oficina. Sería el final de mis ambiciones, un trabajo sin porvenir.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —añadió, y supe lo que quería decir. Si dejaba de investigar a la mafia, Torrino me dejaría en paz. La luz cambiaría de verde a roja.

Pero me estaría dando por vencida. Estaría dejándolo ganar. Sacrificando una

carrera prometedor, todo aquello por lo que había trabajado con tanto ahínco.

—No sé —vacilé.

Asintió. Esperó a que yo dijese algo más, pero no lo hice. No podía; no sabía qué más podía decir. No sabía cuál era la decisión adecuada.

—A ver qué te parece esto —dijo, echándose hacia delante—. ¿Y si pasas seis semanas en Washington? Una rotación corta. Dejaremos que las cosas se enfríen aquí, para saber a qué atenernos.

Accedí a regañadientes, y cuando hablé con mi madre por teléfono esa misma mañana le conté cuál era el plan.

—¿Washington? —Parecía no dar crédito—. ¿Vas a hacer las maletas y volver a mudarte? ¿Cuándo?

—Ahora. Hoy.

—¿Hoy? No lo dirás en serio, Stephanie.

—Completamente.

—¿Me estás diciendo que vas a hacer las maletas en mitad del curso escolar y te vas a trasladar a otra ciudad seis semanas? ¿Y Zachary?

—¿Qué pasa con Zachary?

—Que va al colegio.

—Hay colegios en Washington, mamá, aunque te parezca mentira.

—Esto es serio, Stephanie. Para variar, deberías pensar en tu hijo.

—Estoy pensando en mi hijo —estallé. No podía ganar. Creía que estaba haciendo lo mejor para Zachary. «¿Me equivocaba?»

—No veo cómo.

—No tengo elección, mamá.

—Siempre hay elección.

—¡No la tengo!

—¡Pues deja ese puñetero trabajo! Encuentra algo estable. Algo seguro. Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué te pasa? Antepón a Zachary por una vez, Stephanie.

La frustración hizo que se me saltaran las lágrimas. No podía dejar el trabajo. No podía darme por vencida, dejar que Torino ganase. Sobre todo no podía permitir que Halliday ganase. Ése era mi objetivo. Si no tenía ese trabajo, no era nada salvo una víctima.

Podía hacer lo que fuera mejor para Zachary y, al mismo tiempo, hacer algo con mi vida.

Esa tarde, con coches oficiales camuflados salpicando mi calle y compañeros armados protegiendo mi casa, hice las maletas. Ropa, zapatos, libros y juguetes, lo que necesitaríamos durante seis semanas, como mínimo. En el fondo me preguntaba si volveríamos.

Metí todo cuanto pude a toda velocidad en el coche. Fui a buscar a Zachary al colegio, vi que su cara se iluminaba de felicidad al verme allí. Siguió sonriendo incluso cuando lo afiancé a su silla. Y después pronuncié las palabras que tanto había estado temiendo pronunciar:

—Cariño, tenemos que irnos de aquí.

Vi que arrugaba la carita, la felicidad dando paso a la confusión.



—Pero vamos a volver, ¿no?

«¿Íbamos a volver?»

—No lo sé —contesté, en honor a la verdad. Vi que la confusión se tornaba incredulidad. Vi que poco a poco era consciente de lo que eso significaba. Los ojos se le humedecieron y el mentón le temblaba, pero mi valiente, estupendo hijo estaba haciendo un esfuerzo supremo por no llorar—. Lo siento, cariño —añadí, y la disculpa me pareció tremendamente inadecuada. Me habría gustado saber qué decir. Me habría gustado saber qué hacer.

Salimos a la carretera con un todoterreno negro delante y otro detrás, una comitiva que iba demasiado deprisa. La escolta llegó hasta la frontera del condado. Los todoterrenos se separaron de nosotros y continuamos solos. Vi por el espejo retrovisor que cambiaban de sentido en la mediana de la carretera. Después desaparecieron y nos quedamos solos, él y yo.

Continué a toda velocidad, los ojos escudriñando la carretera, grabando en la memoria cada coche que veía, elaborando una lista mental. Quería asegurarme de que no nos seguían.

Estaba observando unos faros por el retrovisor cuando oí su vocecita en el asiento trasero:

—¿Estamos a salvo, mami?

Lo miré a él y vi que estaba blanco de la preocupación. El corazón se me estaba partiendo. Y en ese instante lo supe. Ese movimiento sería permanente. La certeza hizo que me invadiese una tristeza desconcertante, una sensación de añoranza de lo que podría haber sido que me dejó tan aturdida como si hubiese recibido un golpe.

—Estamos a salvo, tesoro —respondí con un nudo en la garganta.

Vi por el espejo que la expresión de miedo desaparecía. Se retorció en la silla, se puso a mirar por la ventanilla y no hizo más preguntas.

Al cabo, su pestañeo se volvió más lento, los párpados tardaban más en levantarse cuando se cerraban.

Para cuando se quedó dormido, no había ni rastro de duda en mi cabeza, y la sensación de tristeza disminuyó y fue reemplazada por una de paz. Nos quedaríamos en Washington. Trabajaría en asuntos internos. No volveríamos a Chicago. Y Zachary y yo no correríamos peligro. Mi trabajo no lo pondría en peligro, nunca más.

—Yo me ocuparé de que siempre estés a salvo —juré, tanto a mí misma como a él—. Te lo prometo.

El hombre camina por la terminal del aeropuerto. Washington National, esta vez. El tercer vuelo en tres días, todos ellos bajo un nombre distinto.

Lleva unos vaqueros oscuros y una sudadera gris, de la mano una bolsa de fin de semana de piel negra. Tiene el pelo rubio oscuro, muy corto. Rasgos anodinos, un rostro poco memorable.

En lugar de dirigirse al área de recogida de equipaje, sale directamente y se acerca a la calzada. Hay un coche esperando, un todoterreno negro enorme, con las ventanillas oscuras, tintadas. Abre la puerta de atrás y sube.

Una mampara asimismo tintada separa los asientos delanteros de los traseros. Permanece cerrada. El coche se separa del bordillo.

En el asiento de atrás hay un bolso de tipo mensajero negro. Lo coge. Levanta la solapa, abre la cremallera. Busca algo dentro. Finalmente saca una carpeta de papel manila, la abre.

Ve una fotografía. Trece por dieciocho, en blanco y negro. Tomada mientras se vigilaba al sujeto. El hombre centra su atención en ella. La mira fijamente.

Es un chaval. Con una mochila colgada de un hombro. La cámara lo ha pillado justo cuando volvía la cabeza. El pelo le cae por la frente. Mira a la izquierda, sin darse cuenta de que allí había alguien, de que alguien lo estaba fotografiando.

El hombre cierra la carpeta. Después ladea la cabeza y mira por la ventanilla. Ahora están cruzando el Potomac. Delante se alza el Monumento a Jefferson. Tras él, el Monumento a Washington.

El mapa del resto de la ciudad está grabado en su memoria. La cúpula del Capitolio. La Casa Blanca. La central del FBI.

Una sonrisa asoma a sus labios.

Ha llegado el momento.

Por la mañana, soy la primera en llegar de mi equipo, como de costumbre. Atravieso la oficina a oscuras para ir a mi despacho, enciendo las luces. Arranco el ordenador. Me vuelvo hacia la cafetera, sobre los archivadores, y la enciendo también. Reparo en el montón de carpetas que tengo en un rincón de la mesa. Informes pendientes de mis agentes que debo revisar, investigaciones que tengo que aprobar. Por lo general hay dos o tres cosas que requieren de mi atención. Ahora mismo en ese montón debe de haber una docena de carpetas. Soy incapaz de concentrarme.

Alguien envió ese correo electrónico, intentó que pareciese que era cosa de Zachary. Alguien lo está utilizando para llegar hasta mí.

Y alguien dejó esa pistola en el armario de Zachary.

Lo que significa que alguien consiguió burlar la alarma. Alguien se coló en nuestra casa, el lugar que siempre he considerado más seguro.

«¿Quién? ¿Quién nos está haciendo esto?»

Los rostros aparecen de nuevo en mi cabeza, esa formación de hombres de mi pasado.

Halliday. Tiene mucho que perder. Senador veterano de Estados Unidos. Presidente del Comité de Relaciones Exteriores. Con posibilidad de ser nombrado líder. Incluso corre el rumor de que podría llegar más alto.

Pero no tiene sentido. Halliday cree que, si yo contara la verdad de mi pasado, él podría tildarme fácilmente de mentirosa. Una empleada descontenta. Que nadie me creería. Y, cuando mencioné lo del arma, pareció confundido de verdad.

Igual que Zachary.

Claro que tampoco se le notó que mentía cuando insinuó que afirmaría que él y yo habíamos mantenido una relación. Es evidente que es un grandísimo mentiroso.

«¿Igual que Zachary?»

Torrino. Juró que yo pagaría por lo que había hecho. Pero ¿ahora? El momento no cuadra. Han pasado demasiados años. ¿Ahora, justo cuando Halliday vuelve a mi vida?

¿Y si es otra persona? ¿Y si es él? Veo esa mano en la espalda de la mujer, las luces rojas y azules girando... ¿Por qué no lo dejo estar?

Alguien llama a mi puerta acristalada, me giro en la silla hacia ella. A continuación me obligo a respirar hondo. Me levanto y voy a abrir.

—Pareces hecha polvo, Steph —afirma Scott al pasar por delante de mí.

—Lo estoy —admito, pues es la verdad.

Nos sentamos, yo tras mi mesa y él al otro lado.

—¿Qué pasa, Scott? —Tengo los nervios de punta. No sé lo que se me viene encima. No soy la que controla la situación, y eso es algo que me asusta.

—Es extraño que Zachary enviase ese correo electrónico y no volviera a comprobar si le habían contestado. En eso tienes razón.

Esas palabras me hacen concebir esperanzas.

—Lo que demuestra...

Me mira con dureza y sacude mínimamente la cabeza, como para decirme que no tengo derecho a hacer preguntas.

—A menos que se pusieran en contacto con él de otra manera. A menos que se vieran en persona.

Me observa con atención. Me pregunto qué cara tendré. ¿Tan desconcertada como me siento? Porque Scott tiene algo; es evidente que tiene algo. Puede que haya más cosas que vinculan a Zachary con ese complot que ese email, que la pistola en el vestidor. «¿Y si hay algo más?»

—Estuve investigando las otras cuentas de correo electrónico que se pusieron en contacto con el MSL —continúa—. Busqué un caso similar: una cuenta que enviara un mensaje y no volviese a ser consultada.

—¿La encontraste?

¿Y si la respuesta es «sí»? ¿Qué significaría eso?

—Sí. Un caso.

—¿Y? —lo apremio. Necesito saber la respuesta, y al mismo tiempo estoy aterrorizada.

—La dirección de correo se creó justo antes de mandar el mensaje. Y no volvió a conectarse nadie. Hubo largos paréntesis de uso de internet en ambos extremos de esa actividad en particular.

Como en el caso de Zachary. Pero ¿por qué? ¿Qué significa eso?

Hay más. Conozco bien a Scott: lo veo en su cara. Se aclara la garganta.

—La dirección IP del usuario. Se encuentra en esta zona. Y el mensaje se envió justo antes que el de Zachary. Se llama Dylan Taylor.

Lo miro en silencio, pasmada. Escruto su cara en busca de una explicación, pero no encuentro ninguna. Él tampoco está seguro. Tampoco lo entiende.

Dylan Taylor tiene veintiún años. Vive en Arlington, Virginia, en una parte mala de la ciudad. Casas en estado ruinoso, sillas de jardín de plástico en porches delanteros que se caen a pedazos. Cubos rebosantes de basura, botellines de cerveza en la calle y un aire de desesperación opresivo.

Hay una madera floja en los escalones que conducen a casa de Taylor; la saltamos. Un gato manchado nos observa desde un rincón del porche, los verdes ojos irradiando un brillo intenso.

Scott llama a la puerta. Momentos después, un joven abre. Es alto y flaco, el cabello rubio greñudo le llega por los hombros. Va en camiseta y pantalón corto, descalzo, aunque en la calle hay una temperatura de menos de cinco grados.

—¿Sí? —Nos mira con cautela.

—¿Dylan Taylor?

—Sí.

—Agente especial Scott Clark, FBI. —Le enseña sus credenciales—. Y ésta es mi compañera. —No dice mi nombre, y por lo visto Taylor no se da cuenta, o le da lo mismo. Sus cansados ojos grises hacen un esfuerzo para mirar las credenciales y

después pasan a la cara de Scott. Parece nervioso, pero es normal. No parece asustado—. Tenemos que hacerle unas preguntas —añade Scott.

—Vale. —Taylor no nos invita a pasar ni tampoco sale, tan sólo permanece a la espera, con una mano en la puerta. En la mejilla ha empezado a latirle una vena.

—¿Puede decirnos qué sabe del Movimiento de Solidaridad por la Libertad?

—¿El qué? —pregunta. La expresión de su rostro dice que no lo conoce. Tiene la voz aflautada, de adolescente.

—El Movimiento de Solidaridad por la Libertad, el MSL.

—Es la primera vez que lo oigo.

—Es un grupo antigubernamental.

Al rostro de Taylor asoma una media sonrisa. Juraría que parece aliviado.

—Lo siento, tío. Creo que te equivocas de persona.

—¿No es usted miembro de ningún grupo anarquista?

—No. Ni siquiera sé lo que significa «anarquista» —lo dice con una risita tonta.

—¿No ha intentado nunca unirse a uno?

La sonrisa se desvanece.

—No, tío. Eh, que te equivocas de persona, en serio.

—¿Podría decirme dónde estaba el día 12 por la tarde? ¿A eso de las cuatro y media?

La expresión del rostro de Taylor cambia.

—¿Qué día de la semana fue eso?

—Miércoles.

—¿A las cuatro?

—Cuatro y media.

—Camino del curro, supongo. Curro los miércoles y los jueves. Suelo salir a esa hora, o un poco antes.

El cabello le cae sobre un ojo, de un modo que me recuerda al de Zachary. Se lo quita de la cara.

—¿Cómo va al trabajo?

—En coche.

—¿Solo?

—Sí.

Solo en su coche. La misma coartada que Zachary.

—¿Necesito un abogado? —Por fin se ha dado cuenta de que la cosa es seria. Su nerviosismo es evidente.

Scott está a punto de responder; va a poner fin a esto, lo sé. Y no me extraña. Es lo que haría yo. Taylor acaba de mencionar un abogado: lo más seguro es dejar de hablar. Sin embargo, yo no estoy lista para zanjar la conversación. Los dos tenemos claro que no fue ese chico el que envió ese correo electrónico, que no ha oído hablar del MSL en su vida. Lo que no tenemos claro, en modo alguno, es qué relación guarda con esto. Con mi hijo.

—¿Conoce a un tal Zach Maddox? —pregunto—. Zachary Maddox.

—Está bien, está bien —tercia Scott. Veo con el rabillo del ojo que me lanza una mirada de advertencia.

La paso por alto.

—¿Lo conoce?

Taylor me mira, mira a Scott y vuelve a mirarme a mí. Parpadea.

—No. —Mueve los pies—. Eh, tíos, hace un frío que pela —se queja.

—Gracias por su tiempo, señor Taylor —dice con firmeza Scott, y me dirige una mirada penetrante. Ha terminado con esto, no permitirá que yo haga más preguntas—. Estaremos en contacto.

Da media vuelta, y sé que se supone que debo seguirlo. Pero no quiero marcharme, no sin averiguar cómo encaja este chico en esto.

—¿Me he metido en un lío? —me pregunta Taylor, y en su voz oigo la de mi hijo. La misma indefensión, la misma confusión.

—No lo sé —contesto, la verdad. Después me vuelvo y sigo a Scott, sin mirar atrás.

—No ha oído hablar de ese grupo en su vida —insisto mientras nos alejamos del lugar—. Y tú lo has visto.

Scott no responde, pero veo la tensión en su mandíbula.

—Zachary reaccionó igual, Scott. Él tampoco había oído hablar del MSL.

—Yo eso no lo sé, Steph —espetá—. No me dejaste hablar con él.

Debería dejarlo. Hablar con Zachary. Sé que es lo que quiere hacer. Es el procedimiento estándar. Sin embargo, llegados a este punto me parece peligroso. Se mostraría escéptico con cualquier cosa que oyese. Daría por sentado que le he hablado del problema a Zachary. Que le he dado pautas. Y lo cierto es que Zachary no sabe nada de esto.

Es sólo que resulta demasiado arriesgado permitir que el FBI interrogue a mi hijo.

Veo cómo riel el sol en el Potomac cuando cruzamos el puente de vuelta a Washington.

—¿Estás diciendo que alguien les está tendiendo una trampa a los dos, que son cabezas de turco? —pregunta Scott al cabo—. No lo entiendo.

—No lo sé —contesto con desaliento. No tengo ni la más remota idea de qué pinta Dylan Taylor en esto. Dios, ojalá lo supiera. Haría que todo fuera mucho más fácil. No obstante, ahora mismo no importa. Lo que importa es demostrarle a Scott que Zachary no está involucrado, y esto ayuda a lograrlo—. Pero los dos sabemos que Taylor no mandó ese email. Y Zachary tampoco.

—¿Quién está haciendo esto, Steph? —dice en voz queda. Y, por primera vez, siento que abrigo esperanzas.

«Halliday. Torrino.» Me dan ganas de decir sus nombres, de soltarlo todo, la historia entera, pero no puedo. Él ni siquiera sabe que Halliday es el padre de Zachary. Mi negativa a contarle la verdad fue uno de los motivos por los que nuestra relación no funcionó. Todavía oigo su voz, dolido: «Nunca confiarás en mí lo bastante para contármelo, ¿no?». Sin embargo, no podía arriesgarme a abrir una puerta que quizá dejara entrar a ese monstruo en nuestra vida. No podía arriesgarme a que Scott —ese hombre en el que confiaba más de lo que nunca había confiado en nadie— no me creyese.

Y ¿qué pruebas tengo? Si se lo cuento todo, si le cuento que encontré una pistola en el armario de Zachary, y no me cree, lo único que habré hecho es darle motivos para que detenga a mi hijo. Y quienquiera que esté haciendo esto —quienquiera que

esté intentando que mantenga la boca cerrada o vengarse de mí o lo que sea—, ¿qué hará si digo la verdad?

Cierro los ojos y cojo aire, pero lo que veo no es a Torrino. Ni tampoco a Halliday. Veo esa mano de nuevo, pegada con fuerza a la espalda de la mujer, bañada en luces giratorias. Veo a ese hombre que va hacia la puerta con ella. Lo veo inclinarse y decirle algo al oído. Sé que está a punto de darse la vuelta, de establecer contacto conmigo, y abro los ojos, librándome del recuerdo. Pero tengo la sensación de que me falta el aire.

Mientras continuaba conduciendo por aquella carretera hace tantos años, no podía parar de mirar ya al espejo retrovisor, ya a la calzada, por si me seguía alguien. Si para entonces no había nadie, mi cerebro me decía que ya no lo habría, que podía relajarme. Mi corazón me decía que no lo hiciese, que no me relajase nunca, no cuando mi hijo estaba por medio.

Miré a Zachary por el retrovisor. Tenía los ojos cerrados, la cabeza ladeada. Estaba profundamente dormido, tan apacible y tranquilo. Y ello me hizo confiar en que quizá nuestra vida pudiese ser normal. Quizá todo fuera bien.

Cuanto más me alejaba, más me decía que había tomado la decisión adecuada. Seguía teniendo una buena reputación. Trabajaría con ahínco en el nuevo trabajo. Asuntos Internos no estaba tan mal. Seguro que en el Buró había personas como Halliday, que abusaban del poder que tenían. Tal vez incluso hubiese algunas como era yo en mi día: vulnerable, temerosa. Tal vez pudiera hallar la manera de cambiar las cosas.

Hasta que estuvimos a medio camino de Washington no se me pasó por la cabeza: si en ese trabajo nuevo alguien se vengaba, sería alguien con la mejor formación, con acceso a recursos extraordinarios. Alguien que lo había perdido —o que podía perderlo — todo. Alguien, en principio, con poder.

Si se producía otra amenaza, vendría de alguien de dentro. Irme de la ciudad quizá no fuese bastante.

Podía hacer que mi vida fuese mucho mucho peor.

Zachary coge otra porción de pizza de *pepperoni* de la caja, la tercera. Parece que era ayer cuando le troceaba la comida, prometiéndole postre si se terminaba la cena. ¿Dónde está ese niño pequeño? ¿Adónde ha ido el tiempo?

Me pillá mirándolo.

—¿Estás bien, mamá?

Dejo el trozo que tengo en la mano. Desde luego que no estoy bien. Si tuviese idea de lo que está pasando...

—Sí.

No me pierdo de vista mientras mastica.

¿Y él? ¿Se encuentra bien? Se me ocurre que no he hablado con él de su visita a Halliday, en realidad no. Del hecho de que por fin haya conocido a su padre. Lo cierto es que no sé qué decir. Pero debería decir algo. Sin duda ésa debería haber sido mi principal preocupación.

—En cuanto a Halliday... —empiezo.

Él deja de masticar, su expresión se vuelve cautelosa.

—En cuanto al pasado...

Termina de masticar lo que tiene en la boca, observándome todo el tiempo. No come más, está esperando a que continúe.

¿Qué se supone que puedo decir? La madre que soy no encuentra las palabras; toma el relevo la investigadora: «Empieza por lo que sabes. Llega hasta lo que no sabes».

—Te hiciste esa prueba de ADN. Hace un año, dijo la abuela, ¿no?

—Más o menos.

—Y después te pusiste en contacto con Halliday. Hace un par de meses, ¿verdad?

—Eso creo.

—Esperaste mucho tiempo antes de ponerte en contacto con él. —Es una afirmación capciosa, de las que deberían incitarlo a decir algo.

Coge una servilleta.

—No estaba seguro de lo que quería hacer. —Se limpia un poco de salsa de los dedos—. Lo estuve investigando un poco. En internet. Y...

El móvil me vibra en la mesa. Miro la pantalla: «La policía del condado de Fairfax».

Me arrolla una oleada de pánico. Ahora no. No quiero que la policía entre en escena ahora. No hasta que haya resuelto esto, hasta que sea capaz de desenmascarar a quienquiera que haya puesto esta trampa.

El teléfono sigue vibrando, bailoteando un tanto en la mesa. Zachary todavía me observa, espera a que lo coja. Me obligo a hacerlo, presiono el botón verde.

—¿Sí?

—¿Stephanie Maddox?



Ahora no. Todavía no.

—¿Sí?

—Señora Maddox, soy el agente Díaz, de la policía del condado de Fairfax. Me temo que tengo malas noticias.

—¿Sí? —Mi voz me parece ajena, como si no fuera mía.

—Se ha producido un accidente.

Un accidente. No. No, Zachary está aquí; Zachary está a salvo.

—Se trata de su madre. Joan Maddox.

«Mi madre.»

—¿Se encuentra bien? —Ahora mi voz parece lejana, como si estuviese hablando desde muy lejos.

—Señora, siento decirle que se encuentra en estado crítico...

—¿Señora?

Veo a mi madre, su cara risueña. Oigo su risa. Y entonces recuerdo las cosas desagradables que nos dijimos la otra noche.

—¿Señora Maddox?

Las lágrimas en sus ojos, el dolor en su voz: «Cariño..., ¿por qué no me lo dijiste?». Cómo le asesté esa última puñalada dolorosa, innecesaria.

—¿Mamá? —La voz de Zachary—. ¿Qué pasa?

—¿Qué ha pasado, agente Díaz? —pregunto por teléfono.

—Al parecer, se cayó, una mala caída. Por una de las escaleras del edificio en el que vive.

Dios mío. Veo el tablero de ajedrez, todos esos recuadros blancos y negros, todas esas piezas a la espera de que alguien las mueva. «El tiempo es oro, Stephanie. Y el tiempo pasa.» Me asalta un pánico feroz. Me muerdo el labio inferior con fuerza, para no llorar. ¿Y si no tenemos tiempo de terminar esa partida?

—¿En qué hospital está?

—Fairfax —informa el agente, pero yo ya estoy cogiendo el abrigo, indicando a Zachary que haga lo mismo.

Mi madre está conectada a una maraña de tubos y aparatos, inconsciente, vendada. El médico de urgencias me ha dicho que el pronóstico es incierto, que las siguientes horas son críticas.

Tiene fracturas múltiples, pero eso no es lo que más preocupa a los médicos. Es la lesión en la cabeza. Un edema cerebral. Una acumulación de líquido en el cerebro.

Me siento a su lado y le cojo la mano. E intento, con toda mi alma, no pensar en las dolorosas acusaciones que me lanzó. «Tu trabajo es tu vida. Zachary ocupa el segundo lugar. Siempre ha sido así.»

No han parado de entrar médicos y enfermeras. Les he preguntado a todos ellos si hay alguna novedad, ansiosa por tener información, cualquier cosa. Han respondido todos con evasivas, imposible saber lo que piensan.

Zachary también ha estado aquí, pero cuando su nervioso tamborileo con la punta del pie ha hecho que me entraran ganas de gritarle, le he sugerido que fuera a la cafetería a comer algo.

Ahora mismo estamos mi madre y yo solas. Y no puedo evitar pensar en las barbaridades que le dije. Cosas que ni siquiera pensaba, que dije únicamente para hacerle daño.

«En ese caso supongo que ser una buena madre es algo más...»

«Supongo que no estábamos tan unidas, mamá...»

—Claro que estábamos unidas, mamá —musito, aunque nada indica que pueda oírme. ¿Podrá volver a oírme? Necesito arreglar las cosas.

«El tiempo es oro, Stephanie. Y el tiempo pasa.»

Veo cómo le sube y le baja el pecho. Oigo el pitido incesante de los aparatos. Y dejo que caigan las lágrimas, que me corran por la cara, nublándome la visión hasta que todo se desdibuja.

A la mañana siguiente, el pronóstico de mi madre es menos sombrío. Ha conseguido superar esas primeras horas críticas. Los médicos parecen ligeramente más optimistas.

He informado a Recursos Humanos del accidente, he pedido un día libre. «Tómate todo el tiempo que haga falta —ha dicho el jefe—. Y si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que decírnoslo, Steph.»

He seguido insistiendo para que me faciliten cualquier información sobre el estado de mi madre. He pasado demasiado tiempo buscando en Google términos médicos. Y no he sido capaz de parar el bucle que se desarrolla en mi cabeza, el que repite la espantosa última conversación que mantuvimos.

¿Y si ésas son las últimas palabras que me oye decir? ¿Por qué las dije?

A solas, cuando estamos únicamente mi madre y yo, todo está muy tranquilo. No puedo evitar pensar en cómo reaccionó cuando le conté la verdad sobre mi pasado. El dolor que vi reflejado en sus ojos, que percibí en su voz. «¿Por qué no me lo dijiste?»

—¿Qué tal está? —pregunta Zachary cuando se pasa por el hospital después del instituto. Lleva puestos unos vaqueros y la sudadera granate descolorida que se pone demasiado a menudo, la que tiene el agujero en la costura lateral. Deja la mochila en el suelo y se sienta en la silla que hay libre.

—Más o menos igual. Pero es muy buena señal que haya conseguido pasar la noche.

—No parece ella.

—Fue una caída mala. Las heridas...

Sigo buscando las palabras adecuadas cuando él pregunta:

—Mamá..., ¿se pondrá bien?

Le aprieto la mano a mi madre. La noto tremendamente frágil.

—Eso espero, cariño. —Dios, eso espero.

Me suena el móvil, un mensaje. Lo cojo y miro la pantalla. Es Scott:

Me he enterado de lo de tu madre. ¿Estás bien?

Parpadeo al ver las palabras, intento pensar cómo responder a eso con un mensaje de texto. Si estuviese aquí, en persona, no me sentiría tan sola...

—¿Mamá? ¿Qué está pasando? —Zachary señala con la cabeza el teléfono que tengo en la mano.

—Nada.

—¿Nada? No le quitas los ojos de encima a la pantalla.

—Es Scott.

—¿Scott? ¿Qué quiere ése?

—Se ha enterado de lo que le ha pasado a la abuela.

Frunce más el ceño, y me asalta una idea espantosa. ¿Y si Scott dio con la forma

de ver a Zachary, sin mi permiso?

—No has hablado con él recientemente, ¿verdad? —Mi voz deja traslucir el pánico que siento.

—Hace años que no hablo con él.

«Gracias a Dios.»

—Entonces ¿qué pasa? ¿A qué viene esa actitud?

—No tengo ninguna actitud —farfulla.

—Zachary...

—Es sólo que... no me gusta que hable contigo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Te hizo daño. Cuando rompisteis... recuerdo lo hecha polvo que estabas.

El teléfono suena de nuevo, pero esta vez no lo miro. No puedo dejar de mirar a Zachary, como si mirándolo lo bastante quizá esta conversación tan extraña empezara a tener sentido.

—Zachary, nuestra relación terminó. No es culpa de nadie. Esas cosas pasan.

Sacude la cabeza frustrado.

—Sólo quiero asegurarme de que no vuelve a hacerte daño.

Mando a Zachary a casa y paso la noche con mi madre. La observo y le suplico en silencio que despierte, que no me deje. No hay cambios en su estado, al menos, no que yo vea.

He estado dándole vueltas a esa extraña conversación con mi hijo. «No hace falta que me protejas», le dije. Él se limitó a encogerse de hombros, ruborizándose. Farfulló que tenía cosas que hacer del instituto, cogió su mochila y se fue.

Y, sin embargo, cuando se fue, cuando volvimos a quedarnos solas mi madre y yo, me sentí menos sola que poco tiempo antes. Puede que tengamos nuestras diferencias, Zachary y yo. Y desde luego estamos distanciados. Pero en el fondo se preocupa.

La doctora que está reconociendo ahora a mi madre es una mujer joven, sin duda más joven que yo. He seguido dando la lata a todos los médicos y las enfermeras para que me informen, para que me den su opinión. La investigadora que hay en mí se siente frustrada. Quiero datos. Necesito saber cuándo va a estar bien.

—Sus lesiones son graves —afirma. Y entonces titubea, me mira de soslayo.

—¿Qué?

—Es sólo que... ¿Se notaba su madre insegura al caminar?

—¿Disculpe?

—¿Se ha caído otras veces?

—No. —Escudriño su rostro cansado, intentando saber adónde quiere llegar con esto—. ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Por nada. A ver, todo el mundo puede caerse. Es sólo que...

—¿Qué?

—En fin, la magnitud de las heridas, la gravedad de la caída... —Se separa de la cama, se yergue y me mira ceñuda—. Es la clase de traumatismo que esperaríamos ver si hubiesen empujado a alguien por la escalera.



El único sonido que se oye es el pitido incesante de los aparatos. La doctora se ha ido a seguir con su ronda de visitas. Cuando se retiraba, ha intentado quitarles hierro a sus sospechas: me ha asegurado que todo el mundo puede caerse, sobre todo a la edad de mi madre, que lo más probable es que fuera un accidente.

Esa escalera era empujada. De hormigón. ¿Acaso no le dije a mi madre media docena de veces que tuviera cuidado con ella, que utilizara el ascensor? Sólo era cuestión de tiempo que diera un traspie y se cayese, ¿o acaso no es así?

«La empujaron.»

No. Seguro que fue un accidente.

Le cojo la mano, procurando no tocar la vía. Fue la escalera: esa escalera era peligrosa.

Cierro los ojos y veo la cara de Halliday. Ella sabía la verdad sobre él, toda la terrible verdad. ¿Y si...?

Imposible. Fue un accidente, un accidente espantoso.

«¿O acaso no fue así?»

A media mañana, necesito hacer algo. Me obligo a separarme de mi madre, voy hasta el edificio en el que vive, en Vienna, en una zona residencial. Aparco en un hueco reservado a las visitas, al fondo del parking, y voy hacia la entrada, mirando a cada individuo con el que me cruzo: un anciano que me saluda educadamente con un movimiento de la cabeza; una mujer joven con cascos; un señor de mediana edad trajeado, que se queja al teléfono.

Ahora estoy en el despacho del administrador de la propiedad, un espacio pequeño, apenas más grande que un armario, abarrotado de archivadores.

—¿Qué tal está su madre, agente Maddox? —pregunta subiéndose las gafas por el puente de la nariz con el dedo índice, los ojos moviéndose a un lado y a otro. Entrelaza las manos en la mesa y las suelta.

—Algo mejor.

—Me alegro. —Se sube las gafas de nuevo, aunque no se le han escurrido—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me gustaría hablar del accidente.

—Desde luego. —Empieza a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—¿En qué estado se encontraba la escalera cuando ocurrió la caída?

—En un estado excelente, agente Maddox.

—¿No resbalaba, por algún motivo?

—En absoluto.

—¿Tenía barandilla?

—Naturalmente. Todo cumple la normativa. —Me dedica una sonrisa nerviosa—.

Son cosas que pasan, agente Maddox.

—¿Hay grabaciones? He visto que hay una cámara de seguridad en el vestíbulo. Su sonrisa se desvanece.

—Sí. En el vestíbulo y el aparcamiento.

—Me harán falta los vídeos de hace dos días.

—Naturalmente. —Se gira en la silla hacia el ordenador que tiene detrás y empieza a teclear—. Le haré una copia ahora mismo.

—Gracias.

Instantes después me da una memoria externa, se toquetea las gafas una vez más.

—¿Por qué necesita las grabaciones, agente Maddox?

Me meto la memoria en el bolso y me dispongo a marcharme.

—Sólo quiero ser concienzuda.

Me siento en la silla junto a la cama de mi madre. Sigue con los ojos cerrados, la tez tremendamente blanca. Le han cambiado los vendajes de la cabeza. Oigo el incesante pitido de los aparatos. El parloteo de las enfermeras en el pasillo. Y percibo esa desagradable peste a hospital estéril.

Me saco la memoria del bolso, la introduzco en el portátil y empiezo a revisar las grabaciones. Son granuladas y están en blanco y negro. Rebobino hasta situarme en el principio, primero la cámara del vestíbulo, y estudio las imágenes.

Zachary se pasa por el hospital, se queda en la puerta. Tiene más greñas que de costumbre, necesita peinarse. Lleva unos vaqueros y una camiseta negra con unas letras blancas que dicen: BASTA DE INJUSTICIA POLICIAL.

—¿Qué tal está hoy?

Sigo con la vista clavada en la camiseta.

—¿En serio, Zachary?

Se mira el pecho.

—¿Qué?, ¿no crees que es verdad?

Está intentando cabrearme, pero no se lo voy a permitir. Ladeo la cabeza hacia la cama de hospital.

—Los médicos dicen que está mejor.

Sigue en la puerta, mirándola. Luego dice:

—Voy a comer algo a la cafetería. ¿Te subo alguna cosa?

Cabeceo.

—¿Te encuentras bien, mamá?

—Ahí ando.

Mira el ordenador, lo miro yo. El vídeo está en pausa. Se ve una imagen granulada, un hombre congelado, en el vestíbulo.

Cuando vuelvo a mirar la puerta, Zachary ya no está.

La última resonancia ha revelado que el edema que tiene mi madre en el cerebro es menor y las laceraciones de la cabeza están cicatrizando. A la mañana siguiente llamo de nuevo a Recursos Humanos, pido otro día, recibo la misma respuesta: «Tómate el tiempo que necesites». Probablemente tengan delante mi historial de bajas por

enfermedad. Más de una década sin una sola. Ni siquiera recuerdo la última vez que me cogí el día porque estaba mala.

Paso a las grabaciones de las cámaras de seguridad del aparcamiento, empiezo a comprobar cada matrícula que resulta visible a las cámaras.

A media mañana, mi madre despierta. Está atontada, desorientada. Pero me reconoce. Me siento aliviada, insegura. No me imagino cómo me sentiría si no supiera quién soy.

—Stephanie —dice con voz rasposa.

Le cojo la mano y se la aprieto.

—Mamá.

Apenas noto la presión cuando ella me aprieta la mía. Las lágrimas se me saltan. Siempre me ha parecido tan fuerte, tan invencible. Pero sonrío.

—¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor.

—Fue una buena caída.

Sus ojos buscan los míos. Un carro pasa metiendo ruido por el pasillo, dejando una estela de olor a verdura hervida.

No debería preguntar tan pronto, pero no puedo evitarlo.

—Mamá, ¿qué pasó en esa escalera?

—Me caí.

—¿Es lo que oíste decir a los médicos? ¿Recuerdas haberte caído?

Parpadea.

Mis dedos le aprietan la mano.

—Mamá..., ¿había alguien más en esa escalera?

—¿Alguien...?

—¿Te empujó alguien?

Parpadea de nuevo.

—Me caí, Stephanie.

—Si había alguien, si pasó algo...

—Di un traspie y me caí.

La estoy asustando. Sé que no debería presionarla en este momento. Sé que debería dejarla descansar.

—Está bien, mamá. Duerme un poco —musito, a regañadientes. Ya seguiré con esto más adelante—. Queremos que te pongas bien. Pronto.

Pero me duele mirarla y ver lo frágil, lo hecha polvo que está.

Centro mi atención en el portátil, paso al vídeo de la cámara del vestíbulo. Me fijo en la hora en la que se produjo el accidente. A estas alturas ya he visto esto infinidad de veces. Una mujer con una melena pelirroja muy rizada sale corriendo al vestíbulo desde la escalera y le dice algo al conserje, que coge el teléfono. La mujer se vuelve y corre de nuevo hacia la escalera, atrayendo la mirada de otras tres personas que se encuentran en el vestíbulo, e instantes después el conserje la sigue. Pasan seis minutos hasta que se ve a los paramédicos.

Rebobino hasta momentos antes de que la mujer irrumpa en el vestíbulo, antes de que llamen a Urgencias. Me centro en el rostro de todas y cada una de las personas



que entran en ese vestíbulo. El muchacho joven con ropa de *running*, la frente empapada en sudor. La señora con bolsas de la compra en los brazos. El señor trajeado, con un maletín. Paro el vídeo, hago *zoom*, repito. Desesperada por encontrar algo, cualquier cosa.

Oigo que llaman a la puerta y levanto la vista. Está entreabierta, y Scott asoma por ella.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—Claro. —La emoción casi me da vértigo. Melancolía, supongo. Es como que debería estar ahí. Como que, si la vida hubiese sido distinta, si no me hubiera cargado lo que había entre nosotros, él estaría a mi lado, pasando por esto conmigo, pasando la vida conmigo.

Se acomoda en la silla que hay a mi lado y frunce el entrecejo al ver el ordenador.

Miro la pantalla. Está detenida en un primer plano granuloso de un hombre. El trajeado. Tiene el cabello abundante, oscuro, y los ojos hundidos. No hay nada ni remotamente familiar en él.

—Vídeos de las cámaras de seguridad.

—¿De?

—Del edificio donde vive mi madre.

Scott sacude la cabeza.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor.

—Bien. —Su mirada vuelve a centrarse en el portátil—. Fue un accidente terrible — comenta. Juraría que subraya la palabra «accidente».

—No fue un accidente —corrijo en voz baja, impulsivamente. Me sorprende oírme tan a la defensiva, pero lo digo porque lo creo así. Ahora lo sé, con cada fibra de mi ser: fue algo intencionado.

Scott asiente con aire pensativo, pero veo que no me cree.

—Diré en la oficina que necesitas más tiempo.

Y lo conozco tan bien que capto lo que quiere decir en realidad: «Estás inestable. No deberías trabajar».

Sus palabras me enfadan, pero también siembran la duda en mí. ¿Y si estoy actuando como si estuviera loca? ¿Y si sólo fue un accidente? En el momento sospechoso, sin duda, pero un accidente nada más. La gente mayor pierde el equilibrio y se cae. ¿Se puede saber qué me pasa? ¿Por qué no puedo aceptar eso?

¿Por qué estoy siendo tan paranoica? «¿Y si todo esto es producto de mi imaginación?»

—Estoy bien —aseguro para convencerme tanto a mí como a él.

Asiente de nuevo, pero se pone de pie en el acto.

—Será mejor que me vaya. Sólo quería ver cómo estaba. Y cómo estás tú.

Me mira. Con una mirada tan bondadosa, tan preocupada... Dios mío, ojalá siguiera en mi vida.

Me pone una mano en el hombro, se acerca y me besa en la mejilla.

—No lo olvides: ya sabes dónde estoy si me necesitas, Steph.

Su bondad hace que me recorra un escalofrío. No sé qué decir.

Después se va.

Aprieto los ojos, luchando por no llorar.

No me cree, pero no tiene por qué hacerlo. No estoy paranoica. Esto no es producto de mi imaginación.

Halliday está detrás de esto. De lo contrario, sería todo demasiada coincidencia. Mi madre sabía la verdad sobre él. Yo le conté la verdad. Y eso es lo que le pasó. ¿Ha sido una advertencia? ¿«Estate calladita o...»? Si está dispuesto a ir a por mi madre, ¿por qué no iría a por mi hijo?

Me enjuago las lágrimas, avanzo el vídeo hasta el momento en que la mujer irrumpe en el vestíbulo. Después reduzco la velocidad a un cuarto.

Tres personas en los buzones, una donde el conserje, dos cerca de las puertas giratorias, a punto de entrar. Todas ellas dejan de hacer lo que están haciendo y se quedan mirando el alboroto. En los buzones, un hombre y una mujer intercambian unas palabras. En la parte izquierda de la pantalla, casi fuera de la cámara, se abre la puerta del ascensor. Un hombre con una gorra oscura sale, con la cabeza gacha, va directo a las puertas giratorias. No levanta la vista, no mira a su alrededor, no presta atención a lo que está pasando en el vestíbulo. Tan sólo desaparece de la pantalla.

Rebobino, lo vuelvo a ver, esta vez fijándome únicamente en él. Noto que el pulso se me empieza a acelerar.

Cierro esa grabación y abro la otra, la del aparcamiento. Sitúo la cinta en el mismo momento. Veo que el hombre de la gorra oscura sale del vestíbulo, con la cabeza aún baja. Veo que atraviesa el aparcamiento y va hacia un coche pequeño, de tres puertas, se sube a él, sin levantar la cabeza en ningún momento, sin que se le vea el rostro. Un minuto después, el coche se deja de ver.

Rebobino, lo reviso de nuevo. Pongo el vídeo en pausa justo cuando el coche está a punto de dejar de verse.

No es ni blanco ni negro, algo entremedias. Con matrícula de Virginia, pero no distingo las letras.

Me quedo mirando la imagen granulosa, la grabo en la memoria.

Tengo que encontrar ese coche. Y tengo que encontrar a ese hombre.

Por fin tengo una pista. Por fin tengo algo.

No le veo la cara al hombre, pero aun así, algo es algo. Es la prueba de que no estoy paranoica. Es la prueba de que, cuando mi madre se cayó, allí había alguien. Alguien que la vio caer. Alguien que la empujó.

Cierro el portátil, lo meto en el bolso. Me levanto, me estiro.

Café. Bajaré a la cafetería a por una taza.

Me inclino y la beso en la frente.

—Vuelvo dentro de un minuto.

No se mueve.

Casi he llegado al final del pasillo cuando veo a un hombre que viene hacia mí. Estatura media, peso medio. Pelo rubio oscuro. Me mira fijamente y de pronto se me pone la carne de gallina, ese sexto sentido que me dice que algo va mal.

Lleva la camisa remangada por los codos. Tiene un tatuaje en el antebrazo. Lo veo y el corazón me da un vuelco.

Dos cuchillos cruzados, formando una X.



Tengo el corazón acelerado. ¿De verdad acabo de ver eso?

Paro y me vuelvo. Acaba de meterse en un ascensor. Está de cara a mí, sigue mirándome fijamente. La puerta empieza a cerrarse. Y, justo antes de que deje de verlo del todo, estoy segura de que esboza una sonrisa.

«Muévete, Steph.»

Salgo corriendo hacia el ascensor, pulso con fuerza el botón tres veces, pero ya se ha ido, baja. Llego tarde.

Retrocedo y veo la luz: «4-3-2». Se detiene en el 2.

Salgo disparada hacia la escalera. Abro de golpe la puerta, bajo corriendo los escalones, de dos en dos. Tercera planta, segunda, salgo al pasillo.

No lo veo por ninguna parte.

Miro hacia arriba para ver los números del ascensor. Está más abajo, en la primera planta.

Vuelvo a la escalera, bajo corriendo. Salgo al vestíbulo, echo un vistazo.

Lo he perdido.

—¿Mamá? —Es la voz de Zachary. Me vuelvo. Está ahí, detrás de mí, frunciendo el entrecejo—. ¿Mamá?

Intento recordar la cara del hombre. No lo he visto antes, de eso estoy segura. Pero ¿qué aspecto tenía? La separación entre los ojos, la forma de la nariz, cualquier cosa.

No puedo. Lo único que veo es ese puñetero tatuaje.

Me paso los dedos por el pelo, frustrada. ¿De verdad era el mismo tatuaje, el que tenía el hombre de Torino? ¿O mi imaginación me ha jugado una mala pasada?

Sin embargo, esa sonrisa, la que tenía en la cara justo cuando se cerró el ascensor. Su forma de mirarme...

—Mamá. —La voz de Zachary, más cortante—. ¿Qué pasa?

A menos que fuese producto de mi imaginación. Estrés y agotamiento, una combinación peligrosa. «¿Y si se me está yendo la cabeza?»

Estaba tan segura de que era Halliday... Pero ese tatuaje... Y si es la mafia, ¿por qué ahora?

Miro a mi hijo, veo la pregunta reflejada en sus ojos: «¿Qué pasa, mamá?». ¿Qué se supone que le voy a decir? ¿Cómo se lo voy a explicar si no lo entiendo ni yo?

El ático, a orillas del Potomac, tiene ventanales de suelo a techo que ofrecen magníficas vistas de la ciudad. Está amueblado con gusto, en tonos blancos y grises, de estilo minimalista. Hay un bolso de tipo mensajero de piel negro colgado de un perchero junto a la puerta. Dentro se oye un zumbido rítmico.

Wes va hacia el bolso. Es delgado, tiene la tez muy bronceada y un pelo abundante que empieza a volverse plateado de un modo que le da un aire distinguido. Abre la cremallera del bolsillo delantero, saca un smartphone y se lo lleva al oído.

—¿Sí?

—Soy yo.

Vuelve al salón. Se sienta en el sofá, despacio.

—Se está viniendo abajo. —Hay pánico en la voz que se oye al otro lado de la línea.

—Está bajo control.

—Pero...

—Está bajo control. —Mira el tablero de ajedrez que tiene delante, en la mesa, la partida empezada. Por supuesto, esa partida no se estaba jugando ahí, pero el tablero está exactamente igual que el otro, en el que se estaba jugando la partida que ahora está parada. Wes sabe que ellos están estancados. Sabe que están pensando cuáles serán sus próximos movimientos. Le gusta poder ver lo que están pensando. Le gusta estar en sus cabezas.

—No lo entiendo.

Wes se retrepa en el sofá, estira las piernas, cruza los pies a la altura de los tobillos, que tiene apoyados en la mesa de centro. A sus labios aflora una sonrisa.

—Nos estamos adaptando.

—Adaptando. —Es una afirmación, no una pregunta.

—Ya lo hemos hecho antes, y mira dónde estamos hoy.

—Pero ahora hay más incluso en juego...

Wes baja los pies, se sienta recto, la cara ahora seria.

—Y la recompensa será mayor aún. Estamos cerca. Muy cerca. Y lo conseguiremos.

Se hace el silencio entre ellos.

—¿Y si ella averigua la verdad? —pregunta el que ha llamado.

La sonrisa vuelve a los labios de Wes. Se relaja de nuevo en el sofá, los ojos una vez más en el tablero. Ella cree que su hijo moverá la torre. El chico no quiere sacrificarla. Ninguno de los dos ve cuál es el mejor movimiento en ese tablero.

—La verdad, amigo mío, es sumamente complicada.

Me despierto de un sueño tan profundo y sin sueños que es como si me hubiese empastillado, y disfruto de unos maravillosos momentos de paz antes de que todo me vuelva a asaltar la cabeza. Mi madre. El arma. El hombre del tatuaje.

Alargo el brazo y busco mi móvil en la mesilla de noche. No tengo mensajes ni llamadas perdidas. A mi madre no le ha pasado nada durante la noche. Aliviada, llamo al hospital de todas formas para que me digan cómo se encuentra. Está despierta y espabilada, me asegura la enfermera. Sigue mejorando.

Zachary ya está en la cocina cuando bajo. Tiene una caja de cereales en la mano, los proteicos, que saben a cartón.

—Buenos días, cariño —saludo.

—Buenos días. —Se acerca a la nevera, saca la leche, echa un poco en los cereales y lleva el cuenco a la mesa.

Cuando el café está listo, cojo la taza y me siento a la mesa frente a él. No me mira. Esta mañana está más hosco que de costumbre.

—¿Qué pasa?

Se encoge de hombros, sigue comiendo.

—¿Zachary?

—¿No soy yo quien debería hacerte esa pregunta?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Está pasando algo, mamá. Estás como ida. Y todas esas preguntas que me has estado haciendo... Tengo derecho a saberlo.

Miro el café, rodeo la taza con las manos. ¿Cuánto debería contarle? Probablemente nada.

—Es por un email, ¿no? A ese grupo que mencionaste. No sé qué de la Libertad. — Me mira mientras mastica.

Contesto con cautela.

—Eso es una parte.

—Que enviaron desde nuestra dirección IP.

Está intentando atar cabos. Utilizando todas las preguntas que le he formulado, toda la información que tiene. Está haciendo exactamente lo que haría un investigador.

—Déjalo estar —aconsejo.

Me mira con aire triunfal. Sabe que tiene razón.

—Y se supone que parece que lo envié yo.

Una vaga sensación de miedo me envuelve. No quiero verlo metido en esto. Es demasiado peligroso. Si le han hecho daño a mi madre, podrían hacérselo a él.

—Déjalo estar.

—Pero está claro que yo no he sido —insiste—. Entonces... ¿quién lo mandó?

—Zachary, esto no es un juego.

—Ya lo sé.

—Es serio.

—Se trata de mí, ¿no? Creo que eso lo sé.

Su tono me deja helada. Pero tiene razón, ¿o no? Casi es un adulto. Y está metido en esto, tanto si yo quiero como si no.

—Me preguntaste si tenía un arma, mamá. Tengo derecho a saber qué está pasando.

¿Lo tiene? Respiro entrecortadamente.

No lo tiene. No si ello significa meterlo más en este asunto. Tengo que mantenerlo al margen, en la medida de lo posible. Tengo que mantenerlo a salvo.

Por lo visto, mi silencio lo alienta. Se sirve más cereales en el cuenco y afirma:

—Puedo investigar por mi cuenta o podemos hacerlo juntos, como prefieras.

No podré impedirselo. ¿Debería?

Veo a mi madre, en esa cama de hospital, la maraña de tubos, el pitido de los aparatos. Claro que debería impedirselo. Esto es peligroso.

Pero es peligroso de todas formas.

Y Zachary sabe de informática. De hecho, podría ser de ayuda. Tal vez pueda averiguar quién envió el mensaje. Dar con la prueba de que Torrino está detrás de esto, o Halliday, o quienquiera que sea.

Dar con la prueba de que la caída que sufrió mi madre no fue un accidente.

Una prueba que podamos utilizar para pararle los pies a quienquiera que nos esté haciendo esto.

Desvío la mirada hacia el salón. Veo el tablero de ajedrez y noto que esa familiar sensación de pánico, cada vez mayor, está creciendo como si fuese un cáncer entre nosotros. Zachary está a punto de irse. ¿Y si nuestra relación no mejora nunca? «¿Y si me quedo sin tiempo?»

Observo de nuevo a mi hijo. Tiene los ojos muy abiertos, como si recelase, a punto de sentirse dolido, y en ellos veo a ese niño pequeño confiado al que echo tanto de menos.

—Juntos —respondo, y lamento las palabras nada más decirlas.

Zachary está encantado de poder echar una mano. Se pasa la mañana delante del ordenador, visitando foros encriptados, buscando en la red oscura. Me aterra que Scott pueda enterarse, que Zachary se esté metiendo aún más en un agujero —y que sea yo quien le haya dado una pala—, pero está convencido de que está borrando sus huellas.

Me mantengo cerca, observando, pensando, intentando procesarlo todo. Alguien entró en nuestra casa, envió ese correo electrónico: «Tengo acceso a objetivos». Dejó un arma en el vestidor. Alguien que consiguió entrar sin hacer saltar la alarma. Alguien que no dejó ni una sola huella.

Y alguien empujó a mi madre por la escalera.

«¿Quién?»

Dios, ojalá tuviera a alguien de mi parte ahora mismo. Un compañero con el que ocuparme de esto. Veo a Scott, pero no puedo acudir a él. No puedo arriesgarme a lo que podría pasarle a Zachary si le digo la verdad, si no me cree. Puedo solucionar esto sola. Tengo que hacerlo.

Esto tiene que guardar alguna relación con Halliday. Zachary acaba de entrar en su vida, después de tantos años. Fue a verlo. Debió de poner patas arriba la vida de Halliday. Éste tendría un motivo para querer amenazarme, advertirme que tenga la boca cerrada. Y mi madre sabía la verdad sobre él, compartió parte de ella con Zachary. Y ahora está en el hospital.

Pero ¿tenderle una trampa a Zachary? ¿Qué sentido tiene? Si llegara a saberse que su hijo biológico se vio involucrado en un complot terrorista, su carrera política se iría a pique. Eso por no mencionar si saliera a la luz que fue Halliday quien tendió la trampa a su hijo o, peor, su participación en el accidente de mi madre. ¿Por qué correr el riesgo?

¿Torrino? Juraría haber visto ese tatuaje en el hospital, el mismo que vi en el brazo del secuaz de Torrino años antes. Torrino sigue en la cárcel, no saldrá hasta dentro de otra década por lo menos. Tiene hombres a los que puede recurrir para que le hagan el trabajo sucio, hombres que saben allanar una casa, eliminar huellas, dar golpes. Pero ¿por qué venir a por mí ahora, después de tantos años?

¿Y justo cuando Halliday vuelve a nuestra vida? Es demasiada coincidencia, sin duda.

A menos que...

A menos que no sea una coincidencia.

A menos que la participación de Torrino tenga algo que ver con Halliday.

Recuerdo las palabras que me dijo mi agente instructor cuando llevaba una semana en el trabajo: «Los puñeteros políticos corruptos. La mafia les paga. Y ese senador, Halliday, es el peor».

¿Podrían estar relacionados?

Chicago ahora es una ciudad más limpia. Nunca han asociado a Halliday con nada malo. Pero ¿y si es cierto? ¿Y si la mafia aún considera que Halliday es de su propiedad y son ellos los que creen que somos una amenaza?

Tiene sentido. Todo el sentido del mundo, la verdad. Torrino quiere que Halliday ocupe una posición de poder. Y yo supongo una amenaza para eso. Soy una amenaza para la carrera de Halliday, y para su poder, y para que pueda proteger a Torrino.

Da la impresión de que las piezas empiezan a encajar.

Y la imagen que está apareciendo es más aterradora incluso de lo que pensaba.



Zachary no despega los ojos de la pantalla que tiene delante, frunciendo el ceño concentrado. Lo observo.

—¿Has tenido suerte? —pregunto al cabo.

Niega con la cabeza sin dejar de mirar el ordenador.

—No.

—¿Algún progreso?

—Un poco. —Me mira y se encoge de hombros—. Estoy con estos foros. Donde se comunican, ¿sabes?

—¿Algo interesante?

—Está todo encriptado. —Da la impresión de que va a decir algo más, pero lo deja ahí.

—¿Y? —pregunto.

—Pues hay un usuario... —Su rostro se ensombrece. Confusión, creo. ¿O tal vez preocupación?—. Con mi nombre.

—¿Con tu nombre?

—ZacharyMaddox345.

El mismo que en la dirección de correo.

—¿Qué ha subido?

—Nada. Sus comunicaciones son privadas. Mensajes directos, de usuario a usuario. Pero estoy intentando hackearlos.

Me invade una sensación de inquietud, pero procuro que no se me note en la cara.

—Vale.

Me salgo de la cocina para dejarlo solo y que pueda concentrarse. Camino por la casa con nerviosismo y acabo cogiendo una escoba. Barro el suelo de madera noble, lo friego, paso el aspirador por la moqueta y las alfombras. No paro de mirar a Zachary, lo veo trabajar, veo la mirada de tremenda concentración. «ZacharyMaddox345.» Cada vez estoy más inquieta.

Horas después, sigue allí. Llamo al hospital, hablo con mi madre. Para mi alivio, empieza a parecer ella: su voz suena menos rasposa, más optimista. Le pregunto de nuevo por la caída, si está segura de que estaba sola en la escalera. «Estoy segura, Stephanie —responde con firmeza, molesta conmigo—. Nadie me empujó. Ya sabes lo patosa que soy.»

Me pongo la ropa de deporte, me subo a la cinta, empiezo a correr. Cinco kilómetros, seis. Intento aclarar mis pensamientos.

Clavo la vista en el tablero de ajedrez mientras corro. Zachary moverá la torre, se la tomaré. Después moverá la reina, aunque también la perderá. Proteger al rey, a toda costa. Aunque ello implique sacrificar a la reina.

A menos que esté pasando algo por alto. A menos que haya un movimiento que no

veo, que no soy capaz de anticipar. El pánico vuelve a aletearme en el pecho.

Once kilómetros, doce. Cuando llevo diecisiete, oigo que Zachary me llama:

—¿Mamá? Creo que he encontrado algo.

Apago la cinta, me bajo de un salto. Me seco el sudor de la cara con una toalla, que me echo al hombro mientras voy a la mesa. Me acerco y me sitúo detrás de él. Veo una pantalla negra con letras verdes, casi como si fuese de otra década.

—¿Qué has encontrado?

—Un archivo. Que enviaron a ese usuario, ZacharyMaddox345. Todavía no lo he abierto.

Hace doble clic y se abre un archivo. Parece una presentación en PowerPoint. La primera diapositiva es una imagen roja sobre un fondo negro. Casi parece una calavera, con tres letras:

MSL

El Movimiento de Solidaridad por la Libertad. Debe de ser eso.

Mi hijo hace clic. La siguiente diapositiva también es negra. No hay ninguna imagen, tan sólo una línea de texto, asimismo roja.

SE ACERCA EL DÍA

Hace clic de nuevo y siento la necesidad abrumadora de decirle que pare, de decirle que no quiero ver lo que pone a continuación.

TU COMETIDO: OBJETIVO NÚMERO 2

Otro clic. Fotos, cinco, una en el medio y cuatro alrededor. Un hombre saliendo de su casa, trajeado. Una instantánea suya en ropa de deporte, corriendo por una calle bordeada de árboles. Otra abriendo la puerta de un coche. Y una cuarta delante de un edificio de oficinas.

Me fijo de mala gana en la foto central. Es un primer plano, el mismo que aparece en el vestíbulo del edificio en el que trabajo.

Inspiro hondo.

Es J. J. Lee. El director del FBI.

—Hostia puta —farfulla Zachary, y no lo regaño, porque es exactamente lo que estoy pensando yo.

Ésas son fotos tomadas durante una labor de vigilancia. De un objetivo. El objetivo número 2. Y están en posesión de un grupo extremista que quiere atentar contra la vida de funcionarios del gobierno.

Es un complot. Un complot para atacar —para matar— al director del FBI.

Es como si no fuese capaz de pensar debidamente, como si la furia impidiese funcionar a mi cerebro como debería.

—¿Quién envió esto?

Amusga los ojos al mirar la pantalla.

—El usuario es DTaylor.

DTaylor. Dylan Taylor.

—¿Cuándo?

—Ayer. Ayer por la mañana. —Su voz rebosa miedo.

—¿Quién más lo ha visto? ¿Me lo sabrías decir?

—No lo sé. Era un mensaje privado. Puede que nadie.

—Pero tú has dado con él.

—Lo he hackeado.

Alguien más podría hacer lo mismo. El Buró podría hacerlo, fácilmente. Y entonces ¿qué?

Si el Buró encuentra esas imágenes, detendrán a Zachary. De eso no cabe la menor duda. Quienquiera que esté intentando dar la impresión de que mi hijo forma parte de ese grupo, de que forma parte de un complot, tiene más pruebas incriminatorias contra él.

Noto un martilleo en el cerebro, en los oídos. Escudriño la pantalla del ordenador, las cuatro imágenes captadas mientras vigilaban al director Lee, el primer plano. «Objetivo número 2.» Eso haría que Zachary acabara en la cárcel, sin duda.

—¿Mamá? ¿Qué hacemos?

Puede que no sea una amenaza real. Si es una prueba falseada, podría ser un complot falseado. Y, en caso contrario, seguro que el equipo de Scott ya está en ello, para desmontarlo.

Pero ¿y si es real? ¿Una amenaza real contra el director del FBI? No puedo ocultar esa información.

Necesito advertir al Buró.

Pero tengo que hacerlo de manera que mi hijo no acabe en la cárcel.

Es una noche sin luna; las nubes cubren el cielo. Bajo a la carrera los escalones de mi casa y voy al coche, esquivando una placa de hielo, la gorra de béisbol bien calada. Me

he puesto un pantalón de chándal y una sudadera negra y un plumífero largo del mismo color. Me siento al volante y cierro la puerta. A mi alrededor no hay ningún movimiento, salvo el gato del vecino, que se desliza por las sombras.

Arranco y me dirijo hacia el noreste de Washington, los ojos en el espejo retrovisor, atenta por si alguien me sigue. Voy dando un rodeo, vuelvo varias veces sobre mis pasos, efectúo algunas paradas: gasolina, café. Vigilante en todo momento, todos mis sentidos alertas. Pero las calles están tranquilas. Nadie me está siguiendo.

Veintiséis minutos después, aparco junto a la acera delante de un veinticuatro horas, uno del que sé por otras investigaciones que no lleva registros, no tiene cámaras. Nunca podemos localizar los teléfonos de prepago que salen de ese sitio, demostrar quién los compró. Y eso es exactamente lo que necesito ahora.

Apago el motor y espero unos minutos, vigilando. No hay coches ni personas. La calle está desierta. Nadie me ha seguido hasta aquí, de eso estoy segura. Al cabo, me bajo del coche y entro en la tienda.

Está abarrotada, estrechas hileras llenas de tentempiés y bebidas. Voy a la caja y miro los teléfonos que hay tras el mostrador, una selección de móviles de prepago.

—Ése, por favor —pido, señalando el que está en un extremo de la fila.

Mantengo la visera de la gorra baja, pero el dependiente ni me mira, no le importa qué asunto ilícito puedo traerme entre manos. Se limita a introducir el importe, coge mi dinero y me da el aparato. Y sé por experiencia que en este sitio no se fían de la policía, no sueltan prenda cuando nos pasamos. Este tipo no me delatará.

Salgo de la tienda y vuelvo al coche. Escruto las calles una vez más: siguen tranquilas. Abro el paquete y configuro el teléfono, atenta por si hay algún movimiento a mi alrededor.

Llamo a la línea de avisos del Buró. Suena dos veces y a continuación se oye el mensaje grabado, que me indica que deje detalles después de oír la señal.

Cuando oigo el pitido, bajo la voz. Doy todos los detalles que conozco lo más deprisa que puedo: complot del MSL. Director del FBI. Vigilancia realizada, armas en su poder.

Pongo fin a la llamada y me doy cuenta de que me sudan las manos. Le saco la batería al teléfono, me bajo del coche e introduzco ambas cosas debajo de la rueda delantera. Tengo el corazón a mil. No hay más información útil de esas diapositivas que la que acabo de compartir. Ahora el Buró sabe todo lo que yo sé del complot.

Cuando hago girar la llave en el contacto y piso el acelerador, oigo un crujido satisfactorio cuando la rueda destruye cualquier prueba de que he sido yo la que ha efectuado la llamada.

Apenas he recorrido media manzana cuando veo unos faros que vienen hacia mí. Un todoterreno negro, con las ventanillas oscuras, tintadas. Un vehículo del gobierno. Policía, quizá. O quizá alguien que quiera dar esa impresión.

Cuando el coche pasa por mi lado no veo al conductor. Y lanzo una plegaria muda para que él no me vea a mí.

El aparcamiento está prácticamente vacío a esta hora, tan sólo hay algún coche aquí y allá; el edificio, en silencio. Hay un único guardia de seguridad en la garita, una mujer

que me saluda con la cabeza, indiferente, cuando deslizo mi tarjeta y vuelve a centrarse en su iPhone.

Paso por delante de las fotografías del vestíbulo. El director Lee, el subdirector Jackson. Aflojo el paso al acercarme a ellas, como de costumbre. Este día, mis ojos van directos a Lee. Me quedo mirando su imagen, los ojos verdes oscuros, el abundante cabello negro, y se transforma en la que hay en el portátil de Zachary. En mi cabeza, dispuestas a su alrededor, veo las cuatro imágenes que se tomaron durante las labores de vigilancia. «Mierda.»

Sigo adelante, hacia mi despacho, caminando deprisa entre el mar de cubículos a oscuras. Arranco el ordenador, contemplando el montón cada vez mayor de carpetas que se acumulan en el rincón de la mesa. Llevo sin venir tres días, desde que se cayó mi madre. Tengo la sensación de que la presión aumenta, como si sólo fuese cuestión de tiempo que la investigación profundice, que Scott abra una investigación, que a Zachary lo envuelva una sombra de sospecha tan negra que lo engulla.

Mis agentes no empezarán a llegar hasta dentro de dos horas, como mínimo. Paso el tiempo buscando pruebas de que Zachary no está involucrado, de que alguien está tejiendo una intrincada telaraña a su alrededor. Leo con detenimiento todo cuanto encuentro del MSL. Leo de nuevo el historial, el que sigue en el cajón de mi mesa, al menos por ahora. En cuanto Scott permita que alguien más sepa lo de Zachary, que yo accedí al archivo del MSL, estoy segura de que no volveré a poder acceder a él. Probablemente no pueda volver a tener acceso a nada.

Recabo información, con el mayor secretismo posible, sobre Halliday y Torrino, aunque eso es algo que ya he hecho, periódicamente, a lo largo de los años. Busco algo sospechoso, cualquier cosa que pueda relacionarlos con ese correo electrónico, con esas diapositivas, con esa arma.

Hace poco Halliday ha realizado un par de viajes que han acaparado la atención — Iowa, New Hampshire— y se ha reunido con distintos comités de acción política. Para sentar las bases de una campaña política nacional, no cabe la menor duda. El año pasado compró una segunda vivienda, junto al mar, en Delaware, donde su mujer pasa la mayor parte del tiempo. Es decir, cuando no asiste a actos benéficos: forma parte de la junta de varias organizaciones benéficas, casi todas de niños. Los ecos de sociedad informan con regularidad de que el matrimonio se está planteando adoptar a un niño, y ni ella ni Halliday acallan los rumores. Puede que ello aumente su popularidad en las encuestas.

Torrino ha recibido otra distinción por buen comportamiento en la cárcel. Los guardas controlan estrechamente los mensajes que envía: no hay nada que indique que se comunica de manera encubierta con el mundo exterior.

Cada vez estoy más desesperada. No hay nada que demuestre que Zachary no es más que un peón en una partida de vuelos más altos. No tengo nada que pueda convencer a Scott, ni a nadie, de que no fue mi hijo quien envió ese correo electrónico ni hizo cualquier otra cosa cuya culpa se le pueda atribuir.

Me vuelvo hacia la cafetera, encima de los archivadores, y camino arriba y abajo mientras me preparo un café. Me viene a la memoria la llamada que le hice a Scott, el silencio que hubo antes de que la llamada finalizase. Alguien estaba escuchando. Alguien con la autoridad necesaria para poder acceder a esa línea.

Reparo en los archivadores. En un cajón en particular. Obedeciendo a un impulso, lo abro. Observo las carpetas: agentes a los que he investigado en el curso de los años, investigaciones que he supervisado desde que ocupó mi cargo, y mis ojos se detienen en la última, la que está al fondo y no tiene etiqueta. Una carpeta en la que no pone nada, que contiene unas notas críticas.

El todoterreno cerca del veinticuatro horas. Esa presencia en la línea telefónica. «¿Y si...?»

Lo siguiente que sé es que la luz de los cubículos inunda mi despacho, y tengo la vaga sensación de que antes estaban a oscuras, de que la luz acaba de encenderse. Levanto la cabeza y miro como atontada por la puerta acristalada; veo a Parker, que me dirige una ojeada perpleja.

Me yergo, me paso la mano por el pelo, hago lo que puedo para sacudirme el sueño que aún tengo, intento tener un aspecto presentable.

«Zachary.» Cojo el móvil. Tengo un par de llamadas perdidas tuyas, una serie de mensajes, que destilan una preocupación que va en aumento.

¿Volverás pronto?

¿Va todo bien?

¿Hola? ¿Mamá?

Desbloqueo el teléfono y contesto, deprisa y corriendo:

Perdona. Me quedé dormida en el trabajo. Estoy bien.

No estoy bien, disto mucho de estarlo.

Llamo al hospital para ver cómo sigue mi madre. Se encuentra bien; me dice feliz y contenta que la médica incluso ha mencionado la posibilidad de que le den el alta pronto, con rehabilitación ambulatoria. Justo cuando cuelgo veo que Scott viene por la oficina, hacia mi despacho. Le abro la puerta antes de que llame, lo saludo.

—Dime algo, Steph —me apremia. No se sienta.

Noto que me mira, a la espera de que le diga algo. El tiempo se agota y ambos lo sabemos.

—Me gustaría que me dijeras qué está pasando. —Está mosqueado.

Cierro la puerta y me vuelvo hacia él, pero no antes de ver que Parker nos observa desde su puesto.

—No puedo. Todavía no —le digo a Scott.

Frunce el entrecejo.

—Primero dices que a Zachary le han tendido una trampa. Luego insistes en que la caída de tu madre no fue un accidente... —Se encoge de hombros con expresión de impotencia, como si estuviera completamente confundido. Y también un poco enfadado.

—Lo demostraré —prometo en voz baja.

Me contempla fijamente un instante y se vuelve, se pone a mirar por la ventana, a mis agentes. Lo observo, veo que está frustrado por la posición de su espalda. En la oficina, García y Wayne se levantan, van a por café.

—Steph..., las cosas se van a poner más feas para Zachary, ¿sabes? —dice al cabo.

El corazón me late con furia.

—¿Por qué?

—El complot. Es real, creo.

Se vuelve hacia mí, apartándose de la ventana. Veo en sus ojos que no está contento. Y de pronto me viene a la cabeza el día que cortamos, el abrazo que le dio a Zachary antes de que se fuera de nuestra casa: «Nos vemos, campeón».

—Han llamado para informar de una amenaza.

—¿Ah, sí? —Me mantengo inexpresiva. Él me conoce bien. No puedo permitirme dar un paso en falso.

—Sí. Yo antes no lo creía. Daba la impresión de que la fuente era alguien que quería sacar tajada, que confiaba en que informando de una amenaza lo conseguiría.

Asiento, porque no estoy segura de que me vaya a salir la voz.

—Steph, con eso basta para que se dé parte a Lee y a Jackson. Pedirán que se siga investigando al MSL.

Dios mío, ¿qué he hecho? Al intentar hacer lo correcto acabo de empeorar las cosas a base de bien para mi hijo.

—Dame un poco de tiempo. Por favor, Scott.

—El tiempo se acaba. Habla conmigo, Steph —insiste, pero ha avanzado hacia la puerta, al menos—. Podemos solucionarlo.

La frustración da paso a la ira. Si investigan a Zachary, ¿qué pasará? ¿Qué más cosas descubrirán? Necesito que Scott se vaya.

Pienso en la persona que estaba escuchando cuando lo llamé y en el todoterreno negro. Veo a Zachary en la cárcel. Abro la puerta del despacho.

—Nunca confiarás en nadie, ¿no? —espeta al pasar por delante de mí.

Alrededor de mediodía cojo el teléfono y llamo a Scott. Le voy a pedir, por última vez, que retrase la apertura de una investigación. Le voy a pedir que me dé un poco más de tiempo.

No coge el teléfono, salta el buzón de voz. Pruebo en el móvil: nada. Repito la operación una hora después, dos. Empiezo a preocuparme. ¿Y si ya lo ha hecho? ¿Y si está evitando mis llamadas? Cojo mis cosas y salgo.

—¿Va todo bien, jefa? —se interesa Wayne cuando paso por los cubículos. Tiene delante una bolsa abierta de Cheetos, los dedos manchados de color naranja.

—¿Es su madre? —aventura Parker.

—Se encuentra mucho mejor —los informo.

—Me alegro —responde Parker con entusiasmo.

—¿Está usted bien? —quiere saber García.

—Claro —aseguro.

Flint y McIntosh se miran con cara de preocupación. Genial. Ahora también mis agentes están preocupados por mí, como Scott. Ahora me vigilan de cerca. Justo lo que necesitaba.

Quince minutos después, estoy en la Oficina Exterior de Washington, enfilando el pasillo para ir al puesto de Scott.

Al volver la esquina y ver su cubículo, me quedo de piedra. Hay cajas de cartón en la mesa, en la silla. El miedo se apodera de mí.



Scott debe de haberme oído, pero no se vuelve, no deja de hacer lo que está haciendo. Coge una foto que hay en la mesa. Es de sus hijos, tres versiones rubias de sí mismo en miniatura. Coge un montón de carpetas, las mete en otra caja.

En un rincón, el televisor está encendido. La CNN. Una mesa redonda de analistas políticos, todos ellos intentando dar sus opiniones. Sin embargo, le ha quitado el sonido; sus esfuerzos parecen en vano.

—¿Qué ha pasado? —consigo preguntar.

Scott no me mira, no contesta. Una grapadora va a parar a la caja. Unas tijeras. Los comentaristas desaparecen de la pantalla del televisor y su lugar lo ocupa una imagen de un mitin político.

—¿Scott?

—Me trasladan.

Mi cerebro pugna por entenderlo. Debe de haber un equipo con falta de personal en la oficina exterior. Uno que necesite un agente veterano. Porque no hay otro motivo...

—A Omaha. Con carácter inmediato.

—¿Cómo?

Scott es uno de esos tipos que se supone que no irá a ninguna parte. Alguien que ha estado trabajando por todo el país, que se ha ganado la oportunidad de quedarse en un sitio, que ha dejado claro que tenía intención de hacer precisamente eso. Tiene una casa aquí. Su mujer trabaja aquí, sus hijos van al colegio. Toda su vida está aquí.

Por fin me mira, en la cara esa expresión implacable, que recuerdo de la última pelea que tuvimos, hace tantos años. «No puedo estar con alguien que no se abre a mí, Steph. Que no confía en mí.»

—No lo entiendo —digo, aunque en el fondo no es cierto.

Veo que me hace responsable a mí. Sabe que esto es culpa mía, aunque no sepa cómo ni por qué.

Aparto la mirada. En la tele, la cámara hace *zoom*. Es Halliday. Diciendo algo a voces, el rostro congestionado, furioso.

—Podemos luchar contra esto, Scott —le aseguro en voz baja—. Juntos.

Se queda quieto, pero no se vuelve.

—Te lo contaré todo —le ofrezco.

Sacude la cabeza.

—No sé en qué te has metido. Ni quién es el responsable de esto. Pero yo también tengo unos hijos en los que pensar.

Coge la caja, pasa por delante de mí. La conversación ha terminado. En la pantalla del televisor ahora Halliday sonrío. Está relajado, feliz. Como si fuese una persona distinta por completo.

—Vete, Steph.

Vuelvo a la central sin poder pensar, maquinalmente. Cuando entro en la oficina, se hace el silencio. Algunos de mis agentes fingen estar trabajando; Peter me mira de soslayo y de pronto se queda absorto en algo que ve en la pantalla de su ordenador. Otros no ocultan su curiosidad: García se retrepa en su silla y me contempla sin disimulo.

Ya en mi mesa, arranco el ordenador. Minutos después, llaman a mi puerta. García la abre antes de que yo diga nada, entra. Lleva una carpeta en la mano, al costado.

—¿Qué quiere, García? —suelto.

—Es por este caso...

—¿Cuál? —En este momento está trabajando en dos. ¿O quizá son tres?

—Pitowski. Ya sabe, el del fraude hipotecario.

—Bien. ¿Qué pasa?

Se sienta en la silla frente a mí y me viene a la memoria Hanson, el día que empezó todo esto: «Tengo familia. Mujer, hijos. Una hipoteca».

A continuación, igual de deprisa, me acuerdo de Scott. ¿Qué será de su hipoteca? ¿Su casa? ¿Su familia?

—¿Jefa?

Pestañeo. García está esperando a que le conteste. No he oído una sola palabra de lo que ha dicho. No sé lo que me ha preguntado.

—Entonces ¿cree usted que debería hablar con el fiscal? —repite, despacio.

—Hágalo, sí.

Abre la boca para decir algo más, pero por suerte la cierra y se levanta.

Cuando sale y cierra la puerta, me pongo frente al ordenador. «Dylan Taylor.» Taylor tiene algo que ver con esto, de algún modo.

Lo investigo, tomo notas. Dylan es camarero y trabaja para una empresa que proporciona personal para eventos especiales, casi siempre en hoteles. Su madre murió de cáncer de garganta cuando él tenía dieciséis años; su padre, dos años después, en un accidente de esquí. Estudió en el mejor instituto de la zona, terminó de los últimos de su clase. No fue a la universidad. No tiene antecedentes. Nada digno de mención.

Me paso la hora siguiente buscando información sobre sus padres, Bruce y Anne Taylor. Los dos eran médicos, al parecer llevaban una vida tranquila. No encuentro ninguna señal de alarma. Pero no estoy dispuesta a darme por vencida. Tengo una dirección, la casa en la que vivían, donde creció Dylan. Y, puesto que es lo único que tengo, allí es adonde me dirijo.

La casa es una construcción de estilo colonial de dos plantas que se encuentra en un vecindario de clase media, al final de una calle sin salida flanqueada por grandes robles

pelados. Todas las ventanas tienen postigos azules, hay un porche alargado al que le da la sombra, un monovolumen en el camino de acceso. En la casa vive una familia nueva, que probablemente no llegase a conocer a los Taylor. Pero quizá los vecinos sí los conocieron.

Aparco en la calle y subo los escalones del porche delantero de la casa contigua. En un lateral del porche hay dos sillas Adirondack blancas; en el otro, un columpio. A ambos lados de la puerta se ven grandes macetas; la tierra está seca, las flores se marchitaron hace tiempo. Llamo al timbre y segundos después oigo pasos. Aparece una señora de unos sesenta años, probablemente. Me mira frunciendo el ceño. Lleva un vestido gris apagado y un jersey de un rojo vivo.

—Steph Maddox, FBI. —Le enseño mi identificación—. Me gustaría hablar con usted de unos vecinos que tuvo. Bruce y Anne Taylor.

Una emoción que no sé interpretar asoma a su rostro. ¿Desconfianza? ¿Tristeza?

—¿Los conocía usted? —añado al ver que no contesta.

—Bastante bien. —Parpadea y se toca el crucifijo que lleva en el cuello—. Fuimos vecinos durante veinte años.

—Entonces ¿conocía a su hijo?

—¿A Dylan? Claro. —Se tensa—. ¿Se ha metido en algún lío?

Respondo a su pregunta con otra.

—¿Qué podría decirme de él?

Me observa fijamente, tocándose de nuevo la crucecita de plata. Al cabo de un momento contesta:

—Es un buen chico. O al menos lo era cuando yo lo conocí, pobrecito. Intenté seguir en contacto con él cuando Bruce murió. A Anne le habría gustado, ¿sabe? Pero le perdí la pista.

—¿Sabe si se vio involucrado en algo ilegal?

—¿Dylan? No. Él no era de éstos.

—¿No tomaba drogas ni nada por el estilo?

—No.

—¿No andaba con malas compañías?

—No. ¿Por qué? ¿Se ha metido en algún lío?

—¿Sabe si hay alguien que quisiera vengarse de él por algún motivo?

Sus ojos reflejan sorpresa.

—No lo creo. —Lo dice con firmeza, desafiándome a decir lo contrario.

Asiento y vacilo, porque no sé muy bien cómo formular las siguientes preguntas, cómo conseguir las respuestas que necesito.

—¿Sabe si la familia pasó algún tiempo en Chicago?

—¿En Chicago? No, que yo sepa.

—¿Tenían alguna relación con el Congreso?

Me mira confusa.

—¿Trabajó Dylan alguna vez en Capitol Hill? ¿De becario o algo por el estilo?

—No lo creo, pero Anne y Bruce sí, en su día. Allí se conocieron.

—¿Sabe usted para quién trabajaban?

—No tengo ni idea.

Su voz se ha vuelto fría. Se está cerrando. No creo que sirva de nada hacerle más

preguntas.

—Gracias por atenderme, señora...

—O'Connell. Mary O'Connell.

—Señora O'Connell. —Saco una tarjeta de visita y se la doy—. Llámeme si recuerda alguna otra cosa, ¿de acuerdo?

Mira la tarjeta y luego a mí.

—Es un buen chico, agente Maddox.

«Como mi Zachary.»

—Gracias por dedicarme su tiempo.

En el coche, golpeo el volante frustrada. No he averiguado nada útil. No hay ningún motivo para pensar que Dylan está relacionado con esos hombres de mi pasado. O con Zachary. «¿Qué papel desempeña en todo esto?»

Nada tiene sentido. Y no sé qué hacer a continuación. Puede que haya llegado el momento de enfrentarme a Torrino. Pero ¿es el movimiento adecuado? ¿Puedo arriesgarme a asustarlo y que, de ese modo, empeoren aún más las cosas para Zachary?

«¿Y si estoy equivocada? ¿Y si es otro el que está manejando los hilos?»

Estoy a medio camino de la oficina cuando me suena el móvil. Lo cojo y miro la pantalla: «Zachary».

—Hola, cariño.

—¿Mamá? —Su voz parece temblorosa, y el corazón se me acelera.

—¿Qué pasa, cariño?

—He estado indagando un poco más en ese foro. El encriptado.

—¿Sí?

—Mamá..., tenemos que hablar.

Quedamos en un parque a orillas del Potomac, una gran explanada con unos columpios de vivos colores, un puñado de campos de fútbol y béisbol, una ruta arbolada para hacer senderismo que goza de gran popularidad. Hace años que no vengo a este sitio, pero en su día lo conocía bien. Solía traer a los columpios a Zachary cuando era pequeño, cuando aún eran de color gris. Luego vino el fútbol, y la Liga Menor, todos esos partidos los sábados por la mañana. Después, los partidos empezaron a jugarse por la tarde, y mis recuerdos del parque poco a poco se fueron borrando.

Hoy prácticamente está desierto. Hay un niño pequeño en los columpios, enfundado en un grueso abrigo rojo. Su madre anda cerca, con un hermano más pequeño pegado al pecho, en una mochila portabebés. Los campos de deportes están vacíos, nada que ver con el bullicio de los sábados por la mañana que recuerdo.

El parque es un buen lugar para ver si alguien lo sigue a uno; por eso lo elegí cuando Zachary dijo que teníamos que hablar. Pero hoy no me ha seguido nadie. No hay nadie escuchando.

Me siento en un banco de cara a los columpios y observo al niño pequeño, que sube la escalera del tobogán, con mucho cuidado, y después se sienta a duras penas arriba. Una vez allí, se queda quieto. Su madre da la vuelta y se sitúa en el extremo del tobogán, lo anima a que baje, a que se deslice.

El crujido de unos pasos sobre hojas secas hace que deje de prestarles atención. Zachary se acerca, las manos metidas en los bolsillos del plumífero. He visto que aparcaba; el Taurus es el único coche que hay en el parking aparte del mío y del monovolumen, que pertenece a la familia del tobogán. Su expresión no me gusta, se lo ve estresado, inseguro. Se sienta a mi lado.

—¿Qué has encontrado? —pregunto.

Mira al frente, la mandíbula tensa. Y me invade una aplastante sensación de pánico. Iba a comprobar si alguien más había visto las diapositivas. Que esté tan preocupado significa que alguien más las ha visto.

—¿Zachary?

—Los usuarios..., la gente del foro...

—¿Han visto las diapositivas?

—Sí, pero no es eso.

—Entonces ¿qué es?

—La actividad..., las configuraciones de la cuenta... —Vuelve a dejar la frase a medias. Nunca lo he visto tan incómodo. Me está asustando.

—¿Qué, Zachary?

—No creo que sean personas de verdad.

Sea lo que fuere lo que me esperaba, no era eso.

—Bueno, algunas sí. Pero otras... creo que son *bots*.

—*Bots* —repito. Usuarios falsos. Me siento confusa, soy incapaz de verle el sentido a esto.

—Cientos. —Sacude la cabeza. Parece perplejo y asustado.

¿Cómo no va a estarlo?

*Bots*. Cientos.

Miro los columpios y me doy cuenta de que la madre se ha ido con sus hijos.

Alguien ha creado un foro lleno de falsos usuarios. Alguien ha subido a él pruebas que hacen que parezca que Zachary forma parte de un complot terrorista.

—¿Quién haría algo así? —pregunto con premura. En realidad, es una pregunta retórica—. Y ¿por qué?

—Nunca he visto nada igual —afirma Zachary—. Es como... —Sacude la cabeza de nuevo.

Termino la frase por él, en voz baja:

—Es como si fuese cosa de los rusos.

Tengo ese día grabado en la memoria; todo lo que pasó. Sucedió hace casi dos años, en mayo. La mañana empezó como cualquier otra. Yo estaba en mi despacho de la Oficina Exterior de Washington, revisando informes. Mis agentes se hallaban en sus cubículos, investigando y redactando.

De pronto se comenzó a oír un murmullo en la oficina. Por el aire circulaba una corriente, esa que se percibe cuando ha pasado algo, casi como una carga eléctrica. Vi que mis agentes hablaban entre sí, con cara de agitación. Había ocurrido algo. Algo gordo.

Salí de mi despacho a los cubículos. La puerta de nuestra ala estaba abierta y sujeta con un tope, y en el pasillo había alboroto, agentes que se movían, que se equipaban.

—¿Qué pasa? —pregunté. Entonces oí pisadas enérgicas en el pasillo y, al mirar, vi a dos agentes que pasaban por delante y seguían caminando.

Ginny Meyer, una de mis agentes por aquel entonces, contestó:

—Si lo digo, ni siquiera parecerá real. —Sonaba perpleja.

Oí el ruido de estática de una radio en el pasillo, capté algunas palabras: «... dos muertos en la casa. Uno es un agente de la CIA...».

—¿Han participado nuestros agentes? —pregunté a Meyer.

—Desde luego.

Era todo cuanto necesitaba oír. Había pasado algo gordo. Habían muerto dos personas, una de ellas agente de la CIA. Se abriría una investigación a fondo, de eso no cabía la menor duda. Mi equipo tomaría parte en ella: teníamos orden de investigar cualquier posible acto delictivo cometido por agentes en la oficina externa. Y, puesto que yo era la agente especial supervisora del equipo, estaría al mando. Quería anticiparme. Tenía que estar segura de que nuestros agentes actuaban debidamente, de que se seguían los protocolos.

Necesitaba ir a la escena del crimen y verlo con mis propios ojos.

Poco después llegué a un adosado en una calle residencial festoneada de árboles en el noroeste de Washington, que ahora estaba llena de coches patrulla, camuflados y sin camuflar, de luces parpadeantes. Agentes de uniforme y de paisano entraban y salían de la casa. En los porches, grupos de vecinos curiosos, nerviosos, observaban lo que pasaba, lanzando miradas inquietas a la casa de la puerta azul. Me puse una chaqueta táctica de intervención, con la palabra «FBI» estampada en la espalda, y me colgué del cuello la placa. Franqueé de prisa la cinta policial y entré por la puerta principal. El adosado era pequeño, y dentro había demasiada gente. Me quedé en la entrada y eché un vistazo, tratando de analizar la escena, dotarla de sentido. Había dos cuerpos cubiertos con sendas sábanas blancas: uno en el suelo y el otro en una silla. En la moqueta, una docena aproximadamente de casquillos de bala.

Ya me había enterado de lo básico mientras me dirigía a la escena del crimen: tres de nuestros agentes habían estado vigilando a un objetivo de contrainteligencia, un agente de la CIA. Al oír un disparo, los agentes entraron en la casa y encontraron a una mujer, atada a una silla, muerta, no parecía que fuese armada, y al objetivo, que iba armado. Tras un breve intercambio de palabras, el hombre levantó el arma y nuestros agentes dispararon.

Continué por la casa. Entré en la cocina, donde dos de nuestros agentes hablaban con un agente de paisano, que estaba tomando notas. Los dos tenían el rostro demudado, tan familiar en escenas de crímenes. No vi al tercer agente. Ni a la testigo, la mujer. En cambio, vi a un agente al que conocía, un supervisor que tenía pinta de saber lo que estaba pasando, como si hubiese sido uno de los primeros en llegar. Al ver que me aproximaba, me dirigió un saludo tenso con la cabeza.

—Maddox —dijo.

—Wood. —Señalé la cocina—. ¿Son éstos los agentes que abrieron fuego?

Miró hacia donde yo señalaba.

—Dos de ellos, sí. Daniels y Kidd.

—¿Y el tercero?

Wood apuntó en silencio hacia el salón. Seguí su mano, hacia el sofá. Desde donde estábamos, vi dos cabezas por detrás: un hombre y una mujer, claramente enfrascados en una conversación.

—Ese tipo de ahí. Jackson.

Reconocí el apellido. Agente de contrainteligencia, Oficina Exterior de Washington.

—¿Y la mujer? ¿Es la que ha sido testigo?

—Sí. De la CIA, por lo visto.

—¿Qué ha dicho? ¿Por qué estaba aquí?

—Ya me gustaría saberlo a mí, pero Jackson no deja que nadie se acerque a ella.

Empecé a sentir el hormigueo en la nuca, ese sexto sentido que me decía que algo no cuadraba.

Wood me miró de soslayo y se encogió de hombros.

—Son viejos amigos. Ella está en estado de shock, es comprensible. Seguro que él le está sacando más de lo que conseguiríamos nosotros.

El hormigueo no cesaba, se volvía más intenso. «No deja que nadie se acerque a ella.» Esas palabras resonaban en mi cabeza. Ese comportamiento no era normal, sin duda no en semejantes circunstancias. El procedimiento estándar habría sido interrogarla, como mínimo por dos agentes.

Fui más o menos consciente de que Wood se había alejado, había seguido recorriendo la casa. Me dirigí hacia el sofá, casi como si mis piernas tuvieran vida propia. Llegué antes de pararme a pensar lo que iba a decir. Los dos alzaron la vista cuando me acerqué. Jackson llevaba unos vaqueros y una chaqueta táctica que le quedaba apretada en su corpachón. Su expresión era fría, hostil.

—¿Podría hablar con usted un momento? —le pregunté a la mujer.

Fue Jackson quien contestó:

—Esto está controlado, agente...

—Maddox —repliqué volviéndome hacia él—. No lo dudo. —Volví a centrar mi atención deliberadamente en la mujer. Era alta y rubia, el cabello le caía por los



hombros en ondas sueltas—. Pero me gustaría hacerle unas preguntas. —Ella asintió, un gesto mínimo. Tenía los ojos de un azul claro, intenso—. A solas —añadí dirigiendo a Jackson una mirada penetrante.

Tras un instante de silencio, de inmovilidad, él se levantó con brusquedad, sin molestarse en disimular su reticencia, y se alejó un tanto, con paso airado, hacia la ventana.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté a la mujer. Notaba que él nos observaba.

—No —admitió con voz queda, sincera. No desvió la mirada, sus ojos seguían fijos en los míos.

—¿Qué ha pasado?

Apretó los labios.

—Dígame usted.

Cabeceó ligeramente.

Me incliné hacia delante, bajé la voz.

—Sea lo que sea, me lo puede contar.

—No puedo.

—La creeré.

Me lanzó una ojeada inquisitiva, y por un instante pensé que quizá fuera a decir algo. Después vi que miraba hacia arriba y se cerraba en banda. Noté que tenía a alguien detrás.

—Tenemos que llevarla a casa —anunció la voz de Jackson.

No le hice caso, seguí observando a la mujer.

—De verdad —le repetí. «La creeré.»

—Vamos —apremió Jackson.

La mujer me sostuvo la mirada y yo me estremecí sin querer. Reconocí esa expresión de angustia en sus ojos. Acto seguido, se levantó. Vi que Jackson le ponía la mano con firmeza en la espalda, la guiaba, casi la empujaba, hacia la puerta. Me fijé en la mano, bañada en las luces rojas y azules parpadeantes de los coches que esperaban fuera.

Vi que él se detenía, se inclinaba, le decía algo al oído. Ella se quedó quieta. Continuaron caminando hacia la puerta, y yo era incapaz de apartar la mirada de esa mano, cómo descansaba en los riñones, como si ese hombre supiese que tenía el control absoluto.

Luego, justo cuando llegaron a la puerta, él volvió la cabeza, muy poco, y sus ojos buscaron los míos, como si notase que lo observaba, como si supiera que yo estaba allí.

Me sonrió, y algo en su expresión hizo que me recorriera un escalofrío. Era como si pudiese ver en mi interior.

Y eché a andar.

Hacia delante, hacia ella, hacia él.

La puerta se abrió y ella salió. Luego se cerró.

Iba a ir detrás. Iba a hablar con ella, a asegurarme de que estaba bien. Cuando agarraba la manija, una mano me sujetó el brazo.

Apretando con fuerza, los dedos clavándoseme en la carne.

Me volví hacia él.

—Deje que se vaya —dijo Jackson, y su forma de decirlo, la suficiencia que destilaba su voz, me hizo sentir miedo, la seguridad aplastante de que hacía bien en preocuparme por ella.

La seguridad, también, de que a partir de ese instante ella no era la única que corría peligro.

Me zafé de su mano. Empujé la manija, abrí la puerta de golpe y salí corriendo. Pero era demasiado tarde. La mujer ya no estaba.

«Es como si fuese cosa de los rusos.»

Veo la confusión escrita en el rostro de mi hijo, y me arrepiento en el acto de lo que he hecho. No debería haber permitido que se pusiera a indagar en esto. Debería haberlo mantenido al margen, lejos de todo. Debería haberlo protegido mejor. «¿Qué he hecho?»

—¿Mamá? ¿Qué significa eso? —pregunta.

—No le cuentes a nadie lo que has encontrado.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé —contesto.

Miro hacia otro lado, hacia el tobogán, los columpios desiertos. No lo sé, todavía no, no del todo. Pero es él, ¿o acaso no lo es?

—¿Mamá?

Miro de nuevo a Zachary. No soporto ver esa mirada en su cara de niño, ese miedo.

—Ahora quiero que te mantengas al margen.

—Me afecta a mí.

—Deja que yo me ocupe.

—Mamá, mi nombre estaba en ese foro.

Echo una nueva ojeada al parque, peinando los árboles desnudos, las sombras. ¿Podría habernos seguido alguien a este sitio y que no lo haya visto? ¿Que no lo haya oído?

—Vámonos —digo al mismo tiempo que me levanto del banco.

Zachary titubea, como si fuera a objetar, y me siento aliviada cuando no lo hace. Se sitúa a mi lado, sus largas piernas siguiendo mi ritmo con facilidad. Se me sigue olvidando lo que ha crecido.

—No es justo que me apartes de esto, mamá.

—Estoy haciendo lo que es mejor para ti.

El monovolumen ya no está. Sólo quedan nuestros dos coches, separados por un hueco.

—Puedo ayudar —asegura en voz queda mi hijo cuando llegamos a los vehículos.

Aprieto con fuerza el tirador de la puerta. Dudo y la abro.

—Me puedes ayudar manteniéndote al margen —espeto, y me estremezco al oír el tono glacial de la orden.

Los rusos. Él. El hombre con el que tuve el encontronazo en aquel adosado al que visitó la muerte. ¿De verdad será él? Me devano los sesos inútilmente. ¿Y Halliday? ¿Y Torino? Pensaba que había dado con la solución, y ahora estoy completamente confundida.

Sigo estando igual de confundida cuando aparco en la central y entro en el edificio.

Mis ojos van directos a esos retratos que cuelgan en la pared. Lee. Jackson. Me detengo delante de ellos y los observo. Esta vez me centro en el de la derecha: Jackson.

Y, esta vez, el rostro que observo se transforma en la cara del adosado. Agente Jackson, por aquel entonces. Subdirector Jackson, ahora.

Sin pensar, doy media vuelta y me meto en el ascensor. Tengo el corazón acelerado, el cerebro dando vueltas a la información de que dispongo. Salgo cuando la puerta se abre, y cuando se cierra, me doy cuenta de que no estoy en mi planta. Estoy en otra planta. Su planta. He ido directa a ella sin tan siquiera ser consciente.

Miro el pasillo, en dirección a su despacho, cuando percibo movimiento. Una puerta se abre. Sale un grupo de agentes con traje oscuro y pinganillo, de los que rodean a alguien importante, a alguien poderoso. Se mueven con paso enérgico, una pequeña nube protectora en torno a una figura central, se dirigen hacia mí.

Los agentes se acercan y yo me quedo paralizada, como si tuviera los pies enterrados en arena, como si no pudiera moverme, como si no pudiera hacer nada salvo mirar.

El grupo se abre lo justo para que vea al hombre que ocupa el centro: Jackson. Repara en mí, como si supiese que yo estaría ahí. Me observa fijamente, y yo le sostengo la mirada, no hago otra cosa salvo eso.

Casi ha llegado a mi altura. Los agentes del equipo de seguridad que van en cabeza me dan alcance, siguen adelante, pero mis ojos no dejan los de él, igual que hace dos años, en aquella casa adosada. Veo la expresión que recuerdo. Resuelta. Implacable. Siento la misma punzada de miedo, pero esta vez va seguida de otra cosa.

Furia.

Aquel día, cuando llegué a mi despacho, consulté su expediente. Estudié la fotografía, ese rostro que lucía una sonrisa, tan distinto de la cara hostil que acababa de ver, casi como si fuesen dos personas diferentes. Leí el dossier: todo limpio. Jackson era un agente de contrainteligencia, se ocupaba de Rusia. No tenía ninguna sanción, su historial era imaculado, la reputación magnífica.

Pero algo no cuadraba. Su forma de sacar a esa mujer del adosado, de impedirme que hablara con ella. Un hombre que confiaba en su capacidad para controlar a una mujer, para moldear los acontecimientos. Y yo sabía lo que era estar atrapada por un hombre poderoso, sentirse desvalida, sola. No podía dejarlo estar.

Esperé a que empezaran a llegar los informes del tiroteo, pero no llegaron. Pasaron horas, luego un día. Intenté localizarlos, me enteré de que estaban en canales compartimentados, protegidos por contraseña, y no tenía acceso. Pedí a mi jefe que me permitiera acceder, pero él tampoco podía. Subí un nivel más, acudí al director de la oficina exterior. Tampoco tenía acceso. Mi miedo por la seguridad de la mujer aumentaba, al igual que mis sospechas sobre Jackson. Algo no cuadraba.

Llamé a Marta, en la CIA. Le describí a la mujer, le pedí que me dijese quién era. Marta trabajaba en la sección de Rusia, y era evidente que el incidente estaba relacionado con Rusia; seguro que ella lo sabía. Por cómo se quedó callada cuando se lo pregunté, supe que, en efecto, lo sabía, pero no diría nada.

Sopesé qué hacer. No podía dejar de pensar en la mujer. Y no podía dejar de

pensar en cómo me había agarrado el brazo Jackson, cómo me apretó, ejerciendo demasiada fuerza, intentando hacerme callar.

Finalmente cogí el teléfono y llamé al siguiente supervisor en mi cadena de mando, el subdirector, Glen Barker. Jamás pensé que haría algo así, pero lo hice. No tenía otra alternativa si quería saber lo que había pasado, si quería proteger a esa mujer. Solicité poder acceder a los archivos, solicité poder acceder a ella, y Barker accedió a estudiarlo. Me dijo que fuese a su despacho al día siguiente, por la mañana.

Esa noche no dormí. A la mañana siguiente fui a la central, a su despacho. Glen me invitó a pasar y cerró la puerta.

—Tengo malas noticias para usted, Maddox —dijo al sentarse a su mesa—. No he conseguido que pueda acceder a esos archivos. Ni yo mismo puedo.

Sentí que algo me oprimía el pecho, dejándome sin aire. Él era el subdirector. ¿Cómo es que no tenía acceso?

—No lo entiendo —contesté.

Se pasó una mano por el cabello, despeinándose.

—No tengo acceso a todo —admitió—. Por lo visto, es un caso altamente confidencial.

—Esa mujer estaba aterrorizada. Estoy preocupada por ella.

—¿Cómo no iba a estar aterrorizada? La situación era fea. Mire, le pregunté al director Lee por ella y tengo buenas noticias: se encuentra bien.

—¿Ah, sí? —Percibí el tono desafiante de mi voz.

Y él también. Frunció el entrecejo.

—Me lo han garantizado. Se encuentra a salvo.

Esperé a que dijese más, pero no lo hizo. Algo no cuadraba: el instinto me lo decía a gritos. No tenía sentido que todo estuviese sellado con tanto hermetismo. Habían muerto dos personas, una de las cuales era de los nuestros.

—¿Dónde está?

Glen unió las manos en la mesa, delante, y se puso a jugar con la ancha y reluciente alianza de boda.

—No lo sé.

—¿Quién lo sabe?

Parpadeó al oír mi tono, demasiado desafiante.

—Al parecer, únicamente tres personas.

—¿Tres personas?

—El director del FBI, el director de la CIA y un agente, el que la reubicó. Un tal... —miró un bloc de notas que tenía delante, pero yo sabía lo que iba a decir antes incluso de que el nombre saliera de su boca— Jackson.

Volví a sentir su mano apretándome el brazo, haciéndome daño. Su rostro se convirtió en el de Halliday, la misma expresión triunfal, y una vez más sentí esa mano en mi brazo, tantos años atrás.

Tenía que decir algo, aunque era como si todas las fibras de mi ser me advirtiesen que no lo hiciera.

—Ese agente, Jackson. Hay algo raro en él.

—¿Raro?

—No lo sé. Es sólo que... Lo vi en la escena del crimen y había algo extraño.

Barker enarcó las cejas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Creo que oculta algo.

—¿Que oculta qué?

—No lo sé. —Me sentía como si fuera idiota. No sabía por qué me estaba comportando así. E impotente, no debería haberme metido sin tener una idea clara de cómo salir.

—¿Qué pruebas tiene?

—Ninguna, ahora mismo. —No tenía ni una sola prueba. Quizá la tendría, si pudiera hablar con la mujer. De momento, sólo era una corazonada. ¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía explicar que lo que me había sucedido en el pasado me hacía sacar esa conclusión?

Barker se retrepó en su silla y unió la punta de los dedos.

—La reputación de Jackson es intachable, Steph.

—Lo sé.

—¿Qué está diciendo? ¿Cree que juega sucio?

—No lo sé, puede. Sólo sé que algo no cuadra...

Levantó una mano.

—Es usted más inteligente que esto, Steph. No puede lanzar una acusación así, sin tener pruebas. —Su voz dejaba traslucir su enfado—. Lo dejaré pasar por esta vez. Se ha labrado una buena reputación, y tiene suerte de que así sea. —Se echó hacia delante de nuevo, las manos ahora unidas en el bloc de notas—. Pero si sigue lanzando falsas acusaciones alegremente, no tendrá una reputación que proteger.

Me notaba la garganta muy seca. Me obligué a tragar saliva.

—Sí, señor.

—Jackson llegará lejos, Maddox. Y lo hará deprisa. —Me dirigió una mirada penetrante—. Yo de usted lo dejaría estar.

El grupo pasa, y lo único que veo son cabezas por detrás, trajes por detrás. Aturdida, me vuelvo y pongo una mano en la pared para estabilizarme. Veo un aseo de señoras y me meto en él. Voy directa a la hilera de lavabos y apoyo ambas manos en uno. Me miro en el espejo. Creo que voy a vomitar.

Jackson podría haber dejado esa arma en mi casa. Sabría borrar las huellas, sortear el sistema de alarma. Está en la dirección: tiene bastante poder para hacer que trasladen a Scott, para escuchar mis llamadas.

Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora?

Y ¿qué hay del tipo del tatuaje? ¿Qué hay del hecho de que todo esto esté pasando justo cuando Halliday vuelve a estar en nuestra vida? «Nada de esto tiene sentido.»

Al cabo de un rato me obligo a salir del aseo de señoras. Ahora el pasillo está despejado, Jackson y su séquito han desaparecido.

Respirando entrecortadamente, echo a andar hacia el despacho de Jackson.

Dos días después de que mantuviera la conversación con el subdirector Barker, se difundió un bombazo: se había destapado una gran red de agentes encubiertos rusos. Se había detenido a veinticinco personas. La noticia apareció en primera plana de todos los periódicos, en las cadenas de noticias la cobertura era incesante. Y en el Buró no se hablaba de otra cosa.

Detalles de carácter más confidencial corrieron como un reguero de pólvora por el Buró. Que todo había sido gracias a Jackson, que el mérito era suyo. Y en cuestión de semanas lo ascendieron; un ascenso importante, dicho sea de paso. Lo nombraron agente especial a cargo de la Oficina Exterior de Baltimore. Barker tenía razón: Jackson estaba llegando lejos.

No podía dejar de pensar en él. En cómo me miró en aquella casa adosada. La mano en la espalda de la mujer. El terror que reflejaban sus ojos. No podía dejar de preocuparme por su seguridad.

Una noche, en O'Neill's, Marta llevaba unas copas de más. El alcohol le había soltado la lengua en el pasado, como cuando se le escapó que habían reclutado a un nuevo activo, alguien que ocupaba un alto cargo en el gobierno ruso. «Un tipo mayor — me confió, la lengua trabándosele—. Su nombre en clave es Justiciero.»

Esta vez intenté sacar partido de la situación. Describí de nuevo a la mujer, dije que trabajaba en la CIA, le pedí información. Marta no picó.

—No puedo decírtelo.

—Me lo tienes que contar —supliqué—. Por favor, somos amigas.

Estaba desesperada, y sabía que Marta tenía las respuestas que yo necesitaba.

—No hagas esto, Steph —me advirtió mirándome a los ojos. Esta vez la lengua no se le había soltado, no se le trababa.

—Es importante.

Se hizo el silencio. No cedí, ni ella tampoco.

—Se llama Vivian Miller —dijo al final. Cogió la cartera y sacó un par de billetes de veinte dólares—. La han reubicado temporalmente, fuera del país. No puedo contarte más.

Dejó el dinero en la barra y se fue sin decir más, sin volver la cabeza.

Al día siguiente la llamé y no me cogió el teléfono. Y así durante meses. Las cosas no volvieron a ser lo mismo entre nosotras.

Pero por lo menos yo tenía una respuesta. Un nombre. Di con una dirección de Vivian Miller: Bethesda. Pasé por delante de la casa en coche. Estaba vacía, el jardín lleno de hierbajos y descuidado, una pequeña bicicleta roja con ruedines en el césped. Se parecía inquietantemente a la que tuvo en su día Zachary.

Me habían advertido que lo dejara estar, pero no podía. Empecé a pasar por delante de la casa con regularidad. A veces también cuando salía a correr. Once kilómetros, veintidós ida y vuelta. Me detenía delante, en la calle, miraba por las ventanas a oscuras, preguntándome qué habría sido de ella.

Era víctima de alguien más poderoso, y desde la posición en la que me encontraba, yo podría haberla ayudado, podría haberla protegido, y había fracasado. Permití que saliese por aquella puerta y desapareciera. Permití que Jackson saliera impune de algo, y todavía no sabía qué era ese algo.

De modo que seguí indagando. Cada mañana efectuaba una búsqueda del caso de los agentes encubiertos rusos, para ver si aparecía algo de ella o de él. Pasaron meses y no fui capaz de dar con nada. Nada sobre Vivian Miller. Ni una sola prueba de que Jackson hubiese hecho algo mal. Estaba causando sensación en Baltimore, haciendo que su nombre no parase de sonar en las noticias. En la central sólo se hablaba de que lo estaban considerando para ocupar un puesto en la dirección.

Y así hasta que un buen día Barker me llamó para que fuese a su despacho. Sin decir palabra, me deslizó por la mesa un sobre de gran tamaño. Dentro había una única fotografía.

—Es ella —dijo—. La mujer que la tiene tan preocupada.

Era una foto rara. Ella estaba en el interior de algún sitio, pero el fondo no se distinguía. Podía ser una casa, podía ser la celda de una cárcel, no había manera de saberlo. Vivian Miller tenía una expresión plácida, miraba directamente a la cámara. En la parte inferior se veía la fecha: hacía dos días.

—Está bien —me aseguró Barker.

—Gracias —contesté, pues no sabía qué más decir. Estaba confusa, y desconocía el motivo.

Metí la fotografía en el sobre y lo cogí con fuerza en el regazo. Cuando levanté la vista, Barker tenía una expresión extraña en el rostro.

—Maddox, la voy a recomendar para un ascenso. Para que dirija la División de Investigaciones Internas en la central.

Esas palabras hicieron que me olvidara del sobre que tenía en las manos. A punto estuve de lanzar un grito de sorpresa.

—¿Cómo? —Me di cuenta de lo ridículo de la pregunta, pero era lo último que esperaba oír. Ya llevaba casi diez años en la Oficina Exterior de Washington, donde



había ido ascendiendo hasta ocupar el puesto de agente especial supervisor. Había estado haciendo un buen trabajo, pero nada brillante, nada que llamase la atención de la central. Nada como lo de Chicago. No creía que se hubiera fijado nadie.

—Yo me iré —admitió Barker, encogiéndose de hombros—. Pronto. Y antes de hacerlo quiero ascender a personas que lo merezcan. Usted es una de ellas.

Me iban a ascender. Iba a dirigir una división —aunque fuese pequeña— en la central. Después de Chicago, después de todo ese tiempo, estaba pasando.

—¿Qué me dice, Steph?

Por primera vez me paré a pensar en lo que significaba: un papel de liderazgo, real. Estaría en una posición de poder; tendría responsabilidad. Esa vez no podría huir si las cosas se torcían. Incluso después de tantos años, seguía teniendo presente Chicago. Sin embargo, Zachary ahora estaba en el instituto, y dentro de pocos años iría a la universidad.

—Gracias, señor. Muchas gracias.

Asintió, sin sonreír. Y en ese momento me di cuenta de lo extraño de su conducta, de que parecía más preocupado que contento.

A la mañana siguiente, el subdirector Barker presentó su dimisión, aduciendo problemas de salud, y su expresión de preocupación cobró sentido para mí. No cabía duda de que se debía al estrés provocado por el diagnóstico médico.

Esa misma tarde nombraron a su sustituto.

Jackson.

Yo estaba en mi despacho cuando se dio a conocer la noticia. Una vez más me quedé mirando su fotografía en la pantalla, que esta vez acompañaba a un comunicado de prensa en la página web del Buró. En mi mesa había una carpeta en la que no ponía nada. Dentro, un bloc con notas crípticas que había tomado para mí. Sin etiquetas, sin asunto, porque el instinto —y la conversación que había mantenido con Barker hacía meses— me decía que no escribiera su nombre, que no escribiera mis sospechas, que lo mantuviese en secreto.

Y la fotografía, la que me había dado Barker. La prueba, por fin, de que Vivian Miller se hallaba a salvo. Había estado a salvo todo ese tiempo. Puede que mi instinto se equivocara con Jackson. Todavía no había encontrado una sola prueba que apuntase a algo indebido por su parte. Era una estrella en el Buró, que gozaba del respeto de todos. Y ahora ese ascenso significaba que él era mi jefe. La segunda persona más poderosa en el FBI.

Debería haber sido una señal de alarma, el rápido ascenso al poder. En el fondo lo sabía. Pero nadie más parecía recelar nada. Tenía que haber personas que estuviesen al tanto de los detalles del caso. Docenas, probablemente, al otro lado del río, en la CIA. Si nadie más albergaba ninguna duda sobre él y si yo sabía que Vivian Miller estaba bien, ¿por qué seguía preocupada? Mi preocupación por ella era malsana, casi obsesiva.

Oí la voz de Barker en mi cabeza: «Yo de usted lo dejaría estar».

Cerré la carpeta y la sostuve en las manos. Por fin estaba medrando. Por fin estaba haciendo carrera, después de todos esos años. ¿De verdad quería poner eso en peligro?

Acerqué deliberadamente la carpeta a la bolsa que contenía el material clasificado,

debajo de mi mesa. Pronto sería destruida. No quedaría ningún rastro de mis sospechas, no habría constancia de ellas. Mantuve la carpeta suspendida en el aire y me obligué a dejarla caer en ella.

Después, lenta, cuidadosamente, la volví a meter en el cajón y lo cerré con llave. No quería dejarlo estar.

No podía.

La puerta del despacho es enorme, y de madera oscura, lo cual marca un fuerte contraste con el ambiente estéril del resto del edificio. Al lado hay una placa: DESPACHO DEL SUBDIRECTOR. Me planto delante y me digo que lo que pretendo hacer es una locura. Acto seguido, abro y entro.

La antesala está exquisitamente amueblada. El centro de atención es la pesada, ornamentada mesa de la secretaria. Tras ella, amplias ventanas ofrecen vistas de la ciudad. A la izquierda hay una sala de espera: dos sofás rojos duros enfrentados, entre ambos una mesa baja, bajo ella una alfombra persa. Y más allá otra puerta: el despacho privado del subdirector.

La mujer de pelo castaño que ocupa la mesa levanta la vista.

—¿En qué puedo ayudarla?

—He venido a reunirme con el subdirector Jackson.

Frunce el ceño, mira un calendario que tiene delante, me mira de nuevo.

—Agente Maddox, ¿no?

—Sí.

—Lo siento, pero la cita no me consta.

—Acabo de tropezarme con él en el pasillo. Me ha dicho que viniera. —La mentira tiene un sabor amargo. Hago un esfuerzo para no se refleje en mis ojos.

Su mirada se vuelve más ceñuda.

—Me temo que pensaba salir. No creo que vaya a volver pronto...

—Me ha pedido que lo esperase en su despacho.

La secretaria vacila. Sonríe y echo a andar hacia la puerta de su despacho privado. Espero a que ella me diga algo, que me detenga. Tendré que volverme, fingir que estoy indignada. Después de todo, formo parte de la dirección. Sin embargo, la mujer no dice nada. Abro la puerta, entro y cierro. Después expulso un aire que no sabía que estaba conteniendo. El corazón me va a mil.

«Estoy dentro.» Me quedo quieta, echando un vistazo, fijándome en lo que veo. Es un sitio enorme, ostentosamente grande, con una hilera de ventanas en una pared, las vistas magníficas. Veo el National Mall, la parte superior de la cúpula del Capitolio. Una mesa grande ocupa el centro de la habitación; frente a ella, un sofá de piel negro y dos sillas. Altas estanterías flanquean una pared; a lo largo de la otra hay archivadores. Diplomas y premios enmarcados cubren casi cada centímetro de espacio disponible en las paredes.

Primero voy a los archivadores. Abro un cajón, recorro los nombres que veo en las carpetas, las pestañas de la parte superior, en busca de algo que pueda mencionar a Zachary. Nada. Cierro sin hacer ruido, abro otro, repito la operación. Me muevo lo más deprisa posible, ya que no sé cuándo volverá Jackson. Tengo el oído puesto en la antesala. El corazón me late a toda velocidad. No sé qué pasará si ese hombre me encuentra rebuscando en sus archivos.

A continuación me acerco a su mesa. Empiezo por el cajón de abajo, lo abro, miro el contenido. Una chaqueta técnica, una pistolera vacía. Repito con el cajón siguiente. Carpetas, ninguna de Zachary. Papeles sueltos, nada de interés. Sigo al de arriba, un cajón pequeño. Una grapadora, unas tijeras, una caja con tarjetas de visita. Ésta es una idea estúpida a más no poder. ¿Cómo va a tener documentos que demuestren sus actividades ilícitas en su despacho?

«O tal vez me equivoque.» Puede que esté registrando el despacho del subdirector porque lo que me pasó cuando trabajaba de becaria hizo mella permanente en mi sentido común.

Sólo me falta un cajón, el grande que está justo debajo del tablero, de los que suelen estar llenos de bolígrafos, clips y gomas.

Lo abro, y nada más hacerlo oigo pasos. Lo cierro de sopetón. Con el corazón desbocado, corro a la silla y me siento justo cuando se abre la puerta del despacho.

Es la secretaria de cabello castaño. Me mira con recelo. Con desconfianza.

—¿Sí? —digo con voz serena.

—Ha llamado el subdirector. Le he dicho que usted lo estaba esperando aquí.

—¿Y? —pregunto tranquilamente.

—Ha dicho que tardará en volver, que no es preciso que lo espere.

Asiento y me levanto, porque sé que esta vez no me dejará sola en el despacho.

—También me ha pedido que le transmita un mensaje. —Cruza los brazos—. Ha dicho que debería usted dejarlo estar.

El restaurante está tranquilo; siempre lo está a esta hora. A mediodía es cuando está más concurrido: políticos ultimando acuerdos entre bastidores, cabilderos buscando el apoyo de congresistas mientras comen carne y beben alcohol. La iluminación es tenue, todas las mesas están vestidas con manteles blancos almidonados. Camareros con camisa blanca y corbata negra se mueven por el espacio sin hacer ruido, eficientes y discretos, materializándose únicamente para rellenar copas y llevar y retirar platos.

Oculto en un reservado de un rincón del fondo, lejos de miradas indiscretas y oídos curiosos, Wes bebe bourbon, solo, mientras espera. Lleva una camisa y pantalones de vestir, sin corbata. Ha atraído algunas miradas al entrar, pero a estas alturas es algo a lo que está acostumbrado.

Consulta el reloj, e instantes después Jackson entra en el reservado y se sienta frente a él. El recién llegado no dice una sola palabra. Coge la carta, la abre y centra su atención en ella.

Wes bebe otro sorbo de bourbon, despacio, y lo observa, espera a que levante la vista. Al ver que no lo hace, habla:

—¿Lo has hecho?

Jackson sigue estudiando la carta. Cuando termina, la cierra y la deja en la mesa. Mira a Wes, pero no dice nada.

El camarero aparece como salido de la nada.

—¿Qué desea tomar, señor?

—Nada, gracias —contesta Jackson. Echa un vistazo a Wes—. No me quedaré mucho.

El rostro de Wes continúa impassible. El camarero asiente y desaparece, y en la mesa los dos hombres continúan mirándose.

—¿Lo has hecho? —repite Wes.

—Sí. —La mandíbula de Jackson se tensa.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

—Bien. —Wes asiente. Se lleva el vaso a los labios, lo inclina, sin apartar los ojos de Jackson.

Éste se echa hacia delante y baja la voz:

—Esa mujer está poniendo en peligro toda la operación.

Wes deja el vaso ya vacío en la mesa lentamente, delante de él.

—Te dije que todo está bajo control.

Con los ojos echando chispas, Jackson espeta:

—Deberíamos haber escogido la otra alternativa.

—Habría sido un error. Necesitábamos a esa mujer.

—Podría haber sido un accidente.

Los dos hombres se contemplan en silencio, furibundos.

—Se habría abierto una investigación —asegura Wes al cabo—. ¿Teniendo un trabajo como el suyo? Habrían mirado con lupa todo aquello en lo que estuviese trabajando.

—Podríamos haberlo limpiado todo.

—¿Y si nos dejábamos algo? Ha estado escarbando demasiado. Ha dejado demasiado rastro.

Jackson lo mira fijamente, la mandíbula apretada.

—Además, de este modo tenemos a alguien dentro. Esa mujer ocupa un buen cargo. Podemos utilizarla.

El camarero vuelve y deja un plato delante de Wes. *Filet mignon*, como de costumbre.

—¿Desea alguna otra cosa, señor?

Wes le echa un vistazo a la comida.

—De momento no.

El camarero asiente y se marcha. Wes centra la atención en su plato. Corta un trozo de carne y sale un hilo de jugo rojo. Lo pincha con el tenedor.

—Y el chico —añade, llevándose el tenedor a la boca—. Dos por el precio de uno.

—El chico lo ha echado todo a perder —musita Jackson.

Wes no le hace el menor caso.

—Es bastante bueno en lo que hace. No tiene nada que envidiar a nuestros propios...

—Es un riesgo.

—Llevamos la delantera. —Wes sigue comiendo, masticando despacio, sin dejar de contemplar al hombre que tiene enfrente—. Nada de esto sería necesario si ella no hubiese empezado a desconfiar, ¿sabes?

Jackson está que trina, las aletas de la nariz infladas.

Wes no le quita los ojos de encima mientras mastica. Traga y se corta otro pedazo de carne.

—Todo era perfecto, y después se vio comprometido. Por culpa de tu error.

—¡Yo no cometí ningún error! —espeta Jackson. Después respira hondo—. Ya hemos hablado de esto. No sé por qué esa mujer sospechó de mí. Lo revisé todo. Si hubiese cometido un error, lo admitiría. Pero no lo cometí.

Wes no dice nada. Se lleva otro pedazo a la boca, mastica callado, la vista clavada en Jackson.

El silencio entre ambos se vuelve ensordecedor. Al cabo, Wes deja el tenedor, se limpia delicadamente las comisuras de la boca con la punta de la servilleta y mira a su alrededor. A continuación saca una memoria externa y la desliza por la mesa.

—El plan del jefe. Sigue las instrucciones.

La mano de Jackson se cierra alrededor de la memoria justo cuando se percata de que Wes observa algo situado detrás de él. Percibe movimiento, vuelve la cabeza y ve que alguien se dirige hacia ellos. Sus ojos reparan en el antebrazo del hombre: lleva un tatuaje. Dos cuchillos cruzados, formando una X.

Sus ojos suben hasta el rostro del hombre, pero es demasiado tarde. Ha estado mirando demasiado el tatuaje; el hombre ya ha llegado a su reservado, los rasgos

borrosos. Lo único que ve Jackson es que ladea la cabeza, una señal de asentimiento casi imperceptible, dirigida a Wes.

Contempla de nuevo a Wes, con cara de interrogación, pero éste sigue pendiente del hombre del tatuaje. Asiente asimismo, un gesto mínimo.

Acto seguido mira a Jackson, y a sus labios aflora un amago de sonrisa.

—Como ya te dije, la verdad es complicada.

Es él. El subdirector Jackson está tejiendo esta red de pruebas alrededor de mi hijo, intentando que parezca que está planeando un ataque terrorista. Y es por mi culpa. Porque hace años decidí que necesitaba saber la verdad sobre él y porque no fui capaz de dejarlo estar.

Me arrolla una abrumadora oleada de ira. Estamos hablando de mi hijo.

Pero ¿por qué ahora? ¿Qué ha cambiado? He mantenido la boca cerrada. No he dicho nada de mis sospechas, no desde que me reuní con Barker. Y, si Jackson sabe que desconfío, si tiene miedo de que empiece a hablar, ¿por qué no me hace lo que a Scott? Que me trasladen. Que me despidan, incluso.

¿Por qué tenderle una trampa a Zachary? ¿Por qué intentar matar a mi madre?

Me formulo las preguntas, pero sé cuáles son las respuestas: porque no bastaría con mandarme lejos. Porque sospecho de él. Jackson da por sentado que seguiría indagando dondequiera que estuviese o, peor, compartiendo lo que sospecho con alguien. Seguiría suponiendo una amenaza para él, incluso en otra oficina, en otra ciudad.

Y, sin embargo, ¿por qué ahora?

Y ¿por qué mi madre? Si está dispuesto a hacerle daño a ella, ¿por qué no hacérmelo a mí directamente?

Estoy confusa, y la sensación de vértigo es tan intensa que temo vomitar.

Todo tenía sentido cuando creía que era Halliday. Ahora el accidente de mi madre no cuadra.

A menos que fuese eso, un accidente.

Pero el hombre del tatuaje, en el hospital...

Y el momento..., que todo esto pase justo después de que Zachary se pusiera en contacto con Halliday...

Enfilo el pasillo a la carrera, hacia los ascensores. Pulso el botón de bajada, oigo un sonido apagado cuando el ascensor llega. La puerta se abre y entro, pulso el botón de mi planta. El corazón me martillea en el pecho y el cerebro me va a mil por hora.

Sea lo que sea lo que oculta Jackson, lo que ha hecho, no cabe duda de que todo esto es demasiado para asegurarse de que no abro la boca. Zachary..., mi madre... Es demasiado complicado.

No es sólo mi silencio lo que quiere. Es algo más.

¿Qué?

El ascensor va parando mientras baja, una planta tras otra. Suben desconocidos anónimos.

La cara que puso Barker... no era por un diagnóstico médico. Ni siquiera sé si había tal diagnóstico; no volví a oír nada sobre su salud. No me ascendieron porque lo

mereciese, aunque fuera así. Lo hicieron para que centrara mi atención en otra parte. Para convencerme de que lo dejara, para darme una razón para que no dijese nada.

Y funcionó, más o menos, ¿no? No dije nada.

La casa está en Great Falls, Virginia, en una urbanización cerrada con colinas onduladas, calles recién pavimentadas y viviendas enormes rodeadas de hectáreas de terreno. He buscado la dirección por el camino, una de las ventajas de poder acceder a los expedientes del personal. Enseño la placa en la verja y me dejan pasar.

El amplio camino está flanqueado por cornejos floridos pelados, que empiezan a echar brotes, espaciados de manera uniforme. Aparco junto a un Lexus y sigo el camino empedrado que lleva hasta la enorme puerta principal, pintada de rojo. Hay un banco de hierro forjado junto a la puerta. Plantas verdes en macetas, de las resistentes, capaces de aguantar el frío. Llamo al timbre, que se oye dentro.

Al instante oigo pasos que se aproximan, que se detienen, como si alguien atisbase por la mirilla.

—¿En qué puedo ayudarla?

Es una voz grave, que reconozco en el acto.

—Agente especial Steph Maddox —contesto. Abro mis credenciales y las acerco a la mirilla—. División de Investigaciones Internas. Me gustaría hacerle unas preguntas.

Se hace otra pausa, y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Ese hombre podría perfectamente llamar ahora mismo a la central para comprobar si tengo algún motivo para estar aquí. O, lo más probable, decirme sin más que me fuese.

No tengo la menor duda de que recuerda las conversaciones que mantuvimos. Que mencioné que albergaba sospechas de Jackson, y él me silenció. ¿Sabía la verdad sobre Jackson entonces? No estoy segura, pero debe de saberla ahora. Y podría dar por sentado, con razón, que el motivo de que yo esté en su puerta tiene que ver justo con eso.

Oigo descorrer un cerrojo y exhalo. Después otro, y por último un tercero. La puerta se abre y delante de mí veo a Glen Barker. Lleva unos pantalones caquis y una camisa de vestir, está moreno y en forma; zapatillas de piel, sin calcetines. Nada que apunte al misterioso problema de salud que lo llevó a dimitir de repente de su cargo de subdirector.

—Agente especial Maddox. —No sonrío—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Puedo pasar?

Me dirige una mirada escrutadora, dura y desconfiada, como si se debatiera. Al cabo, de mala gana, abre más la puerta.

La habitación a la que entro es oscura, con pesadas cortinas de brocado, sillas que parecen antigüedades. Las paredes que flanquean la chimenea están decoradas con óleos inmensos. En la repisa de la chimenea hay una ristra de fotografías en marcos de plata: su familia. Una esposa de pelo plateado, hijos adultos, un par de nietos pequeños.

—Por favor, siéntese —invita, la voz fría.

Me aparto de la chimenea y me siento en una de las duras sillas, en el borde.

Él se acomoda frente a mí, cruza las piernas.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Maddox?



Ambos sabemos que no me quiere en su casa.

No respondo a su pregunta. Quiero ser yo la que dirija la conversación.

—Hablamos hace ya algún tiempo, señor Barker. Me figuro que recordará las conversaciones que mantuvimos.

—En efecto. —Su mandíbula se tensa.

Le sostengo la mirada.

—Me gustaría hablar de su dimisión. —En algún lugar de la casa se oye música clásica—. Dimitió por motivos de salud —añado al ver que no contesta—. ¿Es así?

—¿Qué quiere, Maddox? —pregunta directamente.

—Si me permite la pregunta, ¿cuál fue el problema?

—No se la permito. No es asunto suyo.

—Parece que goza de buena salud.

Me contempla sin alterarse, no responde.

—¿Sabía que Jackson ocuparía su lugar cuando dimitió usted?

Se levanta.

—Tiene que irse. Ahora.

Sigo sentada, el corazón aporreándome el pecho.

—¿Qué hizo? ¿Cómo lo intimidaron?

—Le advertí que no lanzara acusaciones falsas...

—¿Por qué está haciendo esto Jackson? —lo corto—. ¿Qué quiere? —Hay un deje de desesperación en mi voz que no quiero que esté ahí.

Me da la espalda y echa a andar hacia la puerta.

—Ahora, Maddox.

—Si dice usted la verdad, no será el único —insisto mientras me pongo de pie—. Somos dos, nos creerán.

Agarra el pomo de la puerta.

—Haga lo correcto —le pido.

Se queda mirando la puerta como si pensara en algo, como si recordase algo. Después, súbitamente, se ríe. Cuando se vuelve hacia mí, el miedo que veo en sus ojos me hace temblar.

—Tenga cuidado, Maddox. No sabe la mierda en la que se ha metido.

Cuando entro en la habitación, mi madre tiene puesto un capítulo antiguo de *Ley y orden* a todo volumen. Está apoyada en una almohada, mirándolo con interés.

—Hola, mamá. ¿Qué tal estás?

—Mucho mejor. —Apunta con el mando al televisor y lo pone en silencio—. Pareces cansada, cariño.

Me dejo caer en la silla que hay junto a su cama. He ido directa al hospital desde la casa de Barker, cuyas palabras no paran de resonar en mi cabeza: «No sabe la mierda en la que se ha metido». Se echó a reír cuando dije que nos creerían. A reír. Y no puedo quitarme ese sonido de la cabeza.

—Fue un detalle que Zachary se pasara ayer.

¿Se pasó? No me lo dijo. Pero lo último que quiero admitir ante mi madre es que no lo sabía. Que lo cierto es que no sé lo que hace mi hijo en su día a día. De manera que opto por asentir.

—Y esa amiga suya. Lila. Una chica encantadora.

¿Vino con Lila? ¿Cuando a mí ni siquiera me habla de ella?

—¿Va todo bien, cariño?

—Claro —miento.

Todo va mal. Zachary, que se aleja, se enfrenta a una amenaza que ni siquiera sabe que existe. Mi madre, en el hospital. Y esto no es cosa únicamente de Jackson. Se trata de algo más poderoso, más peligroso. Y eso me aterroriza. Peor aún, no puedo hacer nada al respecto. Sin ninguna prueba, parecería algo demencial. «Nadie me creería.»

Y sería peligroso. Tal vez la caída de mi madre fuera un accidente, pero tal vez no. Tal vez Jackson estuviera detrás. Y no lo habría hecho él, de modo que hay más de una persona involucrada. No puedo arriesgarme a que le hagan lo mismo a Zachary, o algo peor.

—¿Es el trabajo? —insiste.

Sonrío.

—Sí. —Confío en que esto baste para cambiar de tema. Confío en que lo deje estar y no le haya dado pie a dirigirme más críticas sobre mi profesión, sobre mi forma de repartir el tiempo.

Por suerte, se limita a asentir. Me pregunto si tiene tan presente como yo la última pelea que tuvimos. Ambas observamos la imagen muda que ocupa la pantalla de televisión. McCoy y Briscoe mantienen una conversación acalorada. Me pongo a divagar.

Jackson trabaja para los rusos, ¿no? Parece la explicación más lógica. La evidente. Trabajó durante mucho tiempo en la sección de Rusia. Está claro que la operación de

la casa adosada tenía que ver con la inteligencia rusa. Y luego está ese foro encriptado lleno de *bots* que encontró Zachary.

Sin embargo, Jackson fue el responsable de que se destapara la mayor red de agentes encubiertos rusos conocida hasta la fecha. ¿Por qué alguien que trabajase para los rusos iba a ayudar a orquestar la detención de sus propios agentes encubiertos?

Y no hay ninguna prueba de que haya hecho algo para ayudar a los rusos. La he estado buscando desde aquel día en el adosado. A decir de todos, está limpio. No he encontrado absolutamente nada de que hayan descubierto a nuestros activos en Rusia. Nada que apunte a que han desmantelado nuestro servicio de inteligencia. Nada de lo que esperaríamos encontrar si alguien poderoso estuviese trabajando para un adversario extranjero.

Miro de soslayo a mi madre y me doy cuenta de que me está observando. Me dedica una sonrisa triste, pero no desvía la mirada. En el aire flotan demasiadas cosas que están por decir.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, cariño.

Ahora McCoy está delante de un jurado, argumentando su caso. Mi madre finge estar ensimismada, aunque ha quitado el sonido, aunque estoy segura de que ya ha visto ese capítulo. Hace pliegues en la sábana con los dedos, ya no me mira.

—¿Quieres hablar de algo?

—No tengo energía para que nos enzarcemos en otra discusión, Stephanie.

Hay una hilera de tarjetas que le desean que se recupere pronto en la mesa, junto a la cama. En una se ve un oso con globos. Dos gatos en colores pastel en otra. Soy consciente de que no sé quién ha podido enviárselas.

—Podríamos hablar, sin más.

—Ay, cariño, ¿cuándo fue la última vez que hicimos eso?

Las palabras me duelen.

—Antes estábamos unidas, tú misma lo dijiste.

—Y tú me contestaste que eran imaginaciones mías. —Suspira—. Puede que lo fueran. Nunca supe que tuvieses tantos secretos. Antes de que naciera Zachary... solíamos hablar de todo, Stephanie.

—Lo sé —admito en voz queda—. Las cosas... cambiaron.

A sus ojos asoma una expresión de dolor.

—Creía que te conocía.

—Y me conocías.

—Por Dios, Stephanie. Lo que hizo ese senador..., ¿cómo pudiste ocultarme algo tan espantoso?

¿Cómo es posible que cada vez que hablo con ella la culpa la acabe teniendo yo? ¿Que sea yo la que se equivoca, la que debería pedir disculpas? Es exasperante.

—Ahora mismo no puedo con esto, mamá. Con otra sesión de «machaquemos a Stephanie».

—No te estoy machacando. Simplemente te estoy pidiendo una explicación.

—Y yo simplemente te estoy diciendo que no es el momento.

Tengo que irme, tengo que salir de esta habitación, huir de esta conversación.

—Venga, Stephanie. Sal corriendo. —Se recuesta en la almohada—. Como haces siempre.

Esta noche tampoco duermo. Soy incapaz. Cada vez que cierro los ojos veo a alguien a quien no quiero ver. Barker. El miedo en sus ojos. «Tenga cuidado, Maddox.»

A mi madre, y esa expresión de decepción. «Adelante, Stephanie. Sal corriendo. Como haces siempre.»

Estoy en la cocina, el café cayendo ruidosamente en un vaso térmico.

Anoche llamé a Marta al móvil. Me saltó el buzón de voz. «¿Podemos hablar? —pregunté—. Es de trabajo.» No sé qué le diré cuando la tenga delante, pero tengo que decir algo. Tengo que averiguar lo que sabe la CIA, si tiene idea de que hay alguien infiltrado en el Buró.

Veo cómo caen las últimas gotas de café en el vaso y enrosco la tapa. Cojo el bolso del trabajo, me lo cuelgo del hombro y voy al salón, donde tengo las noticias matutinas puestas en la tele. De camino consulto el reloj: faltan dos minutos para que informen del tráfico. Cuando entro en el salón, oigo una frase de la noticia que están abordando en ese momento: «Movimiento de Solidaridad por la Libertad».

Me quedo de piedra.

«... un grupo terrorista nacional poco conocido... —informa el presentador— que, al parecer, planea lanzar ataques contra objetivos del gobierno...»

Aprieto de tal forma el vaso térmico que el calor me abrasa las manos, cortándolas como si fuesen dagas diminutas. Cierro los ojos, como si así pudiera apartar el tema de mi cabeza. Pero no puedo aislarme de la realidad, y sé exactamente lo que eso significa.

Significa que aumentará más aún la presión para que el Buró abra investigaciones relacionadas con el MSL. Con esto en las noticias, no habrá más remedio. Sólo es cuestión de tiempo que alguien más dé con ese correo electrónico. Las diapositivas. Que investiguen oficialmente a Zachary.

La voz del presentador se cuela en mis pensamientos: «... un alto funcionario del gobierno ha confirmado que las autoridades están investigando...».

Jackson. Tiene que ser él. Él es el alto funcionario del gobierno, el que ha filtrado esa información. «Ha sido Jackson.» Vuelvo a sentir que la ira bulle en mi interior. ¿Sabe que fui a ver a Barker? ¿Sabe que estoy indagando?

Tengo la sensación de que ese programa es un mensaje. La forma que utiliza Jackson para comunicarse conmigo. Para advertirme, amenazarme. Al fin y al cabo, si no hago lo que él quiere, todo esto acabará en la prensa, ¿no?

Un sonido hace que me sobresalte. Me vuelvo y veo que Zachary entra en el salón. Ve la pantalla y se detiene. Está leyendo los titulares, el texto, escuchando la noticia. Después frunce el entrecejo y me mira.

—¿Ha salido en las noticias?

—Sí.

—Eso podría ser malo, ¿no?

Me asalta un sentimiento de culpa.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Zachary...

—¿Acaso no es tu trabajo saberlo? ¿Solucionar esto?

—¿Crees que no lo estoy intentando? —¿Cómo se atreve a hablarme así?  
¿Después de todo lo que estoy haciendo para protegerlo?

Me da la espalda y reparo en un plato sucio que hay junto al fregadero, sin enjuagar, con pegotes resecos de salsa de pasta, el cuchillo y el tenedor al lado, de cualquier manera.

Debería dejarlo estar. Mi cerebro me dice que lo deje estar. Pero estoy demasiado frustrada.

—Limpia lo que ensucies.

Zachary mira de reojo el plato y después a mí, con dureza.

—Preparé la cena para los dos. Pensé que recogerías tú. —El tono de desafío en su voz es inconfundible.

—No estaba en casa —replico apretando los dientes—. Estaba trabajando, y después fui a ver a la abuela.

—¡Nunca estás en casa!

No puedo hacer esto. Ahora no. Debería irme sin más.

—No seas niño, Zachary.

—¿Cómo?

No debería haber dicho eso, pero ya es demasiado tarde.

—Que no seas niño. Y dejes de fastidiarlo todo.

Tampoco debería haber dicho eso, pero ya está, lo he dicho.

—¿Lo fastidio todo?

—Pues sí. —Me arrepiento nada más decirlo, aunque esté enfadada.

—¿Que yo lo fastidio todo?

—No piensas en las consecuencias, Zachary. Dejar esos clubes en el instituto. Dejar basura en tu habitación. Dejar la cocina así. Estoy harta y cansada de limpiar lo que tú ensucias.

Parpadea al percibir tanta ira en mi voz. Debería parar, pero no lo hago.

—Por Dios, Zachary. Ir a ver a Halliday: no tienes idea de los problemas que has causado. Sólo pensabas en ti. En lo que era mejor para ti. Es lo único en lo que al parecer piensas. Así que limpia la cocina.

—Límpiala tú.

—No te atrevas a hablarme así. Soy tu madre.

—¿Ah, sí? —Me mira de un modo que no me gusta nada.

—Sí.

—Pues cualquiera lo diría.

Va a los fogones, coge la cazuela y la estrella contra el fregadero.

Accedo al expediente de Jackson, aunque no debería hacerlo. Pero no hay información confidencial.

Doy con sus formularios informatizados originales. Salió airoso de la prueba del polígrafo. No hay constancia de ningún engaño. Lo mismo en las nuevas investigaciones. Nada sospechoso. Ninguna señal de alarma.

Indago en sus declaraciones de estado financiero. Sus cuentas bancarias y sus

bienes concuerdan con su cargo.

El montón de carpetas que se acumula en el rincón de mi mesa nunca ha sido tan alto. Lo miro de vez en cuando, sé que debería ponerme con ello, pero no soy capaz de obligarme a hacerlo. La mala conducta de esos casos palidece en comparación con lo que está haciendo Jackson.

A media mañana, Parker llama educadamente y entra con un clasificador de gran tamaño.

—Siento molestarla, jefa. ¿Cómo está su madre?

—Mejor cada día. ¿Necesita algo, Parker?

—Confíaba en que pudiera echarle un vistazo a esto. —Me tiende el clasificador—. El plan operativo. Del caso Daniels. —Se apoya ya un pie, ya en el otro—. Lo tiene ahí, en el montón. —Señala mi mesa—. Pero sé que ha estado distraída... —Veo que se pone rojo al darse cuenta de que ha dicho algo que no debía.

Cojo el clasificador y veo que busca algo que decir a continuación, cómo arreglarlo.

Se aclara la garganta y toquetea la placa que lleva en la cadera.

—Le pasa a todo el mundo. Es sólo que... que a usted no le había pasado nunca, ¿sabe?

—Está bien, Parker.

Señala el clasificador que tengo en la mano.

—Sólo necesito que dé el visto bueno y lo firme. Ya he vetado la operación dos veces y los demás empiezan a cabrearse.

«Mierda.»

—Me pondré con ello ahora mismo.

Media hora después, le llevo el clasificador a la mesa, firmado y aprobado. García se retrepa en su silla cuando atravieso la oficina, observándome.

—¿Necesita algo, García?

—Parece hecha polvo, jefa.

—Una semana dura.

—Para eso están las bajas por enfermedad, ¿no? Tómese más tiempo. Delegue. Somos muchos los que podríamos echar una mano.

La oficina se ha quedado en silencio. Todo el mundo está escuchando. Y todo el mundo finge no hacerlo.

—Está bajo control, García.

Se encoge de hombros.

—Si usted lo dice, jefa...

Vuelvo a mi despacho, y por la ventana veo que mis agentes se miran, hablan entre sí, lanzando miradas de vez en cuando en mi dirección. «Mierda.»

Abro la primera carpeta del montón y me obligo a empezar a leer, a prestar atención. Tengo que hacer esto. Tengo que poder con mi trabajo, con mis responsabilidades. No puedo permitir que todo el mundo esté hablando de mí, haciendo conjeturas sobre mí.

Consigo liquidar un puñado de archivos. El caso de fraude hipotecario de García. Un plan operativo que preparó Flint, una compra controlada de estupefacientes dirigida conjuntamente con la DEA. Un caso nuevo que está a punto de abrir Wayne, un asistente de un agente especial encargado acusado de malversación de fondos.

Marta no me ha devuelto la llamada. Por la tarde la llamo al trabajo, su línea directa. Suena tres veces y salta el buzón de voz. «Llámame —pido—. Por favor, Marta. Es importante.»

Saco la carpeta, la que no está etiquetada, del fondo del cajón de mi mesa. Echo un vistazo a las notas que he ido tomando en el curso de los años. Los datos que se recabaron sobre el terreno del incidente en el adosado, al menos la información no clasificada. Los comunicados de prensa sobre los logros de Jackson, sus ascensos. Tiene que haber algo. Algo que estoy pasando por alto.

Sin embargo, horas después no he encontrado nada. Estoy desesperada. Jackson ha borrado sus huellas a conciencia.

Me sorprendo mirando la fotografía enmarcada de Zachary que tengo en mi mesa. La del anuario del instituto, mi preferida. Sonríe, pero es una sonrisa pequeña y extrañamente adulta, no la de oreja a oreja que exhibe en la mayoría de las demás fotos. Ésta es reservada, y en ella percibo la sonrisa tímida, fugaz, que tenía cuando era pequeño.

Mis ojos pasan de la fotografía al calendario de mi mesa, el almanaque. «Zachary, instituto, 17.00», es lo que he escrito en el día de hoy, en la sección de la tarde. Hay una ceremonia, premios de las sociedades de honor. Zachary me lo comentó hará unas dos semanas. «No sé si me dará tiempo», le dije mientras calculaba mentalmente la hora a la que tendría que salir de la oficina, el trabajo que no podría hacer.

Estoy trabajando, pero no estoy sacando nada en claro. No hay una sola cosa que demuestre que Jackson está detrás de esto. Ni una sola cosa que demuestre la inocencia de mi hijo.

Vuelvo a mirar su foto, esa sonrisa adulta. De pronto me asalta la abrumadora necesidad de verlo. Me meto la carpeta en el bolso del trabajo y me marcho.

En el salón de actos del instituto reina un gran ajetreo cuando llego, grupos de padres y hermanos ruidosos y demás miembros de la familia. Me esperaba menos gente, algo más tranquilo. Pero quizá estas ceremonias sean así. Me doy cuenta, desazonada, de que no lo sé. No he venido lo suficiente para saberlo.

Me siento bastante atrás, junto al pasillo central. Cuando los chicos bajen por ese pasillo, quiero que Zachary me vea, que sepa que estoy aquí. Por algún motivo ahora mismo eso me parece sumamente importante. No he hablado con él desde que nos peleamos esta mañana. Una pelea que ni siquiera era por los platos sucios, sino por mi frustración, y por la suya.

Observo a las familias mientras espero, todas hablando, sonriendo y riendo, y de pronto me siento tan sola que me entran ganas de llorar. Zachary nunca ha tenido eso, una familia grande y bulliciosa. La mayor parte del tiempo hemos estado solos él y yo. A mí, al menos, me parecía una familia. Confío en que a él también se lo pareciese.

Sin embargo, lo cierto es que ya no lo es. Estamos distanciados, nos tratamos con reserva. O eso, o discutimos. Nuestra pequeña familia está a punto de desmoronarse. Al ver a toda esta gente que me rodea, sé que le he fallado.

Y todo, ¿por qué? ¿Por el bien mayor? Así es como lo he justificado siempre. Que mi trabajo era importante, que estaba ayudando a gente. Que sí, que no siempre

estaba a su lado, pero estaba haciendo que el país fuese un lugar mejor. Ayudando a víctimas. Apoyándolas cuando nadie más lo hacía.

Me doy cuenta de que estoy a punto de que se me salten las lágrimas.

Respiro hondo, miro el programa que tengo en el regazo y lo hojeo. Los nombres están ordenados alfabéticamente, busco el de Zachary. Máximos honores. Me invade una sensación de orgullo. Después me viene a la memoria la última vez que vi su nombre en un listado alfabético: en el sistema de archivos de casos. Tiemblo y no lo puedo controlar. Cierro el programa y lo aprieto tanto que lo rompo.

A la hora en punto, las luces bajan y el parloteo cesa. Vuelvo la cabeza hacia las puertas en la parte de atrás, a la espera de que se abran, de que entre Zachary. En lugar de eso, los aplausos hacen que mi atención se centre en la parte delantera de la sala. Entristecida, miro al frente y veo que los chicos suben al escenario por los laterales.

¿Por qué pensé que bajarían por el pasillo? Me siento frustrada conmigo misma por haberme equivocado, por equivocarme con tantas cosas.

Zachary está en el escenario. Lleva puestos una camisa azul con botones y unos pantalones caquis y está charlando con el chico que tiene al lado. Veo que mira al auditorio, echa un vistazo, pero no me ve. Cómo me va a ver, si estoy atrás. Otros chicos localizan a sus padres entre la multitud, los saludan con la mano, se ríen. Zachary no vuelve a mirar. Supondrá que estoy en el trabajo, donde dije que estaría.

Sin embargo, no parece afectarle. Sonríe, se ríe con algo que acaba de decir el chico de al lado. Está feliz. Y ¿por qué no iba a estarlo? Está a punto de terminar el instituto. Tiene toda una vida por delante, todas las oportunidades del mundo, todas las puertas abiertas de par en par. Se me cae el alma a los pies de pena.

Los chicos se sientan y Zachary ocupa la fila central, de manera que no lo veo. El director empieza a hablar, con una de esas voces lentas, lentas y monótonas. Quiero escuchar, quiero prestar atención, pero no puedo evitar abstraerme. Porque en realidad Zachary no tiene todas las puertas abiertas, ¿no? Como no sea capaz de ocuparme de esta situación, esas puertas empezarán a cerrarse. Y no puedo permitir que eso pase.

¿Por qué está pasando esto ahora? Ésa es la primera pregunta que me asalta, la que soy incapaz de quitarme de la cabeza. Porque desde aquel día en la casa adosada ya han pasado casi dos años. Dos años.

Capto retazos del discurso del director, que se cuelan en mi cerebro acelerado.

«... un sinfín de posibilidades...»

No tiene sentido que un buen día, de repente, Jackson decidiera dejar un arma en la habitación de mi hijo, una prueba para incriminarlo. Algo habría provocado semejante acción. Algo gordo.

«... ese día tan esperado...»

Me invade una sensación de nerviosismo. ¿Y si por fin me acerqué a la verdad, a hallar las pruebas de que juega sucio? ¿Y si en las búsquedas que fui efectuando me topé con algo importante y ni siquiera lo supe?

Metó la mano en el bolso del trabajo y saco la carpeta sin etiquetar. La mujer que tengo sentada al lado me mira ceñuda. Voy al final de mis notas y empiezo a subir. La última búsqueda que realicé fue hace unas semanas. Estaba haciendo averiguaciones



sobre los agentes encubiertos a los que habían detenido, poniéndome al día sobre sus casos, comprobando si había algún avance.

«... hacer de su vida lo que ellos deseen...»

Reparo en una nota, a media página: «Al. Pe. Tienden trampa, se declara culpable».

A continuación, en una sola palabra: «Trampa».

Recuerdo la búsqueda. Alina Petrova. Fue una de los veinticinco espías rusos a los que detuvieron en la redada que se llevó a cabo a escala nacional. E insistió, desde el principio, en que no era una agente encubierta, en que era disidente. «Me han tendido una trampa», se la citó diciendo en más de una ocasión. Otros dijeron lo mismo, pero Alina fue la más franca. La más valiente.

Después dejó de meter ruido. Cuando fue a juicio, se declaró culpable. Admitió que había estado espionando para Rusia. Y dejó de ocupar titulares. Intenté, en vano, encontrar información sobre ella con posterioridad al juicio. No se volvió a saber de Alina.

Soy vagamente consciente de que el director ha terminado de hablar, de que otra persona ha ocupado su lugar, alguien que está leyendo nombres. Los chicos se levantan al oír el suyo, sonríen y se ruborizan mientras caminan por el escenario bajo una salva de aplausos, algunas risotadas y gritos, casi como una ceremonia de graduación en miniatura.

Sin embargo, sigo con la vista clavada en las notas. ¿Y si a Alina le tendieron una trampa, como a Zachary? ¿Y si en realidad no era una agente encubierta?

Eso explicaría que Jackson pudiera trabajar para los rusos y destapar una célula de agentes encubiertos. En realidad, no era una célula de agentes encubiertos: eran víctimas a las que les tendieron una trampa para que cargaran con la culpa.

¿Y si amenazaron a Alina, la chantajearon, hicieron algo para convencerla de que se declarase culpable y mantuviera la boca cerrada?

Barker no admitiría que lo manipularon, pero tal vez Alina sí. Puede que ella sea la clave para dar con esa prueba que tan desesperadamente necesito.

Oír el nombre de Zachary me devuelve al presente con sobresalto, y me noto desorientada. Levanto la vista y lo veo recorrer el escenario, en la parte delantera de la sala, tan lejos de mí. ¿Por qué no me habré sentado más cerca?

Dejo el teléfono y aplaudo con fuerza, como si en cierto modo el sonido pudiera hacerle saber que ha ido alguien a verlo, que no está huérfano en un acto del instituto, como lo ha estado tantas otras veces en el pasado. Lo observo sonriendo mientras le estrecha la mano al director y acepta el certificado que éste le entrega.

Y, cuando se hace el silencio y se sienta, sin mirar a los asistentes, me gustaría haber lanzado uno de esos gritos odiosos. Me gustaría haberle sacado una foto mientras cruzaba el escenario, porque ¿acaso no es eso lo que se supone que hacen los padres? No he hecho nada como debería.

Miro las notas que tengo en el regazo. Releo esa frase, la que une los puntos. Después miro de nuevo el escenario. Zachary está sentado, ha vuelto a desaparecer de mi vista. Intento verlo, pero no puedo, no desde donde estoy, desde tan lejos.

Obedeciendo a un impulso, me levanto. No pienso quedarme sentada compadeciéndome, regañándome por los errores que he cometido. Echo a andar por el

pasillo hasta que veo a Zachary. Me siento en una fila cerca de la parte delantera y lo miro a los ojos, le sonrío.

A su rostro aflora una expresión de sorpresa. Y después sus mejillas se tiñen de rojo, como en una puesta de sol, y me sonrío a su vez.

Espero con impaciencia en una sala de interrogatorios a que la hagan pasar. Es una habitación pequeña, cuadrada y sin ventanas, tan sólo cuatro paredes blancas, una mesa de metal y dos sillas también de metal, todas ellas afianzadas al suelo. Y hace un frío que pela, como en todas estas salas. Ojalá me hubiese traído un abrigo.

Mientras espero, miro el teléfono. Nada de Zachary, nada de mi madre. Y nada de Marta, aún. No me ha devuelto la llamada. La vuelvo a llamar al móvil, me llevo el teléfono al oído. Antes de que llegue a sonar se oye una voz, pero no es la de Marta, sino una grabación: «Buzón de voz lleno». Finalizo la llamada. Una creciente sensación de preocupación hace que me cueste respirar.

A lo lejos oigo un zumbido, muy apagado. El sonido metálico de la puerta. Hay un reloj en la pared, y oigo el ruidoso tictac de cada segundo que pasa. Lo observo, las manecillas dando vueltas, el tiempo esfumándose de la manera más visible, y pienso en Zachary. Imagino un futuro en el que debo acudir a un lugar como éste para visitarlo, y me estremezco. Después me obligo a dejar de mirar el reloj, intento acallar el martilleo del tiempo que pasa.

Al cabo, una llave se introduce en la cerradura. La puerta se abre y aparece ella. La reconozco por la foto policial, pero a duras penas. Parece mayor y está demacrada, prácticamente en los huesos. Tiene el rostro chupado, el cabello veteado de gris. El mono le queda grande, probablemente sea el más pequeño que tienen y, aun así, parece enorme.

Se sienta elegantemente frente a mí, la espalda recta. Su expresión es inquietante. De derrota, decido. Parece derrotada. La funcionaria que la ha hecho pasar se retira, cierra la puerta y echa la llave al salir, y nos quedamos a solas las dos. Nos observamos; el reloj es el único sonido que se oye en la angosta habitación, que huele a lejía.

Al cabo, carraspeo.

—Señora Petrova, gracias por reunirse conmigo.

—Alina —corrige. Tiene acento, leve, pero lo tiene.

Asiento.

—Alina. —Hago una pausa para ordenar los pensamientos—. Me gustaría ir directa al grano. Usted insistió en que era inocente, pero después se declaró culpable. ¿Por qué?

Me sostiene la mirada, sin pestañear. A continuación, se encoge de hombros.

—¿Por qué cree usted? —inquire desafiante.

—Tengo una idea, pero necesito oír lo que usted tiene que decir.

Aprieta los labios.

Pruebo con otra táctica.

—Dijo que le tendieron una trampa. ¿Por qué pensaba eso?

Me mira sin pestañear y luego, cuando estoy segura de que no le sacaré nada, replica:

—Resistí. Dije la verdad sobre Putin, sobre su gobierno. Lo hice bajo una identidad falsa, naturalmente. —Sacude la cabeza, como si todo hubiese sido un error.

—¿Cree usted que el gobierno ruso averiguó cuál era su verdadera identidad?

—Lo saben todo. Y, cuando no lo saben, lo hackean a uno y lo averiguan. —Se mofa de mí con la mirada.

—¿Por qué cambió de idea? ¿Por qué se declaró culpable?

Cabecea de nuevo, los labios en una línea recta inflexible. Espero, pero no dice nada.

—¿La tratan bien aquí? —quiero saber, cambiando de nuevo de táctica. Miro su cuerpo delgado y de pronto me doy cuenta de que lo pregunto porque me interesa averiguarlo. Mi preocupación por ella es real—. ¿Le dan bastante de comer?

—Me dan bastante comida.

—Y ¿se la come?

—Cuando no me queda más remedio.

—¿Por qué sólo entonces?

Sus ojos oscuros reflejan desconfianza.

—Porque nunca se sabe. Tienen... recursos. En lo que respecta a la comida..., nunca se sabe lo que es seguro, ¿entiende?

Vive atemorizada. Con tanto miedo de que vayan a por ella que ni siquiera come. Dios mío, qué horror.

Al escrutar su rostro, ver la sinceridad que refleja, el terror, sé que esta mujer no es culpable de nada. Y, nada más pensar eso, veo a Zachary en este mismo sitio, con su mono, su vida echada a perder, como la de Alina. La idea no podría aterrorizarme más.

—Alguien la intimidó —insisto—. Alguien la convenció de que se declarara culpable. Su rostro se tensa de nuevo.

—Alguien la amenazó —presiono. Saco una fotografía pequeña del bolso, el primer plano de Jackson que imprimí de la página web del Buró, y se la deslizo por la mesa—. Creo que fue este hombre, este de aquí.

Mira la foto y espero con el corazón desbocado.

Levanta la vista.

—No fue él.

—Pero fue alguien. —El cerebro me va a toda velocidad. No fue Jackson, pero alguien la amenazó—. ¿Quién fue, Alina? ¿Qué le dijo? ¿La amenazó? —insisto, con más premura. Estoy llegando a ella, lo sé; lo he vivido en otros interrogatorios infinidad de veces. Tiene que admitirlo. Tiene que decir algo.

—No a mí —replica, visiblemente frustrada, y lo que oigo es: «Con eso no bastaría, me arriesgaría». Entonces se produce una de esas pausas en las que nadie respira, nadie profiere ningún sonido, en las que da la impresión de que la habitación se ha quedado sin aire. Ese momento suspendido en el filo de la navaja de la verdad o la mentira—. Saben dónde están todos los miembros de mi familia. —Su voz es un susurro—. Todas las personas a las que quiero.

—Alina, tiene que decir algo.

Niega con la cabeza.

—Tiene que decir la verdad, Alina.

—La verdad es algo muy peligroso, agente Maddox.

—La ley la protegerá.

—¿La ley? La ley no es nada en comparación con ellos.

—Alina, siempre se ha enfrentado a ellos. Ha luchado por la verdad. Hágalo ahora.

El mentón le tiembla, mínimamente, y después su mandíbula se tensa.

—Es mi familia. —Ladea la cabeza y la yergue, dirigiéndome esa mirada impávida, burlona—. Estoy haciendo lo que debo. ¿Haría usted otra cosa, agente Maddox?

El subdirector del FBI trabaja para los rusos.

Estoy en el avión, camino de casa, y me cuesta entender la gravedad de la situación. La Glock que había en el vestidor de Zachary no era más que la punta del iceberg. Ahora he visto más de ese iceberg. Empiezo a vislumbrar lo que hay debajo de la superficie, y es casi inconcebible.

Ni siquiera atisbo a entender lo peligroso que es para nuestro país. ¿Es posible que Jackson esté pasando información a los rusos? ¿Compartiendo secretos con ellos? No he encontrado nada que sugiera que los rusos se han beneficiado de que él ocupe una posición de poder. El flujo de información confidencial que recabamos no ha disminuido. Nuestros activos no han sufrido daños. Que yo sepa, no ha pasado nada.

Pero, con Jackson de su lado, los rusos tienen una influencia tremenda. Un acceso inconmensurable. Y eso basta para que llegue a la conclusión de que no puedo esperar más. Tengo que contárselo a alguien. Pero ¿a quién? ¿En quién puedo confiar? Y ¿qué le diría?

¿Debería acudir al director Lee, contarle que el subdirector trabaja para los rusos, le ha tendido una trampa a mi hijo y está amenazando a todas esas personas inocentes?

¿Qué ocurriría cuando Scott, Barker y Alina lo negasen? No tengo ninguna prueba, y Jackson ha borrado sus huellas. Si digo la verdad, si menciono el arma, las diapositivas, dará la impresión de que estoy lanzando acusaciones falsas para proteger a mi hijo.

Nadie me creería.

Y a Jackson no le pasaría nada.

Jackson trabajó en la sección de Rusia de contrainteligencia. ¿Cuánto pasó a los servicios secretos rusos? Debió de hacer eso. Y ahora es el número dos del Buró. ¿Significa que tiene más acceso? No acceso completo, eso lo sé por mis reuniones con Barker, pero sí el suficiente para causar daños irreparables a nuestro país, paralizar nuestros esfuerzos para recabar información, estoy segura. Me sorprende preguntándome de nuevo si la CIA tendrá alguna idea de lo que están haciendo los rusos, de hasta dónde llegan los tentáculos del gobierno ruso.

Tengo que hablar con Marta. Tengo que ponerme en contacto con ella. Iré a su casa...

Los ojos se me acaban cerrando; llevo días sin apenas dormir. No puedo mantenerlos abiertos más tiempo. Pero mi cerebro sigue activo, no lo puedo evitar.

Pensar en la CIA me hace pensar en esa mujer, la que estaba con Jackson en la casa adosada, hace años. «Vivian.» Por primera vez, me planteo: ¿sería real la foto

que me dio Barker? ¿Estará de verdad a salvo? ¿O se enfrentó a Jackson y sufrió las consecuencias?

Trato de apartar esas preguntas que no tienen respuesta, pero Vivian Miller no se me va de la cabeza. Soy incapaz de quitármela de ella. Es lo último en lo que pienso antes de quedarme dormida.

«¿Qué fue de ella?»

El tren avanza dando sacudidas y la mujer se agarra con más fuerza al asidero, cambia el peso del cuerpo para no perder el equilibrio. La multitud de personas que se dirigen al trabajo se balancean con el movimiento, y por un instante pierde de vista a su marido. Da un paso a la izquierda y ahí está de nuevo. Al fondo del vagón del metro, con la cabeza gacha, mirando el teléfono. No ha levantado la vista, no ha reparado en ella. Y, aunque lo hiciese, no la reconocería en el acto, no con la gorra, las gafas, una sudadera holgada que no se ha puesto en su vida.

No debería hacer esto. Pero al mismo tiempo no lo puede evitar. Sus reuniones en la ciudad, antes poco frecuentes, se han vuelto cada vez más habituales a lo largo de las últimas semanas, y ella tiene los nervios de punta. Dijo que ese día tenía otra reunión, le dijo que no podría recoger a los niños si llamaban de los colegios. De manera que, en lugar de ir al trabajo, ella se cogió el día de baja por enfermedad. Paró a comprar la gorra, las gafas y la ropa nueva, fue en coche hasta la estación de metro y esperó cerca de la boca hasta que él apareció. Luego lo siguió al tren, a una distancia prudencial.

Había aprendido tácticas de vigilancia mucho tiempo atrás. Hacía un par de años que no practicaba, pero se acuerda de todo. Y esto debería ser fácil. La línea roja, sin hacer transbordo. El despacho de su marido está cerca de la estación Gallery Place. Quedan tres paradas.

El tren se detiene en Union Station. Las puertas se abren. Su marido levanta la vista del móvil y avanza entre la multitud hacia ellas.

A ella el corazón empieza a latirle con furia. Se abre camino a codazos hasta otra puerta abierta.

El andén está abarrotado de gente que espera a subir. Lo va a perder. Es preciso que vea adónde se dirige.

Escruta la multitud, lo divisa alejándose de ella, hacia la salida. Exhala un suspiro de alivio, empieza a avanzar hacia él, los ojos clavados en su espalda, pasando por alto los empujones, hasta que...

Un hombre de más edad se interpone en su camino, se para.

—Hola —saluda asintiendo con la cabeza. Resulta inquietante verlo en ese sitio. Se conocen del trabajo, después de todo, y lo que pueden decirse en un lugar público, la forma de saludarse, es limitado.

—Hola. —Ladea la cabeza para mirar tras él, distinguir la espalda de su marido entre la multitud.

En el tren se oye un pitido. Las puertas están a punto de cerrarse. Sigue escudriñando el gentío, se da cuenta con creciente pánico de que lo ha perdido.

—Me temo que ahora mismo no puedo detenerme a charlar —asegura.

¿Dónde estará su marido? Si estaba ahí mismo. El tren se pone en marcha

lentamente y ella mira... y lo ve. En el tren. En otro vagón, con la cabeza gacha, absorto en el teléfono.

—No pasa nada —replica el hombre. Sus ojos, de un azul claro, no abandonan los de ella.

Ella intenta entender lo que ha pasado: su marido sabía que lo estaban siguiendo. Se bajó del vagón para perderla y se subió en el último momento. Una técnica clásica.

O iba distraído y se bajó sin querer en la parada que no era. Al darse cuenta de su error, se volvió a subir.

El hombre se hace a un lado, se quita de en medio, pero ya es demasiado tarde. El tren continúa su camino, desaparece.

El hombre le dedica una sonrisa.

—Me alegro de volver a verte, Vivian.



A Zachary le da lo mismo dónde cenar, así que escojo un restaurante chino cercano, un lugar seguro y predecible. Ahora mismo, esa certeza es lo que necesito.

Nos sentamos el uno frente al otro en un reservado tapizado en rojo y estudiamos la carta. Zachary está hablando de la temática del baile de fin de curso: será de máscaras. Percibo el entusiasmo en su voz y me viene a la memoria cuando lo ayudé a prepararse para su primer baile, años antes. Lo enseñé a hacerse el nudo de la corbata. Lo dejé en el gimnasio, decorado con globos y serpentinas, vi cómo corría a la entrada.

Una camarera toma nota de lo que queremos y vuelve despacio con la bebida: té helado para mí y refresco de raíces para él. Cuando se marcha, Zachary echa un vistazo, se inclina hacia delante y baja la voz.

—Dime, ¿qué está pasando con lo de los anarquistas?

—No te preocupes por eso —contesto casi sin pensar. Si los rusos están involucrados, no quiero que Zachary tome más parte en esto. Lo cierto es que no debería haber permitido que se metiera.

—¿Que no me preocupe?

—Está bajo control.

Se apoya en el respaldo del reservado y me mira sin dar crédito. Estoy segura de que mi cara le dice que no está bajo control. Que dista mucho de estarlo. Bebo un sorbo de té y le pregunto si ha alquilado el esmoquin.

—¿Quieres saber lo que pienso? —replica, pasando por alto mi pregunta.

Niego con la cabeza y cojo el azúcar.

—Que es alguien a quien investigaste. Que alguien va a por ti, como hizo aquel mafioso en Chicago. Sólo que ahora estás metida en una mierda aún mayor. Y yo también lo estoy.

—Te he dicho que no te preocupes —lo reprendo, y lo digo con más dureza de lo que pretendía, pero sus palabras son demasiado parecidas a la advertencia de Barker, y me duelen. «No sabe la mierda en la que se ha metido.»

—Y yo te he dicho a ti que quiero ayudar.

Sacudo la cabeza.

—Esto es responsabilidad mía.

—Es mi vida. —Pone cara de frustración, y me arrolla un sentimiento de culpa.

Tiene razón; sé que la tiene. Pero estamos hablando de los rusos. No sabe lo poderosos que son, lo despiadados que resultan. Y él es sólo un niño. Cuanto más lo pueda alejar de esto, más a salvo estará.

Se saca el móvil del bolsillo trasero y se pone a mirarlo a propósito. No le pido que se lo guarde. Es más sencillo que continuar con la conversación que estamos manteniendo.

Bebo con la pajita y lo observo. Su rostro es impassible, sus dedos van pasando pantallas, abriendo aplicaciones.

Entonces veo que mira algo ilusionado. Está leyendo algo en la pantalla, algo que lo emociona. Parpadea y pone mala cara, un gesto de decepción.

—¿Qué pasa? —Me entra el pánico que suelo sentir cuando sé que algo va mal y no puedo hacer nada al respecto. Es como si un tren viniera a toda velocidad hacia mí y no pudiese quitarme de en medio.

Sus ojos siguen clavados en la pantalla. Leyendo, o releendo, intentando entender algo.

—Zachary, ¿qué pasa?

—No me han admitido en Maryland —dice con tono apagado.

—¿Cómo? —espeto, porque sus palabras no podrían ser menos inesperadas. Tenía las notas, los puntos necesarios, muchos más de los que necesitaba.

Gira el teléfono para que yo vea la pantalla.

—Me han mandado un correo electrónico de secretaría.

—¿Dice por qué?

Niega con la cabeza.

La camarera llega a la mesa y nos pone los platos delante con torpeza. Le doy las gracias, fingiendo no observar a Zachary, que ha vuelto a centrar su atención en el móvil, y veo que pugna por entender la noticia. Sólo levanta la cabeza cuando la camarera se ha ido, cuando volvemos a estar los dos solos.

—Joder, mamá. ¿Será porque dejé los clubes?

Parece tan tremendamente pequeño... Tiene la cara de un niño al que le han roto el corazón porque no ha podido entrar en el equipo de baloncesto, aunque lo intentó con todas sus fuerzas, practicó tanto...

—No —replico, y empiezo a estar furiosa. Es Jackson, estoy segura. No sé lo que ha hecho ni cómo lo ha hecho, pero sé que es él. Maryland era una apuesta segura, por el amor de Dios.

—¿Es por lo del grupo anarquista? ¿El email, las fotos que encontré en ese foro? — Mi hijo me escudriña: quiere respuestas—. ¿Se enteraron en Maryland?

—No. No lo creo.

—¿Y si no puedo entrar en ninguna de las otras universidades? —pregunta. Y en mi cabeza vuelve a resonar ese niñito en el coche: «¿Estamos a salvo, mami?».

Sólo que esta vez no sé cuál es la respuesta. No lo sé. Y ni siquiera sé si importa. Ahora mismo hay cosas en juego mucho más importantes que la universidad.

La camarera escoge ese momento para pararse en nuestra mesa.

—¿Todo bien por aquí?

Miro la comida, que ninguno de los dos ha tocado. Veo la cara de Zachary hace un instante, esa mirada tan alicaída.

—Sí —miento. Después levanto la cabeza y miro a mi hijo a los ojos—. Todo irá bien.

Zachary me dice que después de cenar quedará con unos amigos. Es viernes por la noche, no debería sorprenderme. Sin embargo, eso hace que añore igualmente los días en que era demasiado pequeño para salir. Cuando los viernes por la noche eran

para nosotros dos. Noches en las que solíamos ver películas. Todavía oigo su risa aguda con las payasadas de algún personaje. Yo nunca sabía muy bien de qué se reía, en realidad nunca veía esas películas, solía estar enfrascada en el portátil o pensando en el trabajo.

Ojalá pudiera volver atrás y repetir esos momentos. Acurrucarme con él, reírme con él. Reírme de verdad. Prestar atención. Estar con él.

Voy al hospital. Mi madre está sentada en la cama, leyendo una de esas novelitas de misterio amables que tanto le gustan, de las que tienen gatos en la cubierta. Sonríe al verme entrar, deja el libro. Le doy un beso y me siento a su lado, en la silla.

—Tienes mucho mejor aspecto. ¿Cómo te encuentras?

—Lo cierto es que bien. Tengo entendido que es posible que me den el alta dentro de unos días.

—Eso he oído. Me alegro. —La imagino yéndose a casa sola—. Será mejor que te vengas una temporada a casa con Zachary y conmigo.

—Uy, no querría molestar. Estaré bien sola.

—No sería una molestia. Eres mi madre. Y a tu nieto le encantaría.

—Ya, pero... —Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa tensa. Y sé que las dos estamos pensando en las barbaridades que nos dijimos—. Gracias, cariño. Lo pensaré.

Mi madre toquetea el libro, pero no lo coge. Oigo que por el pasillo pasa un carrito. La cena de alguien, sin duda.

—¿Dónde está Zachary?

—Ha salido con sus amigos.

—¿Va todo bien entre vosotros?

Me encojo de hombros.

—Claro.

Frunce el ceño, como si no me creyera.

—Y el trabajo, ¿qué tal?

—Bien.

La conversación de siempre. «¿Qué tal el trabajo? Bien.» Sin embargo, esta vez veo en sus ojos que quiere decir algo más, que hay más. «No lo hagas, mamá.»

—¿Y las horas?

—¿A qué te refieres? —pregunto, demasiado a la defensiva.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Sigues trabajando las veinticuatro horas?

—Trabajo duro —contesto secamente, con un tono que debería poner punto final a la discusión. Pero su reacción me dice que no va a ser así.

—Zachary se irá pronto a la universidad.

«No vuelvas a hacer esto.»

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sólo que quizá deberías tomarte las cosas con calma este verano, cariño.

Es esa palabra, «cariño», la que me provoca. Para variar, podría entender lo importante que es mi trabajo. Lo necesario. Y, después de la pelea que tuvimos en mi casa, después de que acabara contándole la verdad, debería entender por qué es tan importante.

—Di ya lo que quieres decir en realidad, mamá. Trabajo demasiado. No paso

bastante tiempo con mi hijo.

—Pues sí, así es.

Nos lanzamos una mirada asesina. Dos enfermeras se detienen en la puerta, quejándose del paciente de la 306, que le tiró la bandeja a un celador.

—Es sólo que..., mira, cuando seas vieja, Stephanie, te arrepentirás. Te arrepentirás de no tener una mejor relación con tu hijo.

—Es un adolescente, por Dios, mamá. Hay tiempo más que de sobra para acercarme a él.

—No lo conoces.

—¡Claro que lo conozco!

Niega con la cabeza. Vuelve a hacer pliegues en la sábana con los dedos. Va a decir algo que no quiero oír, y la rabia me consume.

—No lo conoces, Stephanie. Y, si no lo conoces ahora, no lo conocerás nunca.

Ahora estoy que trino.

—¿Por qué siempre tienes la necesidad de machacarme cuando estoy baja?

—Cariño, no te machaco cuando estás baja, intento ayudarte.

—¿Diciéndome sin parar lo mala madre que soy?

—No eres una mala madre, Stephanie. No estoy diciendo eso. Nunca diría eso. Yo sólo digo que no lo conoces.

—¿Y tú sí? —Percibo el tono de desdén, y me da lo mismo.

Parpadea, dolida con el sarcasmo.

—Pues sí, sí. Mejor que tú. Cuando tiene algún problema, Stephanie, acude a mí, no a ti.

Las palabras son como un golpe, como si me hirieran físicamente.

—¿De qué estás hablando?

—Lo que oyes. Como la vez que necesitaba dinero. No acudió a ti. Vino a mí.

«¿La vez que necesitaba dinero?» ¿Se puede saber de qué está hablando? Me devano los sesos y no recuerdo que haya ocurrido algo así. Pero tampoco es que pueda admitirlo, ¿no?

—Mira, cariño, yo lo único que digo es que tienes que trabajar en tu relación con Zach. Tiene que sentir que puede confiar en ti.

La frustración hace que me cueste pensar con claridad. ¿Podría ser cierto? ¿Zachary confía más en ella que en mí? ¿La quiere más que a mí?

—Tienes que replantearte cuáles son tus prioridades.

—Tengo que irme. —Siento un latido tan ruidoso en el cerebro que me mareo.

—Stephanie...

—Deja de meterte en mi vida, mamá. Por una puñetera vez, aléjate de mi vida.

La radio está apagada, y lo único que se oye en el coche es el runrún del motor. Tengo un revoltijo de ideas en la cabeza que intento cribar, entender.

No puedo concentrarme en la conversación que he mantenido con mi madre. No puedo pensar en ella. No puedo reconocer que quizá tenga razón, que es posible que haya cometido algunos errores terribles, errores que no puedo arreglar.

De modo que me centro en lo que sí puedo arreglar, en lo que tengo que arreglar.

Jackson. El subdirector del FBI le está haciendo esto a mi familia, destrozándola,

amenazando con acabar con ella.

No puedo olvidar la expresión alicaída de Zachary en el restaurante. El capullo de Jackson hizo algo para asegurarse de que Maryland rechazara a mi inocente hijo.

Es otro mensaje. Otra advertencia. Jackson me está haciendo saber que tiene poder para acabar con el futuro de Zachary.

Y, en efecto, es así. Su gente accedió hasta las personas a las que acusaron de ser agentes encubiertos en prisión. Las convenció de que cambiaran la posibilidad de ser libres por una vida entre rejas. Mi vida y la de Zachary son insignificantes en comparación con eso. Muy muy insignificantes. Si son capaces de hacer eso, ¿hasta dónde podrían llegar?

Cuando aparezco por casa, ya ha oscurecido. Aparco y apago el motor. Pero no me muevo. El rechazo de Maryland se debe a que fui a ver a Alina, ¿o tal vez no? Quizá la amenaza que filtró fue porque visité a Barker. Mis indagaciones están teniendo consecuencias directas —consecuencias desagradables— para mi hijo.

¿Hasta qué punto empeorarían las cosas si dijera la verdad? Ni siquiera quiero sopesar esa posibilidad.

El hecho de que me tenga atrapada, de que ahora mismo no tenga más alternativa que guardar silencio, hace que me sienta furiosa.

Me obligo a sacar la llave del contacto y a salir del coche. Voy hacia la puerta principal, distraída. La abro y entro. Tardo una décima de segundo en darme cuenta de que la alarma no ha sonado. Hay un silencio sepulcral.

Otra décima de segundo y oigo una voz salida de la oscuridad.

—No te muevas.

Soy sumamente consciente del arma que llevo en la cadera. De él, detrás de mí. Cerca. Noto su presencia. Imagino dónde está exactamente.

—No intentes sacar el arma —advierte Jackson, como si me leyera el pensamiento—. Levanta las manos despacio por encima...

Y una mierda. Giro sobre mis talones hacia él, la mano derecha tratando de coger el arma mientras subo el brazo izquierdo en una maniobra de bloqueo, pero me detiene, casi en el acto, antes de que pueda volverme del todo, antes de que pueda tocar el arma.

Me sujeta ambos brazos con las manos, con fuerza. Ha anticipado mis movimientos, sabía exactamente lo que iba a hacer. Y entonces caigo, demasiado tarde: lo sabía porque ha recibido exactamente el mismo entrenamiento que yo.

Mi respiración es acelerada. Sus dedos se me clavan en la carne, inmovilizándome. Noto su fuerza: sé que no hay forma de zafarme.

Miro las manos en mis brazos: lleva unos finos guantes de látex. No dejará ninguna huella.

Justo entonces me echa hacia atrás los brazos, me sujeta las muñecas con una mano y con la otra me coge el arma. Me suelta los brazos, pero ya no tengo ningún poder, y los dos lo sabemos. Sin el arma no tengo nada que hacer contra él.

«¿Qué es lo que quiere?», pregunta mi cerebro a gritos.

—Creo que ha llegado el momento de hablar cara a cara.

Su rostro es grave, serio, como aquel día, en el adosado. Vuelve a ser esa persona ahora, no el hombre sonriente, afable del primer plano. Resulta amenazador.

Miro el arma que sostiene en la mano. Me devano los sesos, no estoy dispuesta a rendirme, y pienso en el soporte con cuchillos de la cocina, en todos esos cuchillos afilados. Concibo un rayo de esperanza. Un cuchillo no puede competir con un arma, pero necesito algo para defenderme, y un cuchillo es mejor que nada.

Me observa. Es una mirada inquietante, como si pudiera saber lo que pienso. Claro que lo han entrenado para eso, ¿no?

—¿Qué quiere de mí? —pregunto.

Sacude ligeramente la cabeza, con fastidio, como si no tuviera derecho a formular preguntas, como si él estuviese al mando, aunque está en mi casa.

No está al mando. No permitiré que me intimide para someterme.

—¿Qué quiere? —repito.

—No abras la boca. Déjalo estar.

Esto no tiene por objeto únicamente comprar mi silencio. He guardado silencio.

—¿Qué más? Sé que hay algo más.

—Siempre hay algo más —conviene conmigo.

Le lanzo una mirada asesina, pero lo único que veo en realidad es la imagen que

tengo en la cabeza, los cuchillos de la cocina. Imagino cuál será la mejor forma de salir disparada hacia la encimera, cuál será su reacción más probable. Ir a por mí, lo sé; lo hará instintivamente. Pero yo contaré con el elemento sorpresa, y él no tendrá tiempo para pensar cuál es la mejor reacción. Y eso significa que tendré un cuchillo antes de que él pueda sacar un arma. Podré coger las armas, reducirlo, llamar a las autoridades, que vean que está en mi casa, amenazándome.

El corazón se me sale por la boca. Tengo que hacer esto, necesito hacerlo.

—Los cuchillos ya no están en su sitio —afirma—. Los he quitado.

Las palabras hacen que me quede fría. Sabía lo que yo iba a hacer. «¿Cómo sabe lo que estaba pensando?»

—¿Qué más quiere de mí? —Doy un paso adelante, hacia él, hacia la puerta.

Ladea la cabeza.

—Te necesito de mi lado, Stephanie.

—¿Qué significa eso? —Un paso más adelante.

Esta vez, él da un paso atrás.

—Ocupas un puesto importante. Investigaciones Internas. Si alguien sospecha de mí, acallarás sus sospechas y me lo harás saber.

—Quiere que lo proteja. —Lo que digo tiene sentido, todo el del mundo.

—Piensa que estás protegiendo a tu hijo, si lo prefieres.

La mención a Zachary hace que se me encoja el estómago.

—Y, si no lo hago, usted intentará que dé la impresión de que planea un ataque terrorista.

Se ríe con suavidad.

—No lo intentaré, Steph. Haré que lo condenen. Pasará mucho tiempo en la cárcel.

Me viene a la cabeza Alina. Esquelética, con ese mono enorme. La heladora sala de interrogatorios en la que hablamos. Pero yo ni siquiera tendría eso con Zachary. Probablemente tendríamos que hablar a través de un cristal.

—Tenemos muchas más pruebas incriminatorias contra él. Y contra ti también.

«¿Contra mí?» ¿Qué tienen contra mí? Y, lo que es más importante, ¿qué más tienen contra Zachary?

—El teléfono de prepago, la llamada a la línea de avisos. Una decisión interesante, la tuya.

Recuerdo el todoterreno, los faros iluminándome.

—Tenía que hacer algo.

—Lo que hiciste fue darnos pruebas de que sabías de la existencia de un complot. El complot de tu hijo. Que tú lo ayudaste y lo secundaste.

Ayudé y secundé. Dios mío.

—No puede demostrar nada. —Me viene a la memoria de nuevo el todoterreno, los faros barriéndome. Si conducía él, es imposible que viera lo que hice, que se hiciera con pruebas. Estaba demasiado lejos.

—Desde luego que puedo. —Se pasa mi arma a la mano izquierda, mete la derecha en el bolsillo y saca su móvil. Desliza el pulgar por la pantalla, selecciona una foto y gira el teléfono para que yo la vea.

Soy yo, agachada junto a la rueda, metiendo el teléfono de prepago debajo.

Mierda.

¿Cómo la hizo? No debía de ser él quien conducía el todoterreno. Debía de tener un cómplice.

Tiene pruebas de que compré ese teléfono, de que efectué esa llamada, destruí la prueba. Pruebas de que sabía de la existencia del complot, no dije nada.

—Estás uniendo los puntos, ¿eh? —Parece divertirse.

Le lanzo una mirada furiosa.

—¿Y si hago lo que me pide?

—Tu hijo irá a la universidad, disfrutará de su vida. Y tú también.

Esta vez a quien veo es a Barker. Las fotografías de la repisa de la chimenea, la familia feliz. Intento desechar la imagen. En su lugar veo a Scott, metiendo fotos en la caja de cartón. La instantánea de sus hijos, sonriendo. Se encuentran en Omaha, pero están juntos. Están a salvo.

Dios mío, eso es lo que yo quiero. Quiero con toda mi alma que Zachary esté a salvo y feliz, que mi vida siga como hasta ahora. Lo único que tendría que hacer es informar a Jackson si alguien lo investigara. Protegerlo.

—Sé para quién trabaja —escupo.

—¿Ah, sí? —replica con tono burlón.

Sigue sin tener sentido, tantos esfuerzos para tenderle una trampa a Zachary, utilizarlo de cebo para hacer que yo cierre investigaciones. Es demasiado complicado.

Y esto no tiene que ver únicamente con la protección. Sé cómo trabaja esa gente. Si consiguieran tenerme bajo su poder, si accediese a hacer lo que me pide Jackson, la cosa no acabaría ahí. Siempre habría algo más.

—Podría decir la verdad —afirmo—. De todo.

—Eres más lista que eso.

Me fijo en el sistema de alarma, junto a la puerta. Me he acercado a él sin que Jackson se dé cuenta. Lo bastante para llegar al botón de pánico, una luz verde intermitente.

Me abalanzo sobre él, lo pulso con fuerza. La luz verde pasa a roja, y sé que en alguna parte alguien está llamando a Urgencias por mí. La policía no tardará en llegar. Me recorre un temblor, y no sé si es de alivio o de miedo. Pero al menos he hecho algo.

—Mal movimiento. —Su forma de decir las palabras me deja helada—. ¿Qué le dirás exactamente a la policía?

Coge la manija de la puerta y se vuelve, la expresión fría, implacable. Es la misma mirada de advertencia que me lanzó en aquella casa adosada, hace años.

«Nadie te creería, Steph.»

Cuando la puerta se cierra, cojo el teléfono. Llamo a la compañía de seguridad, le digo a la operadora que ha sido una falsa alarma, que no hace falta que venga la policía. El botón de pánico ha cumplido con su cometido, ¿no es así? Jackson se ha ido de mi casa. Y he demostrado que estoy dispuesta a pelear.

Aun así, tengo sus palabras grabadas en el cerebro, repitiéndose en un bucle infinito: «Nadie te creería».

Jackson tiene pruebas de que llamé para avisar de la amenaza. Lo que significa que tenía alguna prueba y no la entregué. Ya no es sólo Zachary el que corre peligro de ir a la cárcel, sino yo también.



Jackson quiere que mantenga la boca cerrada y lo proteja. Y, a cambio, Zachary seguirá teniendo un futuro brillante.

O puedo decir la verdad, y sé que ambos iremos a la cárcel.

Me tiene atrapada.

Más que cualquier otra cosa, quiero proteger a Zachary. Pero no decir nada no es la mejor forma de lograrlo. En el fondo lo sé. Lo he sabido siempre, desde el día que Halliday intentó destrozarme la vida.

Si guardo silencio esta vez, Jackson ganará.

Dos horas después he instalado cámaras alrededor de la puerta principal, dentro y fuera. Dispositivos de grabación de audio ocultos, por si Jackson ve las cámaras. Un sensor de movimiento que envía una alarma directamente a mi móvil. Si Jackson vuelve, estaré preparada.

Llevo encima un dispositivo de escucha, pegado al cuerpo, bajo la camisa. Lo he probado, me he asegurado de que funciona. A partir de ahora lo llevaré siempre. Sé cómo pulsar el botón de encendido a través de la ropa, discretamente.

Me siento segura. Preparada. La próxima vez que vea a Jackson, conseguiré la prueba que necesito. Haré que lo metan en la cárcel.

No se saldrá con la suya. Esta vez no.

El sábado pasó sin que me diese cuenta. De no ser por la nube que pende sobre nuestra cabeza, habría sido como cualquier otro. Por la mañana fui a hacer la compra, recogí lo que había llevado a la tintorería y salí a correr durante bastante tiempo. Zachary se quedó durmiendo y estuvo trabajando unas horas: programando, en su portátil, en la mesa de su habitación. Traté, en vano, de no pensar en Jackson y en las diapositivas y en el hecho de que el futuro de mi hijo es incierto.

El domingo por la mañana fui a ver a Marta a su casa, en McLean, cerca de Langley. Llamé a la puerta. Nada. Volví a llamarla al móvil: tenía el buzón de voz lleno. Marta viaja mucho, por trabajo. Si está fuera del país, es posible que no se haya llevado el móvil personal. O puede que siga sin querer hablar conmigo. Es dura. Creo que se encuentra bien. Con todo, las semillas de la preocupación comienzan a crecer.

Ya es domingo por la tarde y Jackson no ha vuelto. No soporto estar protegiendo su secreto, saber esta terrible verdad sobre el número dos del Buró. Pero, con el micrófono oculto que llevo, con este plan, por fin tengo la sensación de que estoy contraatacando. Volverá, sé que lo hará. El Buró me enseñó todo lo necesario para tender una trampa a quienes creen estar por encima de la ley. Estoy preparada para que vuelva.

Sólo tengo que aguantar un poco más; pronto contaré la verdad.

Zachary y yo estamos cenando comida mexicana de un restaurante que está a unas manzanas: burritos y tacos. Me está hablando de un concierto que habrá en agosto, en el centro. Ese grupo que le gusta, el que siempre está echando pestes contra la policía.

—Entonces ¿puedo ir? —pregunta.

—Es en agosto. ¿Podemos hablarlo cuando se acerque la fecha?

—Tengo que comprar las entradas.

—Ya sabes que no me gusta su música.

—Y tú ya sabes que a mí sí.

—Está bien. Pero vuelves a la hora de siempre.

Entorna los ojos y se aparta de la frente un mechón de pelo despeinado. El teléfono me vibra en la mesa, me ha entrado un mensaje. Lo miro de soslayo, con la esperanza de que sea Marta, que por fin me devuelve la llamada.

Número desconocido.

¿Ha tomado una decisión?

El mensaje me resulta indiscreto, invasivo, como si estuviese de nuevo aquí, en casa, sin que nadie lo haya invitado. Es Jackson, estoy segura. Tengo la repentina, inquietante sensación de que nos vigilan. Pero nadie nos mira, naturalmente; estamos a salvo dentro de casa, con las persianas bajadas, la alarma puesta.

—¿Te encuentras bien? —Veo la preocupación reflejada en el rostro de Zachary.

Me doy cuenta de que estaba hablando y yo no he oído una sola palabra. Y no sé cómo responder a su pregunta, porque no me encuentro bien (no nos encontramos bien), nada bien.

—Es sólo que tengo muchas cosas en la cabeza.

Veo que sigue comiendo y vuelvo a mirar el teléfono, el mensaje: «¿Ha tomado una decisión?».

No lo sé. ¿La he tomado?

Me pongo la ropa de *running* y salgo de casa, empiezo con un trote lento. Esta noche el aire es frío, pero no hay viento. Hace que la noche resulte especialmente tranquila. Lo único que oigo son mis pies golpeando el pavimento. Subo el ritmo, corro más deprisa.

Me dirijo hacia el norte, lejos de la ciudad, lejos del National Mall y los monumentos. Once kilómetros, veintidós ida y vuelta. Sé con exactitud adónde me dirijo.

Dejo atrás la señal de Friendship Heights y, como de costumbre, vuelvo a pensar en Marta. La sensación de preocupación me invade de nuevo, me causa inquietud. Tengo que localizarla, estar segura del todo de que se encuentra bien.

Corro más deprisa. Siento una tensión en las piernas, los músculos se quejan, advirtiéndome de que estoy corriendo demasiado deprisa, apretando demasiado. El sudor me perla la frente, lo noto frío en la piel.

Ya estoy en Bethesda, en ese vecindario que conozco tan bien. El de Vivian. Sin pensar, giro a la derecha y me meto en su calle, sin aflojar el ritmo. Allí todo está en silencio. Hay coches en los caminos de acceso, por las cortinas y las persianas sale luz, las familias reunidas para pasar la noche.

Veo su casa. A oscuras, como de costumbre. Sin embargo, ante ella hay un coche, al ralentí, los pilotos y las luces de freno encendidas. Un escalofrío me recorre la nuca.

Avanzo un poco más, ya estoy lo bastante cerca para distinguir la forma: un tres puertas. Con matrícula de Virginia.

La misma clase de coche que salió del edificio donde vive mi madre minutos después de que sufriera la caída.

Las luces de freno parpadean y el coche empieza a moverse. En un principio se aleja de mí, pero de pronto hace un cambio de sentido, los faros barriendo el sitio en el que me encuentro. Retrocedo instintivamente, me meto en un matorral, me escondo, el corazón a punto de estallar.

El vehículo sigue adelante y lo veo pasar. Es rojo. «Un tres puertas rojo.»

Me viene de inmediato a la cabeza el vídeo de la cámara de seguridad del edificio donde vive mi madre, el hombre con la gorra oscura que sale del ascensor justo después de que ella sufriera la caída, que se dirige deprisa al aparcamiento, se sube a un tres puertas.

Y ahora hay un tres puertas delante de la casa de Vivian.

No es una coincidencia.

«Podría serlo», me reprende la voz de mi cabeza. La psiquiatra.

«No lo es», le aseguro. Y lo siento así con cada fibra de mi ser. La caída de mi madre no fue un accidente. Que el tres puertas esté ahí no es una coincidencia.

«Empiezas a estar paranoica», se burla la voz.

Tengo que ver quién conduce ese coche. Tengo que ver adónde va.

Salgo de donde estoy, los pies golpeando el pavimento, los ojos clavados en los pilotos. Lo seguiré todo lo que pueda. Delante hay una carretera más grande; quizá si el coche se mete en un atasco...

Ahora estoy haciendo un esprint, desesperada por darle alcance, desesperada por no perderlo. Se ha detenido delante, en el cruce. Hay un flujo ininterrumpido de coches que baja a toda velocidad por la calle que cruza. Voy ganando terreno mientras espera, estoy cada vez más cerca.

Se abre un hueco en el tráfico. El coche gira a la derecha. «Mierda.»

Ya casi he llegado, casi estoy en la carretera. Si consigo no perderlo de vista...

Un taxi. Lo veo con el rabillo del ojo. Con la luz en la parte de arriba, encendida. Levanto un brazo al acercarme al cruce, rezando para que esté lo bastante cerca como para que el taxista me vea...

El vehículo gira bruscamente y se acerca a la acera, aminorando la marcha hasta detenerse.

Me subo, cierro la puerta.

—Todo recto —indico, sin aliento, al taxista.

—¿Adónde?

—Yo le voy diciendo.

Esto es una locura. Resuello, escudriñando el tráfico, desesperada por ver un destello rojo. El taxi se incorpora al carril izquierdo, cobra velocidad.

Y entonces lo veo.

Unos cuatro coches por delante, en el carril derecho. Un tres puertas rojo. Concibo

esperanzas. «No estoy paranoica.»

El coche se mete a la derecha en el siguiente cruce.

—Por ahí —le digo al taxista.

Seguimos detrás, avanzando a poco más de sesenta por hora. Hacia Maryland. North Bethesda. Casi estamos en Rockville cuando el tres puertas gira de nuevo. A la izquierda esta vez, en un vecindario.

—Gire a la izquierda ahí, pero no se acerque mucho.

El taxista me mira por el espejo retrovisor. Sabe que estoy siguiendo a ese coche, pero hace lo que le pido igualmente. Reduce la velocidad, pero sin perder el coche de vista.

El tres puertas sube una colina, baja otra. Es un vecindario arbolado, con casas grandes, la mayoría de estilo colonial. Y somos los dos únicos coches de la carretera. Se va a dar cuenta de que lo sigo, no me cabe la menor duda. Tengo que desviarme.

—¿Podría girar a la derecha aquí?

El taxista hace lo que le pido.

—Si no le importa esperar aquí un momento...

Para junto a la carretera, y yo aguzo la vista desde el asiento. Veo una luz roja, las luces de freno. El coche reduce la velocidad, avanza despacio. Luego acelera de forma inesperada, sigue adelante hasta que dejo de distinguirlo.

El taxista me observa de nuevo por el retrovisor, disfrutando con este juego, aguardando el siguiente movimiento. Y no sé qué decirle.

Quiero decirle que pise el acelerador, que dé alcance al tres puertas. Pero no voy armada. Soy vulnerable. Y el taxista también, y no es justo que lo ponga en peligro.

Escudriño la calle, el tramo en el que ha frenado el tres puertas. Si lograra averiguar por qué estaba ahí...

—¿Le importaría ir por ahí?

El taxista accede a mi deseo.

Me llama la atención una casa en concreto. De dos plantas y estilo colonial, con un amplio porche delantero. En el camino de acceso hay un monovolumen.

Dentro se ve una luz cálida. Las ventanas están desnudas, sin cortinas, sin persianas, sin nada que tape la vista.

Ve a una mujer de pie delante de la ventana de la cocina, secando platos.

Justo cuando el coche se sitúa a la altura de la casa, ella levanta la vista. Nuestros ojos se cruzan tan sólo un instante.

Y la sorpresa hace que me quede sin aliento.

Es ella.

—Y ahora, ¿por dónde, señora?

Estamos en un cruce. Echo un vistazo a mi alrededor, pero no veo ni rastro del tres puertas. Sin embargo, cabe la posibilidad, la remota posibilidad, de que haya encontrado algo más importante incluso.

Dos años. He estado casi dos años buscando a esa mujer en vano.

Y ahí está.

Y tiene algo que ver con Jackson. Ella es el motivo de que yo me haya metido en este lío, ¿o acaso no es así? Y todo porque estaba obsesionada por saber que se encontraba a salvo.

—¿Señora? —El taxista me mira de nuevo por el espejo retrovisor. Percibo su tono de recelo. He forzado demasiado.

—Dupont Circle.

Pone el intermitente.

Mientras oigo el sonido, observo los faros desdibujados a mi alrededor y pienso: «Vivian está aquí. A salvo».

Cierro los ojos y respiro hondo. Sin embargo, lo único que veo es ese tres puertas. Lo veo saliendo del aparcamiento después de que mi madre se cayera. Parado delante de la casa de Vivian. Y ahora en ese sitio, frente a esa casa.

Quienquiera que conduzca ese coche tuvo que ver con la caída de mi madre.

Y ahora le sigue la pista a Vivian. La espía.

Y me equivocaba. Después de todo, esa mujer no está a salvo, ¿no es verdad?

Clavo la vista en el tablero de ajedrez que tengo delante, que sigue como estaba, esperando a que Zachary mueva. No obstante, yo sólo puedo pensar en cuál será mi próximo movimiento.

Vivian Miller conoce a Jackson. Fue Jackson quien la reubicó tras el incidente en el adosado, eso es lo que me dijo Barker. Y ahora ha vuelto. ¿Estoy en lo cierto? ¿Se encuentra en peligro, es otro objetivo, otra víctima de chantaje?

¿O acaso trabaja para él, para los rusos?

Mi cerebro me pide que espere. Que espere a que Jackson me aborde de nuevo, a que grabe una confesión, a que consiga que se vaya. Cada vez que me he puesto a escarbar, en busca de pruebas, no he hecho sino meter a Zachary en un hoyo cada vez más profundo. No sé cuál es la historia de Vivian Miller. No sé cómo encaja en todo esto. Y, sin saber eso, acercarme a ella sería arriesgado.

No obstante, el corazón me dice que es una víctima. Que es vulnerable.

¿Puedo dejar estar eso?

La alarma de Zachary suena a las seis. Oigo la ducha mientras estoy sentada a la

mesa, sin tocar el café, observando el reloj.

Zachary aparece, lleva unos vaqueros y una sudadera con capucha negra. Se sorprende al verme, se encoge de hombros y va a la despensa. Sale un instante después, metiéndose unas barritas proteicas en el bolsillo trasero del pantalón. A punto de salir disparado. La tristeza que siento hace que se me salten las lágrimas.

—¿Qué tienes hoy en el instituto, cariño?

—Nada.

—¿Y después?

—Nada, mamá.

Me invade la frustración.

—Zachary, la abuela me dijo que fuiste a verla la semana pasada.

—¿Y?

—Y no me lo dijiste.

—¿Y? —espeta, desafiante.

—Mencionó que fuiste con Lila.

—¿Sí? Y ¿qué quieres decirme con eso?

—Zachary, a mí ni siquiera me has hablado de ella.

—¿Por qué te importa?

¿Que por qué me importa? ¿Por qué estoy deseando ahora mismo enzarzarme en una pelea?

—¡Porque soy tu madre! Porque debería saber lo que pasa en tu vida.

—Tú nunca me cuentas lo que pasa en la tuya.

—Eso es algo completamente distinto.

—¿Por qué?

—Soy tu madre, Zachary. Debería saber con quién sales, qué haces. De mí depende que no te pase nada.

—¿No crees que yo siento eso mismo contigo?

Lo miro atónita. ¿De qué está hablando?

Antes de que se me ocurra una respuesta, se inclina y me da un beso en la mejilla. Un instante después sale por la puerta.

En el buzón figura el apellido Lane. No Miller, sino Lane.

En la casa hay luces encendidas, pero no veo a nadie moviéndose dentro.

En lugar de llamar al timbre, llamo a la puerta, con energía. Y espero, conteniendo la respiración. Momentos después la veo por la ventanita que hay junto a la puerta. Nos miramos a través del cristal. Por la cara que pone cualquiera diría que ha visto un fantasma. «Se acuerda de mí.»

Se descorre un cerrojo y la puerta se abre.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunta Vivian Miller, recuperando la compostura.

—Steph Maddox, FBI. —Le enseñé mis credenciales, y veo que vuelve a sus ojos la expresión de recelo—. ¿Podríamos hablar un momento?

Examina mis credenciales con atención antes de levantar la cabeza y asentir.

—Sí, claro. ¿Quiere pasar? —Abre más la puerta.

Me invita a entrar en un salón. Contra la pared hay un sofá gastado, un cortacésped de juguete volcado. Me siento en los hundidos cojines del sofá; en la silla que hay



enfrente veo una muñeca con un vestido andrajoso, que me mira sin pestañear.

—¿Viv?, ¿todo bien? —Una voz de hombre, desde el interior de la casa. Se oye un cencerreo de cacharros de cocina. La puerta de la nevera que se abre, se cierra.

—Sí —contesta. No dice más, no me menciona. Y tampoco aparta los ojos de mí.

Un niño pequeño entra en la habitación, y Vivian centra su atención en él.

—Chase, sácate el pulgar de la boca —ordena al mismo tiempo que se acerca a él. Sin embargo, su voz es dulce.

Entra otro niño. ¿Gemelos? Parece tener la misma edad, aunque éste es más bajito. Va directo al cortacésped, lo coge y lo saca del salón. El primer niño sale corriendo tras él. Oigo el cortacésped en la cocina, y más ruido.

—Perdone, esto es un poco de locos —se disculpa sonriendo un instante. Se sienta, uniendo las manos en el regazo. Lleva un top suelto de color crema, pantalones ajustados negros y zapatos planos negros. Tiene el cabello más corto que la última vez que la vi—. ¿Tiene usted hijos?

—Uno. Un chico.

—¿De cuántos años?

—Diecisiete. Parece que fue ayer cuando decía cinco.

—No parece lo bastante mayor para tener un hijo de diecisiete años.

—¿Cuántos tienen los suyos?

—Nueve, seis, y los gemelos, tres.

—Cuatro hijos, vaya.

Su cara me dice que está acostumbrada a oír eso.

—¿Viv, puedes...? —En la habitación entra un hombre. Alto, con abundante cabello oscuro y rasgos marcados, en la mano sostiene una espátula. Al verme, se detiene—. Uy, lo siento. No sabía... —No termina la frase, lanza a Vivian una mirada burlona.

—Ésta es la agente especial Maddox —informa ella—, del Buró.

Él me sonrío con absoluta naturalidad. Casi demasiada, como si fuese habitual que se pasaran agentes del FBI por la casa de uno por la mañana.

—Encantado de conocerla, agente Maddox. —En la otra habitación se oye un chirrido y después una niña grita: «¡Papá! ¡Luke está haciendo trampas!»—. Le pido disculpas por el jaleo. Las mañanas aquí son un poco caóticas.

—No pasa nada.

Su sonrisa se ensancha y acto seguido sale del salón. Lo oigo mediar en la pelea de los niños, acallar sus protestas con tranquilidad.

—Lo siento. Bien. —No veo temor en su cara, nada que indique que esconde algún secreto de traición. Pero me observa atentamente—. ¿Qué puedo hacer por usted, agente Maddox?

—Llámeme Steph. —Vacilo. Se oye más ruido en la cocina—. Nos conocimos hace años. La noche...

—Me acuerdo. —Su mirada sigue serena; su tono es definitivo; el mensaje, claro: «No quiero hablar de ese día».

—¿Aún trabaja en la Agencia?

—Sí.

—¿En la sección de Rusia? —Por primera vez algo cambia en su rostro. Era dar palos de ciego, pero su expresión me dice que estoy en lo cierto. Continúo presionando

—. Es sólo que... ¿conoce a una mujer llamada Marta Markovich? También trabaja en la Agencia, y es una buena amiga mía, pero últimamente no consigo ponerme en contacto con ella.

—Marta, sí, claro. —La sospecha afloja, pero no se va de sus ojos.

—¿Se encuentra bien?

—Eso creo.

—¿Ya no trabaja usted con ella?

Coge la muñeca y le baja el cuello del vestido.

—Lo cierto es que de eso no puedo hablar. Estoy segura de que lo entiende.

Es verdad. Lo sé por las conversaciones que he mantenido con Marta sobre ella.

Otro ruido en la cocina, pasos, el jaleo habitual cuando se prepara el desayuno.

—¿Puedo ayudarla en algo más? —inquiere Vivian.

—Lo cierto es que sí. Me gustaría hablar con usted de alguien con quien trabajó en el pasado. Un compañero mío, en realidad. El subdirector Jackson.

¿La sorprende? No sabría decirlo.

—Lo conozco bien.

—¿Tiene algún motivo para pensar que podría estar involucrado en alguna actividad ilegal?

En la cocina, los sonidos cesan.

—¿Jackson? —Lo dice casi riendo—. Desde luego que no.

Da la impresión de que no miente. Como si esa acusación no tuviera nada de verdad, al menos en su cabeza.

—Le confiaría mi vida —añade con firmeza—. De hecho, se la he confiado.

Parece completamente sincera. Y eso me llena de confusión, porque recuerdo aquella noche. Recuerdo la cara que tenía ella, y él. La forma en que me clavó los dedos en el brazo...

Oigo algún utensilio que golpea el lateral de la sartén. La puerta de la nevera se abre de nuevo, se cierra con brusquedad.

—En aquel adosado, la noche del... de aquel incidente..., usted guardaba un secreto. —No sé muy bien adónde quiero ir a parar con esto, pero necesito saber qué era, lo que esconde Vivian—. Estaba usted allí con Jackson. Y desde entonces... —De pronto, en la casa reina el silencio. Me recorre un escalofrío—. Desde entonces estoy preocupada por usted.

Si le sorprende esto, no se le nota.

—Estoy bien.

¿De veras? Intento interpretar la expresión de su rostro, pero lo único que veo es agotamiento. Una mujer que está haciendo todo lo humanamente posible para compaginar unos niños, un matrimonio y un hogar con un trabajo exigente. Recuerdo esa sensación de cuando Zachary era pequeño. Como si el día no tuviese bastantes horas.

—¿Por qué salió del país? ¿Salió con su familia?

—¿Cómo sabe usted eso?

—¿Por qué lo hizo? —insisto.

Me dirige una mirada penetrante, y durante un instante creo que no va a responder.

—Había una amenaza. Es todo cuanto puedo decir.

—Y ahora ha vuelto.

—La cosa se calmó —contesta, sucinta. Quiere cortar este interrogatorio, acabar con él. Quiere que me vaya de su casa, que no reabra viejas heridas.

Me inclino hacia delante.

—¿Se siente segura? Si alguien la está amenazando, si pasa algo... —Busco las palabras adecuadas y opto por la verdad a secas—. Yo la creería.

Me sostiene la mirada. Su expresión me dice que recuerda la última conversación que mantuvimos, cada palabra. Sin embargo, no contesta.

Saco una tarjeta de visita y anoto mi móvil personal al dorso. Y después, por si acaso, mi dirección.

—Si se le ocurre cualquier cosa —afirmo en voz queda—, o si alguna vez tiene algún problema, ya sabe dónde encontrarme.

La cocina está tranquila. Vivian deja la muñeca, casi con ternura, coge mi tarjeta y mira un instante hacia allí. Los sonidos se reanudan, el cascabeleo de los cereales al caer en un bol, una banqueta que alguien arrastra por el suelo, pero cuando Vivian me contempla de nuevo, el desconcierto en sus ojos es mayor.

Ahora en la cocina suena música: *Si eres feliz y lo sabes*. Tres niños baten palmas al unísono, alguien se ríe.

—Cúidese, Vivian —le digo al levantarme—. Y cuide de esos hijos tan estupendos que tiene.

Paso unas horas en la oficina, pero no soy capaz de concentrarme. Sólo puedo pensar en la conversación que mantuve con Vivian, que se desarrolla en bucle en mi cabeza. Vivian Lane. Tiene una identidad nueva. Por eso no fui capaz de dar con ella.

Estuvo fuera del país y ahora ha vuelto. Trabaja para la sección de Rusia en la CIA.

Nada de la conversación tiene sentido. Es como si aquella noche aún la persiguiese, pero parecía sincera cuando dijo que se fiaba de Jackson. «Le confiaría mi vida.»

Alrededor de la hora de comer me marcho, voy a la central de la CIA. Tengo que localizar a Marta. Tras haber hablado con Vivian, me preocupa todavía más la seguridad de Marta. No coge el teléfono, no me abrió cuando fui a su casa; si hay alguna manera de dar con ella, de conseguir respuestas, ése es el lugar indicado. Les enseño la placa a los vigilantes armados del control de seguridad y entro en el amplio, arbolado recinto.

Hace una tarde fresca, y me aprieto más el cinturón del abrigo mientras voy del aparcamiento al edificio. El viento azota y trae consigo un frío cortante, que me hace tiritar. ¿Es que no va a llegar nunca la primavera?

Abro las puertas de la entrada y veo el famoso sello grabado en el suelo. Delante hay una hilera de torniquetes electrónicos, un puñado de empleados escaneando los carnets de identidad e introduciendo códigos en lectores, y otro puesto de seguridad a la derecha. Me dirijo hacia allí, informo a la vigilante de que quiero ver a Marta. Me saco las credenciales del bolsillo y se las enseño.

La mujer asiente con sequedad y centra su atención en la pantalla de su ordenador. Acto seguido, levanta el teléfono y marca. Me da la espalda ligeramente, gesto que yo interpreto como que debo apartarme, mirar hacia otro lado.

Al hacerlo reparo en un televisor que queda en un lateral del puesto. En la pantalla hay una imagen de Wall Street y un texto que se desplaza y habla de tipos de interés y cifras de desempleo. Finjo que me fascina.

La vigilante cuelga el teléfono y se vuelve hacia mí.

—¿Por qué no se sienta? Veremos lo que se puede hacer.

Le doy las gracias y me acomodo en un banco que discurre a lo largo de la pared. Frente a mí veo imágenes enmarcadas de la dirección de la CIA. El director, Harrison Drake. Dos subdirectores, uno de inteligencia y otro de operaciones. El primero —una mujer— me suena, recuerdo haber leído en su día un artículo sobre ella, sintiendo cierta envidia: Elise Brandt. Poco mayor que yo y ya es la número dos de la Agencia.

Hay un flujo de personas constante entrando por las puertas, cruzando el vestíbulo, dirigiéndose hacia los torniquetes. Las observo y después miro el reloj de la pared. Con cada minuto que pasa me siento más inquieta. Tengo las manos sudorosas, me noto la frente húmeda.

Miro hacia otro lado y me fijo en otra parte de la pared. Hay una cita, grabada en el mármol: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».

Clavo la vista en esas palabras, las leo en silencio, las oigo resonar en mi cabeza. Por primera vez, me sorprende cuestionándolas. Siempre he creído que la verdad prevalecería, y en el fondo lo sigo creyendo. Pero las cosas ya no son blancas o negras. Sé la verdad sobre Jackson. Y, desde luego, me ha hecho de todo menos libre. Saber la verdad significa que estoy atrapada.

En televisión, las imágenes recogen el reciente terremoto que ha sacudido a Turquía. Personas entre los escombros. En un abrir y cerrar de ojos sus vidas se vinieron abajo a su alrededor. Su mundo ya nunca será el mismo.

Consulto de nuevo el reloj, notando cómo me invade el nerviosismo. Estoy perdiendo la ventaja. El elemento sorpresa ha desaparecido. Y es posible que eso no sea todo. Cuanto más tiempo paso sentada aquí, tanto más probable es que Jackson se entere de lo que estoy haciendo.

Estoy a punto de acercarme a la vigilante para que me diga si me queda mucho cuando le suena el teléfono. Lo coge, escucha y me mira, y sé que esa llamada me concierne. «Sí —dice—. Aquí mismo.» Ni siquiera intento disimular que estoy escuchando. La observo y, con el rabillo del ojo, veo que la pantalla de televisión se vuelve roja. En blanco pone «Última hora».

«Sí», dice la mujer, que de nuevo me echa un vistazo deprisa. En la televisión aparece el rostro del presentador. «Complot. Se conocen más detalles.» El miedo empieza a asaltarme.

Otro guardia se acerca al aparato y sube el volumen.

«... según la fuente gubernamental anónima, entre los objetivos de los terroristas se encuentran los directores de la CIA y el FBI y el líder de la mayoría del Senado. Este último, al parecer, ha solicitado que se refuerce la seguridad de los objetivos mencionados...»

—¿Agente Maddox? —oigo, y me vuelvo hacia la voz, sobresaltada. Es la vigilante de seguridad.

—¿Sí? —me levanto.

—Lo siento, pero la señora a la que busca no podrá verla.

«No podrá verla.» No «no podrá verla ahora». «No podrá verla.» ¿También la habrán intimidado a ella? ¿Le habrán hecho daño, como se lo hicieron a mi madre?

Esto ha sido un error. Signifique lo que signifique, esto ha sido un error.

—Pues entonces, Vivian Miller. Disculpe, Vivian Lane. Me gustaría ver a Vivian Lane.

Puede que aquí me diga algo de Marta. Puede que aquí averigüe si se encuentra a salvo de verdad.

—Lo siento, pero no está usted autorizada a estar aquí. Va a tener que marcharse.

«¿Que no estoy autorizada a estar aquí?» A mis oídos llega nuevamente el boletín informativo: «... director de la CIA... director del FBI... líder de la mayoría del Senado...».

—¿Agente Maddox? —repite la mujer, y parpadeo, me centro de nuevo en su cara. Y tal vez sean imaginaciones mías, o mi formación, pero veo que la mano que tiene al costado sube un poco, como para poder sacar el arma deprisa si fuera necesario.

—Sí, lo siento —farfallo volviéndome, cogiendo el bolso, ahora completamente desconcertada—. Ya me iba.

Reparo de nuevo en la cita de la pared al pasar por delante: «Y conoceréis la verdad...».

Ojalá no la conociera. Ojalá no hubiese visto la mano de Jackson en la espalda de Vivian, no hubiese permitido que me persiguiera como lo ha hecho. Ojalá mi pasado no me hubiese convencido de que allí había algo más.

Echo a andar deprisa hacia la salida, no veo la hora de dejar este sitio. De repente me parece peligroso; todo me parece peligroso.

Esa noticia de última hora. Anunciar el nombre de los objetivos. No ha sido una coincidencia que sucediera cuando yo estaba ahí, esperando. Mientras la vigilante estaba al teléfono.

Ha sido otra advertencia, y de pronto caigo en la cuenta de que podría ser la última. Porque ¿qué más podría sacar a la luz Jackson? Las demás piezas ya están fuera, se han hecho públicas: la identidad del MSL. La amenaza de emplear la violencia. Los objetivos. Es un complot sólido. La única pieza que falta es el nombre de Zachary.

Salgo al aire helador, desesperada por abandonar el edificio. Y, al hacerlo, veo que un todoterreno negro se separa de la acera, donde esperaba, cerca de la entrada. Al pasar entreveo al hombre que ocupa el asiento trasero.

Y juraría que es Jackson.

El resto del lunes se hace eterno, y también la mayor parte del martes. Ambos días paso unas horas con mi madre. Sobre todo vemos la tele juntas, o hablamos con Zachary cuando va a verla. La conversación entre nosotras es forzada, poco natural.

No intento ponerme en contacto con nadie más, no investigo más. Estoy convencida de que hacerlo sería temerario. De que vigilan mis movimientos. De que nada es privado, nada es seguro. ¿Habrá más advertencias? ¿O el siguiente paso será hacer público el nombre de Zachary?

Ayer por la mañana estuve rebuscando en los cajones de mi mesa hasta que encontré la fotografía que me dio Barker, la de Vivian. La puse delante de mí, en la mesa, y la estuve mirando atentamente. Y, por irracional que pudiera parecer, me cabreó. Todo esto es por su culpa. Si yo lo hubiese dejado estar, nada de esto habría pasado. Mi hijo estaría a salvo.

He seguido llevando el micrófono, revisando las cintas del interior de la casa, comprobando el sistema de seguridad casi de manera obsesiva. En realidad es una labor de vigilancia, como esas horas incontables, mecánicas, que me he pasado sentada en coches a lo largo de los años, delante de casas, esperando a que apareciese alguien. La paciencia es la clave de este trabajo. Sé paciente y el delincuente acabará cometiendo un desliz.

Sin embargo, hasta el momento nadie lo ha cometido. No he vuelto a ver a Jackson, no he sabido nada de él. Miro el teléfono compulsivamente, el mensaje: «¿Ha tomado una decisión?». A veces toco la pantalla, pongo el teclado e imagino que contesto, que le digo que lo haré. Sería muy sencillo.

La otra noche cenamos comida china, Zachary y yo, y después nos sentamos juntos en el sofá a ver la tele, ese concurso del recorrido de obstáculos.

—Será raro no vivir aquí —comentó de sopetón, pillándome desprevenida—. Bueno, eso si consigo entrar en alguna universidad —añadió desconsolado.

—Ya verás como sí —aseguré, y con más dulzura—: Será raro para los dos.

Lo que de verdad quería decir es: «Yo también te echaré de menos».

Esta noche toca pizza, seguida de ajedrez, por fin. Zachary ha movido la torre, como yo pensaba que haría. Y la ha perdido. Después ha movido la reina, la ha sacrificado, porque era la única forma de proteger al rey. Y una vez más estamos en tablas, el rey ahogado.

Por lo menos me estoy defendiendo bien. Todavía no he perdido.

Zachary me da las buenas noches y el ruido sordo del bajo empieza a reverberar arriba. Abro una cerveza y me la bebo mientras estoy en el salón, mirando el tablero de ajedrez. ¿Por qué no sé cuál será el siguiente movimiento?

Cuando me termino el botellín, lo tiro al cubo de reciclaje y abro otro. Me acomodo de nuevo en el sofá y a la cabeza me vuelve Scott. Cierro los ojos y lo veo ahí, a mi

lado.

¿Qué habría pasado si hubiese permitido que Scott interrogase a Zachary aquel día? Habría visto la verdad, que Zachary no estaba implicado, que mi hijo no había oído hablar nunca del MSL. Y, después, quizá hubiésemos estado en esto juntos. Luchando contra esto juntos.

Dios, ojalá tuviese a alguien de mi lado. Ojalá no estuviera sola en esto.

De forma inexplicable pienso una vez más en Vivian Miller. En su risueño marido, con la espátula en la mano, reuniendo a sus hijos para desayunar.

Bebo el último sorbo de cerveza, llevo el botellín a la cocina y lo tiro en el cubo de reciclaje. Hace ruido al chocar contra el otro, casi violentamente, acallando el monumental bajo de arriba, aunque sólo sea un instante.

¿Y si no es demasiado tarde? ¿Y si hablo con Scott, se lo cuento todo?

¿Y si, después de todo, podemos luchar contra esto?

En Nebraska hace un frío que no es normal para esta época del año, más incluso que en Washington; en el suelo hay unos diez centímetros de nieve crujiente, que acaba de caer. Alquilo un coche en el aeropuerto de Omaha y voy a casa de Scott, a la dirección que he encontrado en su expediente.

Es una construcción cuadrada, de dos plantas, el tejado de un blanco reluciente. Las luces están apagadas, el camino de acceso despejado de nieve y vacío. Me quedo en el coche observando la calle, observando la casa, esperando a que aparezca Scott.

A las cinco y veinte, un sedán negro se acerca y entra en el camino.

Me bajo del coche justo cuando Scott se baja del suyo. Lleva un abrigo de lana largo, el aliento cristalizando delante de él. Se queda quieto cuando me ve.

—Tenemos que hablar, Scott.

—Te dije que no quiero formar parte de esto.

—Tú sólo escúchame.

Una quitanieves avanza estruendosamente por la calle. Scott la observa un instante y a continuación se vuelve y se dirige hacia la puerta principal, las botas aplastando la nieve. Lo sigo, y él no intenta detenerme.

Introduce la llave en la cerradura y me fijo de nuevo en su pelo, en esas canas en las que reparé la noche que llamó a mi puerta para preguntarme por Zachary.

Mis ojos descansan en su mano izquierda: le falta algo.

Me pilló mirando. Me mira a los ojos, me sostiene la mirada. Después, sin decir palabra, abre la puerta y me invita a pasar. Lo hago, con aprensión.

Entra detrás de mí, enciende la luz, cierra la puerta y echa la llave. Me quito el abrigo y lo cuelgo en un perchero que hay junto a la puerta. La casa dice a voz en grito que es un piso de soltero, un alquiler a corto plazo. No hay muchos muebles: en el salón, tan sólo un sofá y un televisor; una caja de cartón hace las veces de mesa. Los electrodomésticos de la cocina parece que son de hace décadas, en las encimeras no hay nada. Ya lleva en Omaha más de una semana, pero nadie lo diría, al ver lo vacía que está la casa.

Scott me contempla como si intentara decidir qué decir. Al cabo levanta la mano izquierda y mira el lugar en el que debería estar su alianza.

—Me noto raro sin ella... Lo nuestro se terminó hace ya algún tiempo. El traslado a



Omaha... —Sacude la cabeza, esboza una sonrisa torcida—. Fue la puntilla.

—Lo siento, Scott —digo. Y en parte es así. Lo siento por la parte que le toca. Siento que lo esté pasando mal.

—Me dijo que no estaba dispuesta a dejar el trabajo, a sacar a los niños del colegio. —Se deja caer en el sofá, raído—. Así que dime, Steph, ¿quién es? ¿Quién está haciendo esto?

Necesito pronunciar el nombre, aunque todo me dice que no lo haga.

—Jackson.

—¿El subdirector?

—Sí.

Me observa ceñudo. Pero ahora hay algo más en su cara, una extraña mezcla de emociones. Curiosidad y rabia. Frustración.

Sin embargo, la duda ha desaparecido. Y el corazón empieza a latirme con furia. Me siento tan aliviada que me cuesta no echarme a reír.

«Me cree.»

—¿Por qué? —quiere saber Scott.

Puedo con esto. Por eso he venido hasta aquí.

Me viene a la memoria la conversación que mantuvimos hace tantos años, cuando todo acabó entre nosotros. «No puedo estar con alguien que no se abre a mí. Que no confía en mí.»

Confío en Scott; sin duda. Más de lo que he confiado en ningún hombre —en ninguna persona— en toda mi vida.

De manera que se lo cuento todo. Toda la verdad. De principio a fin.

Cuando termino, es como si me hubiese quitado un peso de los hombros. Me siento más libre de lo que me he sentido en días, desde que empezó todo esto. En años, a decir verdad.

Me ha estado escuchando, me ha formulado algunas preguntas, ha asentido. Pero su expresión me dice que me cree, por demencial que pueda parecer esto.

No estoy segura de si Scott ha sido más importante para mí de lo que lo es en este momento.

Sin embargo, sea cual sea el peso que me acabo de quitar de los hombros, se lo acabo de endosar a él. Lo veo: la angustia en sus ojos, la voz huera.

—Mierda, Steph —espeta cuando he finalizado—. Ojalá me hubieras contado lo de Halliday. Hace mucho tiempo.

—Ojalá lo hubiera hecho, sí. —Dios, vaya que sí. Quizá la vida sería muy distinta ahora mismo si no hubiese guardado ese secreto.

—¿Está metido en esto?

—No lo sé. Es decir, tiene que ser Jackson. Pero el momento..., es demasiada coincidencia.

Sus ojos escudriñan mi rostro, una mirada tan íntima, en cierto modo, como una caricia.

—Y ¿qué hacemos ahora?

Las palabras hacen que a mis labios aflore una sonrisa, que esta vez no intento parar, no puedo reprimir.

«Hacemos.»

Scott y yo sopesamos las opciones que tenemos, las pocas que hay. Tratamos de decidir cuál será nuestro próximo movimiento. Cómo se supone que vamos a pararle los pies a un subdirector del FBI corrupto, que trabaja para un adversario extranjero, que ya ha demostrado que posee la capacidad de influir en nuestra vida, tanto personal como profesional.

La respuesta no está clara, de ninguna manera.

A eso de las siete me doy cuenta de que estoy muerta de hambre. Scott sugiere comida tailandesa, dice que en el centro hay un restaurante estupendo.

—¿Curry Panang y *pad thai*? —pregunta con una sonrisa.

Sonríe a mi vez, con melancolía. Qué distinta habría sido mi vida si él hubiese seguido formando parte de ella. Podríamos haber sido una familia, nosotros dos y Zachary.

«Aún podríamos serlo.»

Me sorprende mirándole de nuevo la mano izquierda.

—¿Y cerveza? —propone.

—La que tenga más lúpulo.

Sonríe de nuevo, y esta vez juraría que el melancólico es él. Es él el que parece pesaroso. Y eso hace que me ilusione. Que conciba esperanzas. Y resulta extraño, porque ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí así.

Coge el abrigo y se marcha, y yo llamo a mi madre. Está dormida, pero hablo un momento con su médica. Le darán el alta muy pronto. Tengo que convencerla de que se quede con Zachary y conmigo. No le digo que estoy en Omaha. Después llamo a Zachary, le digo que me quedaré a dormir aquí, que volaré a casa por la mañana.

—¿Ya estás en casa? —le pregunto.

—Sí.

—¿Has cenado? ¿Has cerrado bien las puertas?

—Sí, mamá.

—Llama a tu abuela. Y llámame si necesitas algo. Te quiero.

Farfulla un «yo también te quiero».

Enciendo la tele, le quito el sonido. Hay un anuncio de seguros de vida. Una pareja de ancianos pasea por la playa, sonriendo y riendo, mientras debajo el texto anima a los televidentes: «Llame hoy mismo y le proporcionaremos asesoramiento gratuito».

Scott está casado. Y ésa es una línea que no pienso cruzar, nunca.

«Pero no estará casado eternamente.»

Pienso de nuevo en Jackson y en las opciones que tenemos. Intento pensar en nuestro siguiente movimiento. Subo el volumen del televisor para no dormirme. Estoy escuchando a medias cuando una frase se abre paso en mis pensamientos.

«... esta tarde el vicepresidente, Sam Donnelly, dio a conocer su parecer sobre la amenaza...»

«¿La amenaza?»

La pantalla cambia y aparece el vicepresidente. Está en una fábrica, en lo que parece una rueda de prensa improvisada. Fuera de cámara se oye una pregunta: «El

líder de la mayoría ha pedido mayores medidas de protección..., ¿está diciendo usted que no es necesario?». La cámara hace *zoom* cuando Donnolly responde.

«He visto la información de que disponemos y, con franqueza, creo que no son más que disparates.» A su alrededor saltan flashes; se oyen los disparadores. Hace una pausa dramática, es un político nato, echa una ojeada y después mira directamente a la cámara: «Doy mi palabra al pueblo americano de que ese ataque no se producirá».

En cierto modo, oírlo decir eso hace que abrigue de nuevo esperanzas. Porque tiene razón: toda esta cháchara sobre ese complot para asesinar a esos objetivos es absurda. La prensa lo está sacando todo de quicio. Yo lo veo, Donnolly lo ve. Pronto lo verá todo el mundo. La verdad saldrá a la luz. Y la verdad es que el complot del MSL es falso.

Lo siguiente que sé es que la luz entra a raudales por las ventanas, arrancando destellos a la nieve reciente.

El televisor está encendido, pero ahora hay uno de esos programas matutinos. Presentadores joviales, un plató de vivos colores, parloteo sobre la tormenta de nieve que azota el Medio Oeste.

«Mierda. ¿Cuánto he estado durmiendo?»

Me siento a duras penas, busco a Scott, pero estoy sola en el salón. Busco el teléfono a tientas y miro la pantalla: las 7.34.

«Mierda, Steph.»

La casa está en silencio, Scott debe de estar dormido aún. Sólo se oye la televisión y el ruido de la caldera. Me levanto, voy a la cocina. Miro a ver si hay café, no lo encuentro. Él nunca fue muy cafetero, ¿no?

Me rugen las tripas. Curry y *pad thai*: tengo tanta hambre que me suena bien, hasta para desayunar. Abro la nevera para comer los restos.

Hay un cartón de zumo, un poco de fiambre, un paquete de lonchas de queso sin abrir.

Ni sobras de comida tailandesa ni cerveza.

Me invade la preocupación, pero la aplaco. Scott dijo que tenía hambre, ¿no? Seguro que se terminó la comida que trajo a casa.

Busco la basura, echo un vistazo.

Ni envases de comida ni botellines de cerveza.

Aun así, intento razonar conmigo misma. El restaurante estaba cerrado debido a la nieve. Volvió a casa sin cena.

Subo arriba sin hacer ruido. Asomo la cabeza por una puerta: la habitación está vacía, no hay ni un solo mueble. Luego otra: el cuarto de baño. Hay una tercera puerta, cerrada. Aguzo el oído, no oigo nada.

Llamo con suavidad, la empujo lo bastante para echar un vistazo. El dormitorio de Scott, creo. Cama de matrimonio, sin hacer, las sábanas torcidas. En la mesilla de noche, abierta, una biografía de J. Edgar Hoover.

—¿Scott? —lo llamo con cautela—. ¿Estás aquí?

Silencio.

—¿Scott?

Bajo y abro la puerta del sótano. Enciendo la luz, miro por la escalera. Sube un ligero olor a moho.

—¿Scott?

Su coche no está en el camino de entrada. No hay pisadas en la nieve. Me asalta el nerviosismo. Pero tiene que haber una explicación. Scott estuvo aquí y tuvo que irse. Ya está en el trabajo.

Encuentro mi móvil, busco su número y llamo.

A los cuatro tonos, salta el buzón de voz. Pongo fin a la llamada.

Llamo a otro número. Zachary lo coge a la primera.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Todo bien por ahí?

—Sí.

—Muy bien.

«Ten cuidado», me entran ganas de advertirle. Pero me dice que se le han pegado las sábanas y que llegará tarde al instituto, y me cuelga.

La inquietud que siento está dando paso a otra cosa. Pero no debería. Zachary está bien; Scott, en el trabajo.

Subo de nuevo, al cuarto de baño. Abro la ducha, subo la temperatura al máximo. Me desvisto, pruebo a ver cómo está el agua, todavía no sale caliente.

Tengo una idea. Si está en el trabajo, puedo llamarlo allí.

Cojo una toalla de la balda, me envuelvo en ella. Bajo de nuevo a por el móvil. Busco el número de la Oficina Exterior, llamo a la centralita. Lo coge una mujer.

—Con el agente especial Scott Clark, por favor —pido.

—Lo siento —me contesta con sequedad—, el agente Clark no está aquí.

—¿Podría pasarle la llamada?

—¿De parte de quién?

Cuelgo. Llamo de nuevo a su móvil.

Esta vez salta directamente el buzón de voz.

«Algo va mal.»

Abro el correo electrónico, el del trabajo. Ni siquiera estoy segura de por qué lo hago; a decir verdad, me dejo llevar por el instinto.

Voy viendo los distintos asuntos, y mis ojos se detienen.

«Una triste pérdida.»

Enviado hace diecinueve minutos por el director de la Oficina Exterior de Washington.

Hago doble clic, leo las palabras. La mano me tiembla. Todo en mí grita que no puede ser lo que creo que es, lo que sé que es.

«Lamento tener que informar del trágico fallecimiento de un agente que, hasta no hace mucho, era de los nuestros.»

No puede ser.

«... un accidente en su coche la pasada noche... la nieve... el estado de la carretera...»

Por favor, Dios mío, no.

«... el agente especial Scott Clark...»

Dejo de leer. Y tengo la sensación de que el corazón me deja de latir.

«Scott.»

Estoy leyendo las palabras, pero no es real. Esto es una pesadilla, un sueño espantoso.

«... hielo en la carretera... murió debido al impacto...»

No.

Esto no está pasando.

«... no hay testigos... investigación en curso...»

Scott no, no.

El teléfono se me cae de las manos. El pánico y las náuseas me asaltan en oleadas.

La memoria me devuelve su imagen. Cuando empezamos a salir, cuando éramos jóvenes y ambiciosos y estábamos locamente enamorados. Lo veo con Zachary, jugando al béisbol en el parque, golpeando siempre esas bolas altas que sabía que mi hijo podía coger. Y la otra noche, antes de que saliera a comprar comida, la sonrisa burlona en su rostro, la luz en sus ojos.

Fui yo la que lo metió en esto. La que lo arrastró a ello, le suplicó ayuda, fue a verlo a Omaha. La que ha hecho que lo mataran. Si no hubiese dicho que tenía hambre, él no habría salido.

Me doy cuenta demasiado tarde de que las piernas me están cediendo, doblándose. Caigo al suelo, sollozando de manera incontrolable.

Scott. Mi Scott. Muerto.

Mientras yo estaba aquí, durmiendo, Scott murió. La policía encontró su cuerpo, llamó a su mujer, al Buró, y durante todo ese tiempo yo dormía. Tengo la sensación de que voy a vomitar.

¿Cómo puede estar pasando esto? ¿Cómo es posible que Scott haya muerto?

«Ha sido Jackson.»

La idea es una chispa al principio, que prende y se propaga hasta convertirse en un fuego desbocado.

«Ha sido Jackson.» Porque le conté la verdad a Scott.

Porque estaba dispuesto a ayudarme.

Después de una eternidad, me pongo de pie, me ciño más la toalla y me seco las lágrimas de la cara. El agua sigue corriendo, la puerta del cuarto de baño está entreabierta. La empuja y me abofetea una oleada de vapor, como si fuese una sauna.

Lo primero que veo es el espejo.

Empañado por completo a excepción de un mensaje:

Z. ES EL SIGUIENTE

El vapor ya empieza a desdibujar las palabras, la condensación hace que se escurran como si fuesen sangre, las emborriona mientras las miro. Dentro de un momento no serán nada. El mensaje se desvanecerá.

Salgo disparada hacia la ducha, cierro el grifo. El agua deja de salir; en la casa se hace el silencio, a excepción de las últimas gotas que se deslizan por el desagüe. Aguzo los oídos para captar algún sonido del intruso que dejó esa amenaza.

Mi pistola. Tengo el arma en el salón, en la repisa de la chimenea; fue ahí donde la dejé por la noche. ¿Seguirá allí?

Busco la ropa a tientas, me la pongo dando tirones. A continuación, salgo del cuarto de baño, el corazón acelerado, los oídos aún intentando percibir cualquier sonido, por mínimo que sea, en la casa, cualquier cosa que me indique dónde está esa persona.

Bajo la escalera con sigilo. Mi Glock está en la chimenea, sigue ahí. Acelero el paso, la cojo, la compruebo para asegurarme de que sigue cargada. La agarro con fuerza con ambas manos.

La puerta de atrás. Está abierta de par en par. Me acerco, noto el frío que entra de fuera.

Me asomo con el arma en ristre. Hay huellas en la nieve reciente, que se alejan, que se adentran en el bosque.

El aire glacial me atraviesa la ropa, y no puedo dejar de temblar.

Quienquiera que estuvo aquí se ha ido.

«Z. es el siguiente.»

Minutos después, estoy en el coche, camino del aeropuerto, el pie pisando el acelerador con demasiada fuerza. Las quitanieves han pasado por las carreteras, pero el firme sigue estando resbaladizo. Le mando un mensaje a Zachary: Llámame. El teléfono me suena segundos después.

—Quiero que hoy tengas más cuidado que nunca —le pido. Sé que lo estoy asustando, pero ahora mismo estoy muy lejos de él, y sé que corre peligro. Sé de lo que son capaces esas personas.

—¿Qué pasa?

¿Qué se supone que puedo decir? ¿Violencia? ¿Asesinato?

—Tenías razón. Es como lo de Chicago, sólo que peor.

Suelta un taco en voz baja. Hace una semana lo habría regañado por emplear esa palabra.

—Es él, ¿no? ¿Halliday?

Podría ser, al menos en parte. Pero la verdad —el calado de esto— es más terrorífica aún.

—Zachary..., es complicado.

—¿Estás en peligro, mamá? —Lo pregunta directamente.

Imagino el coche de Scott, el sedán negro, abollado y retorcido. Cierro los ojos, intento desechar esa imagen, pero no se va. ¿Estoy en peligro?

—Estoy preocupada por ti. Así que tienes que prometerme que tendrás cuidado.

—No podrá salirse con la suya...

El instituto. Washington está a una hora de Omaha; Zachary está en el instituto, y ellos sabrán exactamente dónde se encuentra. El miedo me golpea como si fuese un mazazo.

—Quiero que hoy te saltes las clases.

—¿Cómo?

—Que te vayas del instituto. —Me devano los sesos en busca de un lugar donde esté seguro, y lo único que se me ocurre es mi madre—. Ve al hospital. Quédate hoy con la abuela.

—¿En serio, mamá? —La voz le tiembla de miedo. Lo estoy asustando.

—Zachary. Haz lo que te digo.

—Te quiero, mamá. —Veo la preocupación escrita en su cara, pero ahora no es su cara, sino la de ese niño solo, asustado, en ese espejo retrovisor, hace tantos años.

—Yo también te quiero, Zachary.

Debido al tiempo se ha producido un atasco en el tráfico aéreo en Omaha, y mi vuelo a casa ha sufrido un retraso de horas. Por fin estoy de vuelta. En Washington hace frío, pero por suerte no hay nieve. Voy directa a la central. No pienso esperar más a que Jackson me aborde. Voy a hacer algo que tendría que haber hecho hace días: voy a ir a por él.

Mató a Scott. Mi Scott. Me arrebató a Scott, hirió a mi madre y ahora ha amenazado a mi hijo. No permitiré que me siga aterrorizando.

Entro en el vestíbulo dando zancadas, paso por delante del guardia de seguridad y subo a su planta en ascensor. Abro la puerta de la antesala y la secretaria levanta la vista en su mesa. Con cara de sorpresa primero, después de confusión.

—Tengo que verlo —digo con brusquedad. No espero a que responda, sino que cruzo la antesala y voy hacia la puerta cerrada de su despacho privado. Me planto allí antes de que la mujer pueda decirme algo y abro la puerta de par en par.

El despacho está vacío.

—No está —protesta la secretaria, que viene detrás de mí. Respiro hondo, pues necesito tranquilizar mi corazón acelerado, y miro furibunda la mesa desierta, como si de alguna manera mi ira pudiese hacer que reapareciese. Giro sobre mis talones.

—¿Dónde está?

Su cara pasa en el acto de la confusión al miedo, y no es de extrañar: no cabe duda de que en este momento estoy actuando de un modo muy inestable. La mujer vuelve a su mesa y centra su atención en unos papeles que tiene delante, los hojea. Se detiene, lee algo.

—Agente Maddox, ¿no? —pregunta sin alzar la vista.

—Sí. —Sabe perfectamente quién soy, y puede llamar a seguridad si lo desea. Voy a conseguir que admita su culpabilidad y lo voy a grabar, voy a decir la verdad, y lo voy a hacer hoy.



—El subdirector acudirá esta noche al Grand Ambassador Hotel. Una cena benéfica... —empieza, y salgo por la puerta sin escuchar el resto.

El Grand Ambassador está a un tiro de piedra de la Casa Blanca. Es un edificio histórico del siglo XIX convertido en un moderno hotel de lujo. Delante hay una amplia rotonda, a la que estoy accediendo ahora. Me detengo a la entrada. Un aparcacoches me saluda justo cuando abro la puerta. «FBI», anuncio en voz baja, enseñándole la placa discretamente. La mira y se retira.

No puedo dejar de pensar en Scott. Veo su sedán aplastado. La furia hace que me cueste respirar. Sé que necesito pensar con claridad, pero no puedo.

La hilera de puertas de cristal da paso a un patio cubierto descomunal, con pisos de mármol, arañas de cristal y pesados cortinajes dorados que enmarcan ventanas altísimas. En el centro se alza un alto reloj de torre. Un mostrador de recepción y un piano de cola a un lado; una zona con asientos al otro. Al fondo de la estancia se abre una enorme puerta de dos hojas, la entrada al salón de baile.

Escudriño a mi alrededor, no veo a Jackson. No hay mucha gente. Examino a cada individuo mientras cruzo el lugar, como si cualquiera de ellos pudiese suponer una amenaza.

Llego de prisa a la puerta, al fondo del patio. Delante hay un letrero dorado. Reconozco el nombre: es uno de esos eventos que siempre atraen a un puñado de miembros del gabinete presidencial, algunos senadores y diputados y todos aquellos dispuestos a desembolsar grandes sumas de dinero para codearse con ellos.

Un hombre de esmoquin y semblante atribulado pasa por delante a paso ligero, en las manos una tableta como si fuese un portapapeles. Uno de los organizadores, no cabe duda. Lo paro, le enseño mi placa.

—¿Está Jackson aquí? —espeto—. ¿El subdirector del FBI?

Mira primero mi placa y luego a mí, sorprendido.

—¿Jackson? No.

Sale disparado y yo vuelvo al centro del vestíbulo y me dirijo a la zona de asientos. Me acomodo en un banquito tapizado desde el que se ven con claridad la entrada, el patio y la puerta de doble hoja del salón de baile.

Está llegando más gente, vestida de punta en blanco. Sin embargo, yo sólo veo a Scott. Su sonrisa. Sus brazos al rodear mi cuerpo, la sensación de apoyar la cabeza en su pecho. Veo a Zachary ir corriendo hacia él, reír con él, subido a sus hombros.

«Murió debido al impacto.»

Detrás de mí hay una ventana, cubierta con pesadas cortinas que brillan ligeramente. Aparto una un poco para ver qué hay al otro lado. Es una puerta de servicio, el rellano de hormigón de delante, rodeado de vallas blancas. Fuera hay dos hombres, personal de cocina, a juzgar por su aspecto. Ambos llevan pantalón y camisa negros y un delantal blanco encima. Uno fuma un cigarrillo, y sacude la ceniza; el otro sostiene una taza de café. Están apoyados en las vallas, aovillados para hacer frente al frío, charlando.

Me aparto de la ventana y contemplo de nuevo el vestíbulo, centrándome en la zona próxima a la entrada. Sigo sin ver a Jackson. Me llevo la mano a la camisa y toco con discreción la grabadora que escondo debajo. Estoy lista. Cuando llegue Jackson,

conseguiré que confiese lo que ha hecho. Y le llevaré la confesión directamente al director Lee, le contaré todo lo que está pasando. Zachary quedará libre de toda sospecha. Mi madre estará a salvo. Y Jackson no volverá a hacerle daño a nadie. Se pasará el resto de su vida entre rejas.

Llegan señores de esmoquin, señoras con vestidos de fiesta con los colores del arcoíris, envueltas en abrigos buenos. Avanzan flotando por el patio hacia el salón de baile, charlando y sonriendo. El hombre de la tableta los saluda, los invita a pasar.

A la hora en punto, una señora con un vestido largo de encaje negro se sienta ante el piano de cola y empieza a tocar melodías de musicales. Entran más invitados. Aún no hay rastro de Jackson. Mis nervios empiezan a crispase.

Llega un hombre de cabello plateado con un equipo de seguridad. Me resulta vagamente familiar; creo que es un congresista. Luego otro. Un senador de Tennessee. En el vestíbulo aumenta el número de personas. Más invitados que llegan, más clientes del hotel que se paran para ver el espectáculo. Miro de soslayo el reloj que ocupa el centro del patio y después me centro en la hilera de puertas de cristal. Tiene que estar al caer.

Más dignatarios. Unos avanzan con tranquilidad, sonriendo y saludando con la cabeza a los que miran; otros caminan con resolución, la cabeza baja. Entre que llegan unos y otros, observo los grupos cada vez más nutridos de huéspedes del hotel, los periodistas congregándose cerca del reloj.

Miro de nuevo por la ventana que tengo detrás, pero en el rellano ya no hay nadie. El personal de cocina ha desaparecido, sin duda se estará preparando para empezar a servir la cena. El tiempo pasa despacio, y Jackson todavía no se ha presentado. Me saco el móvil, me pregunto si debería llamar a su secretaria, intentar averiguar exactamente dónde está.

Miro de nuevo hacia la entrada y el corazón me da un vuelco. Veo un rostro conocido accediendo al patio de la mano de su mujer: el director del FBI. J. J. Lee, acompañado de tres hombres con camisa blanca almidonada, trajeados; uno delante y dos detrás. El grupo se mueve a buen paso por el vestíbulo. Lee dedica una sonrisa a uno de los senadores.

Ahora tengo los nervios de punta, a más no poder. Ésta no es la primera vez que hago caer a alguien poderoso, pero me da la sensación de que esto es distinto. Mis ojos van de rostro en rostro en busca de alguien que parezca sospechoso, de alguien que pudiera estar vigilando por su cuenta, de alguien que me esté observando. Todo el mundo parece inofensivo, pero no bajo la guardia.

Miro por la ventana que tengo detrás, y lo que veo me deja sin aliento.

Ahora hay otro hombre fuera. Con el mismo uniforme negro, sin delantal. Se apoya en la valla, mira a lo lejos, le da una calada al cigarrillo. Y su rostro me resulta familiar: lo conozco.

Dylan Taylor.

Expulsa una bocanada de humo con parsimonia, sacude la ceniza del cigarrillo. Se encoge para hacer frente al frío, pero por lo demás parece relajado, tranquilo.

Noto un hormigueo en la nuca, el instinto me dice a voces que algo va mal, muy mal. Es como si todas las piezas estuviesen en mi cabeza, pero no en el orden

adecuado; no encajan, se niegan a tener sentido.

Dylan es camarero. Lo llaman para cubrir eventos especiales. En hoteles. Trabaja los jueves. No debería resultar extraño que esté aquí; tiene sentido. Entonces ¿por qué me da tan mala espina?

Tira el cigarro, lo aplasta con el tacón y vuelve a entrar, la puerta de servicio cerrándose tras él. Acto seguido, el sitio que ocupaba está vacío, y casi da la impresión de que no ha estado nunca ahí, de que todo ha sido un mal sueño.

Sigo haciendo un esfuerzo por entender lo que acabo de ver, lo que significa, si es que significa algo. Puede que no sea nada, puede que sea una coincidencia. No obstante, la experiencia me dice que algo así significa algo. Forma parte de algo mayor. Todo forma parte de algo mayor.

Devuelvo mi atención al presente e intento concentrarme. Jackson. Por eso estoy en este sitio. Jackson llegará de un momento a otro. Echo un vistazo hacia la hilera de puertas de cristal.

Veo a alguien, alguien a quien no me sorprende ver y al mismo tiempo sí, porque no debería estar aquí, éste no es su sitio. Sin embargo, se encuentra aquí, mirando a su alrededor, incómodo y fuera de lugar, con una gruesa sudadera con capucha y vaqueros, una mochila colgada de un hombro.

Me quedo helada.

Es Zachary.

Está quieto, mirando a su alrededor como si buscara a alguien. El pelo le cae por la frente, rozándole el ojo izquierdo. Se recoloca la mochila en el hombro.

No lo entiendo. Mi cerebro se esfuerza por unir los puntos, o quizá proteste porque no le gusta la imagen que empieza a surgir, insiste en que no puede ser verdad.

Zachary, aquí.

Dylan Taylor, aquí.

Voy hacia mi hijo; ni siquiera me he dado cuenta de que me he levantado y he empezado a andar. Se saca el móvil y lo contempla ceñudo.

Casi he llegado hasta él cuando levanta la vista y me ve. Veo que se le ilumina la cara al hacerlo, un instante. Después la cruza una sombra de confusión.

—¿Mamá?

Lo cojo por el brazo y lo llevo a un lateral del vestíbulo, hacia el mostrador de recepción. Escudriño su rostro, mi mano aún agarrada a su brazo, sin soltarlo. Tiene los ojos muy abiertos, su confusión es mayor. Parece preocupado. Sin embargo, ¿hay algo más? ¿Sentimiento de culpa?

Zachary en el mismo sitio que Dylan Taylor. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto alzando demasiado la voz. Una señora con un vestido rosa con volantes me mira ceñuda—. ¿Por qué no estás en el hospital?

—He quedado con alguien. —Se pone a la defensiva en el acto—. Tranqui, mamá.

—¿Con quién?

Me noto el corazón acelerado. Está aquí, en el mismo sitio que Dylan, en el mismo sitio en el que se supone que estará Jackson.

No es una coincidencia.

Entonces, cuando lo veo mirar de nuevo el móvil, caigo.

Alguien lo ha atraído hasta aquí con un señuelo. Alguien quiere que Zachary esté aquí, en este hotel, en este momento.

Dejo de mirarlo para echar un vistazo al vestíbulo. Ni siquiera sé lo que estoy buscando. Me fijo en los rostros al azar, unos que dan la impresión de que podrían estar observándonos, aunque sé que no es así. Busco a Jackson, no lo veo.

—Mamá, ¿qué está pasando?

Dos señoras con sendos vestidos de lentejuelas y abrigos de pieles entran por las puertas de cristal, riendo. Justo detrás hay un grupito de personas. Cuatro, con traje oscuro y pinganillo flexible, rodeando a un señor de cabello plateado y a una mujer que van en el centro, ajustando su ritmo al de ellos, caminando al paso, como si fuesen una caja protectora. Veo de perfil al señor de cabello plateado: es el director de la CIA, Harrison Drake.

El director Drake ya está en la puerta del salón de baile. Clavo la vista en él, en la espalda de su chaqueta negra. Me viene a la cabeza la imagen del director Lee

cruzando el vestíbulo.

Y me veo andando de nuevo, corriendo, sin ser consciente de ello. «¿Mamá?», oigo que me llama Zachary. Pero atravieso el vestíbulo deprisa, voy hacia la puerta del salón de baile. El director Drake desaparece dentro. Está en el mismo sitio que el director Lee.

Me planto delante del señor de esmoquin que sostiene la tableta.

—Necesito la lista de invitados —espeto.

Asiente y me pasa la tableta. Reviso el listado de nombres que aparece en la pantalla, el corazón a mil. Y mis ojos se detienen en uno.

Ahí está.

Se encuentra en la lista. Shields, líder de la mayoría del Senado.

Los tres objetivos en un mismo sitio.

Los fragmentos de información que dan vueltas en mi cerebro se unen de pronto en ese mismo instante y dan forma a una única, terrible verdad.

Se va a producir un ataque, y van a culpar a Zachary de él.

Hay un cuadradito delante del nombre de Shields. Sin marcar. El senador todavía no ha llegado.

Y, si puedo impedir que lo haga, es posible que ganemos algo de tiempo.

Le devuelvo la tableta al señor del esmoquin y saco el móvil. Doy con el centro de operaciones del FBI en la lista de marcación rápida, llamo y me pego el teléfono al oído.

—Agente especial del FBI Steph Maddox —informo cuando me lo cogen—. Necesito hablar con el equipo de seguridad del líder de la mayoría del Senado. Es urgente.

Se hace una pausa en la línea y mientras tanto corro por el vestíbulo, abriéndome paso a codazos entre los invitados, para volver con Zachary, el teléfono aún contra la oreja. La gente me mira. Lo veo delante, donde lo he dejado, observándome.

Tengo que sacar a Zachary de este sitio. Ahora corre peligro, más de lo que nunca creí posible.

—Vete de aquí —le ordeno cuando llego hasta él.

—Mamá...

—Tienes que marcharte. ¡Ahora! —Le agarro el brazo con fuerza y empiezo a guiarlo hacia la puerta.

En un principio se planta, opone resistencia, pero después se mueve.

—Mamá, no entiendo...

—Cariño, hazme caso aunque sólo sea por esta vez. Tienes que irte. —Mi voz deja traslucir desesperación; yo la noto, seguro que él también.

Abrimos las puertas y salimos al exterior, a la amplia acera que hay ante el hotel. Todo parece normal. Aparcacoches, un carrito de equipajes suelto, coches junto al bordillo. Nada apunta a que se vaya a producir un ataque inminente.

Pero así es, ¿o acaso no?

«Los tres objetivos estarán aquí.»

—¿Se puede saber qué pasa? —insiste Zachary, y me doy cuenta de que me está mirando. Y me invade un tremendo sentimiento de culpa, porque estoy segura de que

ve el miedo que tengo, ese miedo que siempre he intentado disimular con todas mis fuerzas para que pensase que todo va bien, aunque no sea así, para protegerlo.

Siento un revoltijo de emociones. Es demasiado joven para hacer frente a esto.

—Lo siento, cariño.

—¿Qué sientes, mamá? ¿Qué pasa?

—Maldita sea, Zachary, haz lo que te digo —espeto.

Al oír eso veo que se siente dolido, un dolor que me resulta demasiado familiar. ¿Cuántas veces he sido brusca con él? ¿Cuántas veces no me he tomado el tiempo necesario para darle una explicación?

«No es que no quiera —pienso—, es que no puedo.»

—Al habla el equipo de seguridad de Shields —oigo decir a una voz.

—Zachary, no discutas conmigo esta vez. Vete, por favor. —Doy media vuelta y cruzo de nuevo las puertas de cristal, rezando en silencio para que me obedezca—.

¿Cuál es su hora estimada de llegada?

—Dentro de tres minutos.

—Dé media vuelta.

—¿Señora?

—Dé media vuelta. No se acerque al edificio. Repito: no se acerque al edificio.

Finalizo la llamada y me meto el teléfono en el bolsillo. El miedo me corre por el cuerpo. Noto que la gente me mira cuando atravieso el vestíbulo a codazo limpio, pero yo no la veo. No veo nada salvo esa puerta de doble hoja del fondo. La puerta que se abre al salón de baile, donde están el director Lee y el director Drake e infinidad de congresistas y multitud de personas inocentes que no saben lo que está a punto de suceder.

Ya casi he llegado a la puerta. Distingo al señor del esmoquin cerca de la mesa donde se da la bienvenida a los asistentes.

—¿Quién está a cargo de la seguridad? —pregunto de sopetón—. ¡¿Quién?! —insisto, casi gritando ahora, al ver que no responde, y éste empieza a balbucir a medida que se va poniendo blanco, pero no tengo tiempo para esperar. El tiempo apremia.

Me vuelvo bruscamente y agarro el pomo de la puerta. Da lo mismo quién está a cargo. Tenemos que sacar de este sitio a esas personas. Yo misma me encargaré de anunciarlo, por el amor de Dios.

Estoy abriendo la puerta cuando oigo los primeros chillidos.

«He llegado demasiado tarde.»

Trato desesperadamente de entender lo que está pasando al otro lado de la puerta, lo que está provocando esos gritos, la clase de peligro que acecha, pero no soy capaz. No lo sé.

Saco el arma. Da lo mismo lo que está pasando dentro. Sea lo que sea, tengo que entrar. Tengo que ayudar.

Abro la puerta de par en par y veo el caos. Señoras con vestidos de noche y señores de esmoquin, el pánico escrito en sus rostros, dirigiéndose hacia mí, hacia la puerta, el principio de un éxodo en masa.

Doy un paso adelante, intentando ver por los lados, a través de ellos, intentando oír cualquier otro sonido que me diga cuál es el peligro que se cierne delante —disparos, gritos de dolor—, pero lo único que oigo son esos gritos, esos chillidos de miedo procedentes del interior del gran salón.

Cuando la oleada de personas llega a mí, me quedo inmóvil y dejo que me esquive. La gente se empuja, tropieza con los tacones de aguja y los vestidos largos, desesperada por salir. Una señora vestida de un rojo vivo me ve el arma y profiere un alarido, gira sobre sus talones y se aleja de mí.

Los gritos cesan y se oye un llanto. Empiezo a moverme, abriéndome paso entre la multitud, como un pez que remontara un río, procurando divisar más allá de la masa que huye, los rostros aterrorizados, avanzando ciegamente hacia ese llanto aflautado, desgarrador, que no para.

Distingo dos grupos hacia la parte delantera del salón de baile, unas mesas más allá. Círculos de personas, agachadas, cada uno de ellos rodeando algo —o, más probablemente, a alguien— en el suelo. Conozco esos círculos: son los que suelen rodear a las víctimas.

«Víctimas.» Dios mío, lo han hecho, ¿o no? El director de la CIA, el director del FBI, el líder de la mayoría del Senado..., así que de verdad eran objetivos.

Shields no ha llegado aún, pero Drake y Lee...

Me acerco al círculo que tengo más cerca, rodeando una silla Chiavari volcada. Hay dos hombres en pie flanqueando al grupo, sin chaqueta, las pistolas a la vista, las armas apuntándome. El instinto y mi formación me dicen que son de los míos. Miembros de un equipo de seguridad.

—¡FBI! —grito según me aproximo.

Ellos vacilan, pero bajan las armas. Estoy lo bastante cerca para ver el miedo que reflejan sus rostros, la incertidumbre.

Me aproximo más al círculo. Hay un hombre en el suelo, de esmoquin. Otro acuclillado sobre él, impidiendo que le vea la cara, presionándole el pecho,

practicándole un masaje cardíaco. Otros miran horrorizados, algunos tapándose la boca con la mano. Alguien llora de manera inconsolable.

Una señora profiere un gemido. Por fin le veo la cara a la víctima. Tiene sangre bajo la nariz, un hilillo le cae por la comisura de la boca. La mirada de sus ojos verdes es huera.

El director Lee.

De pronto tengo la sensación de que la sala da vueltas. Retrocedo, un paso, luego dos.

El director del FBI ha muerto.

«El director del FBI, el director de la CIA, el líder de la mayoría del Senado.» El director Drake está en el centro de ese otro círculo, ¿no?

El llanto de mujer se intensifica. Voy corriendo al otro grupo.

Hay un hombre tendido en medio de un montón de gente atónita. Tiene salpicaduras de sangre en la pechera blanca almidonada de la camisa de su esmoquin. Sobre él hay una mujer inclinada, haciéndole un masaje cardíaco.

Soy vagamente consciente de un grito cercano. «... posible víctima... ¡sacadlo de aquí de una puñetera vez!»

Están llevándose a un hombre de cabello plateado hacia una puerta de servicio situada en un extremo del salón, rodeado de agentes: el director Drake.

«Drake está vivo.»

Me vuelvo. Miro al otro grupo de gente, confusa.

«Posible víctima.»

En ese círculo hay otra persona. Alguien que no debía morir.

Doy un paso adelante, otro, y por primera vez veo el rostro de la víctima en el centro. Le sale sangre de la nariz y de la boca.

Un rostro que conozco bien, porque me ha perseguido durante años.

«Halliday.»

Está muerto; ese monstruo está muerto.

«Y se lo merece.»

La idea me abruma. Lo veo cuando era un senador joven, mi jefe, sus manos en mis brazos, agarrándome con fuerza...

Parpadeo deprisa, obligándome a volver al presente, a la víctima que tengo delante, tendida a mis pies. El sentimiento de culpa me abrasa. ¿Cómo he podido pensar eso? Nadie merece morir así.

A Halliday lo han asesinado. El hecho de que lo mereciese o no carece de importancia. «Lo han asesinado.» Igual que a Lee. El director del FBI ha muerto.

Noto un sabor a bilis en la garganta.

«Lo que significa que Jackson está a cargo del Buró.» Es el director suplente.

Ahora un agente ruso dirige el FBI.

Siento que las piernas me fallan. Alargo un brazo y me apoyo en una mesa para no caerme.

Los rusos están al frente del FBI.

Y hay un asesino suelto.

Vuelvo a percibir sonidos, y movimiento. En el salón hay alboroto, confusión, pánico.



La guapa mujer de Halliday está histérica. Me centro en lo que veo: han arrancado un mantel de una mesa, está retorcido en el suelo. Un jarrón volcado, las flores pisoteadas. Copas de champán rotas en el suelo enmoquetado.

Drake y su equipo de seguridad han desaparecido por la puerta de servicio, a la cocina. «La cocina.»

Me viene a la memoria Alina. Veo su cuerpo menudo, veo el terror en sus ojos. «Nunca se sabe. Tienen... recursos. En lo que respecta a la comida..., nunca se sabe lo que es seguro, ¿entiende?»

A esos hombres los han envenenado.

Mis pies se mueven. Corro hacia la puerta de la cocina. Llego a ella y la abro con furia, sin pensar. Hay alboroto al otro lado, gente gritando.

Y allí, tendido en el suelo, cerca de los hornos, hay otro cuerpo.

Dylan.

Un pitido inquietante me asalta los oídos. Salgo corriendo de la cocina, saco torpemente el móvil, busco el número con dedos temblorosos. No he estado más aterrorizada en toda mi vida.

Dylan trabajaba de camarero aquí hoy, ¿no? Era uno de los que iban pasando esas bandejas de canapés, esas copas aflautadas de champán. Y lo han matado.

Están eliminando todos los cabos sueltos.

Van a matar a Zachary.

«Mi hijo es el siguiente.»

—¿Mamá?

Me invade el alivio al oír su voz.

—¿Zachary, estás bien? ¿Te notas enfermo o mal?

—No. ¿Por qué?

«Se encuentra bien.

»Todavía no han llegado hasta él.»

—¿Dónde estás?

—Camino de casa.

—Cierra las puertas con llave. No comas ni bebas nada.

—¿Qué pasa? —Noto el desconcierto en su voz.

Veo a mi madre, a la que alguien empujó por la escalera. Scott, al que sacaron de la carretera.

Siento una ira ciega, y después sólo puedo pensar en Jackson. «Él fue quien lo hizo.»

—Tú haz lo que te digo.

Se acerca un agente, con un arma larga en la mano. Parte del equipo de seguridad de Lee, un tipo al que conozco de la central.

—¿Dónde está Jackson?! —grito.

—¿Jackson?

—¿Dónde está? Se suponía que estaría aquí.

—No estaba previsto. Sólo el director Lee.

Hago un esfuerzo para procesar lo que me dice. La secretaria me mintió.

Jackson también me atrajo a mí a este sitio.

Miro el salón, los dos grupos de personas.

Zachary ha estado aquí. En la escena de tres homicidios. ¿Cuánto tardarán las autoridades en darse cuenta?

El arma que colocaron en su habitación. El correo electrónico del MSL, el foro extremista. Y ahora esto. «Daré la impresión de que el responsable es mi hijo.» ¿Cuánto tardarán en detenerlo?

La idea me pone mala, pero al mismo tiempo —milagrosamente— hace que me centre.

Si está en la cárcel, es vulnerable. Veo de nuevo a Alina, esquelética, demasiado asustada para comer. Y después veo lo que escribieron en el espejo del cuarto de baño: «Z. es el siguiente».

Me estoy moviendo antes de que me dé cuenta, esta vez saliendo al vestíbulo. Diviso las puertas, el lugar en el que vi a Zachary. Reproduzco la escena en mi cabeza. Me veo corriendo hacia él, apartándolo, hablando con él. Llamando al equipo de seguridad de Shields. Sacando a mi hijo del hotel para que esté fuera de peligro.

«Todo antes de que se oyeran los primeros gritos.

»Todo antes de que alguien supiera que se había producido un ataque.»

Miro al techo, a las esquinas que albergan las cámaras de seguridad. Seis, sólo en este sitio. Discretas, pero distingo su forma, los objetivos.

Bastarían esas grabaciones para situar a Zachary en la escena. Para convencer a un jurado de que yo sabía de antemano que se produciría un ataque. Para hacer que los dos parezcamos cómplices.

Tengo que hacerme con esas grabaciones antes que el resto del Buró.

En el vestíbulo reina el caos. Escudriño la habitación y termino viendo al hombre de la tableta, cerca de la base del reloj central, con cara de pánico. Tiene el cabello despeinado y le ha desaparecido la pajarita. Voy hacia él sorteando la multitud, que se arremolina. Repara en mí cuando casi he llegado hasta él y abre los ojos como platos.

—Necesito las grabaciones de las cámaras de seguridad —pido.

—Las grabaciones —repite. Acto seguido asiente deprisa, sin titubear, como si por fin tuviera un objetivo y se sintiese aliviado por ello—. Por aquí.

Me guía por una escalera descuidada, por un pasillo. Introduce un código en un lector, entra en un cuartito.

Hay una mesa alargada, cuatro pantallas dispuestas en fila, imágenes en directo de distintas cámaras de seguridad. Un ordenador portátil en un lado; una torre de equipo de grabación.

Se sienta en una silla giratoria, se acerca al ordenador. Hace que la pantalla cobre vida, comienza a teclear comandos.

Mientras lo hace, yo observo las pantallas. Una muestra el jaleo del vestíbulo; otra, el salón de baile, donde ahora hay paramédicos y camillas. También hay algunos agentes de policía uniformados, pero pululan por el sitio sin saber qué hacer. A estas alturas ya debería haber llegado el Buró al completo, deberían estar poniendo orden, pero no veo ninguna cara familiar, no veo que haya nadie a cargo de la situación.

El tecleo se detiene y miro el portátil. Ha aparecido una ventana nueva, con un mensaje.

«Vamos —insto inquieta—. Más deprisa.»

El hombre vacila, cierra el recuadro, comienza a escribir de nuevo.

Necesito ese material. Tengo que estudiarlo y tengo que encontrar algo antes de que el FBI relacione el ataque con mi hijo.

Cuando las autoridades tengan esto, cuando identifiquen a Zachary, y a mí, no tendré tiempo.

El tecleo cesa de nuevo. Surge la misma ventana. Empieza a asaltarme el temor.

Se queda mirando la pantalla un buen rato y se vuelve hacia mí.

No sé cómo, pero sé lo que va a decir antes de que lo diga.

—Las cámaras... no están grabando.

—¿Está seguro? —inquiero, pero según lo digo, soy yo la que está segura.

Cómo iban a estar grabando.

Quienquiera que haya hecho esto, quienquiera que haya hecho esta barbaridad espantosa, tendría que borrar las pruebas, cualquier cosa que demostrase que ha estado aquí.

—Estoy seguro —afirma perplejo.

Es un alivio, en cierto modo. Al menos temporal. Significa que no hay nada que demuestre que Zachary estuvo aquí. Nada que demuestre lo que hice yo momentos antes de oír esos primeros gritos.

No obstante, el Buró acabará encajando las piezas. Encontrarán el email que se envió al reclutador y localizarán por GPS el móvil de Zachary. Sabrán que estuvo aquí, en el hotel, antes de que se produjesen los asesinatos. Sabrán exactamente cuándo realicé esa llamada al equipo de seguridad de Shields.

Acabarán vinculándonos con el ataque.

En cambio, la persona que de verdad hizo eso... Sin grabaciones, sus huellas están borradas.

Vuelvo a fijarme en las pantallas, voy de una a otra. Imágenes en directo, que sin embargo no se graban. Quienquiera que haya hecho esto estuvo aquí. Salió en esas pantallas. Y ese material no está grabado.

Veo el salón de baile, los dos grupos apretados. El vestíbulo, abarrotado de gente. Las puertas de delante, gente yendo hacia ellas, saliendo.

No hay perímetro. La gente se está marchando. Dios mío, qué desastre. Aquí no hay nadie que controle la situación, nadie que impida que los testigos se vayan.

Entonces lo veo.

Una figura, en la pantalla.

Una gorra oscura, la cabeza gacha, como el tipo de la cámara de seguridad del edificio en el que vive mi madre.

Doy un paso adelante, lo miro con atención, el corazón empieza a latirme con fuerza.

—¿Podría hacer *zoom* ahí? —pido señalando al hombre.

Oigo vagamente un tecleo de fondo y la imagen de la pantalla se agranda. Sigo sin verle la cara, sólo la gorra.

Está cerca de la hilera de puertas de cristal, va a salir. Está a punto de marcharse.

—Más —apremio.

El hombre de la pantalla levanta el brazo para abrir la puerta y entonces lo veo.

Un tatuaje familiar.

Dos cuchillos cruzados, formando una X.

Ahí abajo no hay perímetro, no hay nadie que impida que la gente se vaya. Ese tipo se va a escapar.

Con el arma al costado, echo a correr por el pasillo, bajo la escalera, vuelvo al vestíbulo, me fundo con la masa de gente que pulula por el lugar e intento desesperadamente localizarlo.

Serpenteo entre el gentío hasta llegar a las puertas, dando empujones para abrirme paso. Ya estoy fuera, y sigo sin verlo. Escudriño el aparcamiento, mis ojos fijándose en cualquier cosa que se mueva. No puede haber ido demasiado lejos. Tiene que estar ahí, en alguna parte.

Entonces lo veo. Al final del aparcamiento, sacando el coche de una fila, dirigiéndose a la salida.

Un tres puertas rojo.

Lo observo pasmada un instante, dos.

Acto seguido, giro sobre mis talones y corro a por mi todoterreno, que sigue aparcado junto a la acera. Me subo, arranco, miro la salida. El tres puertas se dirige al sur, se incorpora a la carretera principal.

Piso el acelerador.

Salgo del aparcamiento, a la calle, en la misma dirección. Ya no veo el tres puertas, y necesito volver a verlo.

Tengo que detener a ese monstruo, hacerme con la prueba que necesito.

Adelanto a un coche, a otro. Me llegan noticias de la radio.

«... el director del FBI... un senador veterano...»

Pilotos, delante. Es el tres puertas, lo sé. Levanto el pie del acelerador un tanto, me mantengo a distancia. Que no sepa que estoy aquí.

«... un intento frustrado...»

Si sabe que lo estoy siguiendo, puede tenderme una emboscada. Llevarme a una trampa. Pero ¿qué otra alternativa tengo? No puedo permitir que se escape.

«... se especula que el director de la CIA, Drake, era otro posible blanco...»

Drake. Me asalta la pregunta que me planteé en el salón de baile. La CIA..., ¿se supone que también está en manos de los rusos? Si Drake hubiese muerto, ¿a quién habrían nombrado director en funciones? Veo esos retratos en la pared de Langley.

Y el Senado. Se suponía que Shields iba a acudir a ese hotel esta noche. Se suponía que también iba a morir. ¿Quién podría ser el siguiente líder de la mayoría? Santo cielo. ¿De verdad se han infiltrado los rusos en el Congreso y en la CIA, igual que se han infiltrado en el Buró?

Vamos por calles cada vez menos congestionadas, más arboladas... y también más oscuras. Me quedo rezagada, de manera que apenas veo los pilotos. Saco un mapa en

el GPS para comprobar las carreteras, la dirección hacia la que vamos. No conozco esta zona, no tan bien como me haría falta.

Veo las luces de freno.

«... trasladado a un lugar que no se ha revelado para garantizar su seguridad...»

El tres puertas aminora la marcha; yo hago otro tanto. Gira a la derecha.

Miro el mapa. Se está metiendo en un callejón sin salida que finaliza en el bosque. «Un callejón sin salida.»

Apago la radio, apago las luces, giro bruscamente a la derecha, me meto por una calle por la que estaba a punto de pasar. Ésta también desemboca en el mismo bosque. Veo el tres puertas a través de los árboles, a duras penas. La luz de los faros, principalmente. Para a medio camino de la carretera, detrás de otro coche, uno que casi no veo.

Apaga asimismo las luces, y se hace una oscuridad absoluta.

Aparco a un lado de la carretera. Cojo mi bolsa de vigilancia del asiento de atrás, saco la cámara, la del teleobjetivo, y me la cuelgo en bandolera. Saco la Glock de la funda. Por último, apago la luz del interior y abro mínimamente la puerta.

Me acercaré a pie. Tengo que ver quién ocupa ese tercer coche, qué están haciendo.

Me abro camino entre los árboles, el corazón desbocado, el frío atravesándome la ropa, el arma bien agarrada. Ramas peladas me dan en la cara, pero no aflojo el ritmo. No puedo aproximarme demasiado; no quiero que me oigan o me vean: tan sólo lo justo para verlos, fotografiarlos.

Las hojas secas crujen bajo mis pies. Me estremezco. Ya estoy bastante cerca; un poco más y me oirán. Me agacho, los apunto con la cámara, haciendo todo el *zoom* que puedo.

Mierda. Está demasiado oscuro.

Me levanto y echo a andar de nuevo. Estoy más cerca. Tengo la sensación de que cada paso que doy resuena.

Miro de nuevo a través de la cámara. Esta vez diviso dos figuras, pero de manera indistinta. Aun así, disparo.

Apunto a los coches, a lo poco que veo de ellos. Clic. Clic.

Dudo que salga algo de provecho. Si voy un poco más allá, sin embargo, creo que podré fotografiar a las figuras, captar una imagen clara. Empiezo a caminar otra vez, hacia la izquierda, arrastrando los pies por la hojarasca para no meter mucho ruido.

Me quedo quieta, cojo de nuevo la cámara.

Ahí. El tipo del tatuaje.

Hago todo el *zoom* que me permite la cámara. Paso al hombre que tiene enfrente.

Tiene la cabeza un poco vuelta hacia el otro lado. Si se girase...

Mira atrás.

Clic.

Después le veo únicamente la parte trasera de la cabeza de nuevo. «Mierda.»

Abre la puerta del coche y se sube a él, cierra.

Apunto a la ventanilla, pero tiene el cristal tintado. No distingo nada.

Oigo que se abre la puerta del otro coche y se cierra.

Motores que arrancan, primero uno, luego otro.

Faros. Me pego a un árbol para que no me vean. Petrificada cuando uno de los vehículos hace un cambio de sentido y se aleja a toda velocidad. Luego el segundo.

Rodeo el árbol, veo que se dirigen hacia la carretera principal, hacia el sitio por donde hemos venido. El segundo coche es un pequeño sedán azul. Un Corolla, creo.

Mi todoterreno está demasiado lejos. Seguirlos sería absurdo.

Miro la pantalla de la cámara, presiono las flechas hasta que doy con la foto que estoy buscando, esa en la que el hombre mira hacia atrás. Si he hecho clic en el momento oportuno, puede que...

Es una foto perfecta. De frente, los rasgos asombrosamente nítidos.

El marido de Vivian.

No puedo apartar los ojos de la imagen que veo en la pantalla.

Es él. El hombre al que vi el otro día en casa de Vivian. «Con sus hijos.»

Está involucrado en esto. Tiene que ver con Jackson, con el ataque, con todo. ¿Y ella?

Apago la cámara y empiezo a andar hacia mi coche, completamente conmocionada.

No. No creo que ella forme parte también. La expresión de su cara aquel día, su manera de reaccionar... Estaba confundida. Atemorizada, incluso. Estoy segura de ello.

«Al menos, eso me pareció.»

Pero si no tiene nada que ver, Vivian es vulnerable. Está viviendo con el enemigo, y no lo sabe. ¿Trabaja también su marido para los rusos? ¿La están utilizando? ¿Son una amenaza para ella?

¿Qué se supone que puedo hacer ahora?

«Huir.» La compulsión se abre paso en mi cerebro, se instala en él. Resuena en mi cabeza con cada paso que doy.

Podríamos intentarlo, ¿no? Hacer las maletas esta misma noche, salir de la ciudad, desaparecer.

Dios, la idea es tentadora. De ese modo, Zachary estaría a salvo. Lo hemos hecho antes, podríamos hacerlo otra vez.

Sin embargo, esto es distinto. Esto es peor. El enemigo no nos dejará marchar sin más.

Y mi madre no está en condiciones de viajar. No puedo dejarla aquí. No puedo arriesgarme a lo que le harían.

Además, los rusos controlan el FBI. Casi se han hecho con el control de la CIA, del Senado.

No puedo permitir que eso ocurra. No puedo huir; no estaría bien. Juré que respetaría y defendería la ley, que protegería mi país.

Casi he llegado a la calle cuando oigo algo, un sonido que hace que me quede quieta, que la sangre se me hiele en las venas.

Alguien amartillando un arma.

Oigo crujir de hojas. Pasos que vienen hacia mí, por detrás.

Tengo la Glock en la mano derecha, al costado. La persona que se aproxima..., ¿la ve? Si no es así, la verá de un momento a otro. Me sirvo del sonido de sus pasos para determinar exactamente dónde está.

Y entonces me vuelvo hacia el sonido y levanto el arma.

—Si me disparas, tu hijo muere —afirma la voz. Lo tengo en la línea de tiro. Tiene las manos a los lados.

No disparo. Es una decisión que tomo en una décima de segundo, que me fue inculcada durante años de formación. Si hubiese visto un arma, habría apretado el gatillo, antes incluso de procesar esas palabras.

Pero no hay tal arma, de modo que no lo hago. Y esa pausa brevísima basta para que sus palabras se cuelen en mi cerebro. «Si me disparas, tu hijo muere.»

Lo veo por la mira. Tengo el dedo en el gatillo. La sangre me golpetea en los oídos. Levanta la mano derecha y veo el arma en ella. Apuntándome.

«Dispara, Steph. Tienes que disparar.»

Sin embargo, mi dedo no se mueve. «Tu hijo muere.»

—Sabes que no estoy solo en esto, Steph.

Ahora sostiene el arma con ambas manos, el cañón apuntándome directamente. Él me apunta a mí y yo a él. Tablas. Su rostro parece sereno, demasiado sereno.

—Tira el arma, Steph.

No lo hago. Me ordeno apretar el gatillo. Dispararle, matarlo, eliminar esa amenaza.

Sin embargo, no bastaría con eso, ¿no?

«Tu hijo muere.»

Empieza a andar hacia mí. Lo sigo teniendo en la mira, todavía lo apunto con el arma, el dedo en el gatillo. Lo tengo delante, a escasos pasos.

—No seas tonta, Steph. He llegado hasta aquí sin matarte. —Jackson me apunta al corazón—. No me obligues a hacerlo ahora.

Tiro el arma. Cae sobre las hojas, con un sonido sordo.

Sigue apuntándome con el arma, el rostro inexpresivo.

—Sube al coche. —Señala la carretera con la cabeza.

Echo a andar atontada. Lo oigo detrás de mí, cerca.

Veo mi coche entre los árboles. Y también un todoterreno negro, aparcado carretera arriba. Me detengo.

—Muévete —ordena. Noto el cañón del arma en mi espalda y empiezo a caminar de nuevo, porque ahora lo sé.

Al final han decidido que lo más seguro es librarse de mí. Como hicieron con Scott.

«He llegado hasta aquí sin matarte. No me obligues a hacerlo ahora.»

Si me quisiera muerta, ya lo habría hecho, ¿no? O habría ordenado a alguien que lo



hiciese. Quiere otra cosa.

«¿Qué?»

Ya casi hemos llegado al coche. Yo aún llevo el micrófono. Sólo tengo que encender la grabadora...

Visualizo el dispositivo, debajo de la ropa. Lo noto pegado al cuerpo. Tengo que pulsar ese botón, a través de la ropa, y tengo que hacerlo sin que él lo vea.

«Me va a matar.»

El pensamiento está ahí, resonando en la oscuridad.

Abre la puerta del copiloto con una mano, la otra aún sosteniendo el arma.

—Sube.

Me da la sensación de que cada músculo de mi cuerpo se opone, de que me grita que no lo haga. Es demasiado peligroso. Significaría estar en un espacio cerrado con un asesino. Un traidor.

Pero necesito pruebas. Necesito esto más de lo que he necesitado cualquier otra cosa en mi vida.

—Que subas.

Obligo a mis músculos a moverse, a meterse en el coche. Cuando me acomodo en el asiento del copiloto, vuelvo mi cuerpo hacia el otro lado y pulso el botón de grabar a través de la ropa.

Él se sitúa al volante y cierra la puerta; un instante después oigo el seguro. Lo miro. La misma mirada dura que tenía aquel día en la casa adosada hace tanto tiempo, y en mi casa, cuando se enfrentó a mí.

Pone el coche en marcha y se aparta del bordillo.

Nos incorporamos a la carretera principal. Está desierta, y oscura. Espero a que hable. Para que se incrimine. Para conseguir las pruebas que necesito. Pero no dice nada. El único sonido es el runrún del ataque, los periodistas haciendo un sinfín de conjeturas sobre los asesinatos, información sobre la vida y la carrera de Halliday y de Lee.

—¿Qué quiere? —pregunto, y es como si mi voz perteneciese a otro.

Él no aparta los ojos de la carretera, los labios sellados. Se dirige hacia el sur, hacia el río. Allí hay más tráfico, más luces. Voy memorizando cada señal de carretera, trazando un mapa de la ruta mental, intentando averiguar exactamente dónde estamos. Cómo podré escapar cuando llegue el momento adecuado.

—Dígame —insisto.

Sube el volumen de la radio. Es el líder de la mayoría del Senado. «El vicepresidente prometió al pueblo americano que no había ninguna amenaza. Debería presentar su dimisión de inmediato...»

Ve el perfil de Jackson, espero a que diga algo, cualquier cosa. Estoy preparada. Sólo necesito una confesión, y después escapar...

Vamos por el suroeste, por el distrito comercial. La voz de la locutora me llega a los oídos: «Un ataque feroz a su propio partido —comenta—. Sin precedentes... necesitan un chivo expiatorio, alguien a quien culpar...».

Jackson baja el volumen y entre nosotros se instala el silencio. Reduce la velocidad y se detiene. Es una carretera solitaria, que discurre en paralelo al agua.

A esta hora aquí no hay nadie. Ni gente ni coches. Veo el río al otro lado, oscuro,

negro, fulgurante.

Es el sitio perfecto para deshacerse de un cuerpo. Me ha traído hasta aquí para matarme.

Selecciona la posición de aparcamiento y coge su arma.

«Zachary.» Por mi cabeza pasan imágenes de mi hijo. Todas las etapas de su vida, todos esos momentos fugaces, perdidos. De recién nacido, la minúscula mano rosada cerrada con terquedad alrededor de mi pulgar. Cuando daba sus primeros pasos, inestables. Impulsándose con fuerza en los columpios, una sonrisa iluminando su cara. Montando en su bicicleta orgulloso, alejándose de mí. Y ahora, a punto de entrar en la edad adulta, cruzando ese escenario para estrecharle la mano al director, el futuro abierto ante él. Y recuerdo haberlo abrazado con fuerza, como si no fuera a soltarlo nunca, ante la puerta del salón de baile.

«No.» No permitiré que pase esto. Me remuevo en el asiento para poder quitarle la pistola de la mano de una patada, pero nada más hacerlo, Jackson me agarra la pierna, la retuerce y me hace tanto daño que profiero un grito ahogado.

—Relájate —dice—. No voy a hacerte daño.

Tengo la pierna inmovilizada, él ha cogido el arma con la otra mano, lejos de mi alcance.

—Siempre que no hagas ningún movimiento brusco —añade, y la presión que siento en la pierna se afloja. Su mano se queda suspendida encima un momento, como si esperase a que yo hiciera algún movimiento, pero obedezco y me quedo inmóvil.

Permanezco completamente inmóvil, como él quiere, un segundo, dos, tres...

Entonces lanzo el puño derecho contra su cara, le doy en el pómulo, con todas mis fuerzas. Profiere un gañido, como un perro herido. Y ya estoy encima de él, forcejeando, intentando quitarle el arma...

Pum. Me doblo sobre mí misma, resollando, aovillándome por acto reflejo. Su puño me da de lleno en el estómago. Me aplasta contra el asiento y me quedo atrapada allí, pugnando por respirar, cegada por el dolor.

Me coge la cámara, la abre, saca la tarjeta de memoria y la parte en dos. Es un sonido nauseabundo.

Pero no importa. Sé lo que he visto. A quién he visto.

—Dame la grabadora, Steph.

—No... no tengo ninguna grabadora —miento.

—Sí que la tienes. —Su mirada es dura, y en su cara no cabe la menor duda, ninguna. Tengo la escalofriante sensación, una vez más, de que va un paso por delante, de que siempre irá un paso por delante—. O me la das o te desnudo y la busco yo mismo.

Lo miro y sé que no tengo elección. Ojalá tuviera un segundo dispositivo, pero por su forma de mirarme, con esa mirada íntima, penetrante, tengo la sensación de que también lo sabría. De que daría lo mismo los dispositivos que llevase; Jackson lo sabría, de algún modo.

Titubeo un momento más y después me meto la mano por la camisa. Le entrego la grabadora, la furia y la frustración apoderándose de mí.

Me la coge, baja la ventanilla y la lanza al río. Cae produciendo un sonido estremecedor. Cuando la ventanilla se cierra, el aire en el coche es gélido.

Se enfunda el arma. Selecciona la posición de conducción y se separa del bordillo. Miro al frente, a la carretera, pero no veo nada. Intento anticipar cuál será su próximo movimiento. Estoy desesperada por averiguar cuál será el mío.

Jackson se pone a tararear en voz baja. Una canción que no reconozco, una que, en cierto modo, resulta siniestra. Siento un escalofrío. Centro mi atención en lo que tengo alrededor: estamos cruzando el puente a Virginia. «¿Adónde se dirige?»

Las calles se vuelven familiares. Estamos en un vecindario en el que ya he estado.

Entra en la calle de Dylan y lo veo. Coches por todas partes. Coches de policía, camuflados y sin camuflar. Los destellos de las luces.

Jackson junto a la acera. La casa está delante, y se ve a multitud de agentes con chaquetas técnicas.

Coge una carpeta que está encajada entre su asiento y la consola central. La saca y me la da.

—Ábrela.

Hago lo que me dice, sabiendo que estoy a punto de morir.

Son fotografías, en blanco y negro. La primera es de Zachary. A la puerta del vestíbulo del hotel, sacada desde lejos, con teleobjetivo. Reconozco su postura, la mochila colgada del hombro de cualquier manera.

La gente de Jackson tiene fotos. Alguien estaba en el hotel, esperando, sacando fotografías, reuniendo pruebas. ¿Sería el hombre del tatuaje?

Sé lo malo que es esto, lo que significa.

—Sólo quiero darte una muestra de lo que podemos sacar a la luz.

Paso a la siguiente imagen. Zachary medio vuelto, mirando atrás. Su rostro claramente visible.

—Esto no demuestra nada.

—¿Estás segura? —comenta en voz baja.

Casi me cuesta hacerlo, ver la siguiente fotografía. No quiero verla. Pero al mismo tiempo tengo que hacerlo.

Otra imagen. Zachary y yo, cerca de la hilera de puertas de cristal, sosteniendo una conversación acalorada.

Un primer plano mío señalando hacia el lado opuesto del hotel, diciéndole con claridad a Zachary que se vaya. Mi cara de pánico es inconfundible.

—¿Qué estabas haciendo esta noche exactamente, Steph? Porque desde luego da la impresión de que sabías lo que estaba haciendo allí tu hijo.

La tercera instantánea: yo de nuevo, corriendo hacia el hotel.

—La hora demuestra que fue justo antes de que se efectuase la primera llamada a Urgencias. ¿Cómo lo sabías? —Me está manipulando, como si todo esto fuese un juego, un juego espantoso—. Ah, y luego está la llamada que hiciste al equipo de seguridad del senador Shields. Y a la línea de avisos. Tu visita al difunto Dylan Taylor. ¿Qué impresión crees que dará todo esto?

Tiene razón. Dará la impresión de que soy tan culpable como mi hijo.

—Se ha terminado el tiempo, Steph —afirma Jackson.

No he sido capaz de sacarnos de ésta. «Se ha terminado el tiempo.»

—Si esas fotos ven la luz, dará lo mismo lo que digas. Nadie te creería. Nadie.

Esas palabras. Esas palabras. Las mismas que me dijo cuando se coló en mi casa.

Las que me dijo Halliday hace tantos años. Las que yo me creí, las que me obligaron a levantar unos muros que cambiaron mi vida.

Todas las personas que me importan corren peligro. Veo a Scott. La mortífera placa de hielo bajo las ruedas de su coche. A mi madre, la cara blanca de dolor. Eso fue lo que pasó cuando le conté la verdad. Cierro la carpeta, alargo el brazo y pongo una mano en la puerta para estabilizarme.

—No tienen por qué ver la luz. Todo depende de ti.

Vuelvo a ver a Scott. Y al director Lee. Veo la bandera rusa, imagino a la gente que hay detrás, la que está orquestando todo esto.

Cierro los ojos para apartar las imágenes.

Noto que Jackson se vuelve hacia mí. Abro los ojos y señala con la cabeza la carpeta que tengo en el regazo.

—Sigue mirando, anda.

Miro la carpeta y la abro, porque la tentación me puede, porque necesito saber.

Esta fotografía está sacada desde cierta distancia, es más oscura que las primeras. El lugar no me resulta familiar, el cruce de dos calles. En la esquina está Zachary, con un hombre más alto, el rostro indistinto. Trapicheando, el fajo de billetes claramente visible en la mano de Zachary.

—Ése es tu hijo comprando el veneno que se utilizó en el ataque.

—¡Eso es mentira!

Se ríe con suavidad.

Miro con atención la fotografía: sí, es Zachary. El gorro de lana, la sudadera con capucha. Tiene el Taurus aparcado delante, en la calle. Se ve con claridad una placa: Walnut y Carver, creo. En el noreste. ¿La habrán manipulado? No sabría decirlo con seguridad, pero estoy convencida de que no es lo que Jackson dice que es.

El miedo me paraliza, la aterradora certeza de que he subestimado lo que esta gente está dispuesta a hacer para salirse con la suya.

Paso a la siguiente fotografía, porque necesito ver todo lo que tienen.

La casa de Dylan por fuera, de nuevo por la noche. La puerta principal abierta, Dylan dentro. Zachary en el porche.

—Hay huellas de Zachary por toda la casa —informa Jackson, y ahora el miedo lo abarca todo.

No entiendo esto. Nada de esto tiene sentido.

¿Pusieron las huellas de mi hijo en casa de Dylan? ¿De cuánto tiempo dispongo antes de que den a conocer que tienen pruebas?

Jackson selecciona la posición de conducción. Miro una última vez a la casa cuando nos incorporamos a la carretera. Hay agentes de policía por todas partes.

«¿De verdad habrá huellas?»

En el sistema del Buró no están las huellas de Zachary. Al menos, no todavía. Pero si lo detienen, la cosa cambiaría.

—Continúa —dice Jackson.

Veo la siguiente fotografía. Ésta tiene más luz, más nitidez. Es Zachary. Reconozco el sitio: es el descansillo de la puerta de servicio del hotel. «¿Qué está haciendo ahí?»

Y Dylan Taylor también. Pasándose algo. Esta vez, una bolsa de papel.

La fotografía parece de verdad. Parece auténtica. Convencería a un jurado, ¿o tal

vez no? Dylan y Zachary en la escena del crimen, juntos. Intercambiándose algo.

«¿De verdad estaban haciendo eso?»

No. Es imposible. Todo esto es un montaje.

Pero es bueno.

Dios mío.

Miro por el parabrisas sin ver nada, vagamente consciente de que volvemos a Washington.

—A las doce de mañana —me cuenta Jackson— saldrán a la luz las pruebas que hay contra Zachary. Adquisición de veneno, tentativa de asesinato de funcionarios del gobierno de Estados Unidos. Tres acusaciones de homicidio. Asesinato, premeditado. A menos que accedas a trabajar para nosotros.

Echa mano de algo, y abrigo la vertiginosa, fugaz esperanza de que sea un arma. Si es un arma, y me mata, dejarían a Zachary en paz, ¿no?

Pero no es una pistola, sino un teléfono móvil. Me lo da.

—Llama al número que hay grabado, Steph. Diles que se ocupen de ello y las huellas desaparecerán del sistema del Buró. Esas fotos nunca saldrán a la luz.

Quieren que llame para tener una grabación con mi voz. Mi voz, solicitando que alguien cometa un delito, cometiendo traición. De ese modo tendrían una prueba que podría destruirme, si alguna vez me atreviese a contrariarlos.

Y me estarían poniendo en manos de un contacto, alguien que en el futuro me impondría más encargos. No estamos hablando de mantener la boca cerrada, de proteger a Jackson. Estaría en su poder, y me pedirían más.

Pero tienen las huellas de Zachary. Sé lo que significa eso. Las huellas lo son todo. Las huellas equivalen a una condena.

Estamos entrando en el callejón arbolado, donde está mi coche. Jackson se detiene al lado.

—Sé que quieres a tu hijo, y sé que no lo traicionarías —asegura.

Traicionar a mi hijo por un bien mayor. O escoger a la persona más importante para mí del mundo y traicionar a muchas otras.

—A las doce —repite Jackson—. Si para entonces no has hecho esa llamada, esas fotos irán a la prensa.

Oigo el clic cuando quita el seguro de las puertas y sé que estoy libre, pero también sé que nunca he estado más atrapada.

Me subo a mi coche, cierro la puerta y echo el seguro. Tiemblo incontroladamente. El todoterreno se aleja y me quedo sola.

Las doce de mañana.

¿Cómo puedo hacer algo, demostrar algo, antes de las doce de mañana?

Cojo el teléfono del asiento del copiloto para ver qué hora es.

Tres llamadas perdidas.

Del hospital.

Desbloqueo la pantalla, devuelvo la llamada. Imagino a mi madre. Le han contado lo de Zachary. Nunca dejarán a mi familia en paz.

—Soy la doctora Green.

La doctora Green, la mujer joven y guapa que apuntó a que a mi madre la habían

empujado por la escalera.

—Soy Steph Maddox. Llamaba para preguntar por...

—Señora Maddox —me interrumpe—. Lo siento mucho.

¿También sabe lo de Zachary? ¿Han llegado a oídos de mi madre estas calumnias sobre Zachary y ella las ha largado...?

—Su madre sufrió un paro cardíaco. Sucede a veces, si se tienen heridas internas como las que tenía ella. Hicimos todo cuanto pudimos...

«No.»

—... pero no logramos salvarla.

En plena noche es poco lo que se ve por las ventanas del ático. El Potomac es negro como la tinta, Washington está envuelto en un manto de oscuridad. Sólo se distinguen un puñado de monumentos, iluminados como faros.

Jackson se quita la americana y la deja en el respaldo de un sofá bajo, duro. La funda de la pistola resulta visible en la cadera; la placa atrapa la luz. Se acerca a la ventana y mira unos instantes, luego se vuelve.

—Le enseñé las fotos —informa.

Wes está en un lado de la habitación, observándolo. Se ha aflojado la corbata, tiene la camisa remangada hasta los codos.

—¿Y?

—Me da que no se lo traga.

Wes no dice nada.

Jackson se pasa una mano por el pelo y empieza a caminar de un lado a otro de las ventanas.

—No deberíamos habernos precipitado. Esto habría acabado pasando. Que me nombraran director.

—Deja de preocuparte.

—¿Y si Maddox dice la verdad?

Wes coge un vaso de una mesa cercana. Se lo lleva a los labios, el tintineo del hielo es lo único que se oye en la habitación, la única respuesta a la pregunta de Jackson.

—Está todo bajo control —asegura Wes.

—No veo cómo. Esto es todo tan...

—El jefe sabe lo que se hace.

—No tiene sentido. Los otros dos objetivos...

—Ahora son intocables. Están protegidos. Párate a pensar, amigo mío. Piensa a largo plazo.

Ambos se quedan mirando. Al cabo, Jackson profiere un suspiro y vuelve a mirar por la ventana al río helado de abajo.

—¿Y si ella dice la verdad?

Wes cruza la estancia, se sitúa al lado de Jackson. Contempla la ciudad, el brillo de las luces a lo lejos.

—No lo hará. Jamás le haría eso a su hijo.

—Podría. El bien mayor y todo ese cuento.

Los dos hombres permanecen juntos, en silencio, observando la ciudad que se extiende a sus pies.

—¿Sería la jugada correcta? —inquire Wes.

—Probablemente, ¿no crees?

Wes se dirige al sofá y se sienta. Tiene el tablero de ajedrez delante. La partida ha

avanzado; ellos han hecho los movimientos que él pensaba que harían. Examina con avidez el tablero, los ojos yendo de pieza en pieza. En este juego lo importante es pensar a largo plazo. Y, al final, la única pieza que cuenta es el rey.



A lo lejos se oye el retumbar del trueno, en el cielo hay nubarrones cuando aparco el todoterreno delante de mi casa. Sopla un viento cortante, de ese que hace que uno se pregunte si las nubes traerán lluvia o si ésta se congelará y se convertirá en hielo. Da la sensación de que la promesa de la primavera se ha desvanecido.

«Mamá.» Me siento en el escalón de abajo y entierro la cabeza en las manos. Me duele, me estalla de dolor.

«Ay, mamá...»

Me duele el corazón. Es como si me hubieran arrancado una parte de mí.

¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que haya muerto?

La veo sonreír. Sus brazos, abiertos para recibirme, estrechándome. Riendo juntas durante la cena, las dos. Tiempo atrás, cuando estábamos unidas. Antes de que apareciera Halliday, antes de que yo levantase el muro. Ese muro que no he tenido tiempo de derribar.

«El tiempo es oro, Stephanie.»

¿Por qué no la escuché? ¿Por qué no hablé con ella cuando tuve la ocasión? Ese accidente... debería haber sido una llamada de atención, una oportunidad para arreglar las cosas entre nosotras. Y en vez de hacer eso la aparté, hasta el final. Dije cosas horribles, cosas que ni siquiera pensaba. Y ya no las puedo retirar. Ya no podré pedirle perdón. «Se ha terminado el tiempo.»

Ha muerto, y Scott ha muerto, y Zachary está a punto de ir a la cárcel..., o de que le pase algo peor. Nunca me he sentido más sola, más desesperanzada, más aterrorizada.

Oigo pasos y levanto la cabeza. Veo a una mujer que viene hacia mí por la acera, con un chaquetón de abrigo sobre un pantalón de pijama, a su lado camina un perro salchicha. La nueva vecina, tres puertas más abajo. Me mira con cara de preocupación, y me doy cuenta de que estoy sollozando. Hago un esfuerzo para ponerme de pie y subo como puedo la escalera.

Los brotes del cerezo que hay cerca de la puerta ya son bolitas redondas, de un rosa más claro. De algunos asoman tímidamente pétalos como de seda. Engañados por esa primera explosión de tiempo primaveral, sin que contasen con que el invierno ofrecería ese último acto de resistencia. Me dan ganas de decirles que paren, que esperen, porque hace demasiado frío, y la humedad es excesiva, y no sobrevivirán.

«¿Cómo es que está pasando esto?»

Mi madre.

Scott. Zachary.

«Z. es el siguiente.»

No sé cómo, pero esas fotos son un montaje de Jackson. Las huellas de Zachary están en posesión del FBI.

Jackson ha falsificado bastantes pruebas para asegurarse de que mi hijo vaya a la cárcel y no salga de ella.

Y tiene bastantes cosas para asegurarse de que yo también acabe en prisión.

Abro la puerta principal, compruebo la alarma, introduzco el código. Me enjugo las lágrimas y vacilo un instante en el umbral, aguzando el oído. No se oye nada.

Necesito decir la verdad sobre Jackson. Pero cada vez que admito eso, veo a Zachary con un mono carcelario. A Alina, demasiado aterrorizada para comer. «Zachary no estaría seguro en la cárcel.»

Tengo que impedir que vaya a parar a ella.

Pero ¿a qué precio?

Meto la mano el bolsillo y saco el teléfono que me ha dado Jackson. Lo único que tengo que hacer es efectuar esa llamada. Ver el número que hay grabado, pulsarlo y pedirles que se encarguen de esto. Básicamente, acceder a trabajar contra mi país. Trabajar para ellos. Decidir mi destino, proteger el futuro de mi hijo. Su vida.

Arriba, la puerta de la habitación de Zachary está cerrada. Llamo con los nudillos, suavemente, y al ver que no contesta, la abro un poco. ¿Cómo puede estar durmiendo? Está en su cama, las sábanas enredadas en sus largas piernas. Me siento en el borde del colchón procurando no hacer ruido y veo cómo le sube y le baja el pecho, como hago desde que era pequeño.

¿Y si seguimos alejándonos, como me advirtió mi madre? No tuve ocasión de arreglar las cosas con ella. ¿Y si la historia se repite?

Se me saltan las lágrimas. No debería haber excluido a mi madre. Debería haberme abierto a ella, salvar la brecha que nos separaba, pedirle perdón por todas las cosas hirientes que le dije. Debería haberle dicho que la quería.

Imágenes de esta misma noche me asaltan la cabeza. La sangre brillante en la camisa del director Lee, sus ojos sin vida. El llanto de su mujer. Su viuda. Cierro los ojos, pero no soy capaz de expulsar las imágenes. Las tengo grabadas en el cerebro; jamás podré librarme de ellas.

Zachary se remueve dormido, se pone de lado, hacia mí. Escudriño su rostro y veo al niño que solía ocupar esta cama. El niño al que le leía cuentos, que me echaba los brazos al cuello con fuerza cuando me daba las buenas noches. Al que le tocaba la frente cuando estaba enfermo, al que mecía en mis brazos cuando tenía una pesadilla.

Parece que fue ayer, y sin embargo de eso hace una eternidad. Todo ha cambiado desde entonces; nada es igual. Ya nada podrá ser igual.

Alargo el brazo y le acaricio la mejilla, allí donde solía darle los besos de buenas noches. Tiene la piel caliente. Me invade la extraña sensación de que podría ser la última vez que lo veo en su cama. La idea hace que me arrolle una oleada de miedo. Miedo, desesperación e ira. Esto no es justo. Nada de esto es justo.

Bajo al salón, me desplomo en el sofá. Ha de haber una solución. Ha de haber alguna forma de compartir la verdad sin poner en peligro a Zachary. Pero ¿cuál? No sé hasta dónde hunde sus raíces esto. Ayer jamás habría imaginado que había infiltrados en la CIA y el Congreso, sin duda no hasta este punto.

No sé qué hacer. No sé cuál será mi próximo movimiento.

Intento llamar a la psiquiatra, intento que acuda a mi cabeza, pero no lo consigo. La silla en la que se sienta está vacía. Estoy completamente sola, no tengo a nadie con

quien hablar, nadie a quien poder recurrir.

El futuro de Zachary está en mis manos.

Me quedo mirando el tablero de ajedrez. Me da que nunca acabaremos esta partida.

Siento la extraña necesidad de tirar algo, de romper algo, sólo por ver cómo se hace añicos.

Decido volcar el tablero de ajedrez. Las piezas salen volando, caen al suelo de forma estrepitosa.

Ruido, arriba. Me quedo quieta.

La puerta de Zachary se abre. «Mierda, lo he despertado.»

Baja. Lleva puestos unos pantalones cortos de baloncesto y una camiseta de manga larga, y tiene una arruga marcada en la mejilla derecha, de la almohada. Mira las torres y los peones desperdigados y después me mira a mí.

—¿Estás bien?

—Sí. —Desvió la vista, aunque demasiado tarde. Entre nosotros se hace un silencio incómodo. «Tengo que contarle lo de mi madre. Tengo que decirle que su abuela ha muerto.»

Se sienta en el canapé, estira las largas piernas.

—¿Qué ha pasado esta noche?

Soy incapaz de concentrarme. Quiero llorar por mi madre, por mí. Pero tengo que pensar, centrarme en el peligro que nos acecha. Zachary es todo lo que me queda. Tengo que proteger a mi hijo, después podré llorar a mi madre.

—¿Qué has oído?

—Se produjo un ataque.

Asiento.

—Murieron personas importantes, es lo que no paraban de decir las noticias.

—Mataron a tres personas.

—¿A tres? —parpadea—. Me fui a la cama y no oí los detalles. —Coge el mando a distancia y enciende el televisor. Hay una cadena local, la cobertura del ataque es incesante, más frenética aún todas estas horas después.

Hay grabaciones de vídeo del exterior del hotel, las luces parpadeantes de docenas de servicios de Urgencias. Me obligo a mirar. La pantalla muestra imágenes tomadas con teléfonos móviles sacadas de redes sociales: una mujer con un vestido con volantes que solloza, señores de esmoquin aterrorizados, una camilla cubierta por una sábana que suben a una ambulancia. La imagen del director Lee aparece en la pantalla, junto a la de Halliday.

Zachary tiene la vista clavada en ella. Está blanco y afligido.

«No sabía que Halliday era una de las víctimas.

»Mierda.»

Halliday es su padre, ya sea un monstruo o no. Entró en la vida de mi hijo, aunque no fuera durante mucho tiempo, y ahora ha muerto. Ha perdido a su abuela y a su padre el mismo día.

—Zachary...

—¿Cómo murieron? —Sigue mirando la pantalla, en estado de shock.

—Envenenados.

Coge de nuevo el mando y cambia de canal. Más alabanzas de la carrera de Lee, a

continuación de un anuncio de antiácido.

—Debió de pasar justo después de que llegara yo, ¿no?

Por eso cree que le ordené que se fuera. No sabe que encajé las piezas justo antes de que pasara, que *él* era una pieza clave en ese puzle.

—Sí, eso creo.

—Es horrible —musita.

En la cadena vuelven a poner los comentarios del vicepresidente jurando que no se producirá ningún ataque. Se comenta lo poco que se sabe del Movimiento de Solidaridad por la Libertad. Se menciona repetidamente la ausencia de material del circuito cerrado de televisión. Aparece la imagen de Dylan Taylor. Es una foto antigua, con el pelo rapado, en la que esboza una sonrisa de oreja a oreja. «¿Posible terrorista?», reza el titular.

La pantalla pasa a una grabación en directo a las puertas del hotel, un mar de cámaras y periodistas, focos iluminando la zona. En directo, un reportero se explaya hablando de la investigación de que está siendo objeto Dylan Taylor, la búsqueda de cómplices. Están reuniendo a todos los miembros del MSL y los están interrogando. Todavía no se ha producido ninguna detención.

«A las doce de mañana.»

—Por Dios, mamá, ¿qué pasa?

Sacudo la cabeza, porque soy incapaz de formar las palabras.

—Lo siento —baluceo.

Veo el miedo en sus ojos.

—¿Piensan que lo hice yo?

«Todavía no.» Cabeceo.

—Entonces ¿qué? —La confusión empaña su rostro.

—Pues... todo.

—¡Mamá, joder, para variar, dime qué está pasando!

Su furia me asusta.

Sus rasgos se suavizan.

—Dios mío, ¿es la abuela?

Siento tal opresión en la garganta que no sé si podré contestar. «La abuela.» Veo los abrazos de oso que solía darle a Zachary. La sonrisa que iluminaba su rostro cada vez que lo veía. Dios, quería a mi hijo.

—Ha muerto, Zachary. Sufrió un ataque al corazón. No pudieron hacer nada.

Pronuncio las palabras, pero en mi cabeza la veo en la parte de arriba de la escalera, un hombre sin rostro detrás, empujándola. Intentaron matarla. «¿Remataron el trabajo en el hospital?»

¿Acaso importa? Sea como fuere, la mataron.

Me asalta un sentimiento de culpa. Las lágrimas me abrasan los ojos.

—¿Ha muerto? —Su voz es un susurro.

—Te quería tanto, Zachary... —Una lágrima me cae por la mejilla.

—Yo también la quería.

—Lo sé, cariño. Y ella también lo sabía.

Entierra la cara en las manos, y sus hombros comienzan a sacudirse. Siento la necesidad de abrazarlo, de reconfortarlo, pero me quedo sentada. «Mi madre lo habría

abrazado.»

—Siempre estaba cuando la necesitaba. —Llora, levantando la cara llena de lágrimas.

Las acusaciones de mi madre resuenan en mi cabeza: «Tu trabajo es tu vida. Zachary ocupa el segundo lugar. Siempre ha sido así».

Miro las imágenes de televisión, la boca del presentador moviéndose. Y entonces mis ojos van directos al tablero de ajedrez volcado. Es un juego, sólo un juego. Intentar proteger al rey, por encima de todas las cosas. Pero la pieza vulnerable es mi hijo y el peligro en que se encuentra, real.

De pronto, la pantalla se queda en blanco. Se ve «Última hora», esas letras grandes, en negrita, la inconfundible sintonía.

Aparece la presentadora. «Nos vamos en directo al Observatorio Naval —anuncia—, donde el vicepresidente está a punto de hablar.»

La pantalla cambia de nuevo, un primer plano de un podio solitario en una habitación anodina. El vicepresidente se acerca a él, la cabeza gacha, su mujer a su lado, cogida de su mano. Mira a las cámaras. Tiene ojeras, los ojos húmedos, con unas lágrimas que no ha derramado.

—Queridos compatriotas —empieza—. Esta noche... esta noche un espantoso ataque terrorista se ha cobrado la vida de dos grandes patriotas. La pasada semana comparecí ante vosotros y prometí que dicho ataque no se produciría, cosa que lamento profundamente. —La voz le falla. Hace una pausa y se enjuga una lágrima—. Por tanto, he decidido hacer lo correcto, puesto que no puedo seguir siendo vuestro vicepresidente. He escuchado a quienes me piden que renuncie a mi cargo y, en consecuencia, he presentado mi dimisión al presidente, que la ha aceptado. —El grupo de periodistas se queda boquiabierto—. Ha sido un honor servirlos. —Se lleva una mano al corazón y mira directamente a la cámara—. Gracias, y Dios bendiga a América.

Coge la mano de su mujer y se aparta del podio. Su rostro ha envejecido décadas en una semana, y lo entiendo a la perfección. Veo mis propias emociones reflejadas en su expresión. Veo el tremendo, abrumador sentimiento de culpa que lo abarca todo.

La presentadora empieza a farfullar, esforzándose por encontrar algo que decir. Un contertulio interviene, especula con la posibilidad de que si ha sucedido algo semejante es porque el presidente lo ha pedido, cosa que atribuye a la influencia del líder de la mayoría.

Dejo de escuchar. Sólo puedo pensar en la cara del vicepresidente. Él no veía una amenaza, y dijo la verdad. Yo tampoco la veía, porque no era real. No era una amenaza de un grupo anarquista. Era una amenaza de los rusos. Usando a unos extremistas de tapadera.

La amenaza no existía. Ese hombre dijo la verdad y ha caído en desgracia para siempre, su carrera se ha acabado.

—Ni siquiera pude darle la buena noticia a la abuela —se lamenta Zachary.

Tardo un momento en caer en la cuenta de que mi hijo ha hablado.

—¿Qué buena noticia?

—Entré. En la universidad que elegí como primera opción.

Me invade una pena abrumadora, pero me obligo a sonreír. Pase lo que pase a

continuación, no nos queda mucho tiempo juntos. Y de pronto quiero con desesperación que las cosas sean lo más normales posible. Quiero grabar en mi memoria cada detalle de cada preciado momento que pase con él.

—Berkeley —digo en voz queda. Y pensar que antes me preocupaba lo lejos que estaría... Ahora me preocupa su libertad, su vida.

—Georgetown —corrige.

—¿Georgetown?

Parece avergonzado.

—Quiero estar más cerca de casa.

«Quiero estar más cerca de casa.» No sé si alguna vez ha dicho unas palabras que signifiquen más para mí. Dios mío, cómo me habría gustado oírle decir eso hace una semana.

Me siento a su lado en el canapé y lo abrazo. Lo hago instintivamente, a decir verdad, y al parecer nos pilla a los dos por sorpresa. En un principio Zachary está tenso, pero después me echa los brazos al cuello y me abraza con fuerza. Hundo mi cara en su hombro.

—Mi trabajo... —confieso, porque tengo que decirle lo que está pasando, pero ni siquiera sé por dónde empezar—. Nunca pensé que te afectaría como lo ha hecho.

—Lo que ha hecho tu trabajo fue demostrar que en el mundo hay gente buena. Gente que hace lo correcto. Que los buenos siempre ganan. ¿No es eso lo que siempre dice la abuela?

Las lágrimas me ciegan.

—Para mí tú eres lo más importante del mundo —le digo, y lo quiero por su inocencia—. Y haría cualquier cosa para protegerte. Lo sabes, ¿no?

Me sonrío, una sonrisa dulce, melancólica.

—Yo también haría cualquier cosa para protegerte, mamá. —Se levanta y se inclina para darme un beso en la cabeza—. Sé que no lo crees, pero lo haría.

Lo veo ir hacia la escalera, desaparecer de mi vista. No vuelve la cabeza. Y yo me quedo sola, en medio de un silencio triste, abrumada por el dolor y la culpa.

Hacer esa llamada, acceder a trabajar para los rusos. Proteger a mi hijo, traicionar a mi país. Traicionar todo aquello en lo que creo, todo lo que represento.

O decir la verdad. Dar por sentado que nadie me creerá, no sin pruebas. Que Zachary y yo iremos a la cárcel. Dar por sentado que es muy probable que mi hijo no consiga salir de allí con vida.

Cojo el teléfono, el que me dio Jackson. Lo único que tengo que hacer es llamar al número que hay grabado y Zachary tendrá un futuro. Es la única manera de que Zachary tenga un futuro.

Nunca en mi vida he estado más desesperada.

Entonces oigo que llaman a la puerta.

Son ellos, ¿no? La policía. Vienen a detener a mi hijo.

Se supone que tengo hasta las doce de mañana. Jackson me dijo que tendría hasta mañana a las doce.

No pueden estar aquí.

Si están aquí, el tiempo se ha terminado.

Llaman de nuevo, esta vez con más insistencia.

Dejo el teléfono y me obligo a ponerme de pie, a ir a la puerta.

Atisbo por la mirilla y lo que veo me deja estupefacta.

Desconecto la alarma, abro la puerta. Me quedo mirando a la mujer unos instantes.

Y Vivian dice:

—¿Podemos hablar?

Sin decir palabra, la hago pasar, cierro y echo la llave. Cuando vuelvo a conectar la alarma, ella da dos pasos en la entrada.

—¿Qué está pasando? —exijo saber. En mi cabeza vuelvo a estar en aquel bosque, viendo al hombre del tatuaje. Sacando esa foto de su marido. Él forma parte de esto. ¿Y ella?

Echa un vistazo a la habitación, a las piezas de ajedrez tiradas, y luego me mira a mí. Está demacrada, ojerosa. Parece angustiada, asustada.

—¿Le importa si salimos fuera?

Cojo un abrigo del perchero y la guío al porche trasero.

Hace mucho frío, es una de esas noches inquietantemente tranquilas en las que no sopla nada de aire, no hay tráfico. Todo está callado e inmóvil.

—Cuando se fue usted de mi casa —empieza Vivian una vez que estamos sentadas la una frente a la otra a la mesa del porche—, no pude parar de pensar en lo que dijo. En lo que significa todo esto... —Sacude la cabeza, como si desterrase un pensamiento desagradable—. Mencionó a Marta... Bien, pues hablé con ella.

—¿Ah, sí? —La cabeza me da vueltas, no soy capaz de procesar esto. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

«¿Trabaja Marta para los rusos?»

—Está fuera del país —cuenta Vivian, como si me leyera el pensamiento—. No tiene acceso al móvil. Dijo... —Mira a su alrededor y se echa hacia delante—. Dijo que, si alberga usted sospechas sobre Jackson, son justificadas. Que confía en usted, que da lo mismo que no tengamos pruebas. Que tenemos que investigar, a fondo. Y eso hice.

«Me cree.»

—Tenemos un activo —continúa en voz baja—. Alguien que ocupa un alto cargo en el gobierno ruso, muy de fiar.

«Justiciero.» Me viene a la memoria estar sentada con Marta en O'Neill's, oírla mencionar lo de un activo nuevo, importante.

—Ahora mismo se encuentra en Estados Unidos. Fui a verlo. Le enseñé una serie de fotos, e incluí a Jackson.

—¿Lo reconoció? —Siento que tengo el corazón en la garganta.

Asiente.

—Estuvo mirando un buen rato, atentamente, dijo que lo había visto. En Moscú, hace años. Las fuentes nos han estado diciendo que hay un topo que ocupa un alto cargo en el gobierno norteamericano, pero hasta hoy no sabíamos quién era.

«Hasta hoy.»

—Jackson trabaja para los rusos, Steph.

«Gracias a Dios.» Vivian también sabe la verdad.



—No es una prueba que se pueda sostener ante un jurado —advierte.

—Pero es algo. —Basta para que la gente escuche—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Un careo oficial. La fuente va camino de una casa segura. El director Drake también va para allá.

«Va para allá.» Está sucediendo, y está sucediendo ahora.

—Tenemos que averiguar si Jackson está solo en esto —continúa Vivian—. Qué ventaja nos sacan los rusos, cuánta gente hay dentro.

—Ya —musito. Y a mi cabeza afloran las otras posibles víctimas de la lista: Drake, Shields. Tienen a gente dentro, en la Agencia y en el Senado. Por supuesto que Jackson no está solo. De ninguna manera—. Nos sacan mucha ventaja.

—Eso es lo que me temo. —Sus ojeras parecen más pronunciadas si cabe. Pienso en su marido, y por primera vez me pregunto si le cogerá completamente por sorpresa la verdad o si intuye que ese hombre no es leal—. La quiero en ese careo, Stephanie. Necesito que nos cuente todo lo que sabe. ¿Vendrá conmigo?

Me cree. Pero su marido está enredado en esto, y ahora ella sabe la verdad sobre Jackson.

Corre peligro. Y soy yo la que lo ha causado. Soy yo la que la ha metido en esto. ¿Qué papel desempeña su marido en esta conspiración? ¿Qué amenaza supone? ¿Para ella? ¿Para sus hijos?

—Sí. —Naturalmente que iré. Se lo contaré todo. Y la vida de Vivian cambiará para siempre—. Pero necesito que mi hijo venga con nosotras. Él también forma parte de esto.

Quiero que vean la verdad en sus ojos. Y lo quiero conmigo. Quiero que esté a salvo.

Asiente, como si no la sorprendiese.

—Esperaré en el coche.

Entramos en la casa juntas. Ella se dirige hacia la puerta principal y yo subo la escalera y voy a la habitación de Zachary.

—Zachary —lo llamo. Se remueve en la cama, pero no se despierta.

Mi memoria se remonta a aquel día, años atrás. El niño adormilado en el asiento trasero, cuando salíamos de la ciudad.

«¿Estamos a salvo, mami?»

Ese día salimos de casa y no volvimos a ella. Todo para escapar del enemigo. ¿De verdad escapamos?

Y ahora. Ahora el enemigo es más letal incluso. Mi madre y Scott han muerto. ¿Vamos a tener que huir de nuevo? ¿Podremos volver?

Entro en su vestidor y echo un vistazo. Veo el sitio de la balda inferior donde encontré esa arma, hace una eternidad, cuando empezó todo esto. Hay una bolsa de deporte en el suelo. Le meteré algo de ropa, por si no podemos volver.

Cojo la bolsa y vuelvo a verme haciendo las maletas, un montón de años atrás.

«¿Estamos a salvo, mami?»

—Zachary —lo llamo de nuevo, esta vez alzando un poco la voz.

Cojo un par de vaqueros de las baldas, un par de camisas.

Oigo las sábanas. Se está despertando, por fin.

Abro la bolsa, y me basta un vistazo para darme cuenta de que no está vacía; debo

sacar lo que hay dentro antes de empezar a guardar cosas. Meto la mano y saco una sudadera con capucha y un gorro de lana.

Debajo, en el fondo, hay algo más. Una tarjeta de crédito. La tarjeta de mi madre.

«Necesitaba dinero, Stephanie.» Su voz inunda mi cabeza.

Junto a ella, un papel, con la letra de Zachary: «Walnut/Carver».

Veó mentalmente la foto que me enseñó Jackson, el fajo de billetes que se intercambiaron en esa esquina. «Walnut y Carver.»

La aprehensión ha dado paso a una espeluznante sensación de terror.

Oigo la voz de Zachary en mi cabeza: «Yo también haría cualquier cosa para protegerte, mamá».

«No podrá salirse con la suya. Deberíamos hacer que pague por lo que hizo.»

No.

—¿Mamá? —Su voz, justo detrás de mí. Me vuelvo y ahí está, descollando sobre mí. Me mira y mira la bolsa, las cosas que tengo delante: la ropa, la dirección, la tarjeta de crédito. Parece frágil, como un ciervo petrificado delante de los faros de un coche. Cuando me mira de nuevo, veo la culpa reflejada en ellos.

Me pitan los oídos. Nada de esto es real, no puede ser. Porque veo la expresión en la cara de mi hijo. Conozco esa mirada.

—Zachary —le digo—. ¿Qué has hecho?

—¿Qué has hecho? —repito.

Estira el brazo, como si quisiera que lo abrazase.

—Fuiste tú. —Es como si alguien me estrujase el corazón. Esto no está pasando. No puede ser—. Confiaba en ti. Te creí. —Ni siquiera sé por qué lo estoy diciendo, por qué es importante.

—Mamá...

—Murió gente. —Espero a que lo niegue; necesito que lo niegue.

—Se suponía que sólo moriría el cabrón de Halliday —aduce mi hijo.

Oigo la voz de mi madre: «No lo conoces como deberías».

Y la de Scott: «No lo conoces tan bien como crees».

Vuelven a pitarme los oídos. Creo que me voy a desmayar.

Zachary hizo esto.

«Mi hijo es un asesino.»

—¿Por qué, Zachary?

—Se lo merecía.

—No murió sólo Halliday... —musito.

—¡No sé qué pasó, mamá! Dylan... debió de cagarla.

Ve esas fotos, las que Jackson me dio. Conoce a Dylan. Conocía a Dylan. Veo a ese chico tirado en el suelo de esa cocina.

—Cuéntame lo que pasó. Cuéntamelo, Zachary.

—Cuando hice esa prueba de ADN, di con... otros miembros de la familia. Un hermanastro: Dylan.

Voy a vomitar.

—Lo investigué. Y a Halliday también. Ya sabes, en internet. Estuve... escarbando un poco.

«Hackeando.» Aunque tampoco es que importe mucho. No en comparación con los otros delitos que ha cometido.

—Lo que encontré... Supe... supe lo que te hizo. Su campaña... Nos estaba investigando. A nosotros. Y a Dylan también. Había contratado a un investigador privado.

Me viene a la memoria la búsqueda que encontré en el portátil de Zachary: «Investigadores privados Washington». Las piezas comienzan a encajar.

—Hackeaste su ordenador para saber qué estaba haciendo. —Mi voz parece escalofriantemente tranquila.

—Ese tío te estaba siguiendo, mamá. Nos estaba siguiendo. Y vi los correos electrónicos de Halliday. Pensaba que eras una carga. Estaban haciendo planes para desacreditarte. Para arruinarte la vida.

¿Por qué no me lo contó? ¿Por qué no pudimos ocuparnos de esto juntos?

—Zachary...

—Tenía que hacer algo. Así que empecé a quedar con él y...

«Dios mío.»

—Así que el arma... ¿era tuya?

Niega con la cabeza, con rotundidad.

—Me reuní con un traficante, pero no compré nada.

—¿Pensabas pegarle un tiro?

—¡No! —Le asombra que pueda sugerir tal cosa—. Era para protegerte. Para protegernos.

Me siento aliviada, pero el alivio no tarda en pasarse. Eso no era protección: era asesinato.

—La semana pasada alguien se puso en contacto conmigo. Un amigo del traficante. Dijo que tenía... drogas.

No debería haberle dicho nada. No debería haber permitido que supiera lo que estaba pasando.

—Así que compraste el veneno. Con el dinero de tu abuela. ¿Y Dylan?

—Cuando vi su nombre en el foro encriptado, «DTaylor», lo supe. Que Halliday nos estaba tendiendo una trampa. Estaba intentando arruinarme la vida, y la de Dylan, y la tuya. No podía permitir que se saliera con la suya, mamá. Menos aún con todo lo que ya te había hecho a ti.

En sus ojos hay una mirada de súplica. Quiere que lo entienda, necesita que lo entienda, pero ¿cómo voy a entender esto?

—Así que me puse en contacto con Dylan. Y estaba muy asustado. El FBI había ido a su casa, mamá. Quería ayudar. Sabía que Halliday asistiría a esa cena benéfica... — Se encoge de hombros abatido—. Le llevé las drogas, al hotel... y, no sé cómo, las cosas salieron mal.

Alguien hizo que pasara eso. Alguien lo coordinó. Alguien se la jugó..., nos la jugó.

Pero Zachary formaba parte de ello. Zachary pretendió matar a Halliday. Un cargo de asesinato, dos de...

—Metí la pata, mamá.

—Esto es más que una metedura de pata, Zachary.

—Voy a ir a la cárcel, ¿no? —Me estremezco al oír el terror que destila su voz.

«¿Estamos a salvo, mami?» La pregunta resuena en mi cabeza con tanta fuerza que me mareo.

Cierro los ojos, respiro hondo y vuelvo a estar en ese coche, mirándolo por el espejo retrovisor, oyendo la promesa que le susurré.

«Yo me ocuparé de que siempre estés a salvo.»

Lo dije convencida de ello. Siempre pensé que haría lo que fuese para que estuviera a salvo. Pero ¿esto?

Si le doy la espalda a la verdad ahora, todo habrá sido en vano. Todos esos años intentando hacer lo correcto, a toda costa. Ser el paladín de las víctimas de injusticias. Ser la voz de quienes no se atrevían a hablar.

Pero ¿cómo voy a darle la espalda a mi propio hijo?

Miro el teléfono, el que me dio Jackson.

Después miro al joven asustado que tengo delante. A este delincuente. Mi hijo.

Y sé lo que tengo que hacer.

## Epílogo

Jackson está en casa, en la cama, durmiendo, cuando suena el teléfono cifrado.

—Se ha acabado —afirma una voz desconocida—. Punto de encuentro. De inmediato.

Se levanta de la cama de un salto, por completo despierto de pronto. Se calza unas zapatillas de deporte, se pone un abrigo sobre el chándal y se mete el móvil en el bolsillo. Va directo a la puerta, la abre, echa a correr por el pasillo y la escalera y sale del edificio por la parte de atrás.

Una vez fuera, baja la cabeza para protegerse de la fría llovizna y camina a buen paso. Lleva las manos metidas en los bolsillos, los hombros echados hacia delante para que la lluvia no le dé en la cara.

Las farolas arrojan haces de luz fantasmagóricos; la luz atrapa la lluvia, iluminándola hasta que se convierte en niebla. Cada vez que pasa por una, resulta visible, después vuelve a sumirse en la oscuridad y desaparece.

Se aproxima un coche, el primero que ve. Los faros barren la calle, el motor interrumpe la quietud de la noche. Jackson se tensa, pero el coche pasa, y vuelven a reinar la calma y la oscuridad.

Delante hay un contenedor, grande, azul. Está junto a la calzada, en un callejón de servicio, y tiene la tapa abierta. Sin bajar el ritmo, Jackson saca el teléfono cifrado y, con un movimiento veloz, lo tira al contenedor. El aparato hace un ruido metálico al golpear el lateral y va a parar estrepitosamente al fondo.

Sabe que no está solo antes incluso de ver a alguien. Un sexto sentido, todos esos años de formación. Y afloja el paso, se detiene justo cuando oye el sonido que confirma su sospecha: alguien amartillando un arma.

La suya está en casa. Cierra las manos en sendos puños a los costados y espera.

Un hombre sale de las sombras y entra en uno de los haces de luz. Jackson repara en la pistola que lleva en la mano, pegada al cuerpo. Y después en el tatuaje del antebrazo: dos cuchillos cruzados, formando una X.

A la memoria le viene aquel restaurante. El hombre del tatuaje acercándose a la mesa. Wes haciéndole una señal mínima con la cabeza, apenas perceptible.

Y en ese instante lo entiende todo.

Le han tendido una trampa. Lo han traicionado. Sacrificado por el bien mayor.

El hombre levanta el arma y Jackson cierra los ojos. Respira hondo, se concentra en el dulce aroma de la lluvia, en la forma en que el frío le toca la piel como si fuese espuma de mar.

Después, todo se vuelve negro.

El asesino se sitúa sobre el cuerpo. Ve que la sangre se funde con la lluvia, la negrura casi como la tinta. Ve que el agua acribilla la piel de Jackson, sus ojos sin vida. A

continuación se enfunda el arma.

Extiende el brazo, coge uno de los extremos de los cuchillos cruzados y, lenta, cuidadosamente, se despega el dibujo de la piel, hasta que el brazo queda desnudo. Hace una bola con él y la aprieta con fuerza en la mano.

Después se baja la manga para taparse el brazo, da media vuelta y se aleja.

Al otro lado del río, en el ático, Wes está delante de los ventanales, contemplando la ciudad. La lluvia tamborilea incesantemente, de vez en cuando se ve un relámpago a lo lejos. Su mirada se posa en la parte de la ciudad donde sabe que Jackson tiene un apartamento.

*Tenía un apartamento.*

Consulta el reloj. El trabajo ya debería estar hecho. Y tenía que pasar. Proteger al rey a toda costa.

Sabían que Steph Maddox sospechaba de Jackson desde hacía años. En otras circunstancias, la habrían eliminado a ella sin más. Sin duda eso era lo que Jackson quería, pedía. Esa mujer suponía una amenaza para la operación. Pero ese secreto... ese secreto.

Lo averiguaron por Halliday cuando hackearon la investigación que estaba llevando a cabo, indagaron por su cuenta. Lo vigilaron, como vigilaban a todos los posibles candidatos a la presidencia. El resultado electoral los favorecería, de una manera o de otra; eso era algo seguro.

Se informaron acerca de Steph. Supieron que era vulnerable al chantaje. Supieron que estaba en su poder.

Y eso significaba no perderla. Quizá la necesitaran más adelante, para intimidar a Halliday. No podían matarla, así que no tenían más remedio que invitarla a formar parte del grupo.

La vigilaron. Vigilaron a su hijo. Supieron lo de la prueba de ADN. El hackeo. Una información interesante, a decir verdad, ya que hacía que también él fuese valioso. Vieron que el chico se reunía con un traficante de armas. Supieron que él también tenía un secreto. Todos los secretos proporcionan poder.

Y así fue como se gestó la idea. Una forma de estar seguros de que Maddox trabajaría para ellos: amenazarían el futuro de su hijo. Lo entrelazarían de tal modo con la subida al poder de Jackson que ella sería incapaz de impedirlo sin traicionar a la persona que más quería en el mundo.

Ya tenían un plan para eliminar al director del FBI, poner a Jackson en el cargo. Se limitaron a incorporar a él a Zachary. Y añadieron un segundo objetivo.

«Segundo» porque los otros —los que filtraron a la prensa— eran señuelos. «Posibles objetivos» que se verían blindados de acusaciones de traición, para siempre, si la verdad llegaba a salir a la luz.

Lo único que hizo falta fue facilitarle las drogas a Zachary en el momento adecuado, justo antes de que se celebrara esa cena benéfica, y el resto salió rodado. Dylan y él efectuaron exactamente los movimientos que esperaban. Lo único que hicieron ellos fue asegurarse de que un cóctel envenenado llegara a las manos del director del FBI. Y después a las de Dylan.

Todo habría salido a la perfección si Steph hubiera mantenido la boca cerrada. Pero

cuando vieron que no lo dejaba estar, tuvieron que hacer ajustes. Y cuando compartió las sospechas que abrigaba con Vivian, ellos no tuvieron elección.

Sus huellas, las suyas propias, están borradas, sin lugar a dudas. El asesino a sueldo es uno de los mejores de Moscú, uno al que las autoridades estadounidenses no conocen. Las cámaras de circuito cerrado de toda la ciudad lo han captado siguiendo a Jackson, y también a Steph, el tatuaje siempre visible. Las autoridades se centrarán en ese tatuaje.

Llegarán a la conclusión de que fue un golpe de la mafia, porque ésa será la respuesta fácil, para la que tienen pruebas. Para entonces el asesino se habrá ido hace tiempo, estará de vuelta en Moscú. ¿Y si Steph llegara a decidir contar la verdad? Harán que dé la impresión de que fue ella la que ordenó el golpe, sirviéndose de contactos que hizo cuando trabajaba en Chicago, años atrás.

No fue idea de Wes, claro está. Se le ocurrió a su contacto, el hombre al que los americanos llaman Justiciero. Fue él quien lo pensó todo. Wes se imagina perfectamente cómo brillarán esos ojos azul claro cuando sepa el rotundo éxito que ha tenido la operación.

Se acerca al tablero de ajedrez. Mira los peones de Zachary, los peones de Steph. Muchos peones en esta partida. Mueve el rey de Zachary, lo dispone de forma que sea sacrificado.

Ahora todas las piezas se hallan en posición. El tablero está como tiene que estar. Steph no podrá contar la verdad sin que su hijo vaya a la cárcel, y ella no hará eso, ¿no? Está en su poder. No es como tener al director, eso sin duda, pero podrán seguir haciendo que suba puestos. Como harán con Vivian. Desenmascarar a Jackson como agente ruso será un gran éxito. Bastará para que la nombren directora del Centro de Contrainteligencia, probablemente. Casada sin saberlo con uno de los suyos, alguien que podrá manipularla cuando llegue el momento adecuado, que podrá servirse de sus hijos si es preciso. Y luego está el activo, que contará con la confianza plena de la Agencia, y del Buró.

Coge la reina de Steph, la desplaza hasta el extremo del tablero.

—Jaque mate —musita.

Suena el teléfono, un zumbido continuo. Mira la pantalla y a sus labios asoma una sonrisa. Estaba esperando esta llamada. No albergaba ninguna duda, ni él ni nadie, de que se produciría.

Respira hondo, pulsa el botón verde:

—Wes Shields. —Permanece a la escucha—. Sí, señor presidente. —Se hace una pausa—. Desde luego, señor presidente. Será un honor. —Una pausa larga esta vez. La mirada de Wes sigue fija en el mismo punto de la ciudad—. Bueno, seguro que el Senado sabrá arreglárselas sin mí. Encontrarán a otro líder. —Suelta una risita y a continuación recobra la seriedad—. Procuraré ejercer el cargo de vicepresidente con integridad, señor.

Un instante después pulsa el botón rojo del teléfono, lo deja con cuidado en la mesa. Acto seguido vuelve a mirar por la ventana, se fija en un punto iluminado a lo lejos.

La Casa Blanca.



## Agradecimientos

No cabe duda de que una novela es una labor de equipo, y tengo la suerte de poder trabajar con un equipo increíble. Mi más sincero agradecimiento a todos los maravillosos integrantes de Ballantine, en particular a Kate Miciak, Michelle Jasmine, Quinne Rogers, Kim Hovey y Kara Welsh. Gracias también a la gran familia de Gernert Company, especialmente a David Gernert, Anna Worrall, Ellen Coughtrey, Rebecca Gardner y Will Roberts, así como a Sarah Adams, de Transworld, y a todos aquellos que han colaborado en ediciones en todo el mundo. Estoy profundamente agradecida al grupo de editores y primeros lectores —Kate, Sarah, David, Anna y Ellen—, que dieron forma y consolidaron esta novela.

También tengo la suerte de estar rodeada de grandes personas en casa. Escribo acerca de personajes que mantienen relaciones difíciles con su marido, su madre y sus hijos, pero, por fortuna, es pura ficción. La relación con mi marido, con mi madre y con mis pequeños es maravillosamente sencilla, y eso es algo por lo que me siento muy afortunada. Gracias con mayúscula a toda mi familia, tanto la más cercana como el resto del clan, y sobre todo a B., J. y W.: os quiero.

## Índice

Sinopsis	4
Portadilla	5
Dedicatoria	6
Cita	7
Prólogo	8
1	10
2	14
3	19
4	23
5	26
6	29
7	33
8	34
9	39
10	44
11	46
12	47
13	52
14	56
15	60
16	65
17	70
18	72
19	76
20	80
21	90
22	91
23	96
24	99
25	102
26	108
27	109
28	110
29	113

30	115
31	119
32	122
33	125
34	127
35	131
36	135
37	140
38	143
39	146
40	155
41	159
42	161
43	166
44	170
45	171
46	173
47	175
48	180
49	183
50	188
51	190
52	191
53	196
54	199
55	203
56	205
57	208
58	215
59	217
60	224
61	227
Epílogo	230
Agradecimientos	233